

EMILIO RODRIGUEZ DEMORIZI

# POETAS CONTRA BOLIVAR

EL LIBERTADOR  
A TRAVES DE LA CALUMNIA



Proyecto de Digitalización  
Academia Dominicana de la Historia

GRAFICAS REUNIDAS, S. A.  
HERMOSILLA, 110  
MADRID  
1966



*Proyecto de Digitalización*  
Academia Dominicana de la Historia

# POETAS CONTRA BOLIVAR

EL LIBERTADOR  
A TRAVES DE LA CALUMNIA



Proyecto de Digitalización  
Academia Dominicana de la Historia

GRAFICAS REUNIDAS, S. A.  
MADRID  
1966

# DEDICATORIA

A René Lepervanche Parparcén

A José Antonio Mayobre

*Testimonio de amistad*

F. R. D.



## LIMINAR

Ten cuidado con los poetas, no sea que te metan en el Infierno.

*Heine, al Rey de Prusia.*

*Tras el drama del 9 de abril de 1948 y de espaldas al dulce far niente de la arcádica Sabana de Bogotá, aprovechamos las horas libres de nuestra misión diplomática en deleitosas investigaciones en los ricos fondos del Archivo Nacional y de la Biblioteca Nacional, más agradables aún por las inolvidables atenciones de Enrique Ortega Ricaurte, Carlota Bustos Losada y Eduardo Carranza.*

*Fruto de tan gratos afanes, proseguidos en otros repositorios, ha sido este libro, que es como el reverso de la medalla bolivariana diariamente acuñada, Poetas contra Bolívar, cuyo anverso es por demás conocido: el bello libro de Cornelio Hispano, Cantores de Bolívar. Si por fuerza de lamentables circunstancias entre los detractores del Héroe figura un dominicano ilustre, José Núñez de Cáceres, entre sus grandes cantores se cuenta un egregio poeta venezolano-dominicano, cuya infancia discurrió junto al Ozama: Rafael María Baralt.*

*No es la primera vez que se recogen composiciones en verso contrarias a Bolívar, aunque en escaso número, hasta ahora. El gran escritor Aristides Rojas, oriundo de la villa dominicana de Santiago de los Caballeros, en Pasquinadas de la revolución venezolana (1891); Ricardo Palma, en sus donosas Tradiciones peruanas, y más tarde José E. Machado, en su Centón lírico, pasquinadas y canciones (1920), no vacilaron en incluir en sus obras algunas poesías adversas al Libertador. De igual modo, Manuel Segundo Sánchez, en su Bibliografía venezolanista (1914), acogió noticias bibliográficas y transcribió párrafos literarios plenos de saña antibolivariana, como los atribuidos a Núñez de Cáceres.*

*Contra el oleaje alzado sobre Bolívar no solo en su tiempo, sino también en los últimos años, apareció no ha mucho la magistral obra póstuma del eminente historiador Vicente Lecuna. Catálogo de errores y calumnias en la historia de Bolívar, de aplastante autoridad, clave de la multitudinaria bibliografía del*



*Libertador, y asimismo la admirable Bibliografía crítica de la de-tracción bolivariana, de M. A. Osorio Jiménez (\*)*.

*Ver a un grande hombre a través de sus enemigos y detractores nos parecía la más convincente demostración del triunfo de la verdad; de que la calumnia y todas las mil urdimbres de la mentira quedan atrás en la eterna pugna simbolizada por la noche y el día.*

*Un fenómeno de «estática moral —dice José E. Machado— nos advierte que, mientras las alabanzas indebidamente prodigadas tienen una eficacia negativa, las frases con que se pretende herir el mérito eminente poseen la rara virtud de volverse contra quien las profiere, exultando lo mismo que se proponen deprimir. Las diatribas de José Domingo Díaz y de Rafael Diego Mérida, de Pedro Carujo y de Pruvonena —José de la Riva Agüero— no sólo no amenguan la personalidad del Libertador, sino que sirven para fijarla en sus verdaderas proporciones».*

*Gana con ello, sin duda, el egregio Libertador, como lo dijo Cabrera Malo en solemne ocasión: Bolívar, humanizado por el odio o por la historia imparcial, resulta valer más, infinitamente más, que Bolívar Semidiós.*

*Veamos, pues, ahora, un Simón Bolívar humanizado, triunfante en su última batalla, la más angustiosa de todas, la más anodante, la que todo grande hombre ha de librar contra los odios, contra la calumnia, contra el egoísmo, contra la cobardía, contra las sierpes de la envidia, excrecencias del espíritu humano que el tiempo y la verdad transmutan en óleo consagratorio.*

*Santo Domingo, 1965.*

*Madrid, 1966.*

(\*) Por ser tan conocida la numerosa bibliografía de Bolívar, se omiten las citas que parecieron ociosas, ya que ha sido utilizada una apreciable cantidad de libros, con lo que se hará menos pesada la lectura de la obra. Se apuntan, sin embargo, los títulos de periódicos, cuya mención es útil, a más de ser de rigor.

No hay en este libro, ni remotamente, intención polémica. No obstante se acoge a lo dicho por el ilustre historiador A. F. Brice: que la Academia Nacional de Historia, de Venezuela, «no le teme a la libre discusión de todo lo que tenga relación con Simón Bolívar, en cualquiera de sus fases».

El tema, por demás amplio, es digno de más detenido estudio. Las omisiones y los yerros inevitables esperan, pues, la comprensiva enmienda de los doctos en la materia.



# 1811-1812

Otros canten el néctar  
que su labio libó; di tú las hieles...

*José Asunción Silva, ante la estatua de Bolívar.*

Como los cantares de gesta, que constituyen el primer monumento de la Historia de España, así los mil y diversos poemas inspirados por Simón Bolívar, desde la oda laudatoria hasta la infima copla desbordante de emponzoñada malquerencia, encierran la más patética historia del Héroe. Esa diversidad abrumadora, esa fragmentación esquiva a todo orden, esa sublimación de lo humano y esa humanización de lo excelso, son el más fiel trasunto de la vida tumultuosa del genial caraqueño, de sus titánicos trabajos de Hércules contra la calumnia, contra la adversidad, contra los elementos negativos que se oponen a toda noble acción del hombre.

El verso es el arma de Cátulo contra César, del Conde de Villamediana, discípulo de Góngora, contra la Corte de Felipe III. El verso será el arma esgrimida con mayor impiedad contra Bolívar.

La poesía, pues, desde el primer vagido de la libertad sudamericana, es claro espejo de la lucha, de la encarnizada pasión política, de las virtudes y de los vicios otorgados y negados al par en la contienda, del caos que es toda revolución. Que el hombre grande crea en torno suyo una onda de egoísmo colectivo. Y qué difícil traspasar esa onda, animada por las peores energías del alma humana: la intriga, la falsía, la infidencia, la impostura, y cuando no esta otra fuerza deletérea: la incompreensión. Son los hondos abismos que se abren entre la ética y la política, la eterna política de todas las latitudes y de todos los tiempos.

Desde muy temprano el nombre de Bolívar empieza a resonar en todo el Continente y aun en España. En *El Telégrafo Americano*, de Cádiz, del 23 de octubre de 1811, en el artículo *Idea de los sucesos de Caracas, Santa Fe y Quito*, se menciona entre los rebeldes de Caracas al Marqués del Toro, a Antonio Fernández de León, a Martín Tobar Ponte, a Vicente y a Simón Bolívar y a otros, y más adelante se habla de Miranda y de «sus satélites».

Antes que Bolívar, Francisco de Miranda recibe la lluvia de saetas del campo enemigo. Tras la caída del Precursor y del triun-



fo de Monteverde, los realistas cantan este corrido contra los principales cabecillas de la emancipación venezolana:

Miranda debe morir,  
Roscio ser decapitado,  
Arévalo consumido,  
Espejo descuartizado.

A Venezuela intimó  
Miranda con impudencia  
a imponer la independencia  
que contra España juró;  
a muchos también mandó  
al cadalso conducir:  
hizo la muerte sufrir  
a dos sacerdotes santos.  
Cometiendo excesos tantos  
Miranda debe morir.

Deben Castillo y Padrón  
ser en cuatro potros puestos,  
y los Ribas ser expuestos,  
a la mayor aflicción.  
Contra el Rey y su nación  
fué Roscio el más declarado,  
a la Corte se ha negado  
como el traidor más aleve,  
por cuyo motivo debe  
Roscio ser decapitado.

Los Salias deben sufrir  
el castigo más severo,  
y de los Toros infero  
que todos deben morir.  
Trimiño debe existir  
en Humoa sumergido,  
Navas en Orán metido  
para un ejemplar futuro;  
en el tormento más duro  
Arévalo consumido.

Los Pelgrones deben ser  
en el cañón azotados,  
lo mismo los diputados  
de aquel supremo poder:  
asimismo deben ser  
los que a la Corte han negado;  
para siempre desterrado  
todo traidor caraqueño,  
asesinado Briceño,  
Espejo descuartizado.

Los grandes acontecimientos humanos fueron siempre marcados por alguna señal de la Naturaleza. Así el terremoto de Caracas, del 16 de marzo, saludo de los elementos a los Héroes, es





considerado por los realistas como castigo del cielo para los rebeldes:

Jueves Santo la hicieron,  
 Jueves Santo la pagaron;  
 si contra su Rey se alzaron  
 muy bien castigados fueron.

Sin embargo los jactanciosos versos habían de callar el insólito apóstrofe de Bolívar, entre las trepidaciones del terremoto, en la Iglesia de San Jacinto:

Si la naturaleza se opone a nuestros designios, lucharemos contra ella y la someteremos.

Y ya se quiere aludir a Bolívar, lo parece, en una intencionada décima contra el prócer José Ignacio Sanmiguel, convirtiendo en Simón al Sinón de la guerra de Troya:

San Miguel, por lo que veo,  
 a todos les echa el gallo  
 con su cara de caballo  
 y entrañas de fariseo;  
 este astuto corifeo  
 tan marrajo y canastrón,  
 a aquel pérfido Simón  
 que inventó aquella tramoya,  
 para el incendio de Troya,  
 le pudiera dar lección.





*Proyecto de Digitalización*  
Academia Dominicana de la Historia

# 1813

No es la grandeza humana un conjunto de perfecciones sobrenaturales, sino el sello personal, el carácter distintivo de quien reúne extraordinarias cualidades, de quien ha sido capaz de nobilísimos sacrificios, pero no sin defectos correlativos, no sin naturales flaquezas.

*El Repertorio Colombiano*, septiembre 1882.

El 1813 es de los años cruciales en la vida de Bolívar: el 23 de mayo, al llegar a Mérida, le aclaman Libertador. Allí mismo, en su Proclama del 8 de junio, en vista de las crueldades de los realistas, exclama: «Nuestra bondad se agotó ya y puesto que nuestros opresores nos fuerzan a una guerra mortal, ellos desaparecerán de América. Nuestro odio será implacable y la guerra será a muerte.» Escasos días después, el 15 de junio, dicta su célebre Decreto de Trujillo: «Españoles y canarios, contad con la muerte aun siendo indiferentes! Americanos, contad con la vida aun cuando seáis culpables.»

Por esta determinación tremenda puede medirse la saña de los contrarios, las invectivas de los opositores; la virulencia del furibundo realista José Domingo Díaz, el gacetillero Díaz, como le llama Santander; indigno venezolano, como le dice Páez; «hombre terrible que solo tuvo la virtud de la constancia», apologista nada menos que de Boves, cuya bandera de combate ha sido bautizada por el terrífico asturiano con el nombre de *El pendón de la muerte*. El heroico Decreto de Bolívar corresponde, pues, a la espantable comunicación de Boves al Gobernador de Caracas:

Si a mi llegada a esa ciudad, que será de veinte días, encuentro un patriota, Ud. pagará con su cabeza.

El Decreto de Trujillo no deja de tener eco resonante en España, en el periódico *El Telégrafo Mexicano*, de Cádiz, del 31 de agosto, en que aparece la primera extensa noticia de Bolívar, en la Península, su primera semblanza, se diría: «Simón Bolívar, criollo de Caracas, y uno de los cabezas de la primera facción, fue perdonado por la capitulación del reconquistador de aquellas provincias, Monteverde. Bolívar, luego que se vio libre, se pasó



a Cartagena. y uniéndose con aquellos rebeldes, regresó contra Caracas con tropas. Publicó una proclama, hecha en Truxillo en 15 de junio de 1813, que concluye con estas palabras: *Espanoles y canarios, no contéis con vuestras vidas; contad con la muerte aun siendo indiferentes... Americanos, contad con la vida aun cuando seais culpables.* Bolívar entró por los pueblos empleando su oferta, y con la sangre misma de los españoles que pasó a cuchillo escribió a los demás americanos que habían ofrecido volverse a revolucionar contra España, encargándoles que le respondiesen *con la misma tinta.* Así lo hicieron varios, sin perdonar hasta los ancianos de mas de 80 años... Entró —según noticias que ha traído el bergantín *Palafox*— el 3 de agosto en la capital Caracas, y mandó que a todo español *le sacaran los ojos y el corazón vivo!* Mandó que los demás españoles que fuesen cogidos, presenciasen este horrible acto para sufrirlo después uno a uno! Al salir de La Guayra uno de los buques que han traído estas noticias se veían venir multitud de hombres y mujeres por aquellos cerros huyendo de la capital Caracas, unos a caballo y otros a pie, despavoridos, muchas infelices señoras con sus niños en los brazos, descalzas, o del modo que pudieron escapar. Todos clamaban que los recibiesen a bordo para librarse del feroz Bolívar. Quieren suponer algunos que León, Toro y otros sátrapas de la revolución anterior consiguieron el perdón de muchos españoles por medio de una capitulación. Así se engaña a los bobos, y no faltarán dentro de las Cortes quienes den a estas mismas voces la importancia que prepare otro indulto y recomendación para Bolívar: para esto tiene en el Congreso a su tío Palacios, diputado suplente perpetuo de aquella Provincia, en donde se ha derramado y derrama tan sin piedad la sangre española. Yo dexo la pluma... pues ni la imaginación quiere dictar, ni ella escribir sin tediosa fatiga.»

La resolución de Bolívar, que le suscita los peores calificativos de cruel e inhumano, afianza y consagra definitivamente su calidad de Héroe. por más que Díaz repita que «ha sido siempre el primero en la fuga». Así, tras de las hecatombes del Decreto de Trujillo, la Municipalidad de Caracas le concede, el 14 de octubre, el título de Libertador, que sus detractores dicen ser de su propia invención.

Por un momento, entre las aclamaciones en loor de Bolívar quedan acalladas las voces de odio del libelista Díaz, discípulo de aquel Pedro de Torres Rámula, autor de *Spongia*, obra maestra en su género, denigratoria de Lope de Vega; y seguidor también del francés Linguet, el de la curiosa *Theorie du libelle, ou l'art de calomnier avec fruit*, aparecida en París en 1775; que también



la calumnia ha tenido sus maestros y sus apologistas y menguados perpetuadores.

Por estos días circulan, impresos en Bogotá, frente a los primeros brotes de la calumnia, los ditirambos, como los sáficos y adónicos *Al valiente Coronel Bolívar, oficialidad y tropa de su mando*, por Juan Manuel García Tejada, quien luego se tornará enemigo del Libertador, que ya comienza a escuchar las alabanzas, veneno que al amor allana el paso, según el verso de La Fontaine.

Por su parte, los realistas vencidos por Bolívar insisten en llamarle *El Loco*. Mas qué difícil hallar un grande que no revele algo de lo que el vulgo denomina locura. ¿Qué genio no es un loco?

Así empieza la vida pública de Simón Bolívar, desde simple Coronel hasta Libertador, entre loores y dicterios, hoy y mañana y todavía después de la horrida muerte.





*Proyecto de Digitalización*  
Academia Dominicana de la Historia

# 1814

No es el más infeliz el que no tiene amigos, sino el que no tiene enemigos; porque eso prueba que no tiene honra que le murmuren, valor que le teman, riqueza que le codicien, bienes que esperen, ni nada bueno que le envidien.

Fray A. Calancha.

La Prensa española se hace eco, cada vez con mayor acritud, de los hechos de armas de Bolívar y de sus huestes. En *La Abeja madrileña*, del 19 de marzo, se habla de las adversidades militares de los patriotas y del «ejército de bandidos mandados por Simón Bolívar». El 15 de junio, en la batalla de La Puerta, el temible Boves vence a Bolívar y a Mariño. En oficio del 17 de junio, al Ministro de Indias, publicado en la *Gaceta de Madrid* del 17 de septiembre, Boves le habla de «los libertadores Bolívar y Mariño» y de «acabar con Bolívar». Y en carta del 26 de junio, al Gobernador de Puerto Rico, también publicada en la *Gaceta de Madrid*, del 3 de septiembre, dice Boves: «No hay que temer ya a los insurgentes; su orgullo está abatido; sus huestes desaparecieron como el humo, y sus caudillos Bolívar está herido y Mariño se asegura no salió del ataque de La Puerta, y el gran Diego Salon, cuya cabeza queda colgada en Calabozo.»

Son momentos de infortunio en que la poesía empieza a deponer al Libertador, a combatirle con toda su creciente saña, como lo dice la copla llanera:

Bolívar, ¿do están tus tropas?  
—No preguntes zoquetadas,  
mis tropas son de mujeres  
y andan hoy en retirada.

En tan caóticos momentos se produce un caso de insania política: aparece la oscura carta del Coronel Manuel del Castillo, a Bolívar, publicada en Cartagena el 10 de octubre, una de las más violentas e implacables arremetidas contra el Libertador. El robo, la inmoralidad, el despotismo, son la divisa de Bolívar. La carta produce grande escándalo en Santa Fe, y el Vicario del Ejército Libertador, José Félix Blanco, sale en su defensa. Empieza comparando a Castillo con el vil Tersites, de la *Iliada*:



Era, pues, enemigo declarado  
de Aquiles y de Ulises, porque nunca  
cesaba de insultarlos neciamente...

Los versos de Homero, aplicados al Coronel Castillo, valen como látigo para todos los calumniadores:

¡Ah, Tersites locuaz y temerario,  
fértil solo en palabras, mas no en obras,  
que nunca hablas con juicio, ni prudencia!  
da fin a tus clamores sediciosos,  
y solo tú no ultrajes a los héroes.

De todos los mortales que han seguido  
a los hijos de Atreo hasta los muros  
de la soberbia Troya, no conozco  
un hombre tan cobarde y despreciable  
como eres tu insensato; y sin embargo  
injurias a los héroes, e imprudente  
proferes invectivas, contra Atrida.

Para el Vicario, reverso del Presbítero Torres y Peña, Castillo no es más que el denostador de Aquiles y de Ulises:

Tersites solo hablando sin medida  
un ruido muy terrible ocasionaba,  
nunca decir sabía sino oprobios,  
necedades e indignas groserías,  
e insultando a los héroes sin respeto,  
buscaba en su concepto lo más apto  
para mover a risa a los Argivos.

A pesar de los elementos de disolución de la ofensa y de su maligno virus, Bolívar deja pasar la saeta envenenada sin devolverla. Pero su ira comprimida es como la mano apretando el pomo de la espada sin desenvainarla:

El Coronel Castillo —dice— acaba de publicar en Cartagena un libelo contra mí, en que fraguando una negra trama de falsedades, desatinos y errores de todo género, ha compuesto una obra tan digna de él como indigna de la prensa. Moral, inteligencia, valor, todo se mancha en mi persona con imputaciones que solo el Coronel Castillo puede merecer, bien que sea la mas vil caricatura de cuantas han sido ludibrio de la especie humana.

En carta del 22 de enero de 1815 al Presidente de Nueva Granada, Bolívar, que ya ha leído la defensa del Vicario Blanco, también alude a la *Iliada*:

Yo, es verdad, podría contestar al Coronel Castillo; pero esto sería justificarlo, dando yo pruebas de bajeza, degradándome hasta la esfera del Coronel Castillo, que no merece entrar en lid conmigo sino como Tersites con Ulises.





Muy temprano se adelanta Bolívar a sus calumniadores y detractores, señalando cómo debe ser él juzgado. Es como una anticipada confesión de pecados que todavía no ha cometido, que no podrá omitirse en su largo proceso, en el examen de los cargos acumulados contra él en la más tremenda lucha de las armas y de las pasiones que viera el Continente. Cada acusación contra Bolívar, pues, ha de pasarse por el tamiz de su iluminante Manifiesto de Carúpano, del 7 de septiembre, uno de sus grandes documentos políticos, escrito no en el estilo energético, enfático y rotundo de sus arengas y proclamas, sino en forma sosegada y reflexiva; no la palabra del soldado, sino la del pensador:

Es una estupidez maligna atribuir a los hombres públicos las vicisitudes que el orden de las cosas produce en los estados, no estando en la esfera de las facultades de un General o Magistrado contener en un momento de turbulencia, de choque, y de divergencia de opiniones, el torrente de las pasiones humanas, que agitadas por el movimiento de las revoluciones se aumentan en razón de la fuerza que las resiste. Y aun cuando graves errores o pasiones violentas en los jefes causen frecuentes perjuicios a la República, estos mismos perjuicios deben, sin embargo, apreciarse con equidad y buscar su origen en las causas primitivas de todos los infortunios: la fragilidad de nuestra especie, y el imperio de la suerte en todos los acontecimientos. El hombre es el débil juguete de la fortuna, sobre la cual suele calcular con fundamento muchas veces, sin poder contar con ella jamás, porque nuestra esfera no está en contacto con la suya de un orden muy superior a la nuestra. Pretender que la política y la guerra marchen al grado de nuestros proyectos, obrando a tientas con sola la fuerza de nuestras intenciones y auxiliados por los limitados medios que están a nuestro arbitrio, es querer lograr los efectos de un poder divino por resortes humanos.

Yo, muy distante de tener la loca presunción de conceptuarme inculpable de la catástrofe de mi Patria, sufro al contrario el profundo pesar de creerme el instrumento infausto de sus espantosas miserias; pero soy inocente porque mi conciencia no ha participado nunca del error voluntario o de la malicia, aunque por otra parte haya obrado mal y sin acierto. La convicción de mi inocencia me la persuade mi corazón, y este testimonio es para mí el más auténtico, bien que parezca un orgulloso delirio. He aquí la causa porque desdeñando responder a cada una de las acusaciones que de buena o mala fe se me puedan hacer, reservo este acto de justicia, que mi propia vindicta exige, para ejecutarlo ante un tribunal de sabios, que juzgarán con rectitud y ciencia de mi conducta en mi misión a Venezuela. Del Supremo Congreso de la Nueva Granada hablo, de este augusto cuerpo que me ha enviado con sus tropas a auxiliarnos como lo han hecho heroicamente hasta expirar todas en el campo del honor. Es justo y necesario que mi vida pública se examine con esmero, y se juzgue con imparcialidad. Es justo y necesario que yo satisfaga a quienes haya ofendido, y que se me indemnice de los cargos erróneos a que no he sido acreedor. Este gran juicio debe



ser pronunciado por el Soberano a quien he servido: yo os aseguro que será tan solenne cuanto sea posible, y que mis hechos serán comprobados por documentos irrefragables. Entonces sabréis si he sido indigno de vuestra confianza, o si merezco el nombre de Libertador. Yo os juro, amados compatriotas, que este augusto título que vuestra gratitud me tributó cuando os vine a arrancar las cadenas, no será vano...

Tal es la ley moral que Bolívar quiere que le sea aplicada por sus Jueces. ¡Vana aspiración! Una y otra vez, hasta más allá de la vida, la calumnia se cebará en él, sin parar mientes en su aleccionador Manifiesto de Carúpano.

Es, precisamente, el instante en que una Asamblea le discierne el título de Libertador, cuando flamea contra él la saña de los poetas. De la imprenta bogotana de Espinosa vuelan a la calle, unas tras otras, las tiradas de prosaicos versos políticos, como el *Diálogo entre el Viejo Chapetón D. Diego Rota y la Vieja Doña Tecla Moncada, americana*, atribuido a Pedro Felipe Valencia; como la *Continuación y conclusión del diálogo del Viejo Chapetón*, y como *El Orejón al reimpressor de la Bagatela*, en cuyo final aparece la fábula de Iriarte *La Vibora y la Sanguijuela*, de valor permanente para la distinción entre el censor útil y el censor maligno. A fines del año, aciago para los patriotas, Bolívar toma el camino de Bogotá, donde se adelantan a hacerle aparecer como enemigo de la religión y de la humanidad. Desde que en Santa Fe se tuvo noticia de la marcha del Libertador, los realistas bogotanos empezaron a propalar mentiras y noticias tendenciosas: que Bolívar es un bandido, que es enemigo del nombre cristiano, que asesina sacerdotes, viola mujeres, profana templos y vasos sagrados, que viene matando y robando y que por todas partes esparce la desolación.

Como el espíritu religioso —lo dice Groot— es el medio más eficaz para mover al pueblo de Santa Fe, los realistas hacen circular profusamente la siguiente décima, atribuida al Clérigo bogotano Dr. Juan Manuel García Tejada, poeta popular, ya de espaldas a sus sáficos y adónicos en loor de Bolívar:

Bolívar, el cruel Nerón,  
este Herodes sin segundo,  
quiere arruinar este mundo  
y también la Religión.  
Salga todo chapetón,  
salga todo ciudadano,  
salga, en fin, el buen cristiano  
a cumplir con su deber  
hasta que logremos ver  
la muerte de este tirano.



Quien poco antes fue reconocido por el Gobierno de Cundinamarca como el Héroe de la Patria, ha venido a ser un malvado impío que no respeta el derecho de gentes ni observa regla alguna de moralidad. Lamentablemente —dice Groot, allí presente— fue el extravío de tantas buenas personas que se dejaron arrastrar por tales mentiras; pero doblemente lamentable fue que los Gobernadores del Arzobispado, Juan Bautista Pey y José Domingo Duquesne, expidieran un Edicto exhortando a los pueblos a la defensa de la Religión y de la Patria contra los invasores de Cundinamarca, en que pintaban a Bolívar y a su gente con los peores colores y le amenazaban con las espantables penas de la excomuniación.

Dice el descomedido Edicto, del 3 de diciembre: «Amenazados de una repentina irrupción de gente armada o de guerra implacable, en que no se guardan los estilos, leyes y reglas que precisamente se observan entre todas las naciones animadas de los sentimientos de humanidad, violándose el derecho de gentes y procediéndose por una despiadada crueldad. Interesándose ya nuestra santa e inviolable religión, que se halla en los términos de ser atacada y combatida en sus ministros y sacerdotes; en las vírgenes y sus monasterios; en sus templos y altares; en sus rentas; en sus alhajas y bienes, y aun en aquellos vasos sagrados que sirven inmediatamente al culto y al cuerpo y sangre de Nuestro Señor Jesucristo, que se ofrece todos los días por la expiación de nuestros pecados; teniéndose entendido que gobierna esta expedición el General Simón Bolívar, cuya historia es bien conocida en todo el reino; cuya crueldad es notoria a todos estos países, a que ha llevado la muerte y la desolación; y cuya irreligión e impiedad ha publicado él mismo y ha dado a conocer en una proclama que comienza: *Ciudadanos! infeliz del magistrado...*, inserta en el papel titulado *El Mensajero de Cartagena*. Atendiendo a estos urgentísimos y gravísimos peligros, siendo de nuestra obligación e incumbencia el manifestarles a los pueblos que pueden preocuparse con el terrorismo y con las artificiosas razones de una seductora política, y en que pretextando otras cosas pretenden esconder debajo de espaciosos ratiocinios el robo, el sacrilegio, la impiedad y la ruina universal: nos vemos necesitados... a manifestarlos claramente...» Y señalan que los que se envuelvan en la causa de Bolívar se hacen «cómplices de los mismos delitos y de la excomuniación...», y mandan que, para aplacar «la Soberana Justicia de Dios Nuestro Señor, se hagan las preces ordenadas por la Iglesia, una solemne procesión a Nuestra Señora, y un ayuno general...».

En una hoja suelta inspirada en el Edicto se excita a combatir contra Bolívar, *que ya está cerca*, dice. En el encabezamiento



aparecen estas imploraciones: *Viva Jesús. Levántate Señor mío Jesucristo; ayúdanos y sálvanos, por tu Santo Nombre. Amén.* Y estas palabras del Libro de los Macabeos: *Mejor es morir en la guerra, que ver los males de nuestra gente.*

El terrible Edicto circula por toda Santa Fe, ya cerca las tropas de Bolívar, en Tunja, cuando el Gobierno se adelanta a expedir una proclama a los pueblos señalando las demasías del Arzobispado, lo que mueve a sus Gobernadores a cantar la más resonante palinodia, a darle las más cumplidas satisfacciones al Libertador, elogiándole y retractándose de sus violencias, en nuevo Edicto del 16 de diciembre.

Nadie tiene, quizá, tan implacables enemigos como Bolívar; y entre ellos tal vez ninguno como el Presbítero Dr. José Antonio Torres y Peña, Cura de Tabio y exaltado realista. Todo su odio zahiriente, puñal que se complace en hundir una y otra vez como en carne viva en el nombre del Libertador, lo recoge en un largo e impiadoso poema, *Santa Fe Cautiva*, crónica versificada de la llegada de Bolívar a Bogotá, y luego del triunfo de las huestes de Latorre y del pacificador Morillo. Todo el poema —tentativa épica, en nueve cantos, de escaso mérito literario, pero rico en sugerencias para el conocimiento de la contienda, del frenesí político del día— respira el más furibundo españolismo y revela la aversión más profunda hacia Bolívar, a quien llama, a cada paso, tirano, monstruo y aun enemigo de la Religión, y otros tremebundos denuestos que llenan sus octavas. Su retrato de Bolívar es el reverso del de Olmedo:

... Mozo

Con aspecto feroz y amulatado,  
de pelo negro, y muy castaño el bozo;  
inquieto siempre y muy afeminado,  
delgado el cuerpo y de aire fastidioso,  
torpe de lengua, el tono muy grosero,  
y de mirar turbado y altanero.

Las acusaciones del iracundo sacerdote sobrepasan los lindes de la hipérbole:

Jamás produjo el suelo americano  
en sus selvas o breñas más espesas,  
ni en sus diversos climas un tirano,  
o caribe de entrañas más aviesas:  
no vio monstruo más fiero e inhumano  
ni tigre ni dragón que en sus sorpresas  
igual estrago le haya ocasionado  
al que Simón Bolívar le ha causado...



El sangriento Bolívar al pillaje  
de los negros bandidos, que acaudilla,  
añade en todas partes el ultraje  
de exigirle el respeto a su gavilla.  
Aunque sean oficiales en el traje  
no son más que asesinos en pandilla,  
que de arrieros, esclavos y hombres vagos  
Bolívar adiestró con sus estragos.

En otra octava, alusiva al fusilamiento en Honda, el 30 de enero, del Padre Corrella, Torres y Peña pone en boca del capuchino un apóstrofe que recuerda al Dante; él, camino de la muerte, en mansión de paz, y Bolívar en región de eterno llanto:

Mira Bolívar, mira que me duele  
el que en tu eterna perdición te obstines.  
No pienses que el morir me desconsuele  
aunque a suplicio inicuo me destines.  
A la mansión de paz harás que vuele  
mi espíritu inmortal mientras camines  
por las sendas del crimen, hasta tanto  
que llegas a región de eterno llanto.

El Padre Torres y Peña se adelanta así a la advertencia de Heine al Rey de Prusia: «Ten cuidado con los poetas, no sea que te metan en el infierno.»

Empero, quien escribe horrores tales, según lo reconoce Groot, es sacerdote modelo de virtudes, humilde, casto, desinteresado y penitente, que tiene, además, el valor de sus profundas convicciones. Lo que no obsta para que Santander diga de él que «este escritor es tan acreedor a una horca como lo fue Judas Iscariote».

Pero es necesario reconocer —dice J. M. Restrepo— que si *Santa Fe Cautiva* desborda odios contra el Libertador, algunas de sus estancias reflejan la realidad, por más que la coloren los ocres de la pasión. A la aterradora carta de Bolívar a D. Juan Jurado, escrita a las puertas de Bogotá, en Techo, el 9 de diciembre de 1814, en que le dice:

Santa Fé va a presentar un espectáculo espantoso de desolación y muerte: las casas serán reducidas a cenizas, si por ellas se nos ofende. Llevaré dos mil teas encendidas para reducir a pavesas una ciudad, que quiere ser el sepulcro de sus libertadores, y que recibe con oprobios los más ultrajantes al que viene de tan remotos países a romperle las cadenas que sus enemigos quieren imponerle... Esos cobardes tanto como fanáticos me llaman irreligioso y me nombran Nerón; yo seré pues su Nerón. En fin envío la última intimación...

Ud. puede hacer variar este decreto, y si no, es la segunda víctima después del Presidente. Adiós, hasta que me vea como su Libertador o su juez,



corresponden estas octavas:

Ya con efecto el escuadrón contrario  
sobre el campo de Techo se formaba,  
y en estilo brutal y sanguinario  
con nueva intimación amenazaba,  
en que de no rendirse al cruel contrario,  
las primeras cabezas que cortaba  
serían (dice el tirano desalmado),  
al Presidente y a don Juan Jurado.

En Santafé miraron con desprecio  
la vil intimación, y se contesta  
con dignidad que del orgullo necio  
estar lejos su crianza manifiesta.  
Bolívar se creyó que hablando recio  
abate a Santafé, y la deja expuesta  
a que someta el cuello a la cadena,  
por no sufrir si él vence dura pena...

Años después, en 1828, en Bucaramanga, en sus conversaciones con Peru De Lacroix, Bolívar recordaría con risa y desprecio la tragicomedia de 1814:

¡Pero qué impudencia todavía por parte de nuestros charlatanes sagrados! No puedo acordarme sin risa y sin desprecio del Edicto con que me excomulgaron a mí y a todo mi ejército, los Gobernadores del Arzobispado de Bogotá. Dres. Pey y Duquesne, el día 3 de diciembre del año 14, tomando por pretexto que yo venía a saquear las iglesias, perseguir sacerdotes, destruir la Religión, violar las vírgenes y degollar los hombres y los niños; y todo esto para retractarlo públicamente con otro Edicto, en el que en lugar de pintarme como impío y hereje, como en el primero, confesaban que era yo un hueno y fiel católico. ¡Qué farsa tan ridícula y qué lecciones para los pueblos! Nueve o diez días de intervalo hubo entre aquellos dos Edictos: el primero se dió porque marchaba sobre Bogotá por orden del Congreso General y el segundo por que había entrado victorioso en aquella capital.



# 1815

Las mejores frutas son las que han picado los pájaros, y los hombres más honrados, los que destroza la calumnia.

Pope.

En 1815 arrecian, como negro temporal, las diatribas contra Bolívar. El implacable José Domingo Díaz, en la *Gaceta de Caracas* y en sus folletos descomedidos, le llama bárbaro, rebelde, orgulloso, ambicioso, tirano, sedicioso, Caja de Pandora, malvado, déspota, insolente, inhumano, cobarde, sacrilego, insensato, miserable, pérfido, inepto, presumido, incapaz, feroz, perjuro, imprudente, traidor, aturdido, monstruo, ignorante, usurpador, impío, faccioso, asesino, vil, bandido, presuntuoso, necio, loco. Pone en su boca palabras de cobardía: «No hay remedio, no puedo batirme con Boves: tiemblo con su presencia.» De su vida privada dice cosas espantables: «La historia de sus placeres: no sería ésta obra para plumas comunes... Descubrir sus indecentes y criminales distracciones sin ofender el pudor, o el honor de algunas familias, y pintar su voluptuosa conducta con los colores de la decencia, es obra de entendimientos poco comunes.»

Díaz es de los primeros, y no serán pocos, en llamar loco a Bolívar, como lo dice sin rebozo en la *Gaceta* del 17 de junio:

Es indudable que el señor Libertador Simón se ha creído un hombre extraordinario, o más bien un héroe. Sus baxísimos aduladores se lo repetían a todas horas, y él no necesitaba de muchas repeticiones. Parece que se ha propuesto imitar a Napoleón Bonaparte. Lindo modelo! No es una debilidad a secas la que padece el cerebro del Libertador Simón: está acompañada de la más alta irritabilidad. Es verdaderamente un loco: pero un loco que ha cogido la locura por ser soberano. Lo peor es que por serlo y parecerlo, aunque teatralmente, incendia pueblos, degüella hombres, destruye todo cuanto encuentra por delante o está a su alcance: las mejores instituciones, los más útiles establecimientos. Nada le importa como consiga que le pongan una corona de cualquier cosa, le hinquen la rodilla, cubran con cortinas las ventanas de los pueblos en donde entra, y se sacrifiquen a su brutal disolución el pudor y la honestidad. Su enfermedad es incurable: es ya un hábito.



Los persas —decía Xenofonte— enseñaban a sus hijos a tirar el arco y a decir la verdad. José Domingo Díaz no sabe ni una cosa ni la otra. Es, no más, un nuevo Carrión, a quien pinta el Dante con la garganta vacía de la lengua, «que en su decir fue tan osado».

Y sigue su marcha el cenagoso raudal de las pasiones. Vicente Salías bautiza a los españoles con el epíteto de *godos*, y los peninsulares, a su vez, llaman a los patriotas *los insurgentes* y también *los chucutos* —nombre que se da a los caballos sin cola y a los desorejados—, con lo que aluden al hábito de los patriotas de cortarse el pelo de raíz. De Simón Bolívar los españoles forman el anagrama *Simbolo de Ruina* y de Bolívar este otro anagrama: *Obra vil*. En cambio, a Boves, encarnación del Tirano Aguirre, los poetas populares lo colman de alabanzas:

Está del valiente Boves  
la victoria enamoráa,  
siempre le lleva la lanza,  
aonde quiera que va.

En la batalla lo libra  
de las manos de la muerte,  
de velo matá patriota  
llena de amor se divierte.

Victoria en su campamento  
los patriotas cantarán,  
cuando remuevan sus manos  
el Peñón de Gibraltáa.

Dicen que los chapetones  
desde que Boves murió,  
le dicen a sus canillas,  
¿para que te quiero yo?

A su vez los patriotas le dedican este soneto lapidario, fatalmente incompleto:

Calígula, Nerón y Dioclegiano  
lloran sobre esta lápida sombría  
al ver que dió el terror la primacía  
a este monstruo que supo ser tirano.

A todos juntos superó el hispano  
Boves padre de la rabia impía;  
fué ejemplo de crueldad y tiranía,  
exterminio y azote americano...

.....  
Caminante, no pises sus cenizas:  
puedes emponzoñarte si las pisas.





A fines de enero Bolívar deja Bogotá y pasa a Cartagena, donde le esperan nuevas desazones. Y son de tal magnitud que desde allí jura por su honor que no volverá a encontrarse en otra guerra civil, porque no ha de servir más a la Nueva Granada, donde se trata a sus libertadores como tiranos y donde se infama y calumnia la virtud. Pero no son más que las ráfagas de sus pasajeras cóleras, violentas y fugaces como los relámpagos. El 30 de abril el Gobierno le responde enérgicamente, desaprobando su conducta militar y observándole que él ha «violado escandalosamente las órdenes de la autoridad, pretextando hacerlo en su defensa, y ha dado la última prueba de que no obra según sus sentimientos sino con una arbitrariedad que no debía esperarse, porque ningún motivo por poderoso que sea puede cohonestar el quebrantamiento de las órdenes superiores». Y agrega el Gobierno de Bogotá: «Aunque no ha admitido la renuncia que hace V. E. de ese mando, de hecho queda separado de él, si en lo mas mínimo dejare de cumplir V. E. las prevenciones que ahora voy a hacerle...» Así se le reprueba su ataque a Cartagena, contra la determinación del Gobierno, corriéndose en Santa Fe la voz de que él amenaza la libertad de sus conciudadanos y de que, dueño de todas las armas y sostenido por oficiales de su devoción, aspira al mando absoluto.

Sin embargo, mientras esto sucede, circula en la Villa atlántica, impresa, la canción *Al Thrasibulo de Cartagena, el General Manuel del Castillo*, el violento adversario del Libertador, a quien así se denosta de modo indirecto. Dice el coro, oído con desprecio por Bolívar:

A Castillo valiente,  
de Cartagena honor,  
Minerva, Atrea y Belona  
lo aplauden con amor.

Ante el duro reproche del Gobierno de Bogotá y después de nuevas peripecias militares, Bolívar abandona el mando de sus tropas y se hace a la vela, el 9 de mayo, hacia Jamaica, donde escribiría, el 6 de septiembre, uno de los grandes documentos políticos del siglo: su famosa *Carta profética*.

La muerte del cartagenero Manuel del Castillo, en 1816, correspondería, por ironía del destino, a sus alevosías contra Bolívar: fusilado de espaldas por los españoles.





*Proyecto de Digitalización*  
Academia Dominicana de la Historia

# 1816

Todos saben que el que no hace nada no está expuesto a reconvenciones, porque nunca yerra; la inacción es un yerro que vale por muchos.

*Simón Rodríguez.*

El año de 1816, podrá decirse, es el año del Bolívar errabundo, perseguido por la adversidad. En enero está con Petión, en Haití; en marzo, en la isla dominicana La Beata, rumbo a La Margarita; en julio sufre tremenda derrota; el 16 de agosto, al regresar de Jamaica, su estrella sigue oscurecida: amotinán contra él la población de Guiría; le acusan de cobardía y deserción; le colman de improperios y hasta atentan contra su vida; en septiembre está otra vez en aguas de Santo Domingo, en Jacmel, y en diciembre en Venezuela, en Barcelona, puesta a precio su cabeza. En carta del 31 de agosto, tardíamente publicada por la *Gaceta de Madrid* el 18 de junio del siguiente año, el General Morillo le dice a su Gobierno: «Este Virreinato tenía un Gobierno insurgente central constituido por la fuerza y regado con la sangre de un pueblo cándido y opuesto al sistema de centralización que por mano del caribe Bolívar establecieron los jacobinos por la fuerza.»

El grave revés de Bolívar, la caída de Cartagena de Indias, es jubilosamente cantado por los poetas realistas. En su *Oda a la reconquista de la Plaza de Cartagena*, el versificador Vicente Sánchez Cerquero omite el nombre de Bolívar. También lo omite el cubano realista M. de Zequeira en su *Himno a la victoria de Cartagena*. En otro *Himno de gratitud*, anónimo, tampoco se menciona a Bolívar por su nombre, pero le aluden violentamente:

## HIMNO DE GRATITUD

¡Con qué satisfacción, con cuanto orgullo  
el pueblo de Granada, cuya diestra  
esforzada, robusta, y poderosa  
destrozó enfurecido las cadenas  
que encorvaban su cuello con su peso!  
Con qué placer, repito, hoy recuerda  
las virtudes heroicas, la bravura,  
las acciones grandiosas, las proezas  
con que el brazo invencible de sus hijos,



con formidable estruendo, echó por tierra  
 el trono del tirano de Colombia:  
 de aquel monstruo infernal, de aquella fiera  
 que el tártaro abortó para mal nuestro  
 y para hacer brillar nuestra firmeza,  
 que traidor a su patria y a las leyes,  
 erigió por la intriga y la violencia,  
 sobre la sangre y miembros palpitantes  
 de víctimas ilustres que el hiciera,  
 y sobre los escombros y las ruinas  
 de aquella libertad, santa centella  
 con que el Divino Ser nos ennoblece  
 y a Él nos asemeja y nos acerca.

En efecto, su espada parricida,  
 con infame traición la más horrenda,  
 en los pechos sencillos granadinos  
 con rabia y feroz saña se ensangrienta  
 por medio del muy bárbaro Jiménez,  
 del malvado Briceño y Urdaneta.  
 Fernández el brutal, Carrillo, Mares,  
 Patria, Ahumada, París, y aquella fiera  
 de Moloc, sacerdote y no de Cristo;  
 de Ramirotes hablo... ¡alma negra...!

Mis esclavos seréis, gritó irritado,  
 y mi yugo fatal, que la insolencia  
 pretende sacudir, pesará siempre  
 sobre vuestras cervices con fiereza.  
 Dad, vosotros amigos a Granada  
 a mi carro triunfal lazadas nuevas.  
 Mas si alguno insolente resistiera  
 el arrastrar de nuevo mis cadenas,  
 convertid en cenizas sus hogares,  
 talad todos sus campos y praderas:  
 muera el mozo y el viejo, muera el niño,  
 y muera la mujer, y todo muera,  
 sin que la espada cruel economice  
 el sexo ni la edad, anciana o tierna:  
 yo reinaré monarca solitario  
 sobre sus escombros y pavesas.

Dijo: y esos brutales leones fieros,  
 feroces se abalanzan a la presa,  
 y con hórrida rabia en nuestros pechos  
 sus mortíferas garras ensagrientan,  
 haciendo que mil víctimas recientes  
 cubran de sus altares la ara negra,  
 hasta que al fin el pueblo granadino,  
 cansado de sufrir tanta fiereza,  
 arrostrando la muerte y los peligros,  
 ansioso de dar fin a su carrera,  
 a las armas, esclama: vamos, vamos  
 a vender con aprecio la existencia,  
 mostrando con semblante denodado,



con valor, con constancia y con firmeza;  
que el pueblo granadino ha de ser libre,  
o morir con honor en la palestra.

Cual toro que acosado y en su huida  
suele volver feroz en su defensa,  
rompiendo las espadas y las lanzas  
y atropellando airado al que lo estrecha,  
así los bravos hijos de Granada  
vuelven contra las huestes caruiceras,  
llevando la cruel muerte y el espanto  
y la desolación por donde quiera.

Los jefes denodados que los gufan,  
los héroes de Granada, cuyas diestras  
hacen temblar los déspotas cobardes  
que huyen despavoridos con bajaesa,  
a una victoria cierta los conducen,  
reduciendo a la nada la caterva  
de los liberticidas, que en el polvo  
y en su propia ignominia envueltos quedan.

En la feliz Palmira quedan rotos  
el yugo granadino y sus cadenas;  
en el Abejorral se echan al fuego  
quedando reducidas a pavesas;  
en Cerinza disueltas se levantan  
y anonadadas en el Istmo quedan.

Gloria eterna a las armas de Granada,  
loor eterno a los héroes que las llevan:  
loor al grande Moreno, al bravo Obando,  
y a los siempre impertérritos Herrera,  
Luque, Lopez, Carmona, Durán, Vargas,  
Córdova y Gaitan, cuyas proezas  
redujeron a polvo el cetro duro  
del tirano Urdaneta y su ralea.

Gloria a toda Granada, siempre heroica,  
ilustre, generosa, libre y diestra,  
cuyos hijos intrépidos, valientes,  
belicosos, terribles en la guerra,  
son en la paz sumisos, moderados,  
y prestan a la ley ciega obediencia.

Por entonces aparece en Medellín, en la Imprenta del Gobierno, regentada por Manuel María Villar Calderón, una poesía anónima, plena de vilipendios para los patriotas —insurgentes y traidores, dice— y en particular para Bolívar:

Este monstruo voraz, lascivo, inmundo,  
traidor, inicuo, cruel y sanguinario,  
de la impiedad compendio sin segundo,  
y el mayor insolente y refractario,  
queriendo dominar a todo el mundo,  
a Cartagena loco y temerario  
se dirigió para ponerla asedio,  
y allí quedó perdido sin remedio...



Son versos que reflejan, mejor que todo documento, las violentas pasiones del día.

Ni en la propia cuna del Libertador ni en Bogotá descansan sus detractores. En la *Gaceta de Caracas*, en ediciones sucesivas del mes de julio, se narran largamente sus peripecias al gusto de José Domingo Díaz. En la edición del día 10, dice: «El sedicioso Simón Bolívar que había sido expulsado ignominiosamente de Cartagena y Santa Fe a principios de 1815 por sus compañeros, y en virtud de sus horribles y nuevos crímenes, y de sus despreciables cualidades; que llegado a la Isla de Jamaica había visto sobre sí el odio público, y salvándose del puñal que equivocadamente dirigió el golpe al pecho de Manuel Amestoy, su compañero de habitación; que prófugo de aquella Isla había arribado al único punto de seguridad que le restaba en este hemisferio, a Los Cayos de San Luis, encontró en él una banda de los mas perversos asesinos de Venezuela.» Y en la *Gaceta de Santa Fe*, del 19 de septiembre, en la que se le llama *canibal*, aparecen insultos de este jaez inspirados por el Pacificador Morillo: que la memoria de Simón Bolívar «debe oscurecer la de todos los monstruos que han manchado los anales del Mundo; ella inspirará horror a las generaciones futuras; su nombre será tomado por la mas terrible injuria, y servirá de espanto aún a los mayores malvados». Demasías que repetiría sin empacho el detractor Riva-Agüero, atribuyéndoselas a un periódico de Venezuela.

Como contraste, en la misma *Gaceta*, del 17 de octubre, se publican estas alabanzas a Fernando VII:

#### SONETO

Cubierta de trofeos de campaña,  
humillado un tirano formidable,  
dejando el Trono de su Rey estable,  
libre su Patria de cadena extraña;

Los fuertes hijos de la Madre España  
abandonando su regazo amable,  
atraviesan el mar interminable  
siempre anhelando por mayor hazaña.

Vuelan cual rayo, y luego a su llegada  
reducen de Colón el hemisferio.  
Lanzóse al Orco la discordia airada,

sólo a la vista del valor hisperio,  
y hoy con lazos de amor se ve Granada,  
sujeta de Fernando al dulce Imperio.



# 1817

Los hombres de luces y honrados son los que debieran fijar la opinión pública El talento sin probidad es un azote... Los intrigantes corrompen los pueblos, desprestigiando la autoridad.

*Bolívar.*

Duro año el de 1817. Es el año del dramático episodio de Casacoima, el 4 de julio, y del trágico fusilamiento de Piar, el 16 de octubre, sucesos disímiles pero igualmente trascendentales en la vida de Bolívar, en lo más arduo de sus luchas contra las adversidades y las intrigas.

Entre los juglares realistas el acto de energía de Bolívar, en Casacoima, se reduce a esta burla:

Bolívar en Casacoima  
cuando cayó a la laguna  
le dijo a sus capitanes:  
todas las muertes son una.

Como Don Juan II, alma de bien, que firma la sentencia de muerte de D. Alvaro de Luna, la más egregia figura del Reino, Bolívar autoriza la muerte del bravo Piar, por lo que no dejarían de denostarle. Años después, por el 1827, diría la musa popular:

Por gran insubordinado  
fue el bravo Piar fusilado,  
y Páez, según se ve,  
va a completar la otra P.

En la Prensa de Caracas y de Bogotá predominan los denuestos contra los patriotas, particularmente contra el Libertador: en la *Gaceta de Santa Fe*, redactada con toda su encendida pasión por el Presbítero bogotano Juan Manuel García Tejada, que antes ensalzara a Bolívar, solo hay elogios para los soldados realistas y los trasnochados artículos de la Prensa española, reproducidos, en que campea la servil sumisión a Fernando VII.

Con la anuencia de Morillo el Clérigo García Tejada se complace en emplear los grandes titulares de la *Gaceta* en los peores calificativos para el Libertador: *El Canibal Simón Bolívar*, *Al Pérfido Simón*, *El mismo asesino Simón Bolívar*, *El Calavera de*



*Bolívar*; y al Ejército Libertador lo llama *Faramalla de los independientes, Grupo de bandidos...*

De las diatribas de García Tejada bastará decir que él es autor de la *Canción cantable o jácara, que si la oliera el diablo que la tuviera*, de la que diría Menéndez y Pelayo que es un «poemita en alto grado ofensivo a la pulcritud del olfato, y que será conocida de cualquier español por estas señas».

Afortunadamente, para Bolívar, como él mismo lo dice, no pertenecen a la Historia ni la falsía ni la exageración, sino tan solo la verdad; y en todos sus actos revela que sabe colocarse sobre sus adversarios con un mayor espíritu cristiano.





# 1818

Pero yo os digo a vosotros que me escucháis:  
amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os  
aborrecen, bendecid a los que os maldicen y orad  
por los que os calumnian.

*San Lucas.*

Para mayor escarnio del Libertador sus adversarios mezclan las diatribas contra él con las alabanzas a Morillo, como en el soneto del ignorado J. R. C., publicado en la *Gaceta de Caracas*, del 25 de febrero:

## SONETO

Morillo, digno de inmortal memoria,  
general sabio, activo y valeroso;  
terror del insurgente sanguinoso,  
y del nombre español honor y gloria.

Recibe el parabien de la victoria  
debida a ese tu brazo poderoso:  
y la acción del Sombrero y Calabozo  
colóquese en los fastos de la historia.

Llore el traidor Bolívar los estragos  
de su engañada y miserable gente  
al ver de su exterminio los amagos.

Nuevas empresas su perfidia intente  
que con él, y su ejército de vagos  
sabrà acabar un español valiente.

También Morillo se suma al coro de los vociferantes contra el Libertador, llamándole *el infame Bolívar, traidor*.

El 16 de marzo, en la misma *Gaceta*, se anuncia un descalabro militar de Bolívar en los llanos de Aragua. Dice que no se contenta ya sino con el título de Emperador, y en la quintilla que precede a la noticia subraya irónicamente la palabra Patria:

En el preciso momento  
en que la *Patria* se hallaba  
mas creída de su aliento,  
por un nuevo mal acaba  
de otorgar su testamento.



Como en la *Gaceta de Caracas*, en la de Santa Fe se amontonan los dictérios contra Bolívar. En la edición del 5 de agosto se reproduce una carta de Bolívar al Coronel Rangel, del 17 de febrero, precedida de un comentario en el cual se le llama caníbal y en que dice que se publica «para que se conozca el carácter pérfido y atroz de este genio nacido en mal punto para destrucción de su mismo país, y oprobio de la humanidad». Elogia al mismo tiempo a Morillo y a Sámano, «que saben cortar por el valor y el consejo los planes de un Libertador tan risible como abominable». A seguidas de la carta dice la *Gaceta* que «se cree haya muerto ya Bolívar y que se cumplen tarde o temprano las palabras del salmo: *El varón sanguinario y doloso será abominado de Dios*»; y agrega un oficio de Morillo participando la ocupación de Calabozo por Morales y «las sospechas de haber muerto Bolívar en Rincón de los Toros».

No es la primera vez que *muere* Bolívar. Es la grande, la esperada, la preferida noticia de sus adversarios puesta a volar repetidamente en alas de la impotente insania.

Así avanzan las sombras de la calumnia, repetida, propagada gozosamente por gente de la misma calaña de los calumniadores. Afortunadamente, toda mentira dice más de una verdad: la que pretende oscurecer y la que revela en sí misma, en su vasta gradación, desde la perversidad de espíritu del que forja la mentira hasta la revelación de los eternos medios y fines comunes de la maledicencia, de la cobardía y de la intriga.



# 1819

¿En quién ponéis lengua siendo quien sois?

*Fray Alonso de Cabrera, Sermones.*

Este año de 1819, en que ya es indiscutible la autoridad militar del Libertador en Venezuela tras sus últimas campañas, es también año de resonantes diatribas contra él no solo en sus propios lares, sino también más allá del Continente.

El Mayor George Dawson Flintner, oficial inglés en las tropas de Bolívar de 1815 a 1817, publica en Londres *A history of the revolution of Caracas, comprising an impartial narrative of the atrocities committed by the contending parties*, en la que, entre otras infamias, dice que Monteverde es de carácter extremadamente humano y Bolívar un sanguinario a la manera de Nerón: «the sanguinary Bolívar, in the true character of a Nero...». Y al final de la obra le dedica un largo y acusatorio párrafo a los «Proceedings of Bolívar, his base treachery to Piar».

De espaldas al Libertador, el Coronel Wilson, también inglés, no vacila en ofrecer sus servicios a España, y cae en la baja de decir que Bolívar le debe dinero y qué con su nombre y apellido ha formado este anagrama: *Mal bribón soy*.

En el *Manifiesto de las Provincias de Venezuela a todas las Naciones civilizadas de la Europa*, firmado en Caracas el 6 de abril, publicado en folleto, en español, francés e inglés, que tardíamente aparecerá en *El Telégrafo Mexicano*, de Madrid, el 15 de septiembre de 1821, le llaman «el sedicioso Bolívar... criado en una educación descuidada y opulenta: lleno de un orgullo insoportable, que le daban su fortuna y su carácter; aturcido y viciado en la libertad de una vida sin freno ni respetos, sin costumbres y con una moral negativa», y agregan que «dio a conocer desde entonces que algún día llenaría de sangre y de delitos el país que dominase...». Y luego el acostumbrado rimerero de dicterios: «el Asesino, el Traidor, el Bárbaro, el Tirano, tan cobarde como impudente...». La simple enunciación de los capítulos del *Manifiesto* —preparado con el objeto de poner de resalto la conducta política y militar de Morillo frente a la de Bolívar. «Jefe de los revoltosos», basta para conocer el tendencioso escrito: *Venezuela antes de la revolución y origen de ella; Arribo de Miranda a*



*Venezuela, sucesos durante su mando; Primera época de Simón Bolívar en la revolución, su carácter y demás circunstancias; Primera Campaña de Monteverde contra los rebeldes; Regreso de Bolívar a Caracas con fuerzas de su mando, faltando a lo pactado con Monteverde; Su feroz campaña; Derrota de Bolívar por sus mismos compatriotas, al mando de Boves y Ceballos; Procedimientos de Bolívar en Santa Fe; Arribo de la expedición al mando del General Morillo; Segunda derrota de Bolívar; Tercera derrota de Bolívar; Marcha asombrosa del General Morillo; Cuarta y quinta derrotas de Bolívar; Resultados hasta la fecha de este Manifiesto, de los delirios de Bolívar y sus secuaces; Avisos de los caraqueños a los extranjeros incautos.*

Como en su Manifiesto de Carúpano, en su memorable discurso de Angostura, el 15 de febrero, insiste Bolívar en los graves males de las intrigas y de las pasiones políticas: «la ambición, la intriga —dice— abusan de la credulidad y de la inexperiencia de hombres ajenos de todo conocimiento político, económico o civil; adoptan como realidades las que son puras ilusiones; toman la licencia por libertad, la traición por el patriotismo, la venganza por la justicia. Semejante a un robusto ciego que instigado por el sentimiento de sus fuerzas, marcha con la seguridad del hombre mas perspicaz y dando en todos los escollos no puede rectificar sus pasos... Si no hay un respeto sagrado por la Patria, por las Leyes, y por las autoridades, la Sociedad es una confusión, un abismo: es un conflicto singular de hombre a hombre, de cuerpo a cuerpo».

Y esta es la verdad: Bolívar tiene ante sí el abismo, cada vez más ancho y pavoroso. Vive ya en la angustia, en ese fecundo estado de alma producido por la acción permanente, en la vigilia de la guerra y en la decepcionante agonía de la política. Ese estado de alma del Libertador, que no le dejará sino en el sepulcro, puede vérselo en el rostro seco. En solo dos palabras, en una frase escueta, lo descubre el inglés C. Brown, hostil a los patriotas, en su *Narrative of the expedition to South America*, publicada en Londres en 1819: «su rostro es cetrino y fuertemente marcado por la ansiedad». Nadie ha dicho tanto de Bolívar en tan pocas palabras, porque su vida, como su rostro, también está marcada por la ansiedad.



# 1820

Vuestro odio sólo debe encenderse contra los perversos.

*El Koran.*

Del exterior siguen llegando, con las faustas nuevas del alzamiento de Riego y de Quiroga en Cádiz, el 1º de enero, y en contraste con las alabanzas del Abate de Pradt, las calumnias y las invectivas. En su *Narrative of proceeding in Venezuela*, impresa en Londres, George Laval Chesterton, de la Legión Británica, concluye defendiendo a los monárquicos contra los patriotas. Y de Bolívar ofrece una semblanza ensombrecida por la antipatía: que su voz es áspera y desagradable y sus maneras frías y repulsivas en extremo; que su desengaño del héroe fue verdaderamente grande; que cuando conversa sus ojos permanecen abatidos; que no posee talentos. Y a esta sombría pintura agrega la chismografía adversa: que tiene muchos enemigos entre los patriotas; que tan grande es el partido contra él que si Páez fuera un hombre ambicioso hace tiempo le hubiera excluido del mando supremo, pues es mucho más amado por los nativos, que hablan del llanero como el principal sostén de la guerra; que se debe a celos de Bolívar el que Páez permanezca en el grado de Brigadier General, y que se dice que Bolívar es vengativo y tiránico.

En la Prensa de Madrid no dejan de aparecer las especies calumniosas. En *El Universal Observador Español*, del 5 de julio, se dice que Bolívar, al saber que Fernando VII había jurado la Constitución, «pensaba desistir de su empeño y unirse a la Madre Patria», y en el mismo periódico, del día siguiente, en un *Discurso dirigido a los súbditos britanos que van en expedición a la América del Sur*, por «un Oficial britano que se ha hallado en el teatro de acción desde el principio de la Revolución», llaman a Bolívar el sanguinario, y parangonan a Venezuela con Haití en la lucha de los negros contra los blancos, que califica «la mas injusta de las guerras que jamás hayan infamado la naturaleza humana».

Tampoco la poesía desmaya en su triste afán de detracción. En carta de Santander a Bolívar, del 12 de agosto, le dice: «No puedo dar voto en la poesía *Horrendo cuadro* porque no conozco ni las



cuartetos. El cuadro es bien horrendo.» Alude Santander al *Cuadro* que aparecía poco después en la edición del 10 de septiembre, de la *Gaceta de la Ciudad de Bogotá*.

No ha surgido aún la fatal discordia que separará a Bolívar de tan útil y eficaz colaborador como Santander, germen de tantos males, pero ya empiezan a crearse los elementos deletéreos de la desavenencia. Basta leer la pomposa dedicatoria del opúsculo del «bullicioso y entremetido» José F. Merizalde acerca de un acto académico celebrado en Bogotá: *Al Héroe de Colombia, Primer Genio, Honor y Gloria de Cundinamarca, Ilustre Promotor de su libertad, Benemérito Vice-Presidente de este Departamento, Dignísimo Patrono del Seminario, al Excmo. Señor Francisco de Paula Santander, de la Orden de Libertadores, General de División, Condecorado con la Cruz de Boyacá, Sabio, Prudente, Virtuoso, en señal de Gratitud, respeto y reconocimiento*. ¿No se pretende ya encumbrar a Santander por encima de Bolívar?

Entre tantas pequeñeces y desazones un suceso trascendental acalla de pronto las malas voces: la memorable entrevista de Bolívar y Morillo, el 27 de noviembre, en Santa Ana.



# 1821

Cada uno tiene quien lo alabe y, a la vez, quien lo denigre.

*Proverbio italiano.*

La Prensa española no cesa en su espaciada ofensiva contra Bolívar. *El Universal*, de Madrid, en su edición del 18 de junio, le acusa de haber roto el armisticio celebrado con Morillo. Dice: «No puede haber contrato con quien no es capaz de cumplirlo: entre otras pruebas vaya la del pérfido Bolívar en el armisticio que acaba de quebrantar escandalosamente, degollando durante él en Santa Fe de Bogotá, los prisioneros que tenía; batiendo dos partidas realistas; ocupando la Provincia de Maracaibo, y contestando a la reconvencción del General Latorre, sobre estos horrores, con *independencia o muerte.*»

*El Telégrafo Mexicano*, también de Madrid, del 1º de septiembre, aludiendo a los sucesos políticos de la Península, se hace esta pregunta por demás significativa: «¿Si pensaría acaso que Simón Bolívar vendría volando a fundar otra República imaginaria en España?»

Las desbordadas contumelias agotan la paciencia de Bolívar. Así, el 6 de mayo, en su renuncia a la Presidencia, dice que está cansado de oírse llamar tirano. Y es claro que entre los detractores de la hora se halle Rafael Diego Mérida, a quien Bolívar pinta con negros colores en su carta del 18 de noviembre al General Santander: «Díscolo por carácter, intrigante y aún perverso ha querido envolver la República en males horrorosos cuantas veces ha podido. No sólo ha publicado papeles escandalosos... La República debe desconfiar de este mal ciudadano...» Hasta el feroz José Domingo Díaz juzga duramente a Mérida, a quien llama perverso y sacrílego. Díaz, el *gacetero de Caracas*, aplica a Bolívar los vulgares epítetos de ladrón, asesino y cobarde en una de sus menguadas arremetidas:

Simón Bolívar, como ya le dicho, guiado de una ambición de que no hay ejemplo, había abandonado a nuestra Patria en 1821, y marchado al Perú para cubrirlo de sangre, luto, lágrimas y delitos. Cuando las alhajas de las iglesias y los bienes de los particulares habían satisfecho de algún modo su rapacidad, cuando



montones de escombros, de cenizas y cadáveres eran los anales de sus hazañas, y cuando los pueblos destrozados vueltos de su espanto tomaban las armas para vengar sus ofensas, el *Ambicioso* abandonó cobardemente el suelo que había designado para su Imperio, y apareció otra vez en nuestra Patria.

Así el vil calumniador cae en las propias redes de su mendacidad: le dice cobarde a su adversario y a renglón seguido agrega que ha aparecido otra vez en su Patria. Y su milagrosa aparición no es para mantenerse a buen recaudo, como Díaz, sino para dar de nuevo el pecho a las bayonetas españolas.

Mientras tanto, en la lejana Isla de Santo Domingo ocurre un hecho trascendental de su historia, ligado al nombre de Bolívar. Estimulado por la propaganda bolivariana de emancipación de las Antillas españolas, el 1º de diciembre el ilustre dominicano Dr. José Núñez de Cáceres proclama la Independencia de la parte española de la Isla, bajo la protección de la Gran Colombia, con la que debe celebrar estrecha alianza. No acude Bolívar al angustioso reclamo de los dominicanos, ni aun con su apoyo moral, y así, invadidos por el haitiano Boyer, quedan dominados por larga noche de veintidós años. ¡Y pensar que el Libertador Bolívar había sido dádiva de Santo Domingo, a Venezuela, en la carne y el espíritu de otro Simón Bolívar, de su quinto abuelo!

Impotente ante las fuerzas invasoras, después de vaticinar la imposible unión entre dominicanos y haitianos, Núñez de Cáceres parte hacia Venezuela con la esperanza de hallar socorros para la recuperación de su Patria. Nada consigue el prócer y así, llenándosele el alma de feroz pero patriótico resentimiento, se convierte, junto a Páez, en el más activo de los adversarios de Bolívar, en el mayor responsable del escandaloso desmembramiento de la Gran Colombia. Terrible venganza que, como toda venganza, llevó en sí misma el veneno que emponzoña la vida del que cede a ciegas ante el primitivo instinto de la retaliación.





Nadie es grande impunemente, nadie se escapa al levantarse de las mordidas de la envidia. Consolemonos, pues, con estas frases de crueles desengaños para el mérito.

*Bolívar, a J. M. Restrepo, Bucaramanga, 1828.*

Ya apagados los ecos de las victorias de Bomboná y de Pichincha, que en grado excelso acrecientan las glorias de Bolívar, se efectúa en Guayaquil la resonante entrevista entre él y San Martín, el *Santo de la Espada*, sementera de tantas y tan graves calumnias contra el Libertador. De ahí parte la especie recogida por Sarmiento, de labios de San Martín, en una evocación fugaz del trascendental encuentro, «declaraciones incomprensibles, por no decir lo menos y al parecer producto de momento de mal humor o de resentimientos fomentados por personas malignas», al decir de Vicente Lecuna:

A todo esto, Bolívar oponía que él dependía absolutamente del Congreso de su país y que no podía arreglar nada de por sí. San Martín me decía al referirme esto: Imagínese usted que yo lo dominaba de todo mi busto, y estaba viendo a aquel hipócrita, confuso, mirando a un lado mientras daba estas pueriles excusas, para disimular su deseo de mandar solo. No pude arrancarle una respuesta clara y la conferencia terminó sin arribar a resultado alguno.

A la noche se presentó, añadía San Martín, un general, en mi dormitorio, a ofrecerme el mando del ejército colombiano en nombre de todos los generales del ejército, cansado, decía, del despotismo y falta de miramientos de Bolívar. Contestéle que todo servicio que podía hacerle, era no dar aviso inmediatamente a Bolívar de aquel designio que desaprobaba altamente, conjurándole a mantenerse en los límites de la subordinación.

El General Mosquera, hoy Presidente de los E. U. de Colombia, decía en Chile, a propósito del sistema militar o mas bien de caudillo de Bolívar: "Cuando nos reunimos al ejército del Perú, vimos por la primera vez jerarquía militar, respetados y considerados jefes y oficiales según sus títulos. Nuestro ejército se componía de un jefe absoluto, Bolívar, y de soldadesca. Los jefes éramos tratados como soldados, a veces peor."

Hasta en la Prensa madrileña se alude, aunque tardíamente, a la trascendental entrevista. En una *Relación* del Coronel Juan Garrido, inserta en *El Restaurador*, de Madrid, del 21 de septiem-



bre de 1823, dice: «Consternados los limeños y demás por dicha victoria —de Ica, del 7 de abril de 1822— marchó el General San Martín a Guayaquil en agosto de 1822 a pedir algún auxilio de tropas al rebelde Bolívar que se hallaba en dicho punto después de consumar casi del todo su obra de Costa Firme... Se tomaron en Lima disposiciones activas, de las que fue víctima San Martín, pues la Junta de Tres que había creado en su ausencia, le manifestó ser ya poco necesario, y le estimuló con desaires a regresar a Chile, y después a Mendoza, su patria natal.»

De la famosa entrevista de Guayaquil parte la tradicional detracción argentina de Bolívar, fomentada no solo por Sarmiento, sino por mentalidades tan ilustres como Bartolomé Mitre. Así lo recuerda Rufino Blanco Fombona, con su acostumbrada agresividad: «En su odio absurdo y grotesco a la figura del Libertador, asegura el pobre Mitre que la cabeza de Bolívar estaba llena de vientos, que su táctica era la táctica de los indios, que su obra política ha muerto con él y no le sobreviven ni sus designios, ni sus tendencias, ni sus ideales.»

En los días en que el Héroe escala las cimas del Chimborazo y escribe su romántico *Delirio*, la Prensa de Lima, desbordante de saña contra él, se une de nuevo al coro de sus detractores. En *El Correo Mercantil* —periódico político y literario— del 30 de noviembre, se publica este significativo apólogo:

#### MISCELANEA

Tuvo Simón una barca,  
no más que de pescador,  
y no más que como barca  
a sus hijos la dejó:  
pero ellos tanto pescaron,  
e hicieron tanto doblón,  
que no tuvieron a menos  
el mandar barca mayor.  
La barca pasó a jabeque;  
luego a fragata subió;  
llegó a navío de guerra,  
y asustó con su cañón.  
Mas ya viejo y roto el casco  
de tormentas que sufrió,  
se va pudriendo en el puerto:  
¡lo que va de ayer a hoy!  
Mil veces lo han carenado;  
y al cabo será mejor  
deshacerlo, y contentarse  
con la barca de Simón.

Pero, con todo, la barca de Simón sería como la de un nuevo Noé, flotante con su carga de gloria sobre los anegados Andes.



# 1823

Culpa a un perro y todos querrán ahorcarlo.

*Proverbio antiguo.*

La situación de Bolívar en Guayaquil, en 1823, está vaciada con vivos colores en su carta a Santander, del 4 de agosto: «Por fin las cosas del Perú han llegado a la cima de la anarquía. El Gobierno de Riva-Agüero es el Gobierno de Catilina unido al de un Caos; no puede Ud. imaginarse hombres mas canallas ni mas ladrones que los que tiene el Perú a su cabeza... Es horrible el modo infame con que se ha conducido Riva-Agüero. Yo voy a imitar a Curcio entregándose a las llamas por la salud de su Patria. Me voy a ver rodeado de los mas grandes embarazos, necesidades y peligros. Enemigos dentro, enemigos fuera; pasiones y crímenes... Admire Ud. mi valor cuando me voy a encargar del peso de Atlante. Toda la América es un inmenso campo a la anarquía...»

En Bogotá el estado de agitación política empieza la anárquica obra que ha de culminar en la espantable noche septembrina. Una oleada de virulentos papeles públicos se desborda por toda Colombia, como lo cuenta Restrepo en su *Diario político*, en el apunte del 13 de octubre:

En estos dos meses últimos ha aparecido en la capital de Colombia una multitud de escritores antes oscuros que, aparentando celo por la religión católica, predicán la intolerancia absoluta, que no admitamos ningún extranjero y que Colombia vuelva a las tinieblas que la cubrían en 1800. El pretexto que han tomado es atacar a los masones que aseguran existen en gran número y que nadie ha visto, a quienes pintan como proscritos de Dios y de los Hombres. Estos papeles son: *Las tardes masonicas*, *El censor de Colombia*, *Las guerras fanáticas contra masones*, *El gallo de San Pedro*, *El perro de Santo Domingo*, y otros de títulos tan ridículos como los citados. Se dice que *Las tardes masonicas* son de Fray Mariano Fernández, religioso agustino; *El Censor* y *Las guerras fanáticas*, del doctor José Luis Azuela, eclesiástico de setenta años que ya comienza a chochear; los otros dos papeles son del doctor Francisco Margallo, también eclesiástico y el más racional de los escritores que han aparecido en la palestra. Fernández Margallo y otros que no he nombrado, son enemigos conocidos de la causa de la independéncia, y por esto bajo el pretexto de religión quieren desacreditarla. Semejantes papeles han excitado en la capital



y en los pueblos de este departamento y del de Boyacá bastante fermentación y aun corrompido la opinión entre las gentes sencillas. Ellos querían hacer un alboroto, pero el gobierno se halla bien establecido y no lo permitirá. Nuestros nietos leerán con asombro estos papeles y lamentarán el estado de ignorancia, de superstición y de fanatismo en que vivían sus padres. Esta guerra de pluma nace de los eclesiásticos que con la ilustración comienzan a perder su influjo y defienden el terreno palmo a palmo.

La discordia cunde por todas partes, animada por los papeles públicos. En carta del 6 de noviembre, de Santander a Sucre, se habla de «la infame discordia suscitada por Riva-Agüero con el Congreso». Riva-Agüero había pasado de la genuflexión ante Bolívar al espumante despecho, a la ira crepitante. Su carta del 15 de mayo, al Libertador, termina así: «Venga V. E. a dar un día de placer a los peruanos, de muerte a los españoles y añadir un nuevo e inmarcesible laurel a los que han colocado ya su glorioso nombre en el templo de la inmortalidad.» Pero, por su propia falsía, se convierte en el más desaforado detractor de Bolívar.



# 1824

A mí me han dado tales elogios y me han atribuido tales maldades, que no quiero más ni de unos ni de otras.

*Bolívar, a Santander, Pativilca, 1824.*

La situación política en el Perú no puede ser más alarmante en el turbulento año de 1824, a la vez bien glorioso por las resonantes victorias de Junín y Ayacucho.

Desde Lima, el Marqués de Torre Tagle, en su enconada diatriba del 6 de marzo contra el Libertador, todavía estremecido por las fiebres de Pativilca, exclama: «De la unión sincera y franca de peruanos y españoles todo bien debe esperarse; de Bolívar, la desolación y la muerte.» Como si no fuera poco, Torre Tagle, en Proclama a sus compatriotas, reproducida en el *Diario de Barcelona*, del 12 de agosto, dice: «Paisanos: es tiempo ya que salgáis de errores. El tirano Bolívar y sus indecentes satélites han querido esclavizar el Perú... Peruanos: Bolívar es el mayor monstruo que ha existido sobre la tierra. Es enemigo de todo hombre honrado, de todo el que se opone a sus miras ambiciosas... Uníos y venid a salvar un territorio que Bolívar quiso convertir en desierto.»

Algún tiempo antes, el 28 de julio, el *Diario de Barcelona* se desbordaba en impropiedades contra Bolívar y San Martín:

¿Qué títulos no se darán en Lima a Bolívar? Lo héroe, lo Washington y lo inmortal son las expresiones menos significantes con que ahí es adulado el exterminador de Pasto. Nosotros creeríamos en vista de esto que era un hombre privilegiado en su especie, si todos sus antecesores, desde el famoso San Martín hubieran merecido menos de aquellos facciosos, a quienes el destino parece no dejar representar en la presente revolución otro papel que el que ejercen en Italia los eunucos, y Unanue espera de las amables ninfas del Apurímac... Nuestro Ejército valiente, vencedor y numeroso, espera con impaciencia el momento en que Bolívar se le acerque: esa espada, cuyo brillo es la admiración de los limeños, no tardará en marchar del Perú tan empañada como salió la de San Martín, si tiene esta fortuna; y entonces se tributarán a Bolívar, con más razón, iguales o mayores dictérios que se tributaron a aquel.

El *Diario de Barcelona* publica también, en los mismos días, el 31 de octubre, la Proclama de García Camba al Ejército rea-



lista, firmada en Huancayo el 6 de abril, en la que cree injuriar a Bolívar llamándole el Quijote de Colombia:

Todas las cosas tienen su término, y a la revolución en el Perú parece indudable que le ha llegado el suyo. El año de 1824, uno de los señalados para el exterminio de las armas españolas, es precisamente el que se ha presentado hasta ahora mas fecundo en acontecimientos, que cada uno de por sí basta para sepultar en la ignominia al Quijote de Colombia, Simón Bolívar.

En el torrente de diatribas desencadenado en el Perú contra el Libertador se distingue el periódico *El Desengaño*, de El Callao. En la edición del 6 de mayo aparece un artículo cuyo título revela lo que en él se contiene: *Los males que padecemos y hemos de padecer son debidos a Bolívar*. Y en la salida del 20 de mayo esta *Canción*:

#### CANCION TRUJILLANA

Tiene Trujillo Tribunales  
y Ejército, sin pagarlos.  
¡Luego dirá no hace en vida  
el gran Bolívar milagros!

Se vende al peso  
cada proceso,  
y los soldados  
de convidados  
todos los días,  
dicen las tías  
que no hay aceite  
para el candil.  
¡Ay! ¡Sí...! ¡Ay! ¡Sí...!

#### ESTRIBILLO

Todo se lo lleva el diablo,  
todo se lo lleva con rigor,  
pero aunque todo se lo lleva  
no se lleva al Libertador.

En un *Himno* inserto en la edición del 11 de junio le llaman *el vil Bolívar*:

#### H I M N O

Viva victoriosa  
la gran nación  
y perezca el tirano  
con tanto bribón.  
¡Infeliz Trujillo,  
pobre patria mía!  
¿Qué astuto demonio  
robó tu alegría?



Poco a tus hazañas  
el mundo aplaudía  
y ahora el mundo llora  
tu triste agonía.

Viva Victoriosa...

¿De qué te ha servido  
invicta Trujillo  
tener en tu seno  
dorados los grillos?

¿De qué el vil Bolívar  
te sirve si al fin  
servidumbre y muerte  
pesan sobre tí?

Si tienes virtud,  
si tienes valor,  
¿cómo te consientes  
ese deshonor?

Si doquier no miras  
sino yugo y hierros,  
y esa esclavitud  
parto del infierno!

Viva Victoriosa...

El que anhela firme  
que reyne la ley  
para hacer feliz  
la española grey.

Por más que le llamen  
déspota e infiel  
ese es el que estima  
dignamente al Rey.

Viva Victoriosa...

La crisis de Bolívar en el Perú está patente en la arremetida del periódico limeño *El Triunfo del Callao*, del 16 de junio:

El odioso monstruo de Venezuela, el cruel Bolívar para llevar al cabo su insensato proyecto de esclavizar al Perú, unciéndolo al carro de su tiranía, debe persuadirse que le es indispensable conquistar antes una opinión que no tiene entre los peruanos, y que jamás ha disfrutado... Falso héroe de los Andes... en el estado de impotencia a que se halla reducido, no le queda otro que el de dirigirse a los pueblos desplegando su carácter feroz, y haciendo uso de expresiones que degradarían a Tamas-Koulican, al mismo Atila, y demás tiranos que han sido los mas crueles azotes de la especie humana... Bolívar siempre el mismo, es decir, siempre cruel, siempre brutal, acredita cada día mas su ferocidad y su barbarie...

Como si esto no bastara, de Caracas le llegan también las noticias de que la intriga no desmaya en su tejer sin término. En



carta del 29 de julio. la admirable María Antonia Bolívar le denuncia a su hermano las nuevas calumnias del perverso Mérida. Le dice que es un canalla que «valido de la protección que tiene de algunos de la Alta Corte insulta por escrito a todo el que no es como él: gracias al señor Soublette que lo dejó venir aquí no debiendo permitirlo, más mal experimentamos de los malos criollos que de los españoles. Son enemigos internos con máscaras de patriotas; pero en realidad no son sino unos lobos carniceros que desean devorar todo lo que no conviene a sus ideas. Su malignidad y envidia ha llegado hasta el exceso de decir que te vas a coronar al Perú y aunque ellos no lo crean así, lo esparcen para sus fines particulares, siempre les digo a todos que es una calumnia, que tu ni lo has pensado ni deseado, que tu eres más grande sólo con el título de Simón Bolívar que de Emperador. La Divina Providencia que siempre te ha protegido y vela sobre ti te hará superior a todo y verán los hombres que después de haber ganado tantos triunfos con tu espada, te retiras a tu casa a ser solo un benemérito ciudadano, dejando burlados a todos los que creen ambicionas cetros y coronas; así lo creo y espero de tu ilustración y grandeza de alma, pues no sólo en la América del Norte se han de dar hombres grandes como Washington».

Nada dice María Antonia de la huida de Mérida, quebrantados los huesos por misteriosa paliza que, «según las malas lenguas», le había costado a ella dos pesos y medio.

Tampoco han de tener término las invectivas de la Prensa peruana. En el *Apólogo* publicado en *El Desengaño*, el 4 de septiembre, visten de lobo al Libertador:

*Atrás viene quien arrea*

#### PROLOGO

Ataja! decía el ladrón.  
Entretanto se escapaba;  
pero todos se reían  
de treta tan manoseada.

#### APOLOGO

Pacía alegremente  
un rebaño de ovejas,  
saltando y cabriolando  
entre prados y selvas.  
Gustosas en extremo  
era un encanto verlas  
festivas masticar  
las flores y las hierbas.  
Entretanto un taimado  
como dócil oveja.





Maravilla era verle  
 balar como si fuera  
 el cordero más mono  
 de aquella amena tierra.  
 Hubo ovejas incautas  
 que le oyen placenteras;  
 otras más avisadas  
 le huelen a la oreja.  
 Mas el bellaco lobo  
 afectaba quererlas,  
 y las desavenía  
 con parlas lisonjeras.  
 En esta jerigonza  
 otros lobos se acercan  
 y el balador aúlla  
 como hijo de quien era.  
 Las ovejas entonces  
 exclamaron dispersas:  
 ¡Aquí anda Bolívar!

Otro tremebundo vocero de El Callao, coetáneo de *El Desengaño*, es *El Depositario*, dignos compañeros en las infamias contra el Libertador. En su edición del 25 de agosto anuncia paladinamente la publicación de «epitafios que han de perpetuar la memoria asquerosa y horrible de todos los capitanes de bandidos que han devastado estos países...». El primero de esos irreverentes epitafios es éste:

Detente caminante en esta loma,  
 y antes de descender al valle umbrío  
 haz una suspensión con punto y coma  
 llorando de un rebelde el hado impío.  
*Bolívar aquí yace.* No, no es broma:  
 de Colombia aquí yace el garbo y brío.  
*Causó males sin fin,* y al cielo plugo  
 que aquí fuese ahorcado este verdugo.

A continuación del epitafio aparece esta quintilla:

Cirinaico Simón  
 es el mayor bribón  
 de cuantos han hollado  
 el suelo afortunado  
 que descubrió Colón.

En la edición del 4 de septiembre continúan las diatribas de *El Depositario*:

Hermanos oid, curiosos llegad.  
 Y sabréis los trancazos que lleva  
 Simón Cirindico en nuestro lugar.



Estando el Virrey pujante,  
 El Callao bien defendido,  
 y el mar sin estorbo ¿quién  
 se acuerda de Cirindico?  
 En septiembre muerto o preso  
 debe ser, o fugitivo;  
 y en noviembre nuestras tropas  
 partirán de Lima a Quito.  
 Allí haran alto hasta que  
 los torrentes de los ríos  
 permitan seguir marchando,  
 sin tropiezos ni enemigos,  
 los peruanos españoles  
 el generoso designio  
 de hacer que los colombinos  
 no vuelvan a ser cochinos.

Este perillán que arbola  
 hoy la bandera peruana  
 precisamente mañana  
 tiene que escurrir la bola.  
 A Bolívar la mainola  
 le está haciendo con destreza:  
 el bloqueo es algo pieza...  
 ... La varía en este instante  
 ¡Si saldré yo a este tunante  
 a romperle la cabeza!

Hasta lo soez desciende *El Depositario*, en su edición del 13 de septiembre:

¿No te lo dije, que eran pelones?  
 Toma melones  
 hijo de puta.  
 Vuelve a ponerte donde estuviste,  
 verás el chiste  
 con que te envía  
 el valor español, que tu no igualas,  
 el trinquis de tu muerte entre sus balas.

Y agrega esta cuarteta:

Queda Bolívar sitiado,  
 va en breve a ser Gais futido,  
 va el Perú a ser redimido,  
 como el Rey fue victoriado.

Hasta las glorias del Libertador son tema del desmedido vocero. El 6 de octubre dice:

¡Simón! ¡Simón! ¿Observas transitorias  
 tus glorias, como el agua en las acequias?  
 Si no la observas, escucha tus exequias:  
 si la observas, atiende a estas memorias.



No podía faltar la imputación de loco, como en esta breve andanada de la edición del 21 de noviembre:

¡Bolívar en Chancay...!  
Ergo,  
derrotado... o... loco.

Tampoco faltará la tacha de ladrón, que así consta en la edición del 10 de diciembre, en la que se anuncia la entrada de Bolívar a Lima, «a la una»:

Simón Cirindico,  
vino muy pobre y se vuelve muy rico.

Ni habían de escasearle los dictados de embustero y de torpe. Así lo dice *El Depositario* el 25 de diciembre:

De nos a vos Simón Chirisuyero:  
el no vulgar oficio de embustero  
¿en donde sin destreza  
lo intentaste aprender? Vuestra torpeza,  
se nos muestra tan clara, tan de bulto,  
que sólo a vos os daña el necio insulto  
de vuestro papelón. Soñaba el cielo.  
Si Simón fué Guardián, Simón ya es lego.

—0—

¡Válgame Dios lo que tragan  
las agallas de la tinta!  
Cierto es que se ven impresas  
cosas que no están escritas.

A la desbordada contumelia de la Prensa peruana también se agregan las censuras de la Prensa chilena. En el semanario *El Liberal*, de Santiago de Chile, del 14 de octubre, se arremete contra San Martín y O'Higgins y luego contra Bolívar, a quien echan en cara el haber presentado en Angostura «un proyecto de Constitución con un Senado hereditario que prepara la monarquía», y añade: «El día que Bolívar quisiese adoptar el sistema monárquico, será el último de su poder y de su gloria. El logrará tener toda la influencia que quiera, pero se halla en la necesidad de ser republicano.»

Pero todo el raudal de censuras y de improperios se desvanece ante una noticia recibida por el Libertador, en Lima, a las cinco de la tarde del 18 de diciembre: la victoria, el día 9, de Sucre, en Ayacucho.



Pocas horas después del memorable triunfo uno de los Ayudantes de Sucre pone esta inscripción en las paredes de la choza ocupada por el Héroe el día de la batalla:

*9 de diciembre de 1824*  
*Portrer día del despotismo.*

Y escasos días más tarde la mano de una peruana muy goda, agrega:

*Y primero de lo mismo.*



# 1825

Hemos quitado la mordaza de la boca para que nos digan injurias, y se está realizando la fábula de la serpiente con el hombre, que al primer calor que sienten, emplean su saña contra sus benefactores.

*Bolívar, a Santander, Chuquisaca, 1825.*

Todavía durante largos meses del 1825 continúa *El Depositario*, de El Callao, en sus acometidas contra el Libertador. El 15 de enero vuelve a acusarle de mentiroso:

Bolívar habla como si hombre fuera que debiese o pudiese ser creído por su simple expresión. Si se supiera que habló una vez verdad, fuera debido alguna vez creerle: no la oyera de su boca un mortal: siempre ha vivido del embuste y tramoya corrosiva, y así vivirá siempre mientras viva. Mintiendo siempre, y siempre turbulento en sus deseos de ambición cargados, nunca consulta idea o movimiento, emprende sin mirar los resultados. No liga a su promesa el cumplimiento; existe entre oprimidos e engañados: la paz entre los hombres entristece, y el odio entre los pueblos lo engrandece.

En la larga tirada de versos, publicada el 1º de marzo, le llaman cobarde, astuto, antisocial, inhumano, mezquino, monstruo, asesino, y entre las detonantes estrofas, uno de los tantos epitafios que le han dedicado, que ya podrán formar una macabra antología:

## VERSOS ESCRITOS EL 18 DE ENERO

¿Suena nuestro cañón mañana y tarde cuando aparece el sol y el sol se pone?

Suena y resuena sin que Bolívar, débil y cobarde, pueda astuto impedirlo. ¿Cuánto impone aquel sonido a ese hombre sanguinario!



Su poder, tan casual como precario,  
 no es bien habido, útil, duradero:  
 es poder de hacer mal. horrible y fiero,  
     que la razón condena  
 al durar de un instante; y no más dure,  
 porque es antisocial y es inhumano  
 que hombre alguno apetezca ni procure  
 la funesta existencia de un tirano.  
 Bolívar lo es, lo quiere, y lo parece.  
 Su obrar, y aun su mirar siempre ambicioso  
     nada y nadie serena.

No es hombre que a los hombres pertenece  
 ni les consiente bienes ni reposo.  
 Discorde y pobre el pueblo es obediente,  
 según Bolívar dice; y que intente contrariarle  
 este espíritu mezquino,  
 prevéngale o prevéngase el destino  
     de un suplicio o cadena.

La conducta del monstruo está a la vista:  
 lo apoyan asesinos en su empeño...  
 no importa como sepa el que resista  
 que hoy es huesped quien quiere ser su dueño.

#### EPITAFIO

Aquí yace un malvado  
 de espurio origen. No ha sido llorado  
 en su temprana muerte. Era el destino  
 que a un asesino matase otro asesino.  
 Sí, peruanos:  
 A Bolívar tenéis en vuestras manos,  
 con él a Monteagudo,  
 y podeis hacer de él lo que él de él pudo.

—o—

El sitiado sitiador, y Simón en Talenquera.

—o—

Simón, todo lo veo frente a frente  
 menos tu bullo que nunca está presente.  
 Al capitán araña semejante  
 a todo el mundo echas por delante.  
 En los peligros: tú detrás te quedas  
 a recoger honores y monedas...  
 Truena el cañón, y me complace mucho,  
 Porque venga Rodil la... de Ayacucho.

[RICO!]

Como contraste, el mismo día, 1º de marzo, con motivo de la victoria de Ayacucho la Municipalidad de Caracas acuerda levantarle una estatua de bronce, en el centro de la Plaza de San Jacinto, que en adelante se llamará Plaza Bolívar.



En la edición del 27 de marzo, *El Depositario* limita su agresión al Libertador a esta sola cruda frase: *Señor Don Salvador del Perú, antes Simón Bolívar el potroso.*

En la siguiente edición, del 7 de abril, las mal olientes groserías del vocero suben de punto:

A vos, Fray Salvador, padre peruano,  
alias Simón Bolívar el potroso,  
saludo como suele en las tormentas  
a todo navegante el Cabo de Hornos.  
Yo pecador, contrito, y no humillado  
a ningún zascandil del Orinoco:  
hoy que Sábado Santo al descubierto  
puesto habéis el talento prodigioso  
de que os doló natura, en el ataque  
de una plaza que yo deliendo entre otros:  
hoy que con once formidables piezas  
de batir y arrasar, (doce supongo,  
incluyendo la vuestra, de calibre  
ridículo) impotente y algo cómico  
nos corriste un telón (no lo exagero)  
que a las dos horas se volvió telonio:  
hoy que un furor tronante, desplegado  
por tres puntos distintos, espantosos  
creiste hacerlo sin medir distancias:  
que en el primero os observamos corto,  
en el segundo y el tercero torpe,  
y en todos tres huyendo de nosotros:  
os congratulo sentado en una silla  
que tiene un pie y un travesaño rotos  
por el variado encuentro de una bala  
de a veinte y cuatro que me anduvo en torno.

Aún estoy con el susto turulato,  
en descomposición el cuerpo todo,  
húmedo por detrás, no por delante,  
y el numen sin calor; pero estoy pronto  
a ir vomitando... la razón que animo  
contra un malvado, de Colombia aborto.

El 24 de abril, el periódico inserta estos desastrados e insultantes versos, a manera de himno:

VARIANDO ARMONICO  
DE COLOR GENICIENTO  
O COMPOSICION MUSICA DE FILOMENO  
POR LA BATERIA DE COLOMBIA

*Valerosos militares,  
seguid, seguid con tesón,  
hasta derribar en tierra  
el insurgente pendón.*



El sanguinario Bolívar  
 anunció en un papelón  
 la toma de los Castillos  
 cuando se la figuró;  
 pero se lo ha desmentido  
 esta heroica División,  
 diciéndole viva España,  
 y que resuene el cañón.

*Valerosos...*

Por mar y por tierra embiste  
 el intruso Dictador  
 las fortalezas que el Rey  
 confía a vuestro valor.  
 Defendedlas por deber,  
 defendedlas con amor,  
 pues os esperan dos premios,  
 del Rey uno, otro de Dios.

*Valerosos...*

El sitio, las baterías  
 y la escuadra nada son  
 en manos de unos rebeldes  
 sin ley, sin Rey y sin Dios.  
 Nosotros tendremos pronto  
 barcos de porte mayor,  
 y entonces no habrá enemigos  
 en toda la inmediación.

*Valerosos...*

Viva el General Rodil,  
 viva nuestra División,  
 y vivan los jefes de ella  
 por su prudencia y valor.  
 Muera el tirano Bolívar,  
 Colombia y tanto ladrón:  
 viva el Rey, y nadie triunfe  
 de la Española Nación.

*Valerosos...*

Tras del coro aparecen estas desmañadas estrofas:

#### APOYATURA CONCERTANTE

A Fr. Salvador con toca, sitiador con rabia.

Si quieres que te diga  
 lo que hace al caso,  
 nada pienses ni esperes  
 sobre El Callao.

El golpe erraste  
 y el que sostiene errores  
 es badulaque.





Pierde gente, dinero,  
 tiempo y opinión,  
 y aunque todo es ajeno  
 liene su valor.  
 Conserva y guarda,  
 que un desperdicio inútil  
 suele hacer falta.

En la edición del 1º de mayo, como toda diatriba *El Depositario* inserta esta especie de desarticulado terceto:

Señor Don Simón Trashumante.  
 Señor Don Libertador Esculapio.  
 Señor Don Dictador Agrícola.

Los limeños «que por los años de 1825 a 1828 —dice Palma— oyeron cantar en la Catedral, entre la Epístola y el Evangelio, a guisa de antifona»,

De ti viene todo  
 lo bueno, Señor;  
 nos diste a Bolívar,  
 gloria a tí, gran Dios,

verían la estrofa reemplazada luego —también según Palma— por estos otros versos:

Bolívar fundió a los godos,  
 y desde ese infausto día,  
 por un tirano que había  
 se hicieron tiranos todos.

El Padre Cappa le arrojaría al Clero peruano este envenenado dardo alusivo a la sonada antifona: «El Clero oía con gusto un himno dedicado a Bolívar, que se cantaba entre la Epístola y el Evangelio, constándole que Bolívar era el hombre más cínicamente obscuro del mundo.»

Una de las más ofensivas estrofas contra Bolívar fue el burlesco epitafio que le dirigieron supuestamente las señoritas bolivianas Calvimontes, el día de los Inocentes, medrosas de ser víctimas venusinas del Libertador, durante su permanencia en Chuquisaca:

#### EPITAFIO

Aquí yace la inocencia  
 en su letargo profundo:  
 no se la busque en el mundo  
 porque perdió la existencia.



Pasajero, tu presencia  
 puede causarle rubor;  
 no perturbes el sopor  
 de sus generosos manes;  
*auséntate, no profanes  
 este túmulo de honor...*

Los dos últimos versos «se le atragantaron a Bolívar y no los pudo pasar». Renunció a sus deseos de visitar a las bellas Calvimontes y sin más demora —comenta Palma— salió de Chiquisaca.

De todas partes le llegan a Bolívar papeles desagradables, algunos de los cuales son estrujados por sus crispadas manos y arrojados al fango.

En *El Argos*, de Caracas, del 30 de septiembre, Leocadio Guzmán declara que Bolívar no debe reelegirse como Presidente de la Gran Colombia y propone para Presidente a Páez. «Es mucha ingratitud la del venezolano Guzmán, recién llegado de España y por tanto sospechoso», escribe en su *Diario* José Manuel Restrepo. Así empieza a tomar consistencia la hiperestesiada intriga que da al traste con la unidad de Colombia.

Y no solo de Caracas, sino desde más lejos, llueven las diatribas contra Bolívar. En abril, desde Buenos Aires, *El Nacional* y *El Argos* le acusan de aspirar al Gobierno único de todas las naciones de la América española. Desde Santiago de Chile, en su *Apelación a la Nación peruana*, el resentido Federico Brandsen, pasado por Consejo de Guerra, en Lima, el 4 de febrero, le compara con Sila, le llama tirano, cobarde, usurpador. En la censura del infame libelo de Brandsen dice la *Gaceta de Colombia*: «Parece que este siglo es el de las calumnias y mentiras.» Grande verdad, comentaría Bolívar, menos amarga para él ante la abjuración de Rafael Diego Mérida, confeso de sus yerros.

También desde fuera se hace correr la falsa noticia de la muerte del Libertador, que va repitiéndose año tras año, como en la edición del 31 de octubre del *American and Commercial Daily Advertiser*, de Baltimore.

Pero en el revuelto mar de intrigas no falta el laude de los que celebran jubilosamente el 28 de octubre, día de San Simón. Entre las poesías que le dedican por su cumpleaños y por el reconocimiento de la Independencia de Colombia, llaman la atención las hiperbólicas estrofas que empiezan así:



¡Hoy Bolívar nació! Jamás los siglos  
en su larga carrera presentaron  
un día tan feliz. Nació Bolívar,  
y absorto, se detuvo el tiempo cano,  
y dijo, contemplando al débil niño:  
"éste el fuerte será, terror de España,  
del mundo antiguo confusión y envidia,  
Libertador del mundo americano .."

Las alabanzas, pues, corren parejas con los dicterios. El justo medio de las cosas no existe en parte alguna, sino el vértigo de las pasiones en la lucha delirante.





*Proyecto de Digitalización*  
Academia Dominicana de la Historia

# 1826

Cuando la gloria de un hombre es tan eminente que priva a los más ambiciosos entre sus compatriotas de la esperanza de rivalizarle, se empeñan luego en rebajarle a su nivel, en negarle sus méritos, en destruir su influencia y en hacerle objeto de sospechas, imputándole miras interesadas por más patrióticas que sean las que abrigue. Tal fue la suerte de Bolívar.

O'Leary.

El 1826 está marcado en piedra blanca en la vida de Bolívar, por su trascendental Proyecto del Congreso de Panamá, por el que no dejan de calumniarle, y en piedra negra por el crimen de *La Cosiata*, el movimiento separatista promovido por Páez, «primera grieta de la Gran Colombia». Junto al Llanero está el autor del incandescente vocero caraqueño *El Cometa*, el dominicano Dr. José Núñez de Cáceres, cuyo patriótico resentimiento contra Bolívar por su lamentable falta de ayuda a Santo Domingo, constituido en Estado independiente bajo la protección de la Gran Colombia, se trocara en los más violentos odios. Permitió Bolívar la destrucción del Estado dominicano, y el irritado Núñez de Cáceres se cobra con creces el agravio, convirtiéndose en uno de los principales promotores, quizá el más resuelto, del desmembramiento de la Gran Colombia. Si las venganzas y los odios pudieran justificarse, el Dr. Núñez de Cáceres, padre de la primera Independencia dominicana, realizada sin el concurso de las armas de Bolívar, y tan solo con su prédica de libertad para las Antillas, sería absuelto.

Por entonces se enreda aún más la maraña política: en una escandalizada mañana aparece en el portón de la casa de María Antonia Bolívar, esquina de La Sociedad, la siguiente cuarteta:

María Antonia no seas tonta,  
y si lo eres, no seas tanto:  
si quieres ver a Bolívar  
anda vete al camposanto.

En Santa Fe, el General Santander es acusado de hallarse al frente del Partido opuesto a Bolívar; de que sostiene periódicos que le vilipendian y calumnian y de que él mismo, el Hombre



de las Leyes, escribe violentos y mordaces artículos contra su superior. Por su parte, los periódicos de Caracas, entre ellos *La Lira*, redactado por Guzmán, se ceban «enconadamente en la reputación de Santander». Son ataques que éste le atribuye a Páez, como lo dice a su joven amigo Pedro Acevedo Tejada, en carta del 1º de julio: «Páez ha tenido la bondad de echarme a mí la culpa de su acusación y de tratarme con expresiones muy dignas de quien de oscuros principios se eleva a un alto puesto, y de quien ha nacido y criádose entre las vacas y los toros.»

Todo ello arranca al Libertador, en carta del 15 de noviembre, esta amarga exclamación: «¡Estoy rodeado de calumnias.»

De estos días, y obra del desdichado poeta Luis Vargas Tejada, fervoroso amante de la libertad, es el celebrado monólogo *Catón en Utica*, representado ante numerosa concurrencia como propaganda política que «preparaba los ánimos para locos arrebatos». En los comentarios de la tendenciosa pieza, reveladores de la exaltación política de la hora, el periódico bogotano *El Conductor*, quizá el implacable Azuero, alude veladamente a Bolívar:

*¿Quién no se siente enardecido e indignado al ver a César esclavizando a la gloriosa Roma, arrebatando para sí solo el fruto acopiado de tantos guerreros y de tantos héroes, de tantos sabios y de tantas virtudes, fascinando al pueblo con sus triunfos y su fortuna, con su fingida clemencia y su falaz moderación? Cuán bien pintada está la conducta de César y de todos los usurpadores en aquellos inmortales versos:*

Tú mismo a los romanos desuniste,  
cimentando tu imperio en la discordia,  
y logrando tu fin, acuerdes todos  
quieres que estén en adorarte ahora.

El nombre de monarca has evitado,  
un vano nombre a tu poder no importa;  
y al pueblo necio engañas fácilmente  
de libertad dejándole la sombra.

*Nosotros quisiéramos que la juventud toda grabara en su memoria y en su corazón este monólogo, que su representación se ejecutase y se repitiese en todas las ciudades y parroquias de Colombia, y que no hubiese un colombiano que no se penetrase íntimamente de tan justos y elevados pensamientos. Entonces nunca llegaría el caso de que debiésemos exclamar con Catón:*

¡Oh Patria! César triunfa, tú le elevas,  
y sus prendas falaces ciega adoras  
echando un yugo a tu abatido cuello  
y un borrón inmortal a tu memoria.



La escenificación del monólogo, que llega a lo hondo de los espectadores e inflama a los pueblos de Cundinamarca, equivale a las repetidas representaciones de *Bruto o Roma Libre*, de Alfieri, en boga entre los patriotas de las antiguas colonias de España. «El pueblo —dice la reseña de *El Conductor*— ha visto de cuanto es capaz un hombre verdaderamente libre por no sobrevivir a la opresión de la Patria.» El poeta no menciona a Bolívar, pero lo simboliza en César. Catón podría ser la encarnación del poeta. Habla Catón:

Inútiles han sido mis esfuerzos:  
al fin triunfar el despotismo logra,  
y delante de César abatida  
yace en el polvo la soberbia Roma...

Yo muero libre... Por herencia deja  
mi alma a mis hijos el furor con que odia  
la esclavitud; a César el oprobio  
y maldición de las edades todas;  
mi ejemplo memorable a los romanos;  
y este puñal al vengador de Roma!...

*El Conductor* no se limita a sus intencionados comentarios, y en su quinta edición, del viernes 16 de mayo de 1827, publica los aplaudidos versos, por entre los que asoma la estampa romántica de Vargas Tejada: débil el cuerpo, el rostro pálido, largos los cabellos y la barba y en los ojos el brillo deslumbrante del «genio impetuoso»:

#### CATÓN EN UTICA

Coro

*¡Compatriotas! ¡Con frente serena  
de los libres el himno entonad,  
y el tirano que intente oprimirnos  
su arrogante altivez depondrá!*

Inútiles han sido mis esfuerzos:  
al fin triunfar el despotismo logra,  
y delante de César abatida  
yace en el polvo la soberbia Roma...  
Un hombre, un hombre solo usurpa el fruto  
de tantos sacrificios y victorias,  
y para él los Marcelos y Escipiones  
prodigaron su sangre generosa:  
para él las legiones invencibles  
corrieron al poniente y a la aurora,  
romano haciendo el universo todo  
y humillando a su aspecto las coronas.  
¿Qué son ya los trofeos inmortales  
que nuestro excelso Capitolio adornan?  
¿Qué son ya los sublimes monumentos  
de aquel noble valor que al mundo asombra?



Presa de una ambición infatigable,  
despojos de una mano usurpadora,  
que por la patria trabajar fingiendo,  
al mismo tiempo sus cadenas forja;  
que con falsa virtud al orbe engaña,  
y crímenes ocultos eslabona.

¡Oh Patria! César triunfa, tú le elevas,  
y sus prendas falaces ciega adoras,  
echando un yugo a tu abatido cuello,  
y un borrón inmortal a tu memoria...!  
Mas en vano lamento su desgracia,  
y sin razón mi pecho se acongoja  
por un imbécil pueblo que merece  
arrastrar sus cadenas ponderosas,  
pues a la esclavitud se precipita,  
y de la libertad el precio ignora;  
un pueblo vil que olvida sus derechos  
y que a los pies de un déspota se postra,  
dándole más valor a un hombre solo  
que a una nación temida y victoriosa.  
No, no existen ya Roma ni romanos;  
con Pompeyo expiró su antigua gloria,  
y el esplendor de la latina gente  
en servidumbre y abyección se torna.  
¡En servidumbre! ¡Dioses! ¿Y respiro?  
Triunfante César. ¿Y Catón soporta  
la afrenta de su Patria? ¡Oh Roma!, el cielo  
el lazo de virtud en mi alma rompa  
si escaseé mi sangre y mis esfuerzos  
por evitar tu ruina y tu deshonra.  
Mientras indignos hijos por doquiera  
la sumisión a un dictador pregonan,  
y en la margen del Tiber avergonzado  
las banderas de César se tremolan;  
yo reuno los pocos que conservan  
de la sangre romana algunas gotas,  
y en un bárbaro clima busco asilo,  
do la indignada libertad se acoja.  
Oprobio eterno! El extranjero apoyo  
la moribunda libertad invoca,  
y un príncipe africano da lecciones  
a los romanos de virtud heroica.

¿De qué sirvieron, Yuba, tus auxilios?  
¿Qué sirvió tu constancia generosa?  
Ya la injusta fortuna, del tirano  
las sienes coronó con la victoria,  
y ya a merced del vencedor se entregan  
los restos infelices de mis tropas...  
Esperad, esperad... Catón existe...  
A combatir la Patria nos exhorta...  
¿De libertad las últimas centellas  
no podrán encender la tierra toda?





El déspot. en los pechos consternados  
 con su imperio terrible las sofoca;  
 mas en vano pretende aniquillarlos...  
 Su luz es inmortal; y no son hondas  
 las raíces del árbol venenoso  
 que la oculta a la tierra con su sombra;  
 caerá con horrísono estallido  
 cual coloso que inmenso se desploma;  
 brillarán la razón y la justicia  
 eclipsando las pálidas antorchas  
 de un esplendor falaz y pasajero.  
 No está lejos edad tan venturosa...  
 Romanos, ¡combatid! aceleradla,  
 ¡a la lucha volved...! Mi espada rota  
 ya no puede servirme... vil acero  
 que en este último trance me abandonas,  
 semejante a los débiles romanos  
 que ya a los pies del vencedor se arrojan.

¡Ilusos! ¿Dónde váis? ¿Un vil indulto  
 humildes mendigáis de su injuriosa  
 clemencia, que condena a servidumbre,  
 fingiendo que magnánima perdona?  
 ¿La voluntad de un hombre garantiza  
 vuestros sacros derechos? ¿Quién ignora  
 que todo aquel que aspira al despotismo,  
 con fingida virtud antes se adorna  
 y con falaz moderación encubre  
 sus designios y miras ambiciosas?  
 ¡Romanos! ¡Escuchadme! Esa clemencia,  
 esa bondad, los corazones doman;  
 mas luego que su triunfo consolidan,  
 en despotismo y en rigor se tornan.  
 ¡Romanos! ¡Ay de mí! ¿Cómo es posible,  
 ¡oh, libertad!, que tus acenos oigan,  
 si del valor de César los pregones  
 y el ruido de sus triunfos los asordan?  
 ¡Valor infausto! ¡Malhadados triunfos  
 que tan caros debéis costar a Roma!  
 ¿Qué importa que el bretón entre sus yeles,  
 el Etiope en su abrasada zona,  
 adorando las águilas romanas,  
 ricas ofrendas a sus pies depongan?  
 ¿Qué importa que el Arsácide orgulloso  
 de los romanos el poder conozca,  
 y sienta al pronunciar de Roma el nombre  
 vacilar en su frente la corona...?

¡Pero qué escucho! Innumerables voces  
 vivas a César dictador entonan,  
 mezclando con sus ecos vergonzosos,  
 aplausos a la paz y la concordia.  
 ¡Ah César impostor! La paz proclamas  
 cuando la guerra a tu ambición odiosa  
 ya no puede servir; tu acero esconde



tu indigna mano, a ensangrentarle pronta  
 luego que a tus designios depravados  
 haya en el universo quien se oponga.  
 Tú mismo a los romanos desuniste,  
 cimentando tu imperio en la discordia,  
 y logrado tu fin, acordes todos  
 quieres que estén en adorarte ahora.  
 El nombre de monarca has evitado:  
 un vano nombre a tu poder qué importa.  
 Y al pueblo necio engañas fácilmente,  
 de libertad dejándole la sombra:  
 él su padre te llama, y en tus brazos  
 con indecible ceguedad se arroja;  
 mas, al fin, de la vñhora que abriga  
 sentirá la mortífera ponzoña.

Ya se acercan, ¡oh cielos!, las falanges  
 del fiero dictador... Utica sola  
 les recibe en sus muros arruinados,  
 que circundan sus armas vencedoras...  
 Todo cede y sucumbe... Yuba expira  
 de su herida mortal... no existe Roma  
 sino en mi corazón... y en él bien pronto  
 dejará de existir, pues ya me agobia  
 el peso de tan grandes infortunios.  
 ¡Sublime Libertad! ¡Mi alma te adora  
 por la postrera vez...! Sí, mi agonía  
 es la tuya..., tu llama bienhechora  
 se apaga ya..., la negra servidumbre  
 cubre el mundo con alas tenebrosas;  
 mas solo cubrirá mi cuerpo helado,  
 y el alma de Catón, fiel a su gloria,  
 no aguardará que el dictador la insulte  
 de su triunfo orgulloso con la pompa.

Mas, ¡ay!, dos caros hijos abandono  
 en esta época infausta y ominosa,  
 y tal vez los halagos seductores  
 borrarán el deber de su memoria...  
 No, de Catón son hijos, y esto basta...  
 Mi espíritu se afirma y se conforta  
 al contemplar que deja imitadores,  
 que no será mi muerte infructuosa,  
 pues con mi sangre en vivos caracteres,  
 que no el transcurso de los tiempos horra,  
 trazada quedará contra el tirano  
 infalible sentencia... El triunfo goza,  
 ¡soberbio Julio! Aspira los incienso,  
 los elogios estúpidos devora;  
 lleva tu imperio el ruido de tus armas  
 y tu nombre a las playas más remotas;  
 insulta la virtud; ensalza el vicio;  
 tus satélites viles condecora  
 con las insignias al honor debidas,  
 la adulación premiando y la lisonja.



No será largo tu fatal imperio;  
 del pueblo el sufrimiento al fin se agota,  
 y hay pecho en que palpita todavía  
 de un Junio Brufo el alma generosa.  
 ¡Moriré...! ¿Mas la Patria desolada  
 mi débil brazo en su orfandad no implora?  
 Mi débil brazo contrastar no puede  
 del torrente la furia impetuosa.  
 ¿Viviré por buscarle vengadores?  
 Fuera en vano; viviendo en la deshonra,  
 no alcanzará mi esfuerzo a suscitarles;  
 muriendo con honor, mi ejemplo sobra.  
 Yo muero libre... Por herencia deja  
 mi alma a mis hijos el furor con que odia  
 la esclavitud; a César el oprobio  
 y maldición de las edades todas;  
 mi ejemplo memorable a los romanos;  
 ¡y este puñal al vengador de Roma!

Así crea el poeta poderosos incentivos para la rebeldía, para el coraje que ya pronto ha de desplegarse en la propia alcoba del Libertador, en el frustrado magnicidio.

Entre los impresos que escandalizan a Bogotá a fines de año, se cuenta *La Bandera Tricolor*, llamada *La Bandera de la Discordia* en una hoja de Cartagena, *La Lanza Llanera*, en la que aparece esta redondilla:

Si continúa *La Bandera*  
 sembrando la desunión,  
 la romperá el regatón  
 de alguna lanza llanera.

En la edición del 25 de octubre, *La Bandera* publica el tenencioso anuncio de la reimpresión del opúsculo *El triunfo de la libertad sobre el despotismo*, de Juan J. Roscio, obra —dice— utilísima para los americanos, «en la cual se demuestra con textos de la Sagrada Escritura y doctrinas de sus Santos Padres, principalmente del angélico Dr. Santo Tomás, ser lícito el tiranicidio».

Refiriéndose a la inminente llegada de Bolívar a Bogotá y a los incendiarios impresos que infestan la Villa, dice Restrepo, en su *Diario*: «Estos papeles sin duda le van a irritar mucho. En Bogotá ha habido una gran fermentación porque se suponía que Bolívar venía a destruir la Constitución, y éste ha perdido mucho de su popularidad...» Se alude a *La Bandera Tricolor*, a *Mis Pensamientos* y a otros periódicos que publican fuertes ataques contra el Libertador, acusándole de pretender establecer en Colombia la Constitución de Bolivia, y asimismo se incluye a *El Chasqui*, del médico y poeta José Félix Merizalde, aludido por *El Posta de a caballo* en esta frase bien poco amiga: «Se dice públicamente que



el autor de aquella abominable producción es un hombrecito de nariz aguileña, avellanado, entremetido y bullicioso, de genio malquisto, y que por cuanto hay en el mundo alabaré las cosas en que no tiene parte... *El Chasqui* es *El Noticiorote* salido de los infiernos para volver a turbar la paz pública.»

Refiriéndose a la citada edición de *La Bandera*, del 25 de octubre, apunta Restrepo, el 14 de noviembre, día de la llegada de Bolívar a Santa Fe:

A pesar de chismes de una y otra parte, el Libertador manifiesta mucha confianza del Vicepresidente General Santander. Fue muy útil el viaje de éste a Tocaima, en donde le pude desengañar de algunas ideas equivocadas que traía sobre el Gobierno y los escritores de esta ciudad, ideas que aumentaban su comitiva compuesta toda de militares enemigos de la Constitución y de las ideas constitucionales. El Libertador está muy sentido con los escritores públicos de Bogotá, pues dice que le han condenado sin oírle y pintándole como un ambicioso, mancillando así su gloria y desacreditando al único hombre capaz de mantener el lazo de unión de Colombia. El escrito más terrible que ha salido contra el Libertador es *La Bandera Tricolor* extraordinaria del miércoles 25 de octubre, en que se le acusa de querer hacer esclavos a 3 millones de colombianos; en otros papeles de la misma fecha se habla también de que el Libertador aspira a la monarquía de Colombia, Perú y Bolivia, formando un gran imperio. Los escritores principales y los más entusiastas por la constitución y contra el presidente son los doctores Vicente Azuero, Francisco Soto y Rufino Cuervo; pero en general los habitantes de Bogotá estaban por la Constitución y contra el General Bolívar por la idea de que venía a destruir la constitución y a establecer un gobierno monárquico o que se le asemeje. He oído decir al mismo con mucha franqueza que, sin embargo de su opinión decidida de que Colombia necesita una Constitución semejante a la que el Libertador dió a Bolivia, él de ningún modo ofrecerá la suya, y que la Convención, cuando se reúna, adoptará la que le parezca mejor.

El 25 de diciembre el Libertador deja atrás a Santa Fe, hacia Venezuela. Pero a través de presurosos emisarios continúa comunicándose con Santander. Hay cartas, nada menos que del Hombre de las Leyes, que parecen anchas telas de araña, urdimbre de noticias que confundirían y decepcionarían al espíritu más lúcido. En su epístola del 11 de diciembre, al Libertador, le dice: «Malo me parece todo eso de Venezuela. Los facciosos siguen oprimiendo a los pueblos, haciendo escándalos, despedazando la República, insultando al Gobierno... No se meta en Venezuela con ciega confianza, pues son capaces allá de cualquier atentado. Por Dios, mi General, sea usted desconfiado una vez, y mire que no todos son tan dóciles como en Bogotá... Los agentes de la revolución seguirán haciendo diabluras... Me dicen que Narváez ha



hablado de usted cosas inciertas, cosas exageradas y cosas falsas. Este señor que es más voluble que una caña y que es de imaginación fecunda y de lengua expedita, no puede ser buen informante. En Guayana hubo su alboroto... la tropa gritó *Viva Páez, viva la Federación...* El mal ejemplo es contagioso; en Venezuela la tropa se ha metido a deliberante y han seguido en otras partes los tumultos militares. Este es un presagio de horribles consecuencias, y tal que si Dios no lo remedia, vendremos a tener jenízaros o pretorianos, y un día de estos será proclamado Páez Emperador de Venezuela. Cada vez veo nuestras cosas más complicadas y difíciles... Va para allá un oficial subalterno, Gómez, que viene de Panamá, el cual ha sido uno de los que gritaron en las calles de aquella ciudad *Viva Simón Primero...* Acuérdesse usted que en mi vida he publicado ni una sola línea contra usted... Yo jamás he mandado voltear mis casacas... Hay más personas chismosas que verídicas... Temístocles hablaba inicuaamente contra Aristides solo por envidia y resentimiento. Timoleón fue acusado de malas versaciones. Lo fue Scipion y lo fue Washington. Cada vez me acuerdo que a mí no ha faltado quien me diga ladrón, quisiera haber sido godo antes que sufrir tal mengua...»

¡Qué tremenda maraña! Y esto es lo cotidiano, lo permanente, lo que le llega de todas partes, sin esperanzas de moderación; con la alarmante y angustiosa certeza de que cada día se irá haciendo más largo y tenebroso el laberinto.





*Proyecto de Digitalización*  
Academia Dominicana de la Historia

# 1827

Quien no ha sido calumniado, no ha sido envidiado;  
y quien no ha sido envidiado, no ha sido nada.  
El talento tiene una aureola: la calumnia.

J. M. Vargas Vila.

El 12 de enero, a su regreso del Perú, Bolívar es objeto, en Caracas, de grandiosa recepción. Y no faltan los versos laudatorios:

Salud a Bolívar  
que en carro triunfal,  
desde El Cuzco torna  
al suelo natal.

Bolívar conduce  
al suelo natal  
la rama de olivo  
símbolo de paz.

Esa paz es su reconciliación con Páez, en el fondo bien angustiosa, porque sus halagos —dice Groot— son no más que los elogios que se hacen de la formalidad de un niño para comprometerlo a no hacer travesuras. Le obsequia su espada al Llanero, quien, al recibirla, la llama *la espada redentora de los humanos*, y le ofrece a sus compatriotas ir por ellos y por Bolívar a la eternidad. Pero ya pronto, el 28 de febrero, el Libertador le dice al vencedor de Ayacucho: «Diríase que yo he libertado el Nuevo Mundo pero no se dirá que yo haya perfeccionado la estabilidad y la dicha de ninguna de las naciones que lo componen.» Y esta deficiencia de Bolívar, confesada por él mismo, constituye de por sí el más fácil y vasto asidero para sus detractores y escarnecedores no solo de dentro, sino también de fuera, como se lo avisa Santander en carta del 23 de febrero: «Los papeles de Buenos Aires y Chile continúan en la oposición contra usted y Bolivia. El *Times* y el *Courier*, de Londres, arrojan sombras sobre la reputación de usted respecto a su desinterés republicano... Nos amuelan con anónimos diariamente...» Días después, el 30 de marzo, agrega Santander: «Estoy desesperado, mi General. Yo no puedo soportar ya este estado de Colombia. Todo se ha dissociado, y la República entera y el Gobierno somos befa del Mundo. Si yo soy la causa de



todo, quiero removerla y sufrir un juicio, y si no soy, no quiero verme metido en tanto enredo y complicaciones. De Cartagena no vienen aquí sino las injurias más atroces dirigidas por Montilla; yo no aguanto pacientemente, y en esas y las otras venimos a parar en una guerra. Con que así vea lo que hace.»

La verdad es que en Bogotá y en las demás villas colombianas ya se ha desatado estrepitosamente la espantable jauría de la Prensa; iracundas hojas casi todas empeñadas en el descrédito de Bolívar. Sus nombres solo bastan para la idea del grado de exacerbación a que llegan las pasiones políticas en la más escandalosa barahunda de la letra de imprenta, en la que no faltará la experta mano izquierda de Santander: *El Buscaniguas*, *El Fuede*, *El Gavilán*, *La Lechuza*, *El Nazareno Negociante*, *El Batuecano*, *El Bobo Entrometido*, *Los Caballeros de la Industria*, *El Zurriago*, *El Meteor*, *El Candil*, *La Torre de Babel*, *La Espada de Holofernes*, *El Observador Colombiano*. *El Conductor*, del combativo Vicente Azuero, es el más opuesto a Bolívar; y *El Reconciliador* y *La Lira*, de Caracas, los más adversos a Santander.

*La Bandera Tricolor*, de Rufino Cuervo, y *El Conductor* son los voceros más importantes de la hora. «La Nación colombiana... no es ni será nunca el patrimonio de ninguna familia, ni persona», reza el epígrafe de la ondeante hoja de Cuervo, por demás mencionada en la correspondencia política de estos días. El 9 de enero dice Santander a Bolívar: «*La Bandera* de hoy ha estado muy caliente... Ya se despidió y ha acabado.» Y J. F. Blanco, el 1º de febrero, desde Caracas, a Santander: «Concluiré, pues, suplicando a usted el mayor celo sobre los periódicos incendiarios de la discordia, semejantes a aquella *Bandera* negra o de muerte, que por su acrimonia no ha hecho mas que convertir los amigos del Gobierno en enemigos: hablo de la *Tricolor*.» Y Santander le responde, el 16 de marzo: «*La Bandera Tricolor*, o negra o de muerte, usted sabe que no es cosa mía, y que mientras haya libertad de imprenta, puede escribir cada uno lo que le parezca.»

*El Conductor*, aparecido el 2 de febrero, luce este significativo epígrafe: «Los pueblos deben ser conducidos por la autoridad de las leyes, siempre igual e impasible; y no por voluntades pasajeras expuestas a todas las pasiones.»

Sin embargo, para excitar las pasiones políticas, reproducía en su quinta edición el monólogo de Vargas Tejada, *Catón en Utica*. En carta del 1º de marzo, a Rufino Cuervo, le dice su amigo Santander: «Ya usted habrá visto *El Conductor*; hago todos mis esfuerzos para que no se escriba con acrimonia contra el Libertador ni se le digan pesadeces, porque si él llega a concebir que puede haber perdido su reputación, es capaz de cortar el nudo con su





espada. Por otra parte, el General Bolívar puede salvar este país a fuerza de su influjo y experiencia, si toma el camino conveniente. No es tarde todavía en mi humilde concepto. Creo que en esto cumpla yo con los deberes de patriota y de fiel amigo del Libertador.»

*El Conductor* —dice Fabio Lozano— fue el espejo en que se reflejaron todas las palpitaciones de una agitada época. «Leyéndolas hoy, al cabo de casi un siglo, siente uno calurosa admiración hacia sus escritores. Ellos en medio de las más azarosas circunstancias, comprendieron los principios purísimos de la democracia y supieron defenderlos de manera brillante. *El Conductor* abogó por la supresión de las facultades extraordinarias, por el mantenimiento de los fueros del Congreso, por la instrucción pública obligatoria, por la autonomía municipal, por un régimen medio entre la federación y el centralismo estrangulador, por la pureza del sufragio, por todo lo que aún hoy constituye cánones avanzados de República.» *El Conductor* «ha sido llamado con justicia —dice Joaquín Ospina— una culminación del periodismo colombiano».

Es lo de siempre. Al padre, por más amado que sea, le llega la hora, hora de desgarramientos, en que los hijos, dando muestras de aparente ingratitud, deciden separarse de él.

Con espanto de todos se ha abierto la Caja de Pandora de los odios y de las ambiciones. Ante la dantesca visión de tantos males podrá decirse que ha sido puesto en mitad de la Plaza santafereña un ancho tonel para que todos vacíen allí su cántaro de inmundicias políticas, pero también la limpia agua crepitante de los exaltados principios liberales.

Como en la Prensa, en la correspondencia política se señala el menoscabo del prestigio del Libertador. Vale como uno de los tantos testimonios de ello la carta de Santander a Rufino Cuervo, del 30 de marzo:

Nuestro Vélez me ha escrito dos cartas muy interesantes de Filadelfia; me dice que los escritores se habían desencadenado contra el General Bolívar adhiriéndose a las sospechas que inspiraban sus miras. Los papeles de Inglaterra están en el mismo sentido, y un folleto impreso en Hamburgo con el título de *La Europa y América en 1826* está terribleísimo. Mire usted qué desgracia la nuestra, perder o por lo menos ver disminuída la brillante reputación de nuestro primer Libertador. Pero yo tengo la esperanza de que el suceso del Perú sea aquella eficazísima voz que salió del cielo para detener al perseguidor de los cristianos y convertirlo en apóstol de las gentes. Sí, mi amigo, tengo esta esperanza si todos contribuimos a aconsejar al General Bolívar, a no desesperarlo ni irritarlo, y a convencerlo de que perdida su base del Perú, comprometida su gloria, tajadas todas las plumas extranjeras para tildar su conducta, y amenazada la brillante



reputación de Colombia, no le queda más partido que unirse de corazón con los colombianos, prometer ser el apoyo de las leyes y serlo efectivamente, gobernar conforme a ellas, abandonar la idea de Confederación y de Constitución boliviana, y marchar de acuerdo con el Congreso para pensar en las ulteriores reformas. Así se lo he escrito nuevamente el 12 de febrero y se lo he repetido ahora con motivo de las ocurrencias del Perú. Es imposible que yo aborrezca al Libertador.

El lamentable menoscabo del prestigio político de Bolívar lo explica Posada Gutiérrez en su *Diario*, al aludir a la censurada carta del Libertador al General Páez: «Otro mal produjo la carta, y fue que con dar terminantemente la razón al General Páez contra el Gobierno, agrió al General Santander y le dejó la defensa del principio constitucional, con lo que se hizo más fuerte que Bolívar.»

Y lo peor es que ello trasciende al exterior, dando pábulo a la propaganda adversa a Bolívar, aventada por sus detractores. La guerra periodística entre Bogotá y Caracas de los bandos contrarios exalta aún más los ánimos con el fuego del regionalismo. El 1º de abril le dice Santander a Rafael Urdaneta: «Qué bella está *La Lira* de Caracas! No se quedará sin respuesta, y lo peor es que tengo que decir y revelar algunas verdades.» Y el 9 de abril a Bolívar: «Ya he indicado que he leído *La Lira*. Qué *güena*, diré con Valdés. Estoy tan hecho a oír dicerios, que ninguna mella me hacen; y por otra parte, cuando comparo las ridiculeces en ese y otros papeles semejantes con la opinión en que me tienen en América y Europa, me consuelo. Dicen que los hombres grandes son los que tienen enemigos y perseguidores, y ya tengo yo tantos, que me están haciendo creer que valgo algo. No se quedará *La Lira* sin su refutación, la mas decente posible, sin personalidades y al grano.»

Días después, el 23 de abril, agrega: «*La Gaceta* ha empezado a responder a *La Lira*; y yo soy el que estoy escribiendo las respuestas y en suplementos se irán publicando los comprobantes de cuanto digo.»

En *El Conductor*, en que se insulta «del modo mas calumnioso e indecente al Libertador», aparece una *Cgrta de Mario a Cicerón* contra Bolívar. Tal irritación le causa la carta que, «escrita o inspirada» por él, circula en *La Lira*, de Caracas, donde a la sazón se halla, una *Epístola de Cicerón a Mario*, velada filípica contra Santander, en la que no faltan los pesados cargos y los insultos. Al lamentable caso se refiere Santander en su carta del 7 de junio a Briceño Méndez: «Saldrá dentro de ocho días un Manifiesto en que expongo cual ha sido mi conducta... con el Libertador... Allí se verá que no he sido amigo pérfido ni ingrato, ni jefe de partido ni nada de lo que me han atribuido en Caracas y Car-



tagena y que el Libertador ha creído tan sinceramente para hacerme insultar por medio de *La Lira* y *El Meteoro*.»

Las críticas contra Bolívar siguen cayendo sobre él como esas lluvias torrenciales que parecen no tener fin. *El Granadino*, de Azuero, en su primera edición, del 19 de mayo, aboga por la disolución de Colombia: que Bolívar —dice— «ha violado todas las leyes, que detesta las instituciones, que quiere un Gobierno perpetuo e ilimitado y que es el autor de los males del país», y agrega: «El verdadero, el evidente interés nuestro es separarnos de los demás, unirnos estrechamente entre nosotros mismos y ponernos gobernantes de nuestra confianza, que protejan nuestras libertades y nuestra independencia.»

El 22 de mayo el General Santander le dice a Rufino Cuervo: «Lo que sí es cierto es que aquí hay una fermentación horrorosa contra el Libertador, y hay quienes piensen que si el día 19 se toma en consideración la renuncia, se la admiten.» Días después, el 15 de junio, añade: «He leído gacetas de los Estados Unidos; no están más acres contra el Libertador aquellos extraordinarios *banderitas*. Difícilmente recupera nuestro querido Libertador su reputación republicana. El Abate De Pradt no se ha atrevido a elogiar la Constitución Boliviana, y en una nueva obra que recientemente ha publicado, apenas menciona la parte del discurso preliminar que trata de la religión, y hace un elogio del General Bolívar sosteniendo que sus intenciones son puras y desinteresadas. En Filadelfia se está imprimiendo una obra en refutación de la Constitución Boliviana.»

Sin embargo, la suposición de que sería aceptada a Bolívar la renuncia de la Presidencia ha fallado. El Congreso de Colombia no la acepta y el 6 de junio le llama a Bogotá a prestar nuevo juramento. La batalla verbal librada en el Congreso es bien recia. El Senador Dr. Diego Fernando Gómez empieza su discurso con el tema de la Constitución y luego manifiesta que al Libertador lo han electo los pueblos a unanimidad en la inteligencia de haber jurado sostener la Constitución; pero que desde que dijo estar su fe política en el Código de Bolivia se debe creer que ni los pueblos gustarán de que siga mandando quien aborrece la Constitución ni el propio Bolívar se hallará bien teniendo que observar una Constitución que desapruueba; que la Constitución Boliviana es el Código del absolutismo y de la tiranía; que así se repite en toda la República; que todos están tan al cabo de ello como de que es la fe política de Bolívar, y concluye afirmando que poner los pueblos bajo la autoridad del Libertador es como poner a un niño cristiano bajo la dirección de un mahometano para que le enseñe el Evangelio.



Tras el Senador Gómez ocupa la tribuna el Senador Uribe Restrepo, por algo apodado *El Loco*, en cuya imaginación, plena de historia griega y romana, al uso del tiempo, no ve en Bolívar sino a César, y en Santander a Pompeyo. En uno de los chispazos de su encendido discurso antibolivariano, dice: «El ha hecho la más atroz injuria a Colombia, declarando salvador a Páez y ciñéndole su espada, símbolo de sus glorias por nuestra independencia y libertades.»

Por estos mismos días, el 5 de julio, *El Observador Colombiano*, del virulento Azuero, censura la actitud política de Bolívar y elogia a Santander. «Hay dos Bolívares —dice— uno de 1813 a 1826 y otro de 1826 en adelante.» De donde arrancaría una discutida interpretación de Bolívar: *los dos Bolívares*.

Y lo más enfadoso en esta situación es que de la diatriba política se pasa al sarcasmo, a lo denigratorio, a lo personal, como lo recuerda Groot, testigo de la espantosa escena:

El atrevimiento fué entonces grande; no se le daba ya otro título al Libertador en los corrillos y en las calles que el de tirano, y hasta aplicándole epítetos ridículos: había habido anteriormente en Bogotá un loco despreciable, a quien le había dado por andar vestido con harapos militares, y lo llamaban *Longaniza*. A este asimilaban al Libertador llamándole por el mismo nombre, principalmente los estudiantes de la escuela azuerina.

En el *Chasqui* se publicó un sueño en que se pintaba un personaje maléfico que anonadaba las libertades públicas; era la personificación del más odioso despotismo, y en la filiación de su físico se le daba toda la semejanza al Libertador. Otro papel incendiario y atrevido que se daba en aquellos días contra el mismo, era *El Zurriago*; y hasta entre las mujeres se logró infundir odio hacia el General Bolívar. También se publicaban algunos papeles moderados en sentido contrario, en que se desmentían las calumnias haciendo ver la verdad de las cosas y excitando a la paz y al orden; pero con esto sucedía lo mismo que con la renuncia de la presidencia; se irritaban mas los enemigos, y para que la razón no hiciera su efecto en los ánimos, decían que esa moderación era miedo y nada mas; y que la paz que se quería era la paz de los sepulcros, donde nadie hablara para poder establecer el despotismo.

El repulsivo hábito de motejar, a veces rayano en cruel malignidad y propio de almas vulgares, que entraña una profunda perversidad de espíritu, merece ya que se reviva en Santa Fe el imperio de las Doce Tablas, que pedía la pena de muerte para aquel que ridiculizara a un ciudadano romano.

Los autores de los incendiarios papeles de Bogotá no dejan de temerle, más que a Bolívar, a sus adictos, por aquella verdad de que no hay peor dictadura que la de los subalternos. Así lo revela Santander a Rufino Cuervo, en carta del 8 de septiembre:



Pasado mañana entrará aquí el Libertador. Quién sabe cómo señalará la historia este día: si como fausto o infausto. La inquietud de los ánimos es muy general y la desconfianza es extraordinaria. Algunos diputados del Congreso han emigrado ya, otros seguirán y con ellos algunos de los escritores públicos. Yo quedo esperando la tormenta, pero más decidido que nunca a no transigir con dictaduras indefinidas, con reformas violentas, ni con medidas ilegales. La inocencia de mi conducta me anima mucho a mostrar en esta borrasca todo el carácter de que soy capaz. Jamás, jamás, vaya usted a creerme débil ni inconsecuente, sea cual fuere la suerte que me toque en esta contienda. ¡Ah!, si el Libertador, desengañado de la oposición a sus planes, empezara a gobernar constitucionalmente, a ser moderado con los que lo han censurado o atacado, a despedir sus pérdidos consejeros, a reunirse con hombres íntegros e imparciales, y a dejar obrar libremente a los pueblos en las elecciones para la gran convención, entonces cantaríamos himnos de gracias, elogiaríamos al Libertador y nos felicitaríamos todos los que hemos sostenido firmemente las instituciones y con ellas las libertades públicas. Veremos lo que da de sí el tiempo.

En este vértigo de la Prensa, del periódico y la hoja suelta convertidos en lanza en ristre, aparecen unos y desaparecen otros. El 22 de julio se despiden, en Bogotá, *El Chasqui* y *El Bobo*, adversos al Libertador. Y en el mismo mes sale a luz otro periódico de Vicente Azuero, *El Batuecano*, también opuesto al Libertador, en cuya primera edición inserta la Proclama de Bolívar del 4 de julio con notas burlescas. Pero todo tiene su reverso: en defensa del Libertador corre por las calles de Santa Fe la hoja *Un Colombiano al Batuecano*. De *El Bobo* le da noticias a Santander, el 18 de septiembre, su amigo J. Ramón Bravo: «Ya yo había visto en un impreso de Bogotá intitulado *El Bobo*, que era muy conveniente mi separación del servicio; pero no me hizo mucha impresión, porque no es extraño que de mí se hable, cuando insultan al Libertador, que tantos sacrificios ha hecho por la libertad de Colombia.»

No tardan, pues, en producirse dificultades entre los oficiales de Bolívar y los hombres de la Prensa, desde su arribo a Bogotá, el 10 de septiembre. En su *Diario*, apunte del 6 de noviembre, Restrepo alude a violencias cometidas por el Coronel José Bolívar contra el Dr. Azuero, a quien le había estropeado los dedos de la mano derecha para que no emborronara más cuartillas. Dice: «Ayer un Oficial que vino con el Libertador, el Coronel Bolívar, ha insultado y dado bofetones en la calle al Dr. Vicente Azuero. Tal suceso, originado en que éste en una carta llamó perros de presa a los que rodean al Libertador, ha causado bastante efervescencia en la ciudad. Los del partido de oposición al Libertador han creído que el agresor era instigado por éste, y que se insulta



taba a Azuero porque ha sostenido los principios liberales como editor de *El Conductor* y de otros papeles públicos. Semejante persuasión es absolutamente infundada, y el Coronel Bolívar, a quien se ha mandado a arrestar para procesarle, obró por sí solo. Azuero, bajo la misma creencia dio al Libertador una representación desacatada, que se le mandó devolver; quiso imprimirla y se le dijo que sería castigado si injuriaba al jefe del Gobierno. Convino pues en recogerla y reformarla. Este partido de oposición no cesa de molestar al Libertador, publicando papeles de Lima y de otros países contra él y sus amigos; temo que al fin le exasperen. El Presidente ha prohibido que se haga publicación alguna que pueda fomentar de cualquier modo los partidos; desea que renazcan la concordia y la calma.»

Nada amilana a Azuero y, en *El Zurriago*, del 16 de diciembre —hoja en cuyo epígrafe dice: *Todas las barreras civiles, políticas y judiciales llegan a hacerse ilusorias sin la libertad de imprenta*—, afirma resueltamente: «Tampoco pasaremos en silencio la loable conducta de los que a despecho de la seducción y del temor se distinguen por sus sentimientos liberales, a pesar de los temores que han inspirado ciertos acontecimientos que acaso son los que han hecho acallar las imprentas en esta capital de dos meses a esta parte. Pero nosotros estamos resueltos a perder los *dedos* con que escribimos y hasta la misma existencia antes que abandonar nuestra empresa, bien seguros de que cada día hay mas hombres libres que reemplacen a los que les han precedido. Nacidos en los Departamentos del Cauca, Boyacá y Magdalena, sólo el amor de la libertad nos ha traído a esta capital, abandonando nuestras posesiones y familias por sólo el bien de la República.»

Tras *El Zurriago* surge *El Zurriago*, el 30 de diciembre, que ostenta como epígrafe, por el mismo estilo del anterior, estos versos de Quintana:

¡Ay del alcázar que al error fundaron  
la estúpida ignorancia y tiranía!  
El volcán reventó, y a porfía,  
los soberbios cimientos vacilaron.

En la *Advertencia*, dice: «Cansados ya de ver el sepulcral silencio de las prensas, aunque no ignoramos los motivos, hemos resuelto echar a rodar una que otra vez, por estos mundos, algunas líneas en letra de molde; y a pesar de que sabemos muy de positivo el riesgo en que ponemos nuestros *dedos*, ni ésto ha podido cortarnos la gana. Buen ánimo, y manos a la obra.» Con la palabra *dedos*, en cursivas, es claro que alude al atentado del Coronel José Bolívar contra Azuero; y arremete más adelante contra el



Libertador y contra el supuesto intento de Monarquía, y para colmo de su audacia publica este *Epitafio de la Constitución de Bolivia*, atribuido a Vargas Tejada, a Castillo y Rada y al Comandante Piñeres:

Bajo este mármol triste y tenebroso  
descansa en paz la Carta boliviana;  
caminante, no turbes su reposo,  
ni digas que su muerte fue temprana,  
deja que la solloce el ambicioso  
destructor de la Carta colombiana;  
pasa la losa con furor eterno,  
que ella contiene el parto del averno.

No faltan ahora las diatribas lanzadas contra Bolívar vomitadas desde el Perú lejano. En su *Suplemento a las cartas americanas*, publicado en Lima, el servil Miguel Lorenzo Vidaurre le arroja sus invectivas y se jacta de haber sido «quien extrañó perentoriamente del suelo peruano a la Manuela Saenz, esa mujer cuya escandalosa correspondencia tanto ha insultado el honor y la moral pública». Pero olvida Vidaurre sus anteriores ditirambos al Libertador y de que en cierto baile que se dio en Lima al Héroe compareció ante él en cuatro pies, como lo recuerda Restrepo, y profiriendo frases que no son para contadas. No descansa Vidaurre en sus acometidas contra Bolívar, a quien ataca en el *Manifiesto que hace el Gobierno de Colombia a los fundamentos que tiene para hacer la guerra al Gobierno del Perú, con la contestación que da a los cargos el ciudadano Manuel Lorenzo Vidaurre*, publicado en Boston en 1828.

Y no solo los peruanos denostan al Libertador, sino también algunos extranjeros que pasan por allí. En su *Journal of voyage to Peru*, en el invierno de 1827, cuenta el Teniente Brand que hallándose en Lima, anárquica, en septiembre de ese año, a la noticia de que el Libertador pensaba volver al Perú «se recrudecieron los odios y cobró grandes proporciones el movimiento reaccionario contra Bolívar», en contraste con la afirmación del Coronel Hamilton, en su *Travels throught the interior of Provinces of Columbia*, publicado entonces en Londres, de que Bolívar es «al presente el hombre mas grande y el carácter mas extraordinario de todos los que ha producido el Nuevo Mundo».

Entre los que presencian abismados la terrible situación política de Bogotá, J. M. Groot es de los testigos más idóneos, de los que recogen con mayor fidelidad y patetismo el resonante escándalo. A través de su palabra puede oírse el estruendo de la Prensa, de la tribuna, más ensordecedor y más trágico para el Libertador que el fragor de las armas:



La Capital estaba en efervescencia cada día más: al Libertador ya no se le daba otro título en los círculos liberales que el de tirano. ¿Y en qué estaba esta tiranía? Se hallaba con el mando y facultades extraordinarias de que se podía abusar en aquellas circunstancias y ¿qué hacía ese tirano? Sufrir insultos de los santanderistas y hacer cuanto estaba de su parte por apaciguar las divisiones, evitar la guerra civil y el derramamiento de sangre colombiana. Esto era lo que hacía el tirano, que al haberlo sido, habrían tenido que decirse desde otra parte sus enemigos y no dentro del país que estaba bajo su autoridad y poder con facultades extraordinarias de que podía usar contra todos ellos muy constitucionalmente, calificándolos de perturbadores del orden público.

Este hombre, martirizado por los mismos a quienes había libertado, hizo publicar su renuncia desde el mes de febrero para que todo el mundo conociera sus sentimientos y su decisión a dejar el mando; pero los liberales, en lugar de desarmarse con esto, se irritaron más, porque como no era de buena fe que lo acusaban de tirano, sino para arruinar su reputación y concitarle enemigos entre los republicanos de buena fe, cada desmentida que el Libertador les daba para frustrarles sus planes los desesperaba más. Así fué que en el momento empezaron a decir que la renuncia no era más que hipocresía, y se fundaban en que las anteriores no las había hecho de buena fe, sin dar de ello más prueba que el decirlo así ellos, pues que así lo habían juzgado, y no por otro dato, puesto que todas ellas las había negado el Congreso con unanimidad; que sólo habiéndole sido admitida alguna y que sin embargo hubiera continuado en el Poder, o se le hubiera notado repugnancia al dejarlo, podría haber razón para decir que no había hecho sus renunciaciones de buena fe. Para juzgar la temeridad con que se acusaba al Libertador es preciso ver la renuncia... Este partido de ingratos que realmente eran los que querían subyugar al pueblo colombiano imponiéndole sus ideas por medio de leyes, contra su voluntad, aumentaba su audacia a medida que iba descubriendo la moderación y sufrimientos del libertador: éstos que negaban el título de Libertador al que había libertado a Colombia y al Perú, lo daban al revolucionario Bustamante llamándolo *Salvador* de la Patria: a este que estaba en connivencia con el gobierno peruano para desmembrar el territorio de su Patria agregando a Guayaquil al Perú... El partido opositor tenía a la capital en conflagración, en vez de propender a la paz. "El Vicepresidente Santander, dice el señor Restrepo, a pesar de la improbación constante de sus consejeros legales los Secretarios de Estado, escribía contra Bolívar en la *Gaceta de Colombia* artículos, primero un poco disfrazados y después muy claros y explícitos. Azuero redactaba, con su acostumbrada exaltación y acrimonia, un nuevo periódico titulado *El Conductor*, que salía dos veces por semana, y en su mayor parte se costeaba de los fondos públicos, pues el Gobierno de Santander se había suscrito por doscientos cincuenta ejemplares que circulaban en todas las provincias... Pero esto no era más que una mala disculpa para encubrir el verdadero objeto, que era el de auxiliar la publicación de ese papel incendiario, dedicado a hacer la guerra al Libertador y dar aire de





autoridad a las calumnias con el carácter de semioficial que se daba al periódico...

El ejemplar testigo de la algazara agrega estas amargas consideraciones:

Qué situación la de Colombia en 1827! Era una nave corriendo temporal, medio desarbolada y haciendo agua por todas partes. Unos veían la tabla de salvación en el Libertador y otros en el Congreso. Pero había llegado el día de su reunión y faltaban senadores, cuyo concurso era imposible a causa de los trastornos introducidos en las provincias del Sur por los jefes de la tercera división que estaban dando un día de consuelo a la Patria; que se proclamaban sostenedores del orden constitucional contra el tirano Bolívar, infringiendo la Constitución y echando a rodar el orden constitucional. ¿Era esto una pesadilla?

Fué tal el arte empleado, principalmente por los doctores Azuero, Soto, Diego Fernando Gómez y otros, para ganarse a los patriotas republicanos de buena fe, que hasta sacrificaban sus resentimientos particulares con algunos de éstos para ganárselos y que les ayudasen a trabajar. No se puede decir más, sino que se ganaron al Doctor Merizalde, a quien los Azuero, en el año 1824, habían dicho iniquidades por la prensa, atribuyéndole *El Noticiosote*, papel en que él les había declarado la guerra por sus malas ideas, principalmente en punto de religión; lo mismo que al Doctor Soto y demás liberales. Pero en esta ocasión prescindieron de todo por hacerlo a su bando, persuadiéndole, como persuadieron a tantos, del peligro que amenazaba a las libertades públicas, la autoridad del Libertador. Conocieron que el Doctor Merizalde, perteneciendo a la clase de escritores públicos de esos que saben o que tienen genio para manejar el arma del ridículo, podía servirles con mucho provecho, y lo consiguieron, pues emprendió la publicación de un periodiquito titulado *El Chasqui*, en que seguía el plan del Doctor Azuero en la representación que a nombre de los vecinos de Bogotá había escrito para presentar al Libertador, haciendo a éste mil elogios, pero con arte, para que los cargos que le hacía, como en sentido hipotético, destruyesen los elogios, o más bien, que se convirtiesen en veneno. Ridiculizaba altamente a los congresistas que estaban opuestos a la renuncia del Libertador, al mismo tiempo que realizaba el mérito de los contrarios. Figuraba su *Chasqui* haciendo viajes a Monserrate, donde conversaba con un loco amigo suyo. Las conversaciones se reducían a noticias que le llevaba del Congreso y demás cosas que ocurrían en la ciudad. Con esto daba al asunto el aire de cuento, para interesar al pueblo en su lectura. *El Chasqui* y *El Conductor*, eran aliados, y los dos papeles que más guerra hicieron cada uno por diverso estilo; pero ambos agitando sin cesar la túnica de César de la *Boliviana*; y vuelta de todos modos con la *Boliviana*, sin que valiera cosa alguna para que abandonasen este tema, y de aquí no salían sino para incurrir en contradicciones y despropósitos cuando querían ensayar otros cargos.

Hacíanle cargo al Libertador de que había atentado contra la libertad de imprenta, por la circular que hizo pasar a los escritores públicos para que no exacerbasen los ánimos escribiendo



en tono acre, y que evitaran todo insulto personal, para poder restablecer la buena armonía entre las gentes y alejar la discordia; y al mismo tiempo se le hacía cargo en *El Chasqui* porque permitía que en Venezuela se escribiera contra la administración del General Santander; y esto cuando en otro número del mismo periódico, en un artículo que tenía por objeto ganarse partidarios en Venezuela contra el Libertador, se hacían elogios al liberalismo de los venezolanos, y una de las cosas que decía era que en Venezuela se escribía muy fuertemente contra la *Boliviana*. Luego la libertad de imprenta era completa, y hasta con desprecio de la circular, de que no hicieron caso los periódicos liberales, principalmente *El Conductor*.

*El Conductor* era una máquina infernal. En este periódico se dijo mucho sobre que no había hombres necesarios; que esta frase no era más que una invención de los que querían entronizar el despotismo y la tiranía. Esto era porque todo el mundo consideraba al Libertador como el alma de la República y el garante de su estabilidad. Sin rebozo le negaba el mérito de haber libertado a Colombia. Un largo artículo se escribió para decir que no a él sino a los pueblos era que se debía la libertad de Colombia. Cada punto, en forma de pregunta, acerca de lo que se fué verificando para destruir el poder español, acababa con el estribillo de los pueblos; pero los pueblos sin Bolívar nada habrían podido. Pueblos tuvieron los generales peruanos, y nada pudieron contra los españoles, hasta que fué Bolívar a libertarlos. En todas partes hay pueblos, pero no en todas hay caudillos como Bolívar. Era el colmo de la injusticia, de la ingratitud y hasta de la bestialidad negar que a Bolívar se le debía la libertad de Colombia; pero hasta ese punto se habían cegado los conductores liberales.

La *Boliviana* era el caballo de batalla calificado de código de la tiranía y el absolutismo. No obstante, Baralt, siendo muy liberal, ha dicho que la Constitución Boliviana era más liberal que la de Cúcuta, y la análisis que de ella ha hecho el General Posada lo demuestra, con la ventaja de hallarse el liberalismo a cubierto de la demagogia.

Haciéndose eco de Restrepo, dice Groot:

A pesar de que el mismo Soublette y los demás Secretarios del Gobierno de Colombia aconsejaban de continuo la calma y la moderación al Vicepresidente Santander, no podían conseguir libertarle de que diera algunos pasos falsos. Los doctores Azuero y Soto, que formaban su consejo privado, tenían mucho ascendiente sobre él y lo arrastraban en sentido contrario. De aquí esa oposición decidida a que se convocara la Convención, sin embargo de que ya era un grito nacional el que la pedía, y él decía que prefería la guerra civil a que se convocara; de aquí esas vociferaciones de Santander, quien decía públicamente que le sería muy fácil oponerse y vencer en la guerra al General Bolívar, y que ésta debía declararse para conservar las libertades públicas; de aquí el haber repetido varias veces que si aquéllas perecían habría preferido que permaneciésemos unidos a la España; de aquí el decir que entre Morillo y Bolívar quería más bien que el primero volviera a entrar en Bogotá porque el segundo derramaría



igualmente la sangre de los mejores patriotas y entre estos él se consideraba en un riesgo inminente. Lo más admirable es que proposiciones tan escandalosas las propalara delante de su consejo, de algunas diputaciones del Congreso y de otras varias personas. Estaba privado de la cordura y circunspección que demandaba su alta posición social. Dejábase arrebatar por los raptos de sus pasiones y de su genio brusco, que nada respetaba cuando perdía la paciencia; por desgracia esto le sucedía frecuentemente. En aquellos días el Congreso era también objeto de sus declaraciones. Lo tachaba de débil porque no acusaba y destituía al Libertador Presidente declarando todos sus procedimientos ilegales.

Ni el furor de Saul contra David —concluía Groot— nos parece que llegó a un grado más alto, que el del General Santander contra el Libertador, quien estaba en el caso de decir con David: *Et Posuerunt adversum me mala pro bonis; et odium pro dilectione mea.*

¡Cuál sería la situación de Colombia con la enemiga de estos dos hombres, Bolívar y Santander, ambos puestos al frente del Gobierno nacional! Pero el primero sufría y también pudiera decir *cum his, oderunt pacem, eram pacificus*. Parece que el Libertador mostró más valor en esta guerra de odios gratuitos sufridos con paciencia, que en los peligros de toda la guerra de independencia.

Y es de notarse, para medir las proporciones del escándalo, que el Dr. Vicente Azuero no es un vulgar vociferante, sino un «gran prócer civil de la Independencia colombiana», prisionero de Morillo en 1816 hasta el último día del Terror, y autor, en 1826, de la célebre *Representación a Bolívar*, según Joaquín Ospina «la página mas valerosa y mas brillante que se escribió en esos tiempos contra los malhadados proyectos de dictadura, de presidencia vitalicia y aún de Monarquía».





*Proyecto de Digitalización*  
Academia Dominicana de la Historia

# 1828

La muerte de Bolívar hubiera sido un horrendo parricidio, terrible en sus consecuencias, fatal para todos los partidos, y tal vez, la ruina de las mismas instituciones, que querían consolidar con su muerte. Esos crímenes del republicanismo exagerado que tal vez admiró la antigüedad pagana y que reprueba la civilización cristiana, jamás han producido los resultados que se propusieron sus perpetradores.

*J. A. Paez, Autobiografía.*

Finalizaba el 1823 cuando el Libertador recibía una grata sorpresa: el retorno a la Patria de su maestro Simón Rodríguez, su compañero de andanzas por el Viejo Mundo y en el memorable juramento del Monte Sacro. De inmediato, desde Pallasca, el 8 de diciembre, le escribió a Santander esta risueña carta:

He sabido que ha llegado de París un amigo mío, don Simón Rodríguez: si es verdad haga Vd. por él cuanto merece un sabio y un amigo mío que adoro. Es un filósofo consumado y un patriota sin igual, es el Sócrates de Caracas, aunque en pleito con su mujer como el otro con Jantipe, para que no le falte nada socrático.

Esta expresión de profundo afecto y de entusiasta admiración la reiteró Bolívar en nueva carta a Santander, cinco meses después, desde Huamachuco, impaciente por tener a su lado al viejo amigo:

Yo amo a ese hombre con locura. Fué mi maestro: mi compañero de viajes y es un genio, un portento de gracia y de talento para el que lo sabe descubrir y apreciar. Todo lo que diga yo de Rodríguez no es nada en comparación de lo que me queda. Yo sería feliz si lo tuviera a mi lado, porque cada uno tiene su flaco. Empéñese usted porque se venga, en lo que me hará Vd. un gran servicio; porque este hombre es muy agradable, y al mismo tiempo puede serme muy útil. Con él podría yo escribir las memorias de mi vida. El es un maestro que enseña divirtiendo y es un amanuense que da preceptos a su dictante. El es todo para mí. Cuando yo le conocí valía infinito. Mucho debe haber cambiado para que yo me engañe... En lugar de una Amante quiero tener a mi lado un filósofo; pues en el día yo prefiero a Sócrates a la hermosa Aspasia.



A pesar del interés de Bolívar por el arribo de su maestro, tardó más de un año en realizarse el placentero encuentro. El Libertador le agasaja y le protege y da ocupación, y al fin se separan, en 1825, para no volver a verse jamás. Pero Simón Rodríguez sigue fiel a su discípulo y ante las demasías de sus detractores asume su defensa. Y no la hace en un simple y volandero artículo, sino en un libro, en una extensa exposición reveladora de un talento, de una inteligencia mórbida y de una cultura en que presiden lo enormizante y lo arbitrario, en que resalta el excesivo *mise en relief* de la escritura.

Antes de la *Advertencia*, en forma peculiar, bien extraña, de componer los párrafos como si fueran versos, salpicados de letras de diversos tamaños, como medidas del énfasis, hace esta Pre-*advertencia*, incitando a la defensa de Bolívar:

Para defender al Rey  
 en la persona de Luis XVI  
 no faltó quien abrazase su causa  
 en presencia de... un Pueblo entero!... enfurecido y armadó!  
 Para defender al Héroe  
 en la persona de Simón Bolívar  
 no hay quien ose encararse  
 con un partido de pocos hombres!... resentidos o preocupados!  
 Entre BAYONETAS!  
 abogó un Francés por su Señor!...  
 Entre PLUMAS!  
 temen los americanos apersonarse por su LIBERTADOR!  
 ¿Será prudencia o cobardía?

La defensa del maestro, pues, se inicia con un imponente fárrago de enumeraciones, seguido luego de otro fárrago de originales conceptos. Que los enemigos del Libertador dividen en tres partes sus acusaciones: atacan su carácter tildándole de tirano; delatan su conducta señalándole una serie de inconsecuencias: de arbitrariedad, violencia, venganza, despotismo y crueldad probados por millares de injusticias; que denuncia sus intenciones, esclavizar a los pueblos y coronarse; que su popularidad y liberalismo son aparentes, que finge renunciar el Poder; que hace cuanto puede para perpetuarse en el mando; que se han descubierto sus maniobras; que se le han interceptado comunicaciones, que entró en el Perú sin ser llamado; que vino a usurpar a los hijos del país la gloria de su independencia; que deshizo un ejército de 17.000 hombres mandado por generales chilenos, peruanos y colombianos; que agotó el tesoro público del Perú para enriquecer a Colombia; que puso en los primeros puestos a los realistas en lugar de republicanos; que se rodeó de gente mala con desprecio de la buena; que anarquizó al Perú y luego a Colombia para



hacerse necesario; que es un monstruo, que con tantos crímenes y defectos pretende coronarse; que para preparar los pueblos al yugo de la tiranía ha dictado una Constitución monárquica a las Repúblicas...

Se ha olvidado —agrega el maestro— llamarle borracho, como llamaron los madrileños a José Bonaparte, y lo hicieron creer a toda España, aunque la sobriedad del Rey fuese notoria... «Ladrón no es injuria en América: así se trata a todo el que tiene algo a su cargo, aunque sea una torre o un arenal.»

Como remate de la escarnecedora lista recoge el maestro otras especies, lo que él llama acusaciones del populacho: que Bolívar es zambo; que cuando niño se divertía en matar negritos con un cortaplumas; que su madre le daba gusto en ello y que cuando el hijo lloraba salía al balcón y gritaba a sus esclavos: «Este niño no tiene con que jugar. Ya se le acabaron los negritos. ¡Vayan a la hacienda a traerle más!» Pero todavía continúa el maestro Simón recogiendo las piedras arrojadas contra su amado discípulo, amontonando dicterios, como en la espantable colección de invectivas de José Domingo Díaz: ladrón, lobo, tigre, serpiente, ignorante, grosero, bajo, villano, cobarde, violento, insolente, atrevido, desvergonzado, déspota, tirano, altivo, imperioso, vano, presuntuoso, pedante, orgulloso, ambicioso, cabalista, aspirante, astucioso, intrigante, entremetido, intruso, aventurero, usurpador, inmoral, seductor, indecente, obsceno, libertino, impío, francmason, hereje, ateo, rencoroso, vengativo, cruel, sanguinario, asesino, exterminador, destructor, azote, plaga, verdugo, inconsecuente, falso, hipócrita, embustero, pérfido, traidor, perverso, depravado, calumniador, impostor, descarado, inicuo, abominable, execrable, criminal, reo, delinciente.

Es como ese montón de fuertes epítetos que, andando los siglos, se echaría con ánimo airado sobre el Protector de los Indios: violento, melifluo, alabancioso, falso, impostor, infamador, paranoico, agotista, exorbitante, engreído, soberbio, enfermo mental, furibundo, odiador, anticristiano, obstinado profesional de la acusación, maniaco-protagonista, utopista, fantaseador, enormizador, hispanóphobo, injusto, difamador, descarriado, vanidoso, descaminado, megalómano, fatuo, difamador monstruoso, defectuoso patológico, enconado, sañudo, iracundo, inhumano, propagandista de ideas ineficaces...

Expresiones exageradas no prueban razón: el lenguaje de la justicia es moderado y serio, dice el maestro, y así, ante tanta injuria, como un tenaz picapedrero que descarga su maza incansable sobre cada piedra arrojada contra Bolívar, se empeña en demolerlas, en pulverizarlas, en destruirlas una por una, con toda su



pasión de patriota y todo su saber de filósofo. ¡Cuántas verdades sobre cuántas infamias y mentiras, sin rebajarse al nivel de los detractores!

Simón Rodríguez sigue en ello su principio de que no deben tolerarse los insultos a los Magistrados ni a las naciones; que «no se autorice en público lo que la urbanidad condena en reuniones privadas». Deteniéndose ante el más grave de los cargos contra Bolívar, el de Dictador, dice en su defensa: «Los romanos hacían un Déspota por seis meses, y lo llamaban Dictador; le daban un poder *ilimitado*, pero no *arbitrario*, y si el poder tomaba ese carácter, en algunos casos, la arbitrariedad no era del Dictador sino de las circunstancias. Piénsese bien en esta distinción!»

De su maestro no podría decir el Libertador lo que del Arzobispo de Malinas: «El Abate de Pradt me alaba, pero no me defiende.» Pero la defensa de Simón Rodríguez, por filosófica, desorbitada y extravagante, perdería eficacia. Su propio extraño carácter, su singular idiosincrasia, también le restaría fuerza combativa a su Defensa, como él mismo lo revelara al recoger lo que llamara expresión de un *sabio peruano*: «Solo un desnaturalizado defiende a Bolívar.» Su publicación será bien tardía, en 1830, cuando la rutilante estrella del Libertador, ya parpadeante, se acerque al melancólico eclipse de Santa Marta. ¿Llegará el libro a manos de Bolívar? Quizá. Qué de sensaciones amargas sacudirán su espíritu en esas horas postreras de la vida en que todo oscile ante sus sentidos desfallecientes como un trágico péndulo, entre el desencanto y el perdón y la hórrida verdad de la muerte. Como en un pedazo de espejo, roto por las mil vicisitudes de su vida, en la singular Defensa podría ver parte de su propia alma, la porción de su alma que en los años mozos se impregnó de la enseñanza de su maestro; lo que hay en él, sin duda, de Simón Rodríguez.

Quien quiera conocer al discípulo del maestro Simón Rodríguez, descubrir lo que había en él de su mentor, lo hallará en el *Diario de Bucaramanga*: sus puntos de coincidente desorbitación, por disparejos que sean.

Este año de 1828 marca la definitiva declinación del Libertador. Año de tremenda lucha política en que, desatadas las pasiones, ora como torrentes cenagosos, ora como lavas hirvientes, arriban a su climax: la nefanda noche septembrina. Son dos caos en pugna: Bolívar, el caos político, y la juventud, el caos del liberalismo y de la demagogia.

De Lima le llegan a Bolívar, a la sazón en Bogotá, los ecos de la poesía fustigante, ensañada contra él. El siguiente soneto, que ya ha aparecido en *El Conductor*, de Santa Fe, reaparece en el vocero peruano *El Telégrafo*, del 7 de febrero:





## SONETO

La historia de los siglos ominosos  
 en que el hombre se vende y se degrada,  
 ofrece ejemplos, deja consignada  
 cada verdad en hechos criminosos.

Aluden a esto los años venturosos  
 de Roma ilustre, de la Grecia armada  
 y de Colombia misma esclavizada  
 objeto de proyectos insidiosos.

¿Gozaba vuestra Patria tanta gloria?  
 ¿Ver no esperaba el fin apetecido?  
 Solo un servil, un goda envilecido

marchita estos laureles; la victoria  
 al ambicioso cede. ¡Colombianos!  
 ¡No sois dignos de hierros inhumanos!

Entre los versos contra el Libertador que alcanzan más ancha resonancia están los del poeta festivo Presbítero José Joaquín Larriva, Maestro en Artes y Doctor en Teología, en Derecho Civil y Canónico, que después de comparar a Bolívar con Alejandro y con César, en su desbordado *Elogio* pronunciado en la Universidad de San Marcos de Lima, en 1826, dejó de ser bolivarista y negó a su antiguo ídolo, en su disputa poética con el Presbítero Echegaray. En el vocero limeño *El Telégrafo*, del 11 de febrero, publicó esta cuarteta, célebre por su cinismo:

Pero aún fuera de esto,  
 el tal San Simón  
 nunca ha sido Santo  
 de mi devoción.

De estos días de la reacción limeña contra Bolívar es la incisiva espinela «que los peruanos repetimos siempre», al decir de Ricardo Palma —catalogado entre los detractores de Bolívar—, también del Clérigo Larriva, del antes ídola del Libertador:

Cuando de España las trabas  
 en Ayacucho rompimos,  
 otra cosa más no hicimos,  
 que cambiar mocos por babas.  
 Nuestras Provincias, esclavas  
 quedaron de otra Nación,  
 mudamos de condición,  
 pero fué sólo pasando  
 del poder de Don Fernando  
 al poder de Don Simón.

Con las iniciales de A. Q., aparecía en *El Telégrafo*, del 10 de marzo, esta canción, plena de acusaciones contra Bolívar:



## MARCHA NACIONAL

Guerra eterna clamad ciudadanos,  
guerra eterna a un tirano atrevido,  
guerra eterna a Simón fementido,  
guerra y sangre, matanza y horror.

¡Guerra! ¡Guerra! pronuncie el peruano,  
¡guerra! ¡guerra! contesta 'a tierra,  
guerra y muerte repita la esfera  
y hasta el cielo se inflame a esta voz.

¿Queréis sangre, tirano orgulloso?  
Tomad sangre, espantoso homicida,  
la veréis a torrente vertida,  
la veréis sobre el campo de honor.

La veréis, pero sangre divina  
con vil sangre de esclavos mezclada;  
la veréis, pero pronto vengada  
por la nuestra, tirano infernal.

Venid pronto: el peruano os espera,  
emprended la conquista, ¡homicida!,  
lanzaréis sobre el campo la vida,  
lanzaréis ese aliento feroz.

Lanzaréis... y el averno, ¡oh Dios santo!  
en su abismo sepulte a un malvado  
que tu diestra en su furia ha lanzado  
para ruina del Orbe, ¡oh dolor!

¿Qué esperáis? ¡Oh patriotas! Al campo,  
ved los restos del Inca querido,  
ved su imperio, ¡oh dolor!, destruido  
y sus hijos cual sombras errar.

Ved los indios sus frentes alzando,  
esas frentes de impíos holladas.  
Vuestras manos, ¡oh suerte!, regadas  
con su llanto, ¡oh patriotas! ¿Sentís?

¿Qué esperáis? ¡Oh patriotas! Al campo,  
que centellas despide la lanza;  
nuestra voz sea ¡muerte!, ¡venganza!  
ante Dios y los hombres jurad.

Que venganza repitan los cielos  
esos soles, la tierra, el abismo;  
y nosotros matanza ahora mismo  
ruina, luto, desastres y horror.

Ni aun el immaculado Mariscal de Ayacucho se salva de las diatribas de Larriva, autor de las largas estrofas en que aparece la popular letrilla:

Sucre en el año veintiocho,  
irse a su tierra promete...  
¡Cómo permitiera Dios  
que se fuera el veintisiete!,



publicada en *El Herald*o, de Lima, reproducida por el mismo Sucre en su periódico *El Cóndor*, de Chuquisaca. El audaz Larriva anda bien lejos en sus infamias contra Sucre, hasta pretendiendo tildarle de ladrón.

En una hoja suelta circula a la sazón *La despedida del General Sucre y el duelo de los Vitalicios*, puesta por el versificador en boca del Mariscal. En la extensa composición, especie de simulado *mea culpa*, hace decir a Sucre:

Yo no tenía otro objeto  
que asegurar a Bolívar  
este floreciente imperio.  
Este hombre que tantos triunfos  
ha logrado, es el primero  
por quien siempre he trabajado:  
y así yo por complacerlo  
he sido tirano cruel,  
he perdido mi concepto,  
y en esta suerte en que me hallo  
tan solo por él me veo.

Y no cesa el escándalo de los libelos difamatorios, arma de la cobardía y de la indignidad. En Lima circula, impresa, una *Representación motivada a la gran convención de Colombia por los jefes y oficiales de la República, ahora en el Perú contra el arbitrario decreto de desertación pronunciado contra ellos por el Presidente Simón Bolívar*; y en el volante, *Obsequio al General Bolívar por un Oficial colombiano emigrado en Lima*, se hace descomedida presentación del Libertador y de sus conmlitonos:

Compatriotas, amigos, compañeros,  
de la heroica Colombia ciudadanos,  
¿aún estáis engañados con Bolívar?,  
¿aún no habéis conocido a ese malvado?,  
¿aún creéis ese hipócrita lenguaje  
en que al hablar como un republicano  
de igualdad, libertad y garantías,  
de pueblos y sus derechos tan sagrados,  
no hace otra cosa sino entreteneros  
para poder más fácil engañaros?

En cambio, para los adversarios de Bolívar solo hay alabanzas:

... Santander, Padilla, Obando,  
y otra porción de jefes y oficiales,  
apoyo de los libres colombianos...

En otros versos del mismo estilo, *La despedida de los vitalicios y proclama a los peruanos*, se renuevan los ataques a Bolívar y a Sucre, atribuyéndoles ideas monárquicas:



Me tienen por vitalicio  
y aborrecido me veo  
de todos los liberales,  
y quizá de los que fueron  
amigos de D. Simón,  
y que reservar supieron  
sus malignas intenciones  
a favor de los Imperios...

En Bogotá se arremolinan los odios con espanto de los propios contendientes. Es la erupción volcánica de la animosidad acumulada contra Bolívar en su largo predominio militar y político. También el regionalismo, en Bogotá, en Lima, en Quito, es parte en el odio al Héroe de Caracas. Pero entre todos sobresalen los *panfletistas* de Santa Fe, con todas sus características: la mordacidad, la maledicencia, la intención ofensiva, pero también el encendido liberalismo.

Los amigos del Libertador se defienden de la incesante acometida de sus denostadores. Santander llama a O'Leary «Edecán de Bolívar y su espía en Bogotá». Y a su vez el irlandés llama al colombiano Francisco de Paula *Egalité* o bien *Sandemonio*. En airada hoja suelta el leal Edecán replica, por el mes de enero, a las acusaciones de su émulo: «De vos ¿qué dirá la posteridad? ¿No dirá su nombre fue el ultraje del pudor, el anatema de la virtud, la vergüenza de la Religión, y el borrón del linaje humano?» Tal es la encendida polémica. Si Santander es un formidable polemista, de convincente dialéctica, el irlandés no queda atrás, como lo señala el propio Bolívar: «es —decía— la víbora escondida bajo las flores... Tiene un talento decidido para la sátira y el espíritu libelista; no hay quien le escape: su odio es permanente y no se borra aun con la misma venganza». Recto juicio que corresponde a las expresiones de O'Leary contra Santander: «bárraro enemigo de la especie humana... Mi odio es más grande que el Océano que me divide de aquel monstruo, y es más implacable que la ira de un tigre furioso. El jamás, nunca jamás, cesará sino con mi vida...».

En las calles de Santa Fe, por donde corren los ríos de la discordia, se reproducen los escándalos, como el del 12 de marzo. *El Zurriago* —lejana copia de *El Zurriago* madrileño de 1823—, papel insolente contra el Libertador y contra los militares, como lo llama Restrepo en su *Diario*, es quemado públicamente por el Coronel Luque, trayendo su batallón a presenciar el acto. Y a poco sale *El Incombustible*, contra el desmán del airado Coronel. Al saberlo Luque va a la imprenta, acompañado por el Coronel Fergusson, Edecán de Bolívar, y ambos maltratan a los impresores, se apoderan de los impresos y empastelan los tipos, acto que



merece la airada reprobación de Bolívar, quien ordena juzgar a los autores de la demasía.

El 9 de abril se reúne la memorable Convención de Ocaña, para la reforma constitucional, y el 2 de mayo Bolívar se detiene en Bucaramanga, de donde ha de seguir las movidas incidencias de la Asamblea. No imperan allí la paz ni la concordia, sino el desconcierto de la razón, la desorbitada demagogia, la irrefrenable ambición política. A los partidarios de Bolívar empiezan a llamarles *godos* y *serviles*. Bolívar acusa a sus adversarios de luchar por la disolución de Colombia; y a él le acusan de pretender imponerle a la Convención la combatida Constitución boliviana, que instituye un Presidente vitalicio, un Vicepresidente hereditario y tres Cámaras legislativas, «insólita concepción política generadora de todos los desastres de Colombia», según Fernando E. Baena. La tea de la discordia, la llama el «energúmeno antibolivariano» Vargas Tejada.

Entre la barahunda de las acusaciones, unas viciadas de pasión, otras de odio, no puede faltar la de Santander, con el habitual equilibrio de sus juicios. En su carta del 17 de marzo, desde Ocaña, a su amigo A. Vélez, razona su actitud y su pensamiento:

Nuestra patria está regida no constitucionalmente sino caprichosamente por Bolívar, que del título puramente honroso de LIBERTADOR ha querido hacer su título de autoridad superior a las leyes. No hablo el idioma del encono, sino el de la verdad; lea usted la *Gaceta* del 2 de marzo, y vea un decreto expedido en 26 de febrero disponiendo de la autoridad ejecutiva sin respeto a la Constitución ni a la opinión pública, como pudiera disponerse de un rebaño; lea usted los documentos públicos en que no resplandece sino el predominio de los militares sobre la Nación, y el deseo de que aquellos lo sean todo, y ésta nada; informes de las expulsiones violentas que han experimentado en Caracas los escritores públicos, en Cartagena el liberal Lavignac, en Maracaibo los sostenedores de la libertad, y en Bogotá los extranjeros que censuran la irregularidad de la administración boliviana. Examine quién es el que está haciendo reimprimir supuestas alocuciones de Washington, para subvertir el ejército *Libertador*, y quién está induciendo a los cuerpos militares a hacer protestas y amenazas contra la Convención.

Todavía esto no es nada, o como decía el otro, tortas y pan pintado, respecto de la serie no interrumpida de actos inconstitucionales, de medidas sediciosas y de pasos alarmantes que se han dado desde el 10 de septiembre de 1826. ¿Y quiere usted que algún hombre de honor se reconcilie con el supremo *perturbador* de la República? Es imposible mi amigo reconciliarse con un Jefe supremo, que nos trata de facciosos y traidores a cuantos hemos hecho frente a sus planes y descubierto sus arterias, y que no ocupa en los puestos públicos ni en sus consejos, sino a declarados amigos de la dictadura eterna o de la Constitución boliviana. Yo he hecho cuanto ha estado en mi deber, como fun-



cionario y como amigo del General Bolívar, para atraerlo hacia el camino derecho de la ley y de la libertad, sacrificando para eso mis quejas y resentimientos, y abogando en cuantas partes se me hacía el favor de oírme; pero nada ha bastado para reconciliar al Libertador con la opinión nacional, que demanda reposo y libertad, y respeto de parte del Gobierno hacia las garantías sociales.

No por esto seré yo imprudente ni inmoderado en la Convención, porque no trataré más que de los intereses del país, de refrenar ese poder colosal que ejerce Bolívar, de asegurar los derechos del pueblo y los de los ciudadanos y de dividir la autoridad ejecutiva para contenerla. ¿Y comprende usted de pronto qué quiere decir esta última frase? Pues quiere decir que estoy por la federación, como único recurso que nos resta para salvar las libertades nacionales. Y no se admire usted de verme federalista en 1828, porque a tal estado ha llegado esta nuestra Colombia, que sería musulmán si esto fuera preciso para que hubiera un Gobierno estrictamente liberal, que respetase las leyes y satisficiera los anhelos del pueblo colombiano bien demostrados en diez y ocho años de revolución.

La posición de Santander —genio de la prudencia, le llaman— es lo determinante en la exacerbada situación política, porque la contienda es, propiamente, no más que la pugna entre él y Bolívar.

Mientras tanto el Libertador permanece en Bucaramanga, atento a las noticias que día por día le van trayendo de Ocaña sus presurosos emisarios. Y en las horas de espera va surgiendo, para proyectarse hacia el futuro, la más desnuda y clara visión del Héroe: el Bolívar del *Diario de Bucaramanga*, del talentoso francés Perú De Lacroix, cuyo extraordinario poder de captación asombra. Sin duda que su estructuración es portentosa, podrá decirse que caótica. Pero ¿no es fiel espejo del caos que es Bolívar? Los rostros de sus detractores van asomando con todo su colorido, porque la rudeza ocasional del vocabulario de Bolívar no queda atrás para juzgar a los que él suma a su largo rosario de malvados, a quienes aplica los más fuertes epítetos: que «el pérfido y criminal Santander es el Jefe de aquel partido que se compone de todo lo que hay de más desacreditado en Colombia, de más inmoral, más perverso y criminal», que es «el Jefe natural de todos los trastornadores y descontentos de aquel país y excita el odio de todos contra los venezolanos...». Al Coronel Muñoz lo llama infame, ingrato, traidor; que «se declaró jefe de los demagogos..., formó el círculo panameño e hizo de él una sociedad de facciosos, que le ha calumniado e injuriado..., que en Ocaña su conducta no ha sido menos indecente ni menos criminal: se ha puesto de director de las intrigas, ha vuelto a calumniarme, a desopinar mi Gobierno y a sembrar la división; todo lo que toca a mi persona



lo puedo olvidar y perdonar, pero no debo desentenderme de la falta a sus deberes como militar...», del Coronel José Hilario López dice que es

un malvado, un hombre sin delicadeza y sin honor, un fanfarrón ridículo lleno de viento y de vanidad, un verdadero Don Quijote, que lo poco que ha leído, lo poco que sabe, le hace creer que es muy superior a los demás: sin talento como sin espíritu militar, sin valor y sin conocimientos ningunos de la guerra, que se cree capaz de mandar y de poder dirigir un ejército, que todo su saber consiste en el engaño, la perfidia y la mala fe; que, en una palabra, es un canalla. ¿Y qué será entonces, señor, su grande amigo el Coronel José María Obando? Pregúntale el Coronel O'Leary, y responde Bolívar: Más malvado que López, peor si es posible. Es un asesino con más valor que el otro, un bandolero audaz y cruel; un verdugo asqueroso y un tigre feroz, no saciado todavía con toda la sangre colombiana que ha derramado. Por último, son dos forajidos que deshonoran, lo conozco, el ejército a que pertenecen y las insignias que llevan; son dos monstruos que preparan nuevos días de luto y de sangre a Colombia.

Después de comer —cuenta De Lacroix— el Libertador salió a pasear a pie; Ferguson, Wilson y yo salimos con él. La primera conversación fué indiferente; pero luego la varió S. E. y como pensativo sobre el negocio de Muñoz dijo: Yo sé que es bien difícil ser siempre el mismo hombre, y que el que no tiene principios *fijos*, invariables, su conducta no puede ser uniforme; pero es una fatalidad contra mí la de no haber encontrado sino grandes ingratos: los que más he colmado de beneficios de toda especie, a quienes he dado más confianza y más poder, son los que me han infamemente engañado.

Al hablar de personas que no le agradan o de las que él desprecia, habitualmente les aplica esta expresión: *aquel carajo...* Del General Valdez dice que lo pone «a la cabeza de los generales más desmoralizados, más escandalosos, más ignorantes y más cavilosos del Ejército de Colombia...». Y agrega: «Pero si he puesto a este General a la cabeza de nuestros hombres más escandalosos, lo pongo también entre los más valientes del Ejército, para que Ud. vea que todo no es malo en el hombre.» No olvidaba Bolívar que en el Parte oficial de la batalla de Bomboná había escrito que «A los talentos y virtudes militares del General Valdez debe la República esta victoria.» Esta es, sin duda, la clave de las relaciones de Bolívar con personas que él califica de malvadas: *que todo no es malo en el hombre.*

En su *Diario*, De Lacroix va recogiendo, a través de las palabras de Bolívar, su principal protagonista, la verdadera visión de la lucha política, matizada por la directa interpretación de su carácter: superior a las desgracias, al infortunio y a los reveses; que su filosofía lo consuela y su espíritu le suministra medios



para repararlos; que sabe aprovecharse y valerse de ellos, cualesquiera que sean; que su política no perdona a ninguno, pero que como conoce a fondo el corazón humano sabe dar o negar su estimación a los instrumentos de que se ha valido, según el móvil que los ha movido; que es susceptible de mucho entusiasmo; que como político se le puede culpar de su grande y constante generosidad; que es amante de la discusión y que domina en ella por la superioridad de su espíritu, pero que se muestra algunas veces demasiado absoluto, y no es siempre bastante tolerante con los que lo contradicen. «Desprecia la vil lisonja y los bajos aduladores: la crítica de sus hechos lo afecta; la calumnia contra su persona lo irrita vivamente, y nadie es más amante de su reputación, que el Libertador de la suya.»

En hondad —agrega— tiene el corazón mejor que la cabeza; la ira nunca es duradera en él... Su carácter y su espíritu son más por la crítica que por el elogio; pero nunca sus críticas o sus elogios faltan de fundamento y de verdad: solo pueden tacharse algunas veces de un poco de exageración. No he oído todavía salir una calumnia de la boca de S. E.: es amante de la verdad, de la heroicidad, del honor, de las consideraciones sociales y de la moral pública: detesta y desprecia todo lo que está opuesto a aquellos grandes y nobles sentimientos.

**De la correspondencia política que llega a Bucaramanga, dice De Lacroix:**

Hoy se han recibido los correos ordinarios de Venezuela, de Bogotá y del Sur, y las cartas particulares hablan más que nunca del estado de fermentación de todos aquellos países, de odio contra el partido demagógico y contra la mayoría de la Convención, y de los esfuerzos casi ya impotentes de las autoridades para el sostén del orden y de la tranquilidad pública. S. E. nos leyó varias de sus cartas y todas hablaban el mismo lenguaje; todas demuestran la irritación de los pueblos y de las tropas y el deseo que hay, por todas partes, de desconocer la Convención, declararla sin poder de los pueblos, y hacer una matanza de los demagogos. "Una señal bastaría para eso, dijo el Libertador, y mis enemigos, los de Colombia, no quieren ver que su exterminio está en mis manos, y que tengo la generosidad de perdonarlos: cualquiera de ellos en mi lugar no faltaría en dar aquella señal no solo para mi asesinato sino para el de todos mis amigos, de todos mis partidarios y de todos los que no profesan sus opiniones: tales son nuestros liberales; crueles, sanguinarios, frenéticos, intolerantes, y cubriendo sus crímenes con la palabra Libertad, que no temen profanar, se creen tan autorizados para sus crímenes políticos así como pensaban serlo por los suyos los inquisidores y todos los que han derramado sangre humana en el nombre de Dios y de la Iglesia."





En algunas de sus reflexiones se revela Bolívar como un anti-maquivelista:

Los pueblos quieren más algunas veces a los que más males les hacen: todo consiste en el modo de hacerlos. El jesuitismo, la hipocresía, la mala fe, el arte del engaño y de la mentira, que se llaman vicios en la sociedad, son cualidades en política y el mejor diplomata, el mejor hombre de estado es el que mejor sabe ocultarlos y hacer uso de ellos; y la civilización lejos de extirpar estos males, no hace sino realzarlos muchísimo más. La filosofía nos hace ver todas aquellas verdades; nos hace gemir sobre tal depravación, pero también nos consuela.

De la Historia emite este concepto:

Más vale olvidar aquellos tiempos de locura y de barbaridad, continuó el Libertador, que acordarse de ellos; por mi parte no conservo resentimientos ningunos y lo he bien probado; pero el historiador no debe olvidar nada; todo lo debe recoger para presentar al Mundo y a la posteridad los hechos tal como han pasado; los hombres tales como han sido, y el bien o el mal que hayan procurado al país.

Otra vez se vuelve el Libertador contra Santander:

Que el cuartel general de los agitadores estaba en Bogotá; que el pérfido y criminal Santander era el jefe de aquel partido, que se compone de todo lo que hay de más desacreditado en Colombia, de más inmoral, más perverso y criminal. Santander, siguió diciendo S. E., como granadino es el jefe natural de todos los trastornadores y descontentos de aquel país, y excita al odio de todos contra los venezolanos; hace creer que yo como paisano los protejo más que a los granadinos, y que los ascensos en el Ejército y los empleos son solo para aquellos y no para éstos. Tales calumnias son creídas sin examen y el amor propio granadino queda ofendido. Si la razón discutía el hecho, vería que en la República hay menos empleados venezolanos que granadinos, y que la misma porción ha existido en los ascensos aunque hay menos militares granadinos que venezolanos. Por otra parte, ¡qué diferencia entre éstos y aquéllos! Si entre los muchos militares venezolanos hay algunos malvados, casi todos son valientes, y sobre los campos de batalla es que han merecido sus graduaciones. No me quiero poner en hacer un paralelo entre los militares de Venezuela y los de la Nueva Granada porque resultaría un contraste poco favorable para estos últimos...

También se habla en la memorable tertulia del inquietante caso de los presentimientos, bien cerca ya el nefando 25 de septiembre.

La Convención de Ocaña concluye al fin como el *Rosario de la Aurora*. Como aquella Ocaña española célebre, entre otras



cosas, por el destierro de Don Juan de Austria, esta otra Ocaña sería célebre por la frustrada Convención, punto de partida del destierro de Bolívar. Nada logra allí la grandeza del Libertador y por todas partes siguen llamándole, con más fuertes voces, tirano, dictador, Nerón colombiano, déspota, usurpador, hipócrita. Así, el día de la disolución de la Asamblea, el 11 de julio, el vehemente Luis Vargas Tejada escribe, sobre su pupitre de Secretario de la Convención, este epitafio:

Aquí yace la Convención del pueblo colombiano:  
muere con honor, pero sin haber hecho nada.  
He visto traspasar su cuello con un puñal asesino  
por el mismo enemigo que ha visto en su seno.  
Pero ella renacerá, no pierdo la esperanza,  
más grande y más ilustre el día de la venganza.

Desde Bucaramanga, el 3 de junio, Bolívar le escribe al historiador Restrepo, como si estuviese mirando hacia Ocaña, estas tristes palabras: «Nadie es grande impunemente, nadie escapa al levantarse de las mordidas de la envidia. Consolémonos, pues, con estas frases de crueles desengaños para el mérito.» En su agitada correspondencia va dejando las señales de su estado de alma frente a la vorágine en que él es centro, el culpable o la víctima, según los bandos antagónicos. En carta del 15 de enero, dice: «Europa me servirá de asilo contra la ingratitud y la guerra civil»; el 23 de abril: «Miserables, hasta el aire que respiran se lo he dado yo, y soy yo el sospechado, y despreciados mis amigos y parientes»; el 22 de mayo: «Me encuentro en el tremendo momento de la calma del despechado»; el 7 de julio: «Quién sujetará en Colombia la ambición, la perfidia, los puñales, la anarquía?»; «luego que se asegure la paz me iré, a ver si puedo conseguir que me dejen a mí también en paz, peruanos y colombianos, concediéndome este miserable resto de vida sin agonías y sin el martirio de ser considerado tirano».

En tanto en Lima se renuevan con mayor acritud los ataques a Bolívar. En la hoja limeña *Atalaya*, del 7 de junio, aparece esta irreverencia:

#### ASCENSOS DEL AMO DE FLORES

Padre y Salvador,  
triple Libertador,  
Libertador pelado,  
General Bolívar,  
Don Simón,  
Seño Simón.  
¡Quién sabe hasta donde llegará!



En la misma edición de *Atalaya* aparece el siguiente soneto acróstico, *El brazo amputad*, cruel frase alusiva a la herida en un brazo sufrida por Sucre, el 18 de abril, en el motín de Chquisaca:

UN ANTIGUO AUXILIAR DE BOLIVIA  
AL  
GENERAL SUCRE

S O N E T O

El tiempo de que pagues ha llegado,  
Los males que a los pueblos has traído:  
Bien, cuanto te sucede, has merecido.  
Recompensa es muy justa de un malvado,  
Ampararte de un mando ilimitado,  
Zángano astuto, tu proyecto ha sido:  
Ostracismo... suplicios han sufrido,  
Aquellos que a tu plan no han coadyuvado.  
Monstruo de hipocresía... inhumano,  
Para que mas no dañes en el mundo,  
Ultrajando al que sea republicano,  
Tan veloz que no tardes un segundo,  
Anda, corre y sepúltate, tirano,  
Del reino de Plutón en lo profundo.

Desde Bogotá, presto a partir hacia el Perú, en su Proclama del 3 de julio, exclama Bolívar: «La perfidia del Gobierno del Perú ha pasado todos los límites y hollado todos los derechos de sus vecinos de Bolivia y de Colombia... Armaos, colombianos... Volad a las fronteras del Perú... Mi presencia entre vosotros será la señal del combate.» A su vez, desde Lima, el General Lamar, sintiéndose aludido por Bolívar, le responde iracundo: «Pérfido es él que prometió solemnemente mantener nuestras libertades patrias para despojarnos de ellas. Pérfido él, que hollando la ley y burlando la sinceridad de los pueblos usurpó su soberanía. Pérfido él que apoyado en su espada les forzó a recibir su profesión de fe política, que es la execración de América y el escándalo de Europa.»

Casi adelantándose a los conjurados septembrinos, los peruanos, desde *Atalaya*, el 27 de septiembre, le declaran la guerra eterna a Bolívar:

CANCION PATRIOTICA

C O R O

Guerra eterna a Bolívar.

Por tirano y traidor  
se ha hecho liberticida  
ya no es Libertador.



Marchitó los laureles  
ganados por su mano  
contra el Borbón tirano  
por ser de él sucesor.

Guerra eterna a Bolívar...

Un poder vitalicio  
es persona inviolable  
y que sea heredable  
por quien gusto le de.  
¡Qué pérfido artificio!  
¡Qué cetro ni corona!  
¡Ni qué regia persona!  
¡Pesara más fe!

Guerra eterna a Bolívar...

Tribunos y censores  
y de farsa un senado.  
¿Puede haber más cuidado  
porque haya Libertad?  
¡Qué bellos bastidores  
para el ente inviolable!  
¡Qué grande, qué inefable  
su popularidad!

Guerra eterna a Bolívar...

Con razón pues su busto  
se ve ya enmonedado  
y muy bien coronado  
con el regio laurel.  
Al mirarlo que gusto,  
aquí *imperium habemus*  
y no nos preguntemos  
si es Fernando o es él.

Guerra eterna a Bolívar...

Desde temprano los poetas liberales preparan el ambiente para el resonante magnicidio que se fragua en Bogotá. En los audaces versos *La Tiranía* no se para mientes en pedir que se le dé muerte a Bolívar «con nefanda alevosía», que

Plutón y Proserpina furibundos  
señalen al culpable  
en los antros profundos,  
por mansión los lugares más inmundos.

Tardíamente se publicarán los atrevidos versos en *La Aurora*, el 30 de mayo de 1830, pero seguramente pasan de mano en mano, manuscritos, antes de la trágica noche de septiembre:



## LA TIRANIA

¿Qué espera el insolente  
que el Poder que sus crímenes lograron,  
lo emplea enteramente  
contra los que esperaron  
libertad verdadera, y se engañaron?

¿Podrá de su conciencia  
desoir el grito fuerte y poderoso  
o huir de la presencia  
de Jehová, que celoso,  
al déspota castiga presuntuoso?

¿Los derechos sagrados  
seguirá con orgullo despreciando:  
sus proyectos malvados  
seguirá disfrazando,  
y virtud que no tiene, aparentando?

Empero los lamentos  
de la viuda que gime desvalida,  
los terribles momentos  
a que está sometida  
y que marcan el curso de su vida.

El llanto dolorido  
de la doncella candorosa y pura  
porque mira perdido  
con inútil bravura  
al joven que fijaba su ternura:

Del padre que ha perdido  
en cadalso afrentoso hijos valientes,  
tan sólo porque han sido  
al deber obedientes,  
y en los santos principios consecuentes.

Del Ministro celoso  
que ve la religión vilipendiada  
por un escandaloso  
que la tiene aplicada,  
disfrazando su vida relajada.

Llegarán algún día  
al Trono que rige las naciones,  
y la vil Tiranía  
y postreras pasiones  
llevarán del Eterno maldiciones.

¡Quisiera al justiciero  
para vengarse asaz de los tiranos  
y su orgullo altanero,  
ponerlos en las manos  
de enemigos feroces e inhumanos!

¡En el campo de honor  
infúndales espanto y cobardía,  
y en medio del terror  
sorpréndalos impía  
la muerte con nefanda alevosía!



Y perdido el aliento  
 en medio de visiones espantosas  
 y cruel aturdimiento  
 escúdenlo rabiosos  
 del tártaro las sombras calinosas!

Y con ceño implacable  
 Plutón y Proserpina furibundos,  
 señalen al culpable  
 en los antros profundos,  
 ¡por mansión los lugares más inmundos!

En el monólogo *La Madre de Pausanias*, inspirado en la historia de Dionisio de Halicarnaso y en Cornelio Nepote, circulado en hoja volante y representado, como *Catón en Utica*, en las poblaciones aledañas a Santa Fe, y que asimismo aumenta el ardimiento para la lucha, Vargas Tejada tampoco menciona a Bolívar, pero es notorio que Pausanias es el Libertador, para quien su Madre pide el último suplicio:

#### LA MADRE DE PAUSANIAS

Cielos, ¡qué escucho! El hijo idolatrado  
 que de orgullo y de gloria me llenaba  
 destrozando en los campos de Platea  
 las huestes invasoras de la Patria,  
 cubriéndome hoy de afrenta e ignominia,  
 en ambicioso y en traidor se cambia.  
 No hay duda, no; de su perfidia impía  
 son las pruebas tan fuertes como claras,  
 y a disculparle el maternal afecto,  
 en mi afligido corazón no alcanza.  
 El mismo que de Esparta fué la gloria,  
 ha intentado feroz esclavizarla;  
 el mismo que a Timoleón ennoblecía,  
 hoy en su frente la ignominia estampa.

¡Suerte cruel! El curso de mis años,  
 impróspera tan sólo prolongabas  
 para que mi existencia terminase  
 con el baldón de semejante infamia  
 ¿por qué el hilo fatal de mis momentos  
 no cortó la tijera de las Parcas,  
 antes que a humillación tan espantosa  
 el rigor del destino me llevara?  
 ¡Oh Timodea infeliz! Olvida  
 esos días de honor, en que adornabas  
 con las virtudes y el valor de un hijo,  
 en los festines públicos brillabas.

Ya la Patria con odio, con desprecio  
 te verán las matronas espartanas  
 de madre de un tirano contemplando  
 sobre tu frente la indeleble mancha.



Corre, corre a ocultar tu vilipendio  
entre las sombras de infernal morada,  
mas, ¡oh cielo! ¿En los bordes de Aqueronte  
los persas inflexibles no me aguardan  
para vengar con mi valor su sangre  
derramada por mi hijo en las batallas?  
Huyamos a las lóbregas cavernas,  
de las bestias feroces habitadas.  
Mas, ¡oh cielo! ¿No llevo dondequiera  
en mi fiel corazón toda la Esparta?  
¡Esparta! compañera inconsolable  
de mi oprobio, mi llanto y mi desgracia,  
tuyos son los motivos de mi pena,  
tú también eres madre de Pausanias,  
y tú también con el joyel brillante,  
de su virtud te engalanaste ufana.

Justo es que deploramos juntamente  
nuestra común desdicha, y enlutadas  
convirtamos en fúnebres cipreses  
nuestros comunes lauros y guirnaldas,  
nuestro dulce Pausanias ya no existe.  
El que este nombre tan glorioso infama  
no es ya mi hijo, ni tuyo, es un aborto  
de una tigre, engendrado allá en Hircania.  
Es un monstruo fatal que ha vomitado  
del hondo Erebo la espantosa rabia.

¡Pausanias infeliz! ¿Qué negra venda  
sobre tus ojos la ambición insana  
tendió para ocultarte el negro abismo  
a que tu ciego impulso te lanzaba?  
¿Cómo tu corazón siendo espartano  
sufrió un momento la alevosa trama  
con que a tu Patria reducir quisiste  
a la infamante condición de esclava?  
¿Cómo te hiciste sordo a los clamores  
con que increpando tu intención ingrata  
hijo cruel, la Patria te decía,  
no hieras de tu madre las entrañas?  
¿Cómo te atreves a buscar refugio  
de ese templo sagrado entre las aras,  
no temiendo el aspecto de los dioses  
que tus viles perjurios ultrajaban?  
¿Qué importa que su asilo a los castigos  
que merece tu crimen te sustraiga,  
si el criminal en sus remordimientos  
lleva de su delito la venganza?

Mas, ¡qué miro! ¡Del templo ya las puertas  
a enmurallar el pueblo se prepara  
porque el hambre horrible los rigores  
termine la existencia de Pausanias.  
De Pausanias, de mi hijo, ¡cielo santo!



¡De la prenda adorable por quien grata  
me ha sido la existencia! ¡Del querido  
y único apoyo de mi edad anciana!  
¿Y ha de expirar del monstruo más tirano  
entre las crueles y feroces garras?  
Ay de mí, que ya escucho los acentos  
con que lánguido y trémulo me llama  
y el nombre de su madre repitiendo  
mi pecho conmovido despedaza.  
¿Qué hago? ¿Qué dudo? Volaré furiosa  
como leona a quien bárbaro arrebató  
el cazador la idolatrada prole,  
y del pueblo oponiéndome a la saña  
lograré libertar mi hijo querido  
del tormento fatal que lo amenaza,  
mas, ¡oh Dios!, al aspecto de su crimen  
yo desfallezco y el vigor me falta.

*(Se deja caer sobre un pedestal de mármol.)*

¡Ay, infeliz! ¿No es este duro mármol  
el pedestal de la gloriosa estatua  
que levantó a Pausanias por trofeo  
la gratitud inmensa de la Patria?  
¿Pues dónde está la generosa efigie  
que de ilustres laureles coronada  
de mi hijo las victorias recordando  
mis ojos y mi pecho embelesaba?  
¿Dónde está? ¿Dónde está? ¿Tristes fragmentos  
que a mi vida ofrecéis, ya destrozada  
la imagen que adoré, de mi pregunta  
no sois vosotros la respuesta amarga?  
¿No me estáis demostrando el odio justo  
con que a un hijo traidor mira la Esparta?  
¿Y a odiar ese hijo tan traidor e ingrato  
no acierta el corazón de una espartana?

*(Se levanta.)*

Y del borrón que mancilló mi frente  
¿hasta la tumba llevaré la marca?  
Y mi sombra en los bosques del Eliseo  
¿se ocultará confusa a las miradas  
de los héroes sublimes cuya sangre  
como fuego en mis venas circulaba?  
¡Oh manes de Quilón y de Leonidas,  
no me miréis con aspereza tanta,  
que ya Timoidea a vindicar la gloria  
de su origen ilustre se prepara!  
Perdonad los residuos de un afecto  
que vuestra sangre generosa agravía;  
perdonad los combates horrorosos  
que de una madre experimenta el alma,  
cuando la prenda que escondió en su pecho  
del amor maternal la mano blanda  
se ve forzada a desechar por odio  
y de su seno ensangrentado arranca.





*(Se encamina presurosa al templo.)*

Yo no corro a estorbar vuestra venganza  
sino a mostrar al orbe lo que puede  
el amor sacrosanto de la Patria,  
a haceros ver que cómplice no he sido  
del negro crimen que mi gloria enpaña  
y que de un ambicioso nunca es madre  
una hija digna de la ilustre Esparta.  
No es mi hijo ese traidor en cuyo pecho  
vio extinguir libertad su sacra llana;  
no es mi hijo el que la Patria en las cadenas  
del despotismo esclavizar pensaba.  
Si me llamáis su madre porque tuve  
de dar a luz un monstruo la desgracia,  
ved que mi amo a desmentir se ofrece  
el cruel capricho de mi suerte infausta.

Deteneos, amigos, deteneos,  
y no empecéis esa fatal muralla  
con que el traidor sus sendas de la vida  
de la Patria el clamor obstruirle manda.  
Mi mano os pide la primera gloria  
de esa obra aunque funesta, necesaria;  
yo soy la que del crimen de ese indigno  
he recibido ofensa más tirana,  
y así de mi justicia las primicias  
mi justo encono con razón reclama.  
Yo debo esta expiación por el delito  
de haberle dado el ser; voy a llenarla,  
y colocando la primera piedra  
de las que formen la terrible valla,  
que ha de dar al traidor su justa pena  
de ser su madre borraré la infamia.

*(Música. Se acerca al pedestal.)*

Tú mismo, testimonio en otro tiempo  
de mi dicha y la gloria de Pausanias  
y ahora triste padrón de su delito  
y causa de mi afrenta y de mis ansias;  
tú mismo debes ser el instrumento  
de mi vindicación, tú mismo el ara  
sobre que inmole el maternal afecto  
a los santos deberes de espartana;  
estos santos deberes, este nombre  
mi firme corazón siento que inflama  
de libertad con el divino fuego  
y todo afecto imbécil avasallan.  
En robustez y en varoniles bríos  
mi sexo débil y mi edad se cambian;  
el amor de la Patria en mí produce  
una nueva existencia sobrehumana  
y ni me agobia el peso de este mármol  
ni su objeto terrible me acobarda.



(Alza el pedestal y lo pone en la puerta del templo.)

Ea, espartanos, completad esa obra,  
 por manos de una madre comenzada,  
 y oíd el clamor con que mi ejemplo os dice  
 que al ambicioso la piedad no alcanza;  
 nobles matronas, aplaudid mi triunfo,  
 cambiando mis cipreses en guirnaldas.  
 Enjugad estas lágrimas traidoras  
 que a mi despecho el cruel dolor me arranca  
 y mis sollozos sofocad clamando:  
 ¡Viva la libertad! ¡Muera Pausanias!

Todo ese montón de diatribas versificadas ha de dolerle aún más al Libertador, porque él es amante de la poesía, dado a leer largamente poemas tan extensos como la *Guerra de los Dioses*, de Perny, en francés. En el *Diario de Bucaramanga* aparece, «cantando algunas veces, otras recitando versos», ya en español, ya en francés, o leyendo *La Odisea*.

Al finalizar el año el espíritu de frenesí llega en Bogotá a su más estallante grado de ebullición. De un lado los ultrabolivarianos, ciegamente adictos a Bolívar, y del otro los santanderistas o liberales violentos, seres de pasión desorbitada, unos movidos por las ambiciones y los odios y otros por el fervor romántico de la libertad. Son los Padres las Casas de la leyenda negra antibolivariana; «dechados de celo de humanidad y de virtudes», pero que, como decía Quintana del célebre dominico, manejaba en su tremenda labor «las artes de la exageración y de la falsedad, la injusticia y la impostura».

El desbocamiento de la pasión política ha roto todos sus diques. En la Prensa se concitan las voluntades contra el Libertador. Le acusan de usurpador y de tirano. Los jóvenes estudiantes del Colegio de San Bartolomé califican a César de tirano y al Libertador de otro César, más tirano que César. Los colegiales se aprenden de memoria y representan el diálogo de Vargas Tejada, *Catón en Utica*, aplaudido por los mozos al grito de ¡Viva la libertad, muera el tirano! Santander mismo, en uno de sus arrebatos antibolivarianos, llega al extremo de decir que si para derrocar a Bolívar es necesario hacerse musulmán, se ciñe el turbante sin vacilar. Activamente se conspira contra la vida del Libertador. Y sin embargo Bolívar, que mira el creciente escándalo, sigue impasible oyéndose llamar tirano, hundido en lo que él llama «el infierno de los hombres, que es la anarquía». En la morada del poeta Luis Vargas Tejada, en la noche del 25 de septiembre, se reúnen los jóvenes conspiradores, a quienes el poeta les pasa la terrible sextilla, que todos copian como santo y seña:



Si de Bolívar la letra con que empieza  
y aquella con que acaba le quitamos,  
*Oliva* de la paz símbolo hagamos.  
Esto quiere decir que del tirano  
la cabeza y los pies cortar debemos  
si es que una paz durable apeteceemos.

También se repetirá luego esta versión atribuida al Presbítero Ramón Gamba:

Si al nombre de Bolívar se le priva  
de la letra inicial y la postrera,  
se tendrá de la paz la santa oliva.  
Mas si se deja la palabra entera,  
es bien difícil que esa paz reviva.

El atentado a mano armada se frustra y Bolívar se salva gracias a su amante, Manuela Sáenz, precipitándose por una ventana de la alcoba. Y luego se inician las persecuciones, los procesos y los crueles fusilamientos. Entre los que caen está el valiente Pedro Celestino Azuero, y entre los que sobreviven, Florentino González, el futuro autor de *Ciencia constitucional*. Que no es gente vulgar, sino casi todos estudiantes del Colegio de San Bartolomé, seminaristas como lo fueron Jean Chatel y Francisco Ravailac, victimarios de Enrique IV. Ha sido una locura, al fin y al cabo locura de poetas —como dijo Caballero Calderón—, «asesinar al Libertador para libertar a la Patria». Extravío del patriotismo, lo llama Baralt. Pero nunca faltarán ciudadanos que quieran y procuren la libertad a cualquier precio y el precio de la libertad suspirada por los septembrinos es el más alto de todos, el de todo magnicidio: o sus propias vidas o la vida del César.

Ya está dicho que la poesía es el lenguaje de la angustia; y como no puede ser mayor la de Azuero en vísperas de su fusilamiento, el obstinado conspirador recurre a la poesía para decir su adiós y para esgrimirla como su última arma contra Bolívar:

¡Ay de mí! Ya se acerca el momento,  
el momento terrible, ¡gran Dios!  
que a mi triste existencia señala  
el suplicio, la muerte, el horror.

La engañosa esperanza se ahuyenta,  
y el tirano, con ceño feroz,  
impaciente ya aguarda los golpes  
que a mi pecho dirige un traidor.

¡Compatriotas! No temo la muerte,  
sólo llevo al sepulcro el dolor  
de dejar a mi Patria en cadenas  
agobiada con cruel opresión.



Sacudid, compatriotas, el yugo,  
no sufráis, levantad el clamor,  
¡Libertad, Libertad!, ¡que perezca  
vuestro indigno y altivo opresor!

Yo quería que la Patria volviera  
a gozar su primer esplendor,  
cuando guiaban las leyes su marcha  
y tenía la justicia el bastón.

Ilusión lisonjera, volaste,  
¡pues la empresa gloriosa encalló!  
El suplicio es mi premio... ¡la muerte!  
Compatriotas, amigos, ¡valor!

Por expiar un delito no muerdo;  
el sacar de la tierra un traidor  
que esclaviza su Patria y la oprime,  
por delito jamás se miró.

Arrancar al tirano la vida  
siempre fué mi primer intención;  
libertar al Estado de un monstruo,  
de un soberbio, de un vil opresor.

Ojalá que mi sangre pudiera,  
vil tirano, calmar tu furor,  
y evitar a mi Patria el azote  
de tu loca y feroz ambición.

Mas, ¡qué tristes recuerdos me asaltan...!  
Esta augusta y sagrada mansión,  
¡en un tiempo de caros amigos  
cuántas veces rodeado me vió!

Cuántas veces estuve con ellos  
a sus voces uniendo mi voz  
¡para enviar al Eterno los votos  
de una pura y sincera afección!

La corneta resuena y anuncia  
que el postrero momento llegó;  
los verdugos me guardan; marchemos...  
¡Compatriotas! ¡Amigos! ¡Adiós!

¿Dónde estáis, compañeros amados?  
¿Vuestro afecto por mí se acabó?  
Quiere Azuero en su pecho estrecharos  
y deciros el último adiós.

Vargas Tejada logra escapar hacia los llanos de Casanare, asilándose en una cueva, donde vive durante más de un año, como en su propia sepultura, hundiéndose luego en las aciagas ondas del Vijúa. «Era —dirá Menéndez y Pelayo— un tipo perfecto de conspirador de buena fe, de tiranicida de colegio clásico, admirador de Bruto y de Catón, en cuya boca ponía interminables romanzones contra el Dictador y la dictadura.» De su fúnebre asilo dejó el recuerdo:



Un giro anual el Sol ha completado  
desde que ausente y solitario moro  
en mi lóbrega tumba confinado.

Todavía el 13 de octubre no había llegado a Lima la noticia del atentado del 25 de septiembre, a juzgar por la *Marcha nacional* publicada en ese día en *Atalaya*, concitando a darle muerte al Libertador. Los resentidos versos parecían como puñales ya sangrantes: «Muera, muera el injusto agresor... Arrancadle ese aliento infernal... guerra y muerte al inicuo opresor...» Qué macabra música, qué redoblar de tambores de fusilamiento tendría la iracunda marcha.

### MARCHA NACIONAL

#### Coro

Libertad, Libertad sea el voto  
que a los cielos emita el peruano  
y que tiemble el infame tirano,  
y que tiemble el odioso Simón.

¡¡Compatriotas!! Seguid el ejemplo  
de los hijos de Esparta y Atenas,  
no arrastréis ominosas cadenas  
o morid en el campo de honor.

A la voz de la Patria ultrajada  
empuñad el acero invencible,  
y clamad en acento terrible:  
¡Muera, muera el injusto agresor!

Nada importa que el déspota fiero  
de millares de esclavos seguido:  
a ese suelo del Inca querido  
ansé en luto y desastre envolver.

De la trompa marcial el sonido  
cuando anuncie el combate sangriento,  
al tirano veréis macilento  
vuestra diestra esforzada temer.

Vos entonces de rabia inflamados  
volaréis a la justa venganza,  
volaréis a la horrible matanza  
y obtendréis una gloria inmortal.

Marchad pues a la lucha, peruanos,  
no temáis: el honor os convida.  
Destrozad al tirano homicida;  
arrancadle ese aliento infernal.

Derramad en torrentes su sangre  
sobre el campo de Marte tremendo,  
y el cañón en horrísono estruendo  
lance ruinas, estragos y horror.

De la tierra las vastas regiones  
seguirán vuestro ejemplo glorioso,  
ofreciendo amistad al virtuoso,  
guerra y muerte al inicuo opresor.



Contra Bolívar se alza ahora uno de los más altos y violentos oleajes de la detracción, como si fuese el producto del despecho por el fracaso de la noche septembrina. La hidrófoba jauría de los detractores no le perdona un solo instante, clavándole los envenenados dientes.

En vista de los sucesos políticos de Lima, el Libertador emprende su marcha dejando atrás a la convulsa Bogotá, hacia el Perú, y sus adversarios peruanos se previenen y toman las armas contra él. Vivos, pues, los ecos del siniestro atentado de septiembre, a Bolívar le llega la calumniosa Proclama del Prefecto de Lima, M. Ferreyros, del 20 de septiembre, cuyo acento revela el estado de animadversión creado en el Perú contra el Libertador:

A los pueblos del departamento.

Conciudadanos. — El opresor de Colombia, el enemigo de todas las garantías sociales, el General Bolívar, ha jurado exterminarnos y se dispone a vengar en nuestra sangre y la de nuestros hijos el crimen de haber despedazado el nefando decreto de nuestra esclavitud, y haber dado libertad a pueblos hermanos, que imploraron nuestro socorro. El amenaza invadirnos lanzando en nuestro hermoso territorio un puñado de soldados mercenarios, furiosos de hambre, y sedientos de nuestras riquezas. El insulta, en fin, el decoro de nuestro Gobierno, y ofende atrocemente a la nación entera, llamando miserables a los peruanos.

El pérfido Obando, el más abominable de los detractores de Bolívar, va aún más lejos en el insulto. Escribe como los que creen tener derecho a la infamia. En su carta del 6 de noviembre al Obispo de Popayán no para mientes en llamar a Bolívar arlequín y asesino:

El General Bolívar es el arlequín del dogma santo, y asesino de sus Ministros. La historia de la revolución comprueba estas verdades. ¡Qué risa infunde, I. S., la simple consideración de que haya creído al General Bolívar el apoyo de la religión de Jesucristo! ¡Y qué rabia inspira la idea del caudor con que ligeramente se ha dado crédito a semejante sandez con el fin de sostener a un amo tan degradado! ¡Qué dolor, I. S., causa el que se trate de poner por barrera lo más Santo del hombre cristiano! ¿Y a quién se opone esta barrera? La guerra de serviles contra liberales ¿es guerra de religión? Otra vez quisiera reirme. ¿Y quién es el que opone esta barrera? El General Bolívar y sus gendarmes. ¡Qué burla buscar ahora en la Religión el apoyo de sus miras proditorias! ¡Buscar ahora en el Santuario el cetro de hierro que no ha podido encontrar en el corazón de los colombianos! ¡Dios justo! ¿No es el General Bolívar el mismo caudillo auxiliar al Perú que, emboscando sus miras tiránicas tras la égida de la libertad, ha desacreditado la historia de Colombia? Pero más ha desacreditado todavía la religión de sus paisanos. El amor que profesábamos al que creíamos de buena fé nuestro Liberta-



dor, el respeto que teníamos al terror de los tiranos, y la gratitud que excitaba el Padre de la Patria, habían acallado nuestros sentimientos; mas un tirano desenmascarado, no merece ya nuestra consecuencia. ¿El General Bolívar de hoy no es el mismo que hizo asesinar en Honda a un venerable carhujo, y en las misiones de Caroni a treinta y nueve religiosos de esta orden, sin haber cometido esos infelices más delito que haber nacido en España?

Al menos la contestación del Obispo es digna de un verdadero Prelado. Con acento cristiano destruye las imputaciones de Obando y le invita a deponer su iracunda actitud; pero en vano. La saña de Obando no se detendrá ni ante el sepulcro de Bolívar. En su carta a La Mar, del 14 de diciembre, le dice:

Pudiera ser que el General Bolívar, desesperado de su plan, pretendiese alguna transacción con usted; pero esté usted seguro que es por el desfallecimiento en que se halla, y los republicanos de Colombia estamos resueltos a no transigir sino con sus cenizas.

A su vez La Mar, desde su Cuartel General de Tambo Grande, insulta a Bolívar en el encendido papel *El Botafuego* y asimismo en los diarios de Lima. En su edición del 2 de diciembre *El Botafuego* publica la fábula *El Perro y el Gato*. El Gato es Bolívar:

De tu furor sanguinario  
no hay un ratón que se libre,  
pues eres rabioso tigre,  
ladrón, aleve, arbitrario...

Mientras tanto el Ejército del General La Mar avanza. Al llegar a Gonsanamá, provincia de Loja, publica dos proclamas, el 26 de diciembre, una dirigida a los pueblos del Ecuador y otra al Ejército colombiano. La primera —dice Groot— no contiene más que insultos desvergonzados contra Bolívar, en un lenguaje indigno de un hombre de educación, y tan inmoral que hace el elogio de los que intentaron asesinar al Libertador en la noche de septiembre. La otra proclama se reduce a decir que los peruanos no se dirigen sino contra algunos Jefes prostituidos y contra la tiranía de Bolívar, y a excitar al Ejército colombiano a desertar y a pasarse a sus filas, invocando que ya lo habían hecho varios soldados de Junín, cosas indignas de un Jefe de honor.

Siguió su marcha el Libertador —agrega Groot— y «fue recibido en Pasto con demostraciones de regocijo, tanto por el pueblo como por las autoridades, y Obando dirigió una proclama a los habitantes de Pasto y de Patía, en que llamaba a los peruanos *pérfidos de la tierra*, y excitaba a los pastusos a que marchasen en pos del gran soldado que les diera gloria, patria y libertad. Qué



tal? Poco antes amenazaba a los *miserables* de Bolívar con la poderosa Perú. Los poderosos se volvieron *pérfidos de la tierra* y los *miserables* grandes soldados. Qué hombres! ¡Ese es Obando!

Como si no bastaran los desagradados del Perú para las aflicciones de Bolívar, vuelven a perturbar su ánimo las iniquidades de José Diego Mérida, el antiguo escribano de los españoles, que desde años atrás se distingue entre los enemigos del Héroe por su espíritu maligno o intrigante, resentido contra él por haberle rechazado a causa de sus «intrigas y chismes malévolos». El 29 de enero el Libertador le había escrito a Páez: «Creo que convendría que Ud. mandara a Mérida en comisión a cualquier parte, de otro modo nos tendrá revuelta a Caracas: este sujeto es peor que todos los que Ud. ha echado; su naturaleza está herida de la maldición del cielo, y parece que en sus venas corre el veneno y en su mente reside el espíritu de Satanás. Todo en Mérida es maligno y abominable. Por Dios, líbrenos usted del Malo!» Y ahora, al finalizar el año, le llegan al Libertador las noticias de otra iniquidad de Mérida: la publicación, en Curazao, del folleto *Angustias de Colombia en 1828*, con la falsa indicación, para desorientar la crítica, de que lo editaba en Panamá José Angel Santos, y puesto a circular por el General Francisco Esteban Cruz, declarado enemigo del Libertador. No más, es claro, que un montón de calumnias y de insultos contra Bolívar.

Otro infame acto de ingratitud y de injusticia ha de sacudir el espíritu del Libertador: la publicación de las *Memoires* del General Guillermo Miller, a quien había colmado de honores y beneficios y quien ahora le corresponde como los bribones, acusándole de haber huido cobardemente en el campo de batalla de Junín.

También ahora, como si los extranjeros que lucharan en las filas libertadoras hubiesen de sumarse al infando coro de los adversarios y de los infamadores del Libertador, un Edecán de Páez, el aventurero polaco Rola Skobiski, quien se decía sobrino de Kociusko, le escribe a Bolívar —mes de noviembre— defendiéndose de la imputación de injurias contra el Héroe.

Desde París, fines del año, nada menos que Benjamín Constant presenta a Bolívar *afirmandose en su Poder por medio de muertes y de ejecuciones, siguiendo de este modo la carrera vulgar y sangrienta de los usurpadores*. A todas estas voces extrañas se auna la del enconado José de la Riva-Agüero, uno de los más empecinados detractores de Bolívar. A su *Exposición*, publicada en Londres en 1824 con el objeto de vindicarse de las acusaciones que le hizo Bolívar, sumó Riva-Agüero su insustancial *Memoria dirigida desde Amberes al Congreso del Perú*, publicada en Santiago de Chile en 1828. Al Libertador llama el Usurpador y habla como si toda





la razón estuviese de su parte, más cerca, en sus alegatos, de la historia de Grecia y de Roma, con sus citas clásicas en boga, que de los sucesos del Perú que culminaron en su infortunio político. «Dicterios, calumnias, groseras imposturas, cábalas, inconsecuencias —dice— todas esas armas despreciables se disipan y desaparecen ante el tribunal de la verdad y del tiempo... He sido insultado y tratado vilmente por haberme opuesto a la más páfida e inicua usurpación: el tiempo solamente es el que me ha vindicado y quien ha probado el origen villano de donde nacieron las calumnias... Aunque las groseras invectivas que contienen contra mí algunas gacetas, no deberían ofenderme, por cuanto son obra del Usurpador y no dictadas por autoridad legítima... Si Napoleón hubiese intentado coronarse en Francia por el camino que adoptó Bolívar en el Perú, esto es, decapitando y calumniando a los patriotas, habría tenido que decapitar a más de seis millones de hombres... Quería, pues, el Usurpador, degollar a todos los mejores ciudadanos, que eran el único obstáculo para que se erigiese en Soberano del Perú... No habría pues medio; el que no se sometía al yugo del Usurpador, debía ser exterminado...»

Trata Riva-Argüelles de vindicar su conducta política, pero la realidad es que sus odios al Libertador se deben a la Proclama del 25 de diciembre de 1824, en que Bolívar le llamara «usurpador y traidor a la vez».

En algunas de sus volanderas disquisiciones tendría razón Riva-Agüero. En su vaticinio de que la pérdida de Bolívar ocurriría «irremediamente en Colombia misma si su tenacidad en quererla dominar lo retuviese más tiempo...». Todavía no han llegado a Chile las graves noticias de la noche septembrina.

En las *Memorias y documentos para la Historia de la Independencia del Perú*, que publicará años después con el nombre de P. Pruvonena, anagrama de *Un Peruano*, «centón infame de calumnias contra San Martín, Sucre y Bolívar», como le llama Lecuna, desata sus iras contra el Libertador. En este Tonel de las Danaides de la diatriba y la calumnia, desbordan los fuertes epítetos: Bolívar, forajido afortunado, traidor de Miranda, asesino de Piar; que envenenó en un convite al General peruano Francisco Salazar; que el retrato de Phocas por el Conde de Segur en su *Historia del Bajo Imperio* es aplicable en todas sus partes a Bolívar: «Los vicios groseros de un soldado feroz se hallaban coronados; el Ejército había entregado el Imperio a un monstruo: bastaba el mirar su rostro para conocer la atrocidad de su alma; su mirada era la de un forajido.»

Y completa la grotesca caricatura con esta afirmación tomada del iracundo periódico limeño *Atalaya* —violento enemigo de Su-



cre y de Bolívar— en su edición de 27 de septiembre: «Este hombre con una fisonomía atrevida, ojos agatados y relumbrones, rostro seco y amarillento, cutis áspero, pelo pajizo y crespo, tiene un cuerpo sumamente flaco, osamenta fuerte y músculos vigorosos; posee bastante capacidad para concebir y combinar las ideas con prontitud: a un mismo tiempo recibe impresiones diversas, casi sin cesar. Su imaginación es siempre exaltada, y sus pasiones violentas. De aquí la facilidad como de un niño conque muchas veces descubre los pensamientos y la impetuosidad con que sin el menor reparo se explica, ofendiendo ya la decencia, ya la buena crianza, y ya también la religión, usando de frases torpes, de palabras injuriosas para aquellos a quienes habla, particularmente si son subalternos suyos, y de proposiciones que atacan lo más sagrado, y que no dejan duda para creer en que su fe religiosa es ninguna. Empresas locas, grandes errores y enormes crímenes contra su Patria, a quien intenta imponer el más pesado yugo, son el patrimonio de este pretendido héroe.»

En la ancha andanada de calumnias no falta lo que el ex Presidente del Perú llama «la extravagante idea de hacerse soberano». Dice: «Todos los que conocen a Bolívar y a su familia... saben que él no podía ser bueno para lacayo de un monarca de Europa; porque su color no era la de los lacayos europeos... Apelamos a cuantas personas lo hayan conocido, a que digan si su color, su pelo, su fisonomía, no estaban cantando que tenía más sangre de Guinea que de España. Personas que han conocido en Caracas a su hermana y familia, coinciden con esto..., la Monarquía proyectada por Bolívar, solamente podía ser considerada como la de Haití; y por consiguiente era allí que debería haber solicitado una princesa semejante a él; una hija de Cristóbal, ex soberano de Haití.»

Como si fuera poco, agrega Riva-Agüero esta vil excrecencia: «Nos causa risa leer en la Biografía de Bolívar aquello de que casó en España con una hija del Marqués de Ustaris. Se nos ha asegurado por una persona muy respetable de Madrid y amiga del padre de la mujer de Bolívar, que lo fue un tal don N. Palacios, oficial de la Contaduría de Cuentas de Madrid, que este tal Palacios era pariente inmediato de Bolívar y que habiendo tenido una hija natural en su cocinera, la casó con su pariente Simón Bolívar.»

Tampoco ha de faltar en el menguado rimero de diatribas el estigma del robo, por más honrado que sea el Libertador: que cuando «vino al Perú no trajo casi ningún equipaje, y cuando salió de él llevó multitud de carros llenos de equipaje, valiosas alhajas, vajillas de oro y de plata, y multitud de cajones con oro amonedado...», que le robó a Riva-Agüero «la gloria de que se



concluyese bajo su dirección y gobierno la guerra de la independencia».

También le aplica a Bolívar, traída por los cabellos, la alusión de Lamartine a los mulatos de Haití: «El hombre es hecho así; ninguno es más llevado a abusar de su derecho, que aquel que apenas acaba de conquistarlo; no hay peores tiranos que los esclavos de libertos, y hombres más soberbios que los villanos cuando llegan al poder.»

En el intento de desvirtuar los grandes honores tributados al Héroe, Riva-Agüero echa mano de nuevo del Conde de Segur para reforzar su impotente acometida: «Con respecto a esta clase de premios, referiremos lo que dice la historia: el Emperador Honorio a quien se le había visto siempre temblando en Ravena, recibió los honores del triunfo en Roma, que él había abandonado. Se le decretaron coronas de laureles por las conquistas de Ataulpho, de Constance y de Ballia y si la historia nos hubiese transmitido las arengas de los oradores y los versos de los poetas de esa vergonzosa época, veríamos allí al cobarde Honorio celebrado por la servilidad romana como el mejor, el más valeroso y el más ilustre de los Príncipes. Esto es aplicable a los premios, estatuas, arengas y particularmente a los elogios del poeta Olmedo en favor de Bolívar por la batalla de Ayacucho, a tiempo que él se hallaba en huida para Colombia en aquel día en Chancay, esto es, a ciento y tantas leguas del teatro de la guerra.»

En este párrafo —y basta de inmundas muestras— el odio agudizante vacía sus venenos: «Se ha visto palpablemente el poder que tiene el dinero para dar fama aún a los mayores delincuentes. Por medio del dinero se ha querido dar a Bolívar un lugar igual o superior al de César, Washington y Napoleón, y a cuantos héroes ha habido en el Mundo... Podían jamás convenirse los peruanos con haber tenido por monarca a un Bolívar, hombre ruin, vicioso, grosero, soez e inmoral?»

Sin proponérselo, Riva-Agüero anula de una sola plumada todos sus envenenados infundios cuando, en vez de hundir su pluma en sublimado corrosivo, la moja en la tinta de la verdad: «No hay forma de gobierno que no tenga, más o menos, una parte por donde se la mire bajo de un aspecto ventajoso; y otra por donde se le noten sus deformidades.»

Así quedan, como en el aire, las invectivas y las calumnias de Pruvonena, pero al tocar la sensible alma de Bolívar le dejan la desesperanza, la sensación de la ola que alcanza a nuestros pies: que al morir una viene la otra y otra y otra, hasta el infinito, y hasta el infinito se moverá contra él el iracundo oleaje que le concita su propia gloria.



Todas esas detracciones despiertan la irritación o el desprecio de Bolívar y así, según su ánimo, reacciona contra la maledicencia. A Francisco Carabaño, el 8 de octubre: «Los hombres de luces y honrados son los que debieran fijar la opinión pública. El talento sin probidad es un azote... Los intrigantes corrompen los pueblos, desprestigiando la autoridad.» A Sucre, el 28 de octubre: «Yo soy implacable contra la ignominia, y porque estoy convencido de que el cielo, que me ha deparado tantos obstáculos para vencerlos, también me ha concedido la destrucción de mis enemigos.» En Alocución a los colombianos, el 12 de noviembre: «Mi vida, blanco de odios implacables.» Los odios, de los que ya se ha dicho que son la pasión malvada por excelencia.

Día por día se ensancha el vertedero de la intriga, araña tejedora que ni duerme ni descansa. En Nueva York, Lorenzo Lleras pone a circular su violento impreso *Un granadino a sus compatriotas y sus hermanos*. La Prensa extranjera parece complacerse en reproducir los dicterios contra Bolívar, a quien presenta como un astro en su ocaso o como un tirano que hasta ahora se había cubierto «con la máscara de la hipocresía». En el despiadado empeño de detracción se llega cada vez más adelante. Al poeta Olmedo, nada menos que al Cantor de Junín, se le hace aparecer, en la Prensa del Perú, de México y de Chile, como autor de una letanía de insultos contra el Libertador. Es tal el vil escrito, desautorizado por Olmedo, que da lugar a que se diga que desde tiempos de José Domingo Díaz y de Tejada, del dominio español, no se «han repetido tantas desvergüenzas, tan malsonantes y tan insípidas». La Sociedad vive en un vértigo, en una fiebre, en un estado de calumnia progresiva, en un reencadenamiento del dicterio: el que no se dice hoy se inventará mañana, siempre hacia el delirio. Son los espantosos extremos de los odios. Es el incoercible antagonismo político; la pugna alimentada a diario por los intereses y las pasiones, que convergen todos en una sola víctima propiciatoria: Bolívar. Todos —ambos bandos— tienen su parte de razón, pero todos también abogan por alguna sinrazón. Que cada conjunto de individuos es no más que una colección de egoísmos. En la estéril pugna se aspira vanamente al gobierno perfecto, que es una utopía, porque parte de otra utopía: la perfección del espíritu humano.

Y el mal se agrava ante la incomprensión, que es de los peores males de los hombres. Ninguno de los adversarios de Bolívar reconoce que él, hombre libérrimo, no podrá ser dictador ni menos tirano, porque nadie sabe mejor que él que en un pueblo esclavizado el primer esclavo es el tirano.



# 1829

El historiador no debe olvidar nada; todo lo debe recoger para presentar al Mundo y a la posteridad los hechos tal como han pasado; los hombres tal como han sido, y el bien o el mal que han procurado al país.

*Bolívar*, Diario de Bucaramanga.

En cada día, en cada año que llega, se dijera que los adversarios de Bolívar se perfeccionan en el vil oficio de la calumnia hasta producirse la obra maestra de la detracción bolivariana, las *Memoirs of Simon Bolivar... and of his principal Generals...*, *Secret history of the Revolution...*, de Ducoudray Holstein, impresa en Boston en 1829, reimpressa profusamente en Londres y en Hamburgo en 1830 y en París en 1831; la obra que más daño ha de pretender hacer al nombre de Bolívar, ya que es también uno de los primeros libros consagrados a narrar su historia, no sujeta a la verdad, sino colmada de falsedades y de calumnias, irreflexivamente repetidas quién sabe hasta cuándo. Nada falta en el inmundo cesto de calumnias del despechado ex maestro de música en la Isla de Santo Domingo, antiguo servidor de Bolívar, y ahora el más especioso de sus calumniadores. Donde no hay una falsedad hay un yerro; donde no miente, insulta, y así desde el principio hasta su oscuro término. «Caballero de industria», le llama el Libertador; el «patrono de los libelistas y resentidos chismosos», le dice Osorio Jiménez.

Otro vil extranjero, el General Harrison, de la Legión americana, señalado como enemigo del Libertador, de acuerdo con los santanderistas envía a los Estados Unidos artículos denigratorios contra Bolívar. Ese renovado torrente de la impostura desbordado sobre el Libertador va arrancándole repetidas exclamaciones de desasosiego. «Los asesinos, los ingratos, los maldicientes y los traidores han rebotado la medida de mi sufrimiento», le dice el 1º de junio al Dr. J. M. del Castillo, y agrega: «En semejantes países no puede levantarse un Libertador, sino un tirano. Por consiguiente, cualquiera puede serlo mejor que yo, pues bien a mi pesar he tenido que degradarme algunas veces a este execrable oficio.» «Una vida entera de merecimientos cubre un momento de flaqueza», apunta en carta del 3 de junio a J. M. Restrepo.



Cada uno de los pasos de Bolívar ya constituye un laberinto, ideas y hechos encontrados que confunden y desorientan, agravados por la profusa correspondencia del propio Libertador. ¡Qué difícil hallar el verdadero hilo conductor de la realidad, enmarañado en lo insondable de tantas almas y de tantas pasiones!

Los propios compatriotas de Bolívar dejan atrás al realista José Domingo Díaz: le llaman tirano abominable, odioso dictador. El Gobierno peruano de La Mar no para mientes en despojarle de títulos y honores. Se dijera que ha sido condenado a galeras —la inevitable galera de la gloria— a remar y remar desesperadamente en un piélago de calumnias, de ingraticudes y de ambiciones, hasta alcanzar la ribera salvadora, Santa Marta, donde hallará la paz, pero solo entre los misericordiosos brazos de la muerte.

Su contemporáneo Groot es quien recoge mejor la visión del Bolívar de estos días, deshecho por la incomprensión y el egoísmo y por sus propios males:

Tantas fatigas y cuidados de la campaña y el clima insalubre de Guayaquil en el invierno, ocasionaron al Libertador una enfermedad que lo puso a riesgo de morir. El día 3 de agosto le atacó un accidente nervioso y de cólera morbo con fuertes calenturas que le tuvo en estado de peligro, hasta el 10 que le empezó a ceder. No hay duda que los padecimientos del espíritu era lo que estaba acabando física y moralmente con este hombre de imaginación ardiente y de un corazón tan sensible como grande. ¡Qué hombre no se volvería loco al repasar su vida en tantos trabajos, en tantos cuidados, en tantas necesidades por libertar a sus compatriotas y al fin de la jornada no encontrar por recompensa sino ingraticud, maldiciones, calumnias, insultos y los puñales asesinos que se levantan contra él en manos de sus mismos compatriotas y de los cuales escapa por un milagro! Y sin embargo, después de esto, viéndose su patria amenazada por la guerra extranjera, corre aún a ponerse a la cabeza de los ejércitos para defenderla; sin que por esto cesen las calumnias y los insultos, pintándosele como un tirano que quiere imponer su voluntad sobre los pueblos como la suprema ley. ¿Quién en esta situación no se volvería loco? ¿Quién no se desesperaría? Llegó a notarse en varios actos del Libertador por este tiempo, cierta cosa que indicaba bien el estado de su espíritu, todo dimanado de la angustia en que se hallaba en medio de tantas contradicciones y trabajos, no sólo mal agradecidos, sino mirados como obra solo de la ambición y del interés particular.

Y este dictador tirano, decía al doctor Vergara en su misma carta del 31 de agosto: Qué quiere Usted que yo haga yéndome a Bogotá, cuando no puedo encontrar favorable al gobierno, o mas bien a su jefe, ni aun a los ministros y grandes Jueces? Usted ha visto lo que ha pasado con Elvers! Primero Elvers que Bolívar, que la justicia, la utilidad y todo junto!! Por aquí se ve que en toda clase de negocios se obraba con tal independencia y liber-



lad, cual no se ha usado ni se usará nunca donde gobierno un dictador por mas pequeño y débil que sea.

Por estos días, en *El Espíritu Público*, de México, donde habían aparecido los ataques contra el Libertador atribuidos a Olmedo, en sus ediciones del 21 al 28 de julio, vio la luz el largo y documentado *Ensayo sobre la conducta del General Bolívar*, suscrito por S. C., que ya antes había circulado en la Prensa de la Argentina, del Perú y de Chile, uno de cuyos primeros párrafos dice:

Pero cuando las virtudes de la guerra hicieron necesaria su cooperación en el bajo Perú, se permitió actos de una arbitrariedad tan desmesurada, y de una inmoralidad tan completa, ya la opinión empezó a rehusarle un tributo que hasta entonces había rendido a su reputación: la ocupación violenta del mando político y militar de Guayaquil, su desmembración del territorio amigo, y su incorporación ilegal a la República de Colombia; la descarada e ilegal ingerencia que se tomó en los negocios interiores de un Estado independiente; la investidura del mando supremo y absoluto que admitió siendo un Jefe extranjero y auxiliar; la deposición militar y alevosa del Presidente Riva-Agüero; el trato ignominioso y cruel que permitió se diese a este Magistrado sin consideración a su carácter, y el favor constante con que distinguió al Coronel La Fuente, que lo traicionó y prendió, eran actos de atroz injusticia que hicieron conocer desde entonces que el Héroe que había hecho tan grandes servicios a la Patria, dejándose corromper por la fortuna, abrigaba en su corazón sentimientos ambiciosos, y descubría pretensiones de convertirse en amo.

Y en uno de los exaltados párrafos finales, exclama:

¡Compatriotas, los que debéis el ser al suelo americano, basta de tiranos! ¡No más tiranos, y la América dejará de ser víctima de los ambiciosos y oprobio de la posteridad!

Continúa Bolívar —y así será hasta el cercano final de Santa Marta— en sus viriles lamentaciones. Desde Guayaquil, el 17 de agosto, le escribe a su fiel amigo O'Leary: «A poco de haber salido de un furioso ataque que he sufrido y de que me hallo bastante débil, me impongo de la carta de Ud. del 7 de julio adicionada el 8 con la noticia de la libertad de Santander. Ahora crecerán en superlativo grado las detracciones, las calumnias, y todas las furias contra mí. ¡Qué no escribiré ese monstruo y su comparsa en el Norte, en Europa y en todas partes! Me parece que veo ya desatarse todo el infierno en abominaciones contra mí. Solo me consuela la esperanza de que Ud. y Wilson hagan frente y me defiendan.» ¡Con qué angustia escribiría esa última frase! Para que le defiendan —declara— cuenta con O'Leary y con Wilson. ¡Con dos extranjeros!



No acaba de escribir sus desazones cuando le asaltan otras mayores: el alzamiento de uno de los grandes héroes de Ayacucho, de uno de los generales más queridos y enaltecidos por él: el bravo General José María Córdoba, en cuyo Manifiesto, del 16 de septiembre, firmado en Medellín, olvida ciegamente, en su camino de perdición, las consideraciones y los respetos que le debe a su antiguo Jefe:

Empecemos por los hechos: el triunfo de Ayacucho que asegura la Libertad de toda la América del Sur, lisonjea las miras del Presidente, cree que Colombia, Bolivia y el Perú, son de su pertenencia; que la suerte le ha asegurado este bello patrimonio, resuelve encadenarlas, y cambiando la guirnalda nacional por la corona de los reyes, delira con el imperio, da la Constitución de Bolivia. Aquí rasgó el velo que le tenía oculto, se erige Presidente Vitalicio, destierra hasta la Religión de la tierra, la deja en el cielo, y según su sistema, él será el sol que dará calor y vida al Nuevo Mundo. Llega a la capital del Perú, disuelve el Congreso, y recibe por medio de la intriga el mismo título, las mismas facultades extraordinarias.

Y tras otras acusaciones pide a los colombianos sacudir *el yugo ignominioso* de «aquel hombre de prestigio que por tanto tiempo nos ha fascinado». La reacción ante el vesánico alzamiento de Córdoba revela en Bolívar su estado de alma y su crisis política: «Qué haremos con estos generales conspiradores? Si los contengo soy tirano, y si espero que delincan para castigarlos soy cruel asesino. ¿Qué haremos? Usted verá lo que hay con respecto a Córdoba y Popayán. Debemos sin embargo impedir el mal para que luego no sea mayor. El Consejo hará lo que tenga por más conveniente. Yo no sé si todavía es dable mandar en misión a Córdoba. Si fuese posible emplearlo en Europa haría menos mal sin dejar de hacerlo. Ustedes verán lo que hacen para que no nos acusen de dejar fomentar las conspiraciones para castigarlas y de impedir la libertad. Lo peor es que cuantos jefes haya en la Nueva Granada harán lo mismo si se creen con partido; y éste no faltará por su fe de bautismo. Yo tendré que ser víctima y tirano juntamente al fin de todo. Esto es horrible. Yo no sé cómo conducirme para dar gusto a estos señores. Si hago mucho, abuso, y si no, están quejosos. Ahora voy a hacer cuatro generales granadinos; y Ud. verá luego lo que hacen: no quedarán conformes. Esto no tiene remedio.» Así le escribe a uno de los Ministros del Consejo el 28 de septiembre.

El Libertador —dirá Mijares— debía «compartir paso a paso la agonía de la gran Patria que iba a morir con él». Si deserto —declara— «salgo mal, si me quedo, salgo peor». La crisis íntima se manifiesta alternativamente por el lamento incontenible y la





impaciencia colérica. Cuando piensa que lo acusan de tiranía, exclama «o me pierden a mí o pierden a Colombia, y en ambos casos nos perdemos todos... Yo no puedo vivir bajo el peso de una supuesta ignominia que me agobia, ni Colombia puede ser bien servida por un desesperado a quien le han roto todos los estímulos del espíritu y arrebatado para siempre todas las esperanzas de su tranquilidad». Y en un momento de despecho enormiza sus angustias: «... me llaman tirano y me recompensan con vituperios. Toda la América resuena con declamaciones contra mí».

La verdad es que de todos los puntos cardinales vuelan las saetas contra él. No deja de lamentar la desastrosa muerte del bravo General Córdoba, caído en Santuario, en la bella Antioquia, el 17 de octubre, y, sin embargo, presentarían al Héroe como víctima de la lucha contra el Libertador. *La Aurora*, que para Bolívar ha de ser hoja tenebrosa, no tarda en hablar de «los que como el invencible Córdoba han hecho la guerra al despotismo hasta morir gloriosa y heroicamente..., todos cuantos han tomado las armas contra los intereses de un verdadero traidor desde el año 1828...».

Pero la poesía va más lejos aún, y en la *Canción al General Córdoba*, publicada luego en *La Aurora*, el oculto poeta no vacila en afirmar que no Córdoba, sino Bolívar, debió ser la víctima:

De un modo mejor vuestra furia,  
vuestra furia por siempre infernal,  
*al tirano arrancando la vida,*  
has debido mil veces emplear...

Es claro que en la estrofa en que se alude a «un servil extranjero» y a «despotas viles», se trata del General O'Leary y de Bolívar.

#### CANCION AL GENERAL CORDOBA

*Compuesta en Diciembre de 1829*

Manes ilustres de Córdoba,  
cuyo heroísmo quiero cantar,  
transmitid ese fuego sagrado  
en que ardió nuestro pecho sin par.

Colombianos, la sangre juremos  
del hijo de Marte vengar,  
que supo de honor en el campo  
por su Patria la vida inmolar.

El héroe que en tantos combates  
pudo al godo inflexible aterrar,  
no soporta tranquilo cadenas  
que a Colombia se vieron marcar.



El valor invencible que nunca  
a los libres se vió abandonar  
es en Córdoba toda la fuerza  
con que intenta su Patria salvar.

Un servil extranjero, que nunca  
en Colombia pudiera medrar,  
si no es entre déspotas viles  
cuyo timbre marcó la maldad.

Al héroe bañado en la sangre  
que destila la herida mortal  
acomete en su lecho, cobarde,  
y lo inmola con fiera crueldad.

Parcas injustas que alevos  
osásteis temprano cortar  
de días tan preciosos el hilo,  
y sumirnos en luto inmortal.

De un modo mejor vuestra furia,  
vuestra furia por siempre infernal,  
*al tirano arrancando la vida,*  
has debido mil veces emplear.

Compatriotas, la muerte de Córdoba  
nunca, nunca ceséis de llorar:  
su valor denodado, en la tumba  
¡aún hará a los tiranos temblar!

Cada nuevo suceso viene a aumentar las desazones de Bolívar: el 20 de diciembre se levanta en Cumaná el acta de separación de Venezuela del Gobierno de Bogotá y se desconoce la autoridad del Libertador. Dos días después, el 23, el Dr. Vicente Azuero escribe contra él atribuyéndole el propósito de coronarse. «Nunca —dice— llegué a figurarme que abrigasen una maldad tan refinada Don Simón y sus satélites.» Y ello a pesar de la nota definitiva del Libertador al Ministerio de Relaciones Exteriores, del 18 de diciembre, reprobando el proyecto de monarquía.

El efecto de las diatribas, de las calumnias, del zumbante áspid del verso, ha sido desolador para Bolívar. A mediados de año, desde Guayaquil, le escribe a Fernández Madrid: «Parezco un viejo de sesenta años; tal me ha dejado el último ataque que he sufrido, y tal me tienen los libelos con que me regalan diariamente.» En esos mismos días le dice a José Manuel Restrepo: «Acabo de salir de una grave enfermedad: me vino del grito simultáneo contra mí, de uno a otro polo.» Y en su *Diario*, días antes, el 28 de diciembre, apunta Restrepo: «Debía también el Libertador tener en consideración el estado de su salud y de su físico. A los 45 años de edad es ya un viejo, extenuado con tantas fatigas y tareas mentales como ha tenido en los 18 años de la guerra.»



Es aún diciembre y desde Caracas empiezan a llegarle al Libertador, amargándole su día de Pascuas —en Santa Fe desde el 29 de octubre, llegado de Quito— las más graves noticias: que en su villa natal, en los días 25 y 26 de noviembre hubo juntas populares en las que se acordó la separación de Venezuela de la Gran Colombia, proclamando a Páez como su Jefe y desconociendo al Gobierno de Bogotá; que en el impreso *Venezuela libre* le insultan horriblemente llamándole tirano; que circula una *Exposición del pueblo de Caracas a Su Excelencia el Libertador-Presidente, pidiendo la separación de Venezuela*; que los libelos injuriosos contra él corren con profusión, a la vez que aparecen letreros insultantes en las calles de Caracas, y apestan los pasquines y los anónimos. La revolución —dice Groot, con la angustia del aciago instante— «empezó como empezaban todas las de la época, maldiciendo a Bolívar, quejándose de su tiranía; y como entonces se trataba en el Consejo sobre el proyecto de Monarquía, en Venezuela lo atribuyeron al Libertador e hicieron grandes escándalos, no obstante haber salido de allí y del mismo Páez el primer proyecto de monarquía ofreciéndole la corona al Libertador».

Para los vociferantes de nada ha valido su carta a Leocadio Guzmán, del 6 de diciembre, en que le declara nueva vez que él nunca sería Rey de Colombia. Con tal escándalo, con tales injurias contra Bolívar, con el desmembramiento de la Gran Colombia, se cierra el desventurado año de 1829 y se inicia para Bolívar el más trágico, el más melancólico de todos, el año de su larga agonía.

Porque la muerte es lo único que no tiene enmienda: siempre deja atrás una ilusión, una esperanza, una obra por terminar y otra por hacer.





*Proyecto de Digitalización*  
Academia Dominicana de la Historia

# 1830

Mi aflicción no tiene medida porque la calumnia me ahoga, como aquellas serpientes de Laocoonte.

*Bolívar, carta a Mosquera, 1830.*

La declinación de Bolívar es ya tan visible como la del sol en el maravilloso tramonto romano que él contempló tantas veces desde el Pincio, en la Villa Borghese. De todos sus actos y sus palabras trasciende algo premonitorio de la muerte; los amargos presentimientos de lo irremediable en el más conturbado instante de su Patria y de su vida pública, que es para él la más angustiosa de las muertes. Su nombre ya no es talismán, sino vil objeto de la befa de sus adversarios. Ya mira la adversidad como cosa natural, como cosa de Dios. Y sin embargo no cesa de vindicar su nombre. En su Proclama del 20 de enero, exclama, no con la fuerza habitual de sus arengas, sino con los acentos de la desesperación: «Colombianos! He sido víctima de sospechas ignominiosas sin que haya podido defenderme la pureza de mis principios. Los mismos que aspiran al mando supremo se han empeñado en arrancarme de vuestros corazones atribuyéndome sus propios sentimientos; haciéndome aparecer autor de proyectos que ellos han concebido; representándome, en fin, con aspiración a una corona que ellos me han ofrecido más de una vez y que yo he rechazado con la indignación del más fiero republicano. Nunca, nunca, os lo juro, ha manchado mi mente la ambición de un reino que mis enemigos han forjado artificiosamente para perderme en vuestra opinión.»

Mirando aún más lejos, hasta más allá de la vida, no descuida cómo ha de comparecer ante la historia, y desde Fucha, el 6 de marzo, le escribe a su amigo José Fernández Madrid estas letras pre-testamentarias:

Había pensado remitir a usted los documentos de mi vida pública, pero he sabido por el coronel Wilson que el general, su padre, tiene la obra en 16 volúmenes, y que puede usted pedírselos prestados para poder responder a las calumnias que están prodigando contra mí.

No vacile usted en negar positivamente todo hecho contrario a lo que usted conoce de mi carácter.



*Primero.* Nunca he intentado establecer en Colombia ni aun la Constitución boliviana: tampoco fui yo quien lo hizo en el Perú; el pueblo y los ministros lo hicieron espontáneamente. Sobre esto lea usted el manifiesto de Pando, de aquel tiempo, que no ocultaría nada por favorecerme.

*Segundo.* Todo lo que es pérfido, doble o falso que se me atribuya, es completamente calumnioso. Lo que he hecho y dicho ha sido con solemnidad y sin disimulo alguno.

*Tercero.* Niegue usted redondamente todo acto cruel contra los patriotas, y si lo fui alguna vez con los españoles fué por represalia.

*Cuarto.* Niegue usted todo acto interesado de mi parte, y puede usted afirmar sin rebozo que he sido magnánimo con la mayor parte de mis enemigos.

*Quinto.* Asegure usted que no he dado un paso en la guerra, de prudencia o de razón, que se pueda atribuir a cobardía. El cálculo ha dirigido mis operaciones en esta parte, y aun más, la audacia. El hecho de Ocumare es la cosa más extraordinaria del mundo: fui engañado a la vez por un Edecán del General Mariño que era un pérfido, y por los marinos extranjeros que cometieron el acto más infame del mundo, dejándome entre mis enemigos en una playa desierta. Iba a darme un pistoletazo cuando uno de ellos (Mr. Bidan) volvió del mar en un bote y me tomó para salvarme. Este hecho necesita de una explicación detallada.

En fin, mi querido amigo, los documentos de mi vida dan bastantes medios de defensa, aunque falta la mayor parte de los primeros períodos de mi historia; mas como son los últimos años los que más atacan, encontrará usted siempre argumento en los hechos que se han visto y están escritos.

Así encomienda su defensa, más que a Fernández Madrid, a la posteridad. Certera previsión, porque la calumnia y la incompreensión no se acallarán ni con la muerte ni con los años.

Por estos días llueven sobre Bolívar las saetas que más le hieren en lo hondo, las que le arrojan desde su Villa natal: el injurioso impreso *Nuevos torpes atentados del Dictador destructor Simón Bolívar*, del 8 de marzo, firmado *Los caraqueños*, en que le llaman Generalísimo Supremo, Presidente, Dictador, Tirano, Déspota, Usurpador, Don Simón I de los Andes y último de Venezuela para gloria de la Patria.

En su apunte del 17 de abril, de su *Diario*, Restrepo expone la situación, así como sus causas:

Es tanta la animosidad de los enemigos del Presidente en esta ciudad —Bogotá— que si permaneciera en ella era de temerse que se le atacara violentamente y que hubiera otro 25 de septiembre.

Los papeles de Venezuela respiran el mismo odio contra el Libertador, a quien atacan con la mayor acrimonia atribuyéndole mil excesos que no ha cometido y llamándole tirano. Todos los excesos de Páez los atribuyen al Libertador e inciensan al primero.



Si los compatriotas de Bolívar hacen esto y persiguen a todos sus parientes, ¿no deberemos admirar que en otros puntos de Colombia hagan lo mismo y repitan aquellos gritos de odio y de recriminación?

Ensayaremos hacer algunas indicaciones sobre el origen del aborrecimiento que se tiene al Libertador. Su gloria y su influjo habían llegado a su colmo en 1824 cuando por las victorias de Junín y Ayacucho dió la Independencia al Perú y a Bolivia. Apenas se hallarían en Colombia unas pocas personas que si no le amaban a lo menos ocultaban sus sentimientos. Entonces publicó en Lima su proyecto de Constitución para Bolivia, en que proponía un Ejecutivo vitalicio; ésto y el haber sido después nombrado o propuesto en el Perú para Presidente de por vida, siguiendo un sistema irregular, excitó las desconfianzas de los republicanos y liberales de Colombia.

Entre tanto ocurrió en 1826 la rebelión de Páez en Venezuela y sus ataques a la Constitución de la República. Se supo al mismo tiempo que Páez envió comisiones al Presidente ofreciéndole la corona, proyecto que apoyaron en los Departamentos del Sur todos los partidarios del Libertador, sin embargo de que éste no quiso aceptar los ofrecimientos de Páez. En Guayaquil hicieron actas secundando el movimiento de Páez y dieron cuenta al Libertador; cuando todos los enemigos del orden y de las instituciones de Colombia creían que apoyaría a ésta se recibió una contestación de su secretario, General J. Gabriel Pérez, aprobando el pronunciamiento de Guayaquil y proponiendo por modelo el proyecto de Constitución para Bolivia. Se siguieron las misiones de Leocadio Guzmán y de otros, dirigidas a echar por tierra la Constitución de Cúcuta; así fue que cuando se anunció la venida del Libertador a fin de 1826, todo el mundo creyó que era el regreso de Bonaparte, de Egipto. Los escritores públicos le atacaron fuertemente, y desde entonces comenzó a perder su popularidad y a excitar fuertes sospechas entre los liberales de que aspiraba a esclavizar a su Patria. Todos los de su séquito se burlaban de la Constitución y manifestaban que no querían sujetarse a ella. Sin embargo, el Presidente se dejó persuadir que debía apoyarla, y que usando de facultades extraordinarias podía sofocar la rebelión de Páez. En 25 de noviembre partió para Venezuela estando aparentemente en buena inteligencia con el Vicepresidente General Santander, pero ésta se rompió por una carta del Libertador fecha en Pamplona, en que reprobaba al primero algunas amistades y pasos. Este rompimiento aumentó los enemigos del Presidente con todos los amigos del General Santander.

El Libertador consiguió en los primeros días de enero terminar la desunión de Páez, mas llamó a éste "el verdadero libertador de Colombia", y le premió, lo mismo que a todos los que le habían seguido; por el contrario incurrieron en su desgracia los que habían seguido el partido del Gobierno, como los Generales Bermúdez y Macero y el Coronel Avendaño. Al mismo tiempo dejó expuestos a los furios de Páez como Jefe superior, a todos los que habían sostenido la Constitución. Esta se restableció en Venezuela de nombre como también la unión, pues aquel



país quedó verdaderamente independiente del resto de Colombia y de su gobierno que ejercía el Vicepresidente Santander.

La disensión entre éste y el General Bolívar había llegado a su colmo, pues ambos se atacaban en los papeles públicos, sobre todo después que aconteció en Lima la funesta insurrección de la tercera división en 26 de enero de 1827, que fue aprobada por el General Santander. En consecuencia de la invasión que ella hizo en los Departamentos del Sur, el Libertador resolvió venir de Venezuela con el ejército para oponerse a los progresos de aquellas tropas; entonces dijo en una proclama "que todo cuanto había hecho en la revolución era por Caracas", lo que le atrajo muchos enemigos. Vino a Bogotá y reasumió el mando constitucionalmente, pero a los 5 meses se declaró con facultades extraordinarias y sus edecanes cometieron excesos que se juzgaron ataques a la libertad. Se siguió la Convención de Ocaña en que el partido demagógico quiso echarlo por tierra, lo que no consiguió por su disolución y por las actas que hicieron los pueblos dando la dictadura al Libertador. Los sucesos del 25 de septiembre y las ejecuciones que se hicieron a consecuencia de tan funesta conjuración acabaron de enajenar los ánimos contra su Gobierno. Ultimamente el proyecto de Monarquía, concebido por algunos de sus amigos y rechazado por Bolívar, ha dado a sus enemigos de Venezuela y de los demás puntos de la República un pretexto plausible para atacarle con furor.

Crean falsas todas sus protestas de separarse del mando y le atribuyen designios de mandar siempre y con poder absoluto a su Patria. Otros le temen porque han sido sus enemigos y no se creen seguros mientras le vean mandando.

Lo que en gran parte ha enajenado los ánimos de los verdaderos amantes de Colombia es la grande influencia que ha dado el General Bolívar a los militares sobre todos los civiles. Desde 1826, que volvió a Colombia, ha prodigado excesivamente los grandes empleos militares, de modo que de 30 generales que había los ha triplicado, y de 80 coroneles ha hecho 200. Esto si continuara así sería insufrible, y todas las rentas de Colombia no bastarían para mantener el ejército. Deprimido el poder civil, todo ha venido a ser militar, lo que verdaderamente ha sido un error capital del Presidente, del que deben haber sufrido mucho los pueblos.

Además, la mayor parte de los altos empleos de prefecturas, comandancias, etc., de la Nueva Granada, están ocupados por venezolanos, y en Venezuela no hay uno de esta parte de la República porque Páez expelió a uno que había. Así, los pueblos se creen una colonia de los venezolanos que no son amados. Como juzgan que el Libertador los sostiene, desean que deje el mando para no ser dominados por aquéllos.

Estas mismas consideraciones influyen sobremanera en la opinión, que es muy general, de que ni el Gobierno ni los pueblos de la Nueva Granada deben oponerse a la separación de Venezuela, quieren con ella librarse del Presidente y de los demás venezolanos, y evitar los sacrificios de una guerra para sostener la unión, la que sería ruinosa a los granadinos y no produciría efecto alguno favorable. Creemos que si los pueblos fueran consultados, todos se decidirían porque se dejara a Ve-





nezuela hacer lo que quiera dentro de sus límites y que la Nueva Granada se constituya por sí sola. Temen mucho, y con razón, una invasión de Páez y sus llaneros, que como tártaros todo lo destruirían.

**En su apunte del 18 dice Restrepo:**

Según los papeles de Caracas de los primeros días de marzo, Páez se preparaba a salir a campaña a libertar, decía, a los pueblos de la Nueva Granada. Esta invasión ha motivado sin duda la rebelión de Casanare, que según una comunicación del gobierno, que se leyó anoche en el Congreso, trata de unirse a Venezuela. Se teme que al acercarse Páez, Pamplona y otras provincias se conmuevan también, declarándose contra el gobierno del Presidente Bolívar. Si ha de darse crédito a algunas personas que parecen instruidas, de un día a otro puede haber una conflagración general que es de temerse.

Ayer quitó el Gobierno la traba que había puesto el Libertador a la imprenta mandando que los impresores fuesen también responsables. Hoy han comenzado a salir papeles sueltos que irritarán a lo sumo las pasiones... Ha habido hoy mucha irritación y temores de revolución que se intenta sin saber con qué objeto. En nuestra opinión, toda se dirige contra el Libertador. Si éste se empeña en continuar ejerciendo el Gobierno puede haber al fin funesto desenlace. Debía retirarse de modo que su retiro pareciese voluntario. Antes de 8 días habrá resuelto el Congreso nombrar un Gobierno provisional, y el Libertador no podrá reunir los dos tercios de votos que son necesarios para su elección.

**En el apunte del día 24 agrega Restrepo:**

El General Urdaneta ha dicho claramente al Libertador que es necesario que deje el mando y se vaya; otros le han dicho lo mismo, y él conoce o debe conocer que no tiene apoyo, pues se le ha vuelto y obra en contra de su reelección el mismo Ejecutivo que él ha formado. ¿Cómo, pues, insiste en querer mandar, y por qué no disuade a sus amigos de que piensen reelegirle?... El Libertador obra sin sistema y cada momento da pasos contradictorios, con los cuales destruye sus mismos planes. Si quería continuar en el mando, ¿para qué lo dejó retirándose a Fucha y para qué ha hecho nombrar después al General Urdaneta para el mando de las armas? Perdiendo su influjo en las tropas perdió enteramente todo apoyo. Urdaneta juzga que no conviene a Colombia su reelección; esta misma es la opinión de toda la anterior administración. Si fuera reelegido el General Bolívar, en el momento estallarían una revolución contra su gobierno, la que debemos evitar, para ver si fundiéndose los partidos podemos conservar una sombra de Colombia. Parece que Venezuela se habrá separado para siempre; al menos esto es lo que se puede pensar de todas las noticias que nos vienen de aquel país.

Ante tal estado de cosas Bolívar toma la sensata determinación de renunciar la Presidencia y así lo hace, el 27 de abril, sustituyendo



yéndole el General Joaquín Mosquera. Pero, no obstante, continúa la algazara, aumentada desde el 3 de mayo al saberse la noticia de la renuncia, como lo apunta Restrepo:

El pueblo salió con música por las calles desde las 12 a las 3 de la tarde, cometió algunos excesos e insultos silbando al coronel Wilson, edecán del Libertador, queriendo atropellar al Mayordomo del mismo, gritando "mueran los tiranos" y vivas a las víctimas del 25 de septiembre, es decir, los asesinos del Libertador. También pretendieron buscar a Vargas Tejada, uno de los conjurados, que desde entonces se halla oculto en la capital, pero no supieron dónde estaba. Al fin supo el Comandante General Urdaneta estos excesos, y fue donde el grupo de colegiales y estudiantes: les dijo que se retiraran a sus casas, y obedecieron. Los estudiantes son terribles porque tienen las cabezas muy acaloradas por la libertad, y quieren ya apoderarse de la revolución. Es bien difícil contener a la juventud.

Otro testigo, J. M. Groot, comenta el escándalo producido tras la elección de Mosquera: «las músicas, cohetes y repetidos vivas al Presidente manifestaban el gozo de los liberales no por la elección, sino por haber terminado la presidencia del Libertador, y se esmeraron, en todo su alboroto, en hacérselo entender así». Los opositores de Bolívar, los amigos de Santander, tenían de su parte a los estudiantes, «que es gente de algazara y que para esto cada uno vale por diez». Y prosigue el estruendo, el 7 de mayo, como lo apunta Groot:

Por parte de los que se titulaban liberales era todo lo contrario; tuvieron la baja de desencadenarse más en diatribas e insultos contra el Libertador, desde que lo vieron largar el bastón y descender al nivel de los simples ciudadanos, y no solo insultaban al Libertador sino también a los que le amaban, y particularmente a los militares de la guarnición, que se componía del famoso batallón Granaderos, fuerte de setecientas plazas, y de doscientos húsares de Apure. Se vieron en estos días soldados del Granadero arrancando de las esquinas una hoja en que se ofendía al Libertador y se insultaba a los militares. Y ¿en qué paró esto?... En esa noche permaneció la gente acuartelada en Bogotá, porque decían que había riesgo de que los Granaderos volvieran a saquear. Los estudiantes estuvieron en sus glorias y se entretuvieron en fusilar el retrato del tirano que conforme a un decreto del Congreso se había colocado en la sala de la Suprema Corte. ¡Quién había de pensar cuando fusilaban en Honda en 1820 el retrato de Fernando VII que en el 1830 se había de fusilar por mano de muchachos al que los había librado de Fernando VII!

¡Qué hondo el dolor de Bolívar ante la irremediable necesidad de ausentarse de Bogotá, de abandonarla en el vértigo de la demagogia, como si le echasen de allí igual que a un apestado! El 8 de



mayo el Libertador Simón Bolívar, Padre de la Gran Colombia, deja atrás la villa santafereña. Ya no volverán a ver sus ojos el Monserrate, alzándose a los cielos, ni la opulenta Sabana perdiéndose en los horizontes, ni las viejas casonas testigos de amores, de glorias y de luchas. Su patética salida de Bogotá es su *lasciate ogni speranza*, el melancólico final de su carrera pública. Tan solo le acompañan los Ministros del Consejo y el Cuerpo Diplomático. El triste y silencioso cortejo parece «la anticipación de su propio entierro», como dijera Juan Guasch. Al menos, en el trayecto hasta Cartagena va recibiendo manifestaciones de aprecio y de consideración, pero que no dejan de traslucir algo que le entristece aún más: la piedad que ya inspiran su grandeza abolida y su ser arruinado por el quebranto y por la angustia.

Pero también la infamia sigue sus pasos como un chacal impenitente. En el periódico *La Aurora*, del 10 de mayo, dice que él «es ya un traidor declarado, un faccioso, un enemigo del Gobierno», y en la edición del 16, que le alcanza en el camino, se publica este soneto en que aún se incita al magnicidio:

#### SONETO

Roma oprimida de un dolor profundo  
a la vista de César se estremece;  
¡temblad, tiranos! César ya perece,  
y libertad resuena por el mundo.

Mirad a Junio Bruto, que iracundo  
en los altares de la Patria ofrece  
el heroico puñal que ya merece  
un lugar en la historia sin segundo.

El Capitolio excelso ya resuena  
con cánticos de triunfo y de victoria  
Roma destruye su servil cadena.

De Junio Bruto adora la memoria.  
Vivir sin Libertad, ¡qué dura pena!  
Morir en su defensa, ¡eterna gloria!

La maligna hoja no deja de molestarle, y así, desde Turbaco, el 1º de junio, le escribe a Domingo Caicedo: «Ultimamente ha venido una *Aurora* llena de groserías infames, y cuando yo estoy trabajando noche y día en mantener el orden público y predicar la unión se me supone un vil conspirador... yo esperaba que no se me dejase calumniar impunemente.» Desde allí mismo, el día anterior le había escrito a Fernández Madrid estas amargas confidencias: «Yo nunca habría abandonado la Patria, aunque deseaba ardientemente dejar el mando que me era enojoso y perjudicial. Sin embargo, fue necesario instar por mi renuncia, pues mi país



nativo me había renegado, los locos de Bogotá me fastidiaban con sus torpes calumnias y los facciosos de todas partes pretendían oprimirme con sus actas amañadas... 'Todavía no sé si me iré para Inglaterra...»

Agobiado por tantos sinsabores, agotada su naturaleza, lacera-da el alma por las ingratitudes, por la injusticia y por la malig-nidad de sus mismos compañeros de armas, Bolívar prosigue su camino en dirección a Cartagena, «con la entraña sangrante por la obra de la inconsecuencia», como dice Porras Troconis. Vene-zuela, cegada por el desvarío, lo repudia de su seno; en la Nueva Granada se le hacen falsas acusaciones; el Perú levanta contra él el brazo parricida. Nuevo Aristides, debe recorrer el camino del ostracismo, porque sus virtudes ofenden a sus conciudadanos; y hasta desde el Uruguay remoto el argentino Florencio Varela, en su canto *El 25 de mayo de 1830*, se hace eco de sus presuntas ambiciones monárquicas:

La tierra de Colón nunca el cimiento  
de un trono sostendrá: sus moradores,  
a la par del sustento,  
desde la cuna, Libertad mamaron,  
al rango de señores  
del de esclavo pasaron;  
y vivir libres o morir juraron.  
En vano el hombre, que a Colombia un día  
dió fama y esplendor, cuando a la guerra  
sus huestes conducía,  
y en el valle y la sierra  
el laurel de la gloria le ceñía;  
hoy pretende insensato,  
con un trono manchar el continente  
y a la púrpura aspira y al boato.  
¡En América un trono! ¿Quién consiente  
humillación tamaña? ¿Quién abona  
el escándalo horrible? En tu cabeza,  
Bolívar, la corona  
es divisa de muerte, y hoy empieza  
tu sepulcro a cavarse  
do piensas que tu trono va a elevarse.

Desde más lejos aún zumbaban los dardos contra Bolívar y nada menos que arrojados por las ya débiles manos del anciano Bentham:

El General Santander, lo sé por él y por otros conductos, cuando ejercía las funciones de Vicepresidente, hizo cuanto dependía de él por difundir mis escritos en el territorio del Estado de que es miembro tan distinguido y de tanta influencia. Así, obró Bolívar con relación a ellos, hasta ahora poco, más última-mente, como es natural al hombre y en cierto grado, más o



menos inevitable, Bolívar ha sido echado a perder, por el poder, y después de haber por tantos años merecido, y tan bien merecido, el título que tomó de Libertador, se ha constituido después en tirano de su Patria. En un tiempo tuvimos él y yo cierta correspondencia, y por recomendación mía dió el grado de Coronel a un hombre de talentos, de nombre Hall, que había servido como Teniente en el ejército inglés.

Es una verdad —comenta Groot— «que el estudio de las doctrinas inmorales de este autor tuvo gran parte en la determinación de los asesinatos del 25 de septiembre, y para convencerse de ello basta leer los escritos que Carujo publicó por la Prensa en Venezuela sobre el suceso y en cuyo apoyo cita las doctrinas de Bentham a cada paso».

Y vuelven tras Bolívar, en su penosa marcha, las mordientes hojas de Cundinamarca y de su Patria. En la *Gaceta de Venezuela* se publican noticias de Quito: que Bolívar «es aborrecido por todos los pueblos de aquella región, en especialidad de Guayaquil». Con morbosa satisfacción se publica en un periódico de Valencia la *gran noticia*:

Está ya fuera de toda duda que el 8 del pasado ha salido por fin el General Bolívar de la capital de Bogotá para Cartagena, resuelto, según se ha manifestado, a dejar el país que tantos años ha mantenido sin orden ni tranquilidad, por conducirlo a sus ambiciosas miras, y en el que por el mismo motivo deja sembrados con sus manos funestos elementos de disociación y tiranía. Los acerbos remordimientos que llevará consigo a todas partes, serán el más severo castigo que pueda imponerse a su injusta conducta contra un pueblo que pudo deberle su libertad, su consolidación y su prosperidad.

Y esto —explica Groot— «decían los del país de donde salió el proyecto de monarquía, cuya corona le mandó a ofrecer al Libertador el jefe de los liberales venezolanos, que ahora trataba de tirano al que les rehusó con indignación el proyecto de monarquía. Y esto decían los que primero dieron el grito de insurrección en Valencia, donde mismo se estaban escribiendo estas iniquidades para disociar a Colombia».

Nuevas hieles ha de apurar Bolívar en su vía crucis. ¡Cómo ha de acibararle la ofensa que significa para él la glorificación de sus frustrados victimarios! Almas bien recias tendrán los que, en *El Demócrata*, del 1º de junio, publican estas estrofas zahirientes, obra de «respetable autor», excitatorias del tiranicidio, *propasándose a incitar al parricidio*:



*Poesía inédita compuesta el 18 de diciembre de 1823*

¡Salve mil veces sombras inmortales  
de Zulaibar, Horment y Padilla!  
¡Salve modelos de virtud heroica,  
que mis labios mil veces os bendigan!  
Cuando la Patria en abyección y luto  
bajo el pesado yugo sucumbía  
y que a despecho de Colombia toda  
se entroniza la odiosa tiranía;  
vosotros el proyecto concebisteis  
de vengar su opresión y su ignominia  
del déspota feroz que la ultrajaba  
derramando la sangre aborrecida.  
Ni el odioso espionaje, ni el aspecto  
de aquellas bayonetas tan temidas  
ni el peligro inmediato de la muerte  
nada os detiene, nada os debilita.

Al soberbio palacio del tirano  
marcháis con denodada valentía  
y a vuestro aspecto, sus serviles guardias  
temblando se presentan ya rendidas.  
Mas ¿qué sucede?, ¡oh Dios!, todo es perdido:  
¡Bolívar ha escapado con la vida!  
Un genio malhechor lo conservara  
para ser hoy tu azote; ¡oh Patria mía!  
Su semblante siniestro por doquiera  
la desconfianza y el terror inspira.  
Nadie se atreve a hablar, y todos temen  
las venganzas atroces que él medita.  
Ya cual rabiosa sanguinaria furia  
que se veía por los lazos detenida,  
y al romperlos furiosa, enajenada,  
todo lo tala, todo lo estermina;  
así el tirano de Colombia, airado  
para satisfacer su saña impía,  
no respeta virtudes, ni talentos,  
ni los servicios recibidos mira.

¡O tú que de la Patria apoyo fuiste  
liberal y magnánimo Padilla!  
¡En premio de tus hechos inmortales  
a un suplicio horroroso te destinan!  
Y tú, extranjero noble y jeneroso,  
que suerte mas dichosa merecías,  
un cadalso, termina tu existencia  
porque a Colombia libertar querías.

Y vosotros Galindo e Hinestrosa,  
Guerra, Zulaibar, Azuerito, Silva,  
y tantos que la muerte recibieron  
en el abril lozano de la vida;  
en vano vuestra gloria y vuestro nombre  
mi débil musa celebrar querría:  
tantas virtudes, patriotismo tanto,  
no se pueden cantar, solo se admiran.



Vosotros no habéis muerto: el mundo todo  
sobre vosotros sus miradas fija;  
y estas miradas respetuosas, hacen  
en su asiento temblar la tiranía.

¡Sí manes santos! ¡Sombras venerandas!  
Vuestra fama por siempre os eterniza:  
vuestro suplicio la venganza pide,  
y vuestro ejemplo heroico nos anima.

*Caer por fin la criminal cabeza  
que tramó tantos males y perfidias,  
satisfaciendo al universo todo,  
a Colombia, al honor y a la justicia.*

Los frenéticos de *El Demócrata*, el periódico del *bochinchero* Domingo Ciprián Cuenca, publican, el 1<sup>o</sup> de junio, el artículo más sensacional de la Prensa colombiana; que dará lugar a sonado juicio contra los responsables de la fatal apología del tiranicidio, y del cual se escribirá con mayor largueza:

#### SEDICION CRIMINAL

Acabamos de ver con asombro por cartas que hemos recibido en el correo del sur, que el General A. José Sucre ha salido de Bogotá ejecutando fielmente las órdenes de su amo, cuando no para elevarlo otra vez, a lo menos para su propia exaltación, sobre las ruinas de nuestro nuevo gobierno. Antes de salir del departamento de Cundinamarca empieza a manchar su huella con ese humor pestífero, corrompido y ponzoñoso de la disociación. Cual otro Leocadio lleva el proditorio intento de minar la autoridad del Gobierno en su cuna, ridiculizándolo y burlándose aun de su misma jenerosidad. Bien conocíamos su desenfrenada ambición después de haberlo visto gobernando a Bolivia con poder inviolable; y bien previmos el objeto de su marcha acelerada cuando dijimos en nuestro número anterior, hablando de las últimas perfidias de Bolívar, que este había movido todos los resortes para revolucionar el Sur de la República. Pero hablemos de lo que actualmente sucede.

Va haciendo alarde de su profundo saber, fundado en que no se le permitió entrar a Venezuela temiendo el influjo de sus talentos. Se lisonjea de observar una política doble y deslumbradora. Afirma que los liberales y pueblo de Bogotá es lo más risible, lo más ridículo que ha visto, que son entusiastas de boca y nada más, puesto que el General Portocarrero, dejando toda su tropa en San Diego, volvió solo a la ciudad, estuvo en una posada pública, sin que nadie osase decirle una palabra; que se reunieron unos pocos liberales, cuando ya la tropa había manifestado irse para Venezuela. En fin osa decir, denunciando sus alevés intentos, que si todos los pueblos son así, está seguro de *cantar victoria en todos ellos*. Dice, además, contra el Gobierno, que el actual Excmo. Sr. Vicepresidente de la República sólo tiene capacidad para oír demandas verbales, que carece de talentos para intervenir en el gobierno, pues que actualmente no sabe lo que debe



hacerse: niega la aptitud a todos los ministros, y tiene el descaro de asegurar que en toda la Nueva Granada no hay quien pueda desempeñar estos destinos. Se burla de que se piense en la restauración del orden; y manifiesta su conato, su decisión por separar los pueblos del Sur.

Sería difícil marcar cuál de estas aseveraciones es más fatua, más atrevida, mas subversiva, mas calumniosa, mas llena de esa voraz ambición que le destroza las entrañas, y que en vano procura encubrir con una risa falaz y maligna: *¡Ved, Colombianos, el más digno de los Generales de Colombia!* Pero él tiene razón cuando dice que en vano se procura restablecer el orden: él está al cabo de todos los planes para insurreccionar las tropas, él mismo es un agente de esta intriga, él ve en la generosidad de nuestro Gobierno apenas debilidad e ineptitud. Ya empiezan a germinar las consecuencias de no haberse permitido al pueblo el 7 del corriente, amarrar a los factores descubiertos y ocultos del motín que dió ocasión a la alarma de aquel día, para juzgarlos y castigarlos probados que hubiesen sido sus crímenes. El 7 de mayo pudo haberse hecho célebre en nuestros anales destruyendo del todo la esperanza de Bolívar y asegurando la estabilidad de Colombia y de su Gobierno. Bolívar es hoy un Vesubio apagado, pronto a romper su cráter vomitando llamas de odio, de destrucción y de venganza. Su explosión es temible y puede lanzar al gobierno republicano y a la libertad al caos del olvido. Sucre, Carrëño, Luque, Portocarrero, y otros pérfidos mariscales, son bocas que verterán sangre, terror y espanto de que está hirviendo el fondo de aquel volcán. Pero no importa: nuestro valor y la unión de intereses con la gloriosa Venezuela, ligarán la mano al encargado de prender la mecha de aquel incendio. Puesto que el benemérito General Mariño ha tenido la generosidad de ofrecer que auxiliará con sus bayonetas las provincias del Socorro, Pamplona y Casanare, que le han pedido su apoyo, y a cualesquiera otras que lo llamen, es llegado el momento de hacer firme nuestro Gobierno, por la parte del Norte, uniendo sus esfuerzos con Venezuela, para perseguir a todo el que armado o de cualquiera otro modo pernicioso, quiera sostener, llenándose de execración, las consabidas perfidias de Bolívar o de Sucre su inmediato sucesor. Los pueblos del interior que viven obedientes al Gobierno y sin peligro, no tendrían motivo de armarse; pero afortunadamente se levantan batallones con que auxiliar si fuera preciso a nuestros compatriotas del Sur, bien oprimidos aún, por el General Flores. Las cartas del Sur aseguran también que ya este General marchaba sobre la provincia de Pasto, para atacarla; pero el valeroso General J. M. Obando, amigo y sostenedor firme del Gobierno y de la libertad, corrió igualmente al encuentro de aquel caudillo y en auxilio de los invencibles pastusos.

Puede ser que Obando haga con Sucre, lo que no hicimos con Bolívar, y por lo cual el gobierno está tildado de débil, y nosotros todos, y el gobierno mismo *carecemos de seguridad*. El Cauca entero y Antioquia sostienen las instituciones; y nada debemos temer de los oprimidos habitantes del Magdalena, cuya exasperación solo espera el momento de sacudir la tiranía. Si el gobierno desechando cierta dosis de *prudencia*, toma mayor actividad y ener-





gía y se une con Venezuela contra sus comunes enemigos alianza-  
rá bien su estabilidad y el orden público.

No paz con los tiranos  
que es muerte solapada,  
afilan mas la espada  
brindando su amistad.

Lo diremos mas claro: es preciso no confiar en hombres que han merecido la confianza de un déspota. ¡Tiemble el gobierno, si se rodea de semejantes víboras! Repetiremos mil veces, que el gobierno debe desconfiar siempre de los amigos de Bolívar. Sólo debe reposar en la buena fé de ciudadanos siempre rectos servidores a la Patria, y nunca a los partidos.

El nefando artículo daría asidero a la afirmación de García del Río acerca de su amigo, de Sucre, según él «odiado de muerte por los demagogos de Nueva Granada, mortales enemigos de todo venezolano».

*Puede ser que Obando haga con Sucre lo que no hicimos con Bolívar*, dice *El Demócrata*, y tres días después, el 4 de junio, se cumple la macabra profecía: la caída de Sucre en la aleve emboscada de Berruecos.

En su *Diario*, el 28 de junio, Restrepo anota el suceso:

Se ha confirmado la noticia de la muerte del general Sucre el 4 de éste. Se le hallaron tres balazos, y dos al macho en que iba. Se asegura que los asesinos lo dejaron muerto sin quitarle nada de lo que llevaba, lo que prueba que no fue por robarle. Indican de Popayán que ha sido obra del General Flores, quien dicen envió un oficial y 4 dragones por caminos extraviados. Otros sospechan de los generales Obando e Hilario López, de Popayán. El periódico titulado *El Demócrata* dijo aquí, en 1° de este mes, antes que sucediera el asesinato: "Puede que Obando haga en Pasto con Sucre lo que aquí debimos hacer con Bolívar." Este deber en el lenguaje de los demagogos fue asesinarlo. Sin embargo nada podemos asegurar, y aun puede ser que la muerte de Sucre sea obra del resentimiento de algunos pastusos, pues había hecho la guerra contra ellos. Murió de 35 años de edad.

El 1° de julio, cerca de Cartagena, Bolívar recibe la tremenda noticia. «Santo Dios, se ha derramado la sangre de Abel», exclama, y queda sumido en penoso silencio de horas. «La herida había penetrado hasta la entraña. Era el primer golpe certero de la muerte que se acercaba», como diría Porras Troconis. La caída del más sincero y grande de los amigos de Bolívar es parte de su propia muerte. Su dolor trasciende sin amenguarse, el 1° de agosto, en su artículo *Los liberales*, acerca del horrendo asesinato.



¿Es que no hay piedad entre los hombres endurecidos por la guerra, que llegan, en la lucha, hasta el vulgar asesinato, ni tampoco la hay entre los letrados demagogos que incitan al crimen o que clavan en mitad del corazón de sus víctimas los puñales de la calumnia y de la injuria? Así, en la tercera edición de *El Cartagenero Liberal* se habla de la reacción de Bolívar al comentar la muerte de Sucre, sazónándola —como dice Pérez Villa— con procacidades y expresiones de dudoso gusto dirigidas contra Bolívar, aunque solo para envilecimiento de sus propios autores.

¡Qué terrible cosa es ser grande! ¡Qué vida! ¡Y hay quien la envidie!, exclama uno de los que acompañan al Libertador, camino de Cartagena, el Coronel Posada Gutiérrez.

El 7 de junio apunta Restrepo: «A excepción de los delirios de la prensa, la capital se halla tranquila. Un periódico, *La Aurora*, elogia a Horment, un asesino, y otros de este jaez. ¿Cuál será el juicio y moralidad de sus editores?»

Así como elogia al ajusticiado Horment, *La Aurora*, del 6 de junio, denosta al Libertador:

#### F A B U L A

Llevó a su casa un día Juan Copete de cecina muy gorda un gran tolete, y como en casos tales es el uso tenderla al Sol, sobre un costal la puso. Al punto los señores gallinazos, el olor de la carne aperebiendo, vinieron a embestirle, a picolazos; mas, el perro de Juan salió corriendo, ladra, brinca, arremete, los espanta, y de guardián junto al costal se planta. Con acción tan intrépida, y tan brava, el amo de contento estaba loco, y lo fiel de su perro ponderaba: cuando cata que el gozque, poco a poco se va acercando boníticamente a la carne, y por fin le mete el diente. Copete, que esto ve, coje una tranca y contra el perro furibundo arranca. Le hubiera hecho pagar cara la broma, mas, su hija gritó de la cocina: "Déjelo su merced que se la coma, que es el Libertador de esa cecina." Ciudadanos Sur Americanos, así es nuestro Libertador colombiano.

*La Aurora* —que tanto oscurece su nombre— pide otra vez, el 20 de junio, la muerte del Libertador, en este soneto en que el *César infiel* no es sino Bolívar, y Roma, Colombia:



Mira *césar* infiel, mira inhumano  
 inmensos pueblos, pueblos venturosos  
 sumidos ahora en males horrosos  
 invengados por tí, tú eres tirano.

Mira la sangre de tanto ciudadano  
 hollada en tus proyectos criminosos...  
 no te creíamos con planes ambiciosos:  
 burlaste la confianza del *romano*.

Ostenta, ¡oh Brutol tu justa indignación,  
 liberta nuestra Patria tan amada,  
 restablece las leyes y la unión.

Ven a libertar a *Roma* anonadada.  
 Aniquila para siempre la ambición...  
 ¡*Roma*, muera el que quiso verte atada!

*El Demócrata* corre parejas con *La Aurora*. Su editorial del 20 de junio, relativo a la proclama del Presidente Mosquera, en la que hizo discreta mención del Libertador, no puede ser más hiriente para Bolívar:

Por nuestra parte, observaremos que haber llamado a Bolívar Libertador, cuando está demostrado generalmente que sólo le conviene el dictado de *traidor* es un insulto a la opinión pública; y decir que quiso *ocultar sus laureles por quitar este pretexto al desorden* es un ultraje vergonzoso a los republicanos. ¿Por qué en efecto podrá llamarse *desorden* la guerra empeñada contra un usurpador? No tendría más derecho a decir esto el rey de España que sostuvo su dominación por más de tres centurias? ¿Y qué orden puede haber bajo la cuchilla de los déspotas? Habrá quietud; pero ¡qué quietud! la opresión produce el abatimiento, la vileza y el estupor de los espíritus: el corazón se desprende de todo sentimiento generoso, el alma se anonada y el hombre es entonces una bestia incapáz de resistir a su amo la carga que le impone ni el látigo con que la conduce. Que hermosa quietud! Sosteniendo un partido se necesitan, es verdad, se inventan y se toman pretextos: pero sosteniendo la causa sacrosanta de la libertad nacional, no hay pretextos; sólo hay razones, sólidos principios, que satisfacen al espíritu y dan al corazón un valor indomable. No es de suponerse, por el conocimiento que tenemos del Sr. Mosquera, que él juzgue a Bolívar acreedor al raro y honroso tratamiento de Libertador; cuanto que el Señor Mosquera se halla al frente de un pueblo libre que mira con escarnio a Bolívar cubierto de ignominia. Las Naciones que vean aquella proclama en que el nuevo Presidente de Colombia tributa a Bolívar los mismos encomios con que lo ensalzaban sus satélites que jiraban vilmente en torno de la dictadura, ¿no juzgarán que en efecto fué una facción la persecutora de sus planes? ¿No dirán que en realidad sólo él puede regir nuestro país, pues se encabeza el primer acto administrativo con el nombre execrable de Bolívar, como por implorar sus auspicios?...

¿Que necesidad había para alabar a Bolívar dirigiéndose a los pueblos por la primera vez? ¿Para qué abrir este campo de censuras que son innmerecidas? Empero nosotros esperamos los he-



chos, digan lo que quieran las palabras, según una máxima del mismo Bolívar. Sería sin embargo deseable que se hablase en el sentido de lo que se hiciese; para no engañar o producir confusiones que cuando menos perjudican la veracidad histórica.

No podemos tolerar los respetos por Bolívar ni las contemplaciones con los boliveros. Nuestra causa es nacional: la de ellos es de una facción bien pronunciada y criminal. Por qué pues usar consideraciones, que ellos nunca tuvieron con los libres? Para qué se engaña a la Nación ocultándole el verdadero norte que conduce al Gobierno? Por qué ciertamente, si no se piensa en favorecer a Bolívar ni a sus secuaces, para qué se habla a los pueblos ensalzándolos? Bueno que no se les persiga: pero déjeseles olvidados en el oprobio que los cubre.

Concluiremos protestando que confiamos altamente en S. E. el Presidente de la República, apesar de no convenir con el lenguaje de su primera proclama; y creemos que S. E. es muy capaz de hacer a Colombia bienes positivos y durables. Y que no obstante la injuria indirecta que acaban de sufrir los liberales, el Gobierno los llamará para rodearse de hombres no sólo de su confianza, sino también y principalmente de la del pueblo. Con estos hechos y otros que favorezcan directamente la causa de la libertad, será desmentido el concepto que haya podido producir la proclama. No más contemplaciones con Bolívar!!!

En la edición del 11 de julio, de *La Aurora*, aparece este soneto, anónimo, como casi todas las poesías de ese estilo publicadas contra Bolívar:

### SONETO

Hubo, según se dice, un grande mago,  
que de Simón el nombre se le daba,  
el cual grandes prodigios dizque obraba  
aterrando a las gentes con su amago.

Su poder convertía de sangre en lago  
los arroyos y ríos por do pasaba,  
y a pueblos numerosos transformaba  
en tumba sepulcral su aspecto aciago.

Mas, cuando más soberbio y más ufano,  
de su poder ostentación naciendo,  
al cielo ya tocaba con la mano,

A la tierra se vino con estruendo  
sin haberle quedado hueso sano,  
el grito de un tal Céfes percibiendo.



En la misma edición de *La Aurora*, del 11 de julio, se lee esta otra canción:

## CANCION PARA LA MESA

## Estribillo

*Bebamos cantando  
hijos de Colón,  
pues se rompió el cetro  
del fiero Simón.*

Nuestro agudo acero  
y valiente brazo  
arrojó al ocaso  
al tercio español

Mas, Bolívar fiero  
pretendió tunante,  
del pueblo triunfante  
hacerse Señor.

*Bebamos...*

De bravos al frente  
consiguió victorias  
debiendo sus glorias  
a nuestro valor.

Pero el insolente  
suponiendo alarmas,  
con las propias armas  
nos esclavizó.

*Bebamos...*

Fingiéndose libre,  
de América el hombre,  
obtuvo el renombre  
de Libertador.

Mas, este cruel tigre  
que nos halagaba,  
la garra ocultaba  
que nos destrozó.

*Bebamos...*

El americano  
de amor inflamado,  
el nombre sagrado  
de *Padre* le dió.

Pero el cruel tirano  
que cómitre se hizo  
ejercer no quiso  
sino el de opresor.

*Bebamos...*

Jefe vitalicio,  
árbitro, inviolable,  
sin más ley que el sable,  
hacerse intentó.



Mas, ya no propicio  
a éste su sistema,  
quiso la diadema  
que al fin encalló.

*Bebamos...*

Con golpes de Estado  
y orgulloso tono  
quiso ser el mono  
del gran Napoleón.

Pero a este menguado,  
cobarde, pelmazo,  
ni aún para payaso  
el cielo dotó.

*Bebamos...*

Con artera intriga  
y traición tamaña  
disolvió en Ocaña  
la Gran Convención.

Lo apoya su liga:  
al pueblo se aterra,  
y entre horror y guerra  
se hace Dictador.

*Bebamos...*

Callan las imprentas,  
hablan las prisiones:  
cadalsos, pontones,  
hacen su blasón.

Escenas sangrientas  
difunden el duelo,  
y en todo este suelo  
imperan el terror.

*Bebamos...*

Los héroes que grandes,  
libres nos hicieron  
las víctimas fueron  
de su envidia atróz.

Padillas y Píares  
atacó el tirano:  
¿y existe la mano  
que los inmoló?

*Bebamos...*

Cuatro años horribles  
de sangre y de muerte  
en estado inerte  
Colombia sufrió.

Mas, al fin terrible  
cual león se levanta:  
la victoria canta,  
y tiembla el traidor.

*Bebamos...*



¡Afuera el tirano!  
 Venezuela grita:  
 Granada la imita  
 y el Sultán tronó.

Cantad, colombianos:  
 bebed copas llenas:  
 ya no hay más cadenas;  
 ¡tiranos, adiós!

*Bebamos cantando  
 hijos de Colón,  
 pues se rompió el cetro  
 del fiero Simón.*

Desde el remoto Chile vienen también las piedras de la incompreensión. En *El Mercurio de Valparaíso*, del 4 de agosto, un tal Juan Francisco Arganil trata de demostrar que Bolívar es un psicópata irresponsable, loco, débil; que sus actos son efectos de la melancolía y la hipocondría; que sus actos vesánicos son públicos y notorios; que es un caso perdido de enfermedad mental. Así, Arganil es de los que se ganan —observa Guevara— la triste celebridad de que habla el Maestro Simón Rodríguez: «Hombres que no podían pasar del sepulcro, atraviesan hoy los siglos, y sus nombres durarán en la historia mientras se conserven los escritos que censuraron», vale decir las vidas y las obras que denostaron. Todos los pecados, todas las culpas políticas las echan sobre Bolívar, con sus inevitables resultados: «culpa a un perro y todos querrán ahorcarlo», dice la sabiduría popular. Ya, pues, no son pocos los que desean ver al Libertador colgando de una rama.

Entre tantas agonías Bolívar ha de tener algún consuelo: la noble actitud del Congreso de Colombia, que le tributa los homenajes de gratitud nacional al Padre de la Patria y dicta un acto de justicia para asegurar la subsistencia de «aquel a quien la República debía la suya»; pero tras el justo tributo vendrían las negras cerrazonas de la ingratitud. El Congreso venezolano reunido en Valencia, el Congreso de su Patria, de su tierra natal, declara sin embozo, el 28 de mayo: «Pero Venezuela, a quien una serie de males de todo género ha enseñado a ser prudente, que ve en el General Simón Bolívar el origen de ellos y que tiembla todavía al considerar el riesgo que ha corrido de ser para siempre su patrimonio, protesta que no tendrán lugar los arreglos propuestos, mientras el Libertador permanezca en el territorio de Colombia.» Esta expulsión es el mejor medio «para evitar una guerra civil», dice Páez, para quien «la cólera no ha respetado nunca los laureles de la gloria».

Y como si esto no bastase, algunos días después los Diputados



Ayala, de Caracas, y Juan Evangelista González, de Maracaibo, proponen que si el General Bolívar pasa a Curazao se le declare fuera de la ley, lo mismo que a todo el que se le uniese. ¡Horror que la sangre hiela!, dice un romance dominicano. Y Groot, el idóneo testigo del escándalo, comenta: «Esto era peor que lo del 25 de septiembre.» Es la lanza de Longinos que falta en su exiación.

El Presidente Mosquera, por conducto del Ministro Vicente Azuero, le transmite a Bolívar, el 14 de julio, copia de la infame declaración del Congreso de Venezuela, «a fin de que V. E. quede informado de esta notable circunstancia por lo que pueda influir en la dicha de la Nación y por la trascendencia que tiene en la gloria de V. E.»

Sin embargo, al Dr. Vicente Azuero no le basta el agravio que entraña esa carta y así le da publicidad en la *Gaceta de Colombia*, junto con las indignas actas y demás documentos del Congreso de Venezuela contra el Libertador, a la vez que en la revuelta Santa Fe aparecen publicaciones terribles contra Bolívar y contra sus amigos. En su desapoderado orgullo por haberse adueñado del Poder, el Partido Liberal, «respirando crueles odios y venganzas contra el Libertador y sus adictos, los insulta constantemente» por medio, particularmente, de *El Demócrata* y *La Aurora*, en que no hay reputación del Partido opuesto que no sea despedazada.

*El Demócrata* persiste en su despiadado empeño de destruir al Libertador y de glorificar a los actores de la espantable noche septembrina. En el artículo *La empresa del 25 de septiembre de 1828*, publicada el 10 de agosto, hace el examen de las causas que condujeron al memorable atentado. Empieza por «el censurable miramiento de los que se asustan a la sola idea de un proyecto de muerte y por la frialdad del Gobierno en acercar a sí a los que se resolvieron a sacrificar sus vidas en el altar de la Libertad nacional»; que Bolívar apoyaba en apariencia el fuego revolucionario, y con mano oculta atizaba de nuevo las desconfianzas particulares, la guerra de los partidos, el descrédito nacional y de la Constitución, y trataba de crearse un Poder formidable con mengua de la Patria; que procuraba convertir la Convención de Ocaña en «un cuerpo que sancionase sus pretensiones particulares y le entregase atados a sus compatriotas para disponer de ellos como de sus propios esclavos», que para sorprender mejor el ánimo de los verdaderos representantes de la Nación había marchado a Bucaramanga, distante pocos días de Ocaña; que lejos de observar la conducta señalada por el interés de su gloria y por el deber de su juramento, usurpaba de un golpe





la soberanía nacional y valiéndose de la intriga y del terror arrancaba por medio de viles satélites mil actas a los pueblos, para el ejercicio de facultades tan ilimitadas cual no las goza ninguno de los más formidables déspotas conocidos; que algunos lloraban la suerte de la Patria, y otros, con corazón dañado, acompañaban al Tirano en sus planes parricidas; que convertido en Tirano él era el asesino de la Patria, y que sus hijos dignos debían vengar en él los ultrajes de la madre adorada; que «expirando Bolívar concluían con él los torpes proyectos que había formado en su corazón traidor» y con él acababan las esperanzas de los viles mercenarios del Poder absoluto; que la Patria libre de tan mortal enemigo, llamaría en su apoyo y defensa el conocido valor de los fieles hijos que le quedaban para levantar de nuevo el trono de las leyes; que esta era la noble y digna idea de los que acometieron la empresa de redimir a Colombia el 25 de septiembre; que el Tirano prefirió *una fuga vergonzosa a una muerte denodada*; que había hecho derramar la sangre de Zulaibar, de Azuero y demás compañeros; que el Gobierno actual era hijo de «la guerra que encendieron con su sangre los mártires ilustres del 25 de septiembre»; que sus nombres se invocarían siempre como los de los patriarcas de una causa sagrada, y que los ciudadanos que les eran deudores del inestimable bien de la libertad, se pondrían del lado de Colombia y frustrarían todos los tiros de los déspotas, «verdaderos asesinos».

Con grande amargura leería el Libertador la hiriente filípica. ¡Qué sarcasmo; qué ironía! Él va ya camino del destierro y de la muerte, perseguido por las fieras jaurías de los odios, mientras en los revueltos aires de Santa Fe queda el incienso vertido sobre los frustrados victimarios del Libertador, del Fundador de la Gran Colombia.

Tan insólitos excesos provocan en Bogotá la reacción del 11 de agosto, que da al traste con el Gobierno demagogo de Mosquera, capitulado el 26 de agosto, y entroniza la dictadura de Urdaneta.

Al resonante hecho se refiere la *Elegía escrita por Lorenzo M. Lleras en consecuencia de la triste jornada del 28 de agosto de 1830 en Puente Grande. Destrucción del Gobierno legítimo y restauración por el Poder detestable de Bolívar*, impresa en Nueva York. Lleras, autor de la canción nacional *Libertad de la Nueva Granada*, también publicada en la ciudad del Hudson y reimpressa en Bogotá en 1831, pone al frente de su Elegía esta estrofa del poeta dominico-cubano José María Heredia:



Jamás puede un tirano  
la cadena cargar a un pueblo fuerte,  
que enfurecido se alza, lidia y triunfa,  
o sufre noble y enviadable muerte.

El poeta y periodista Lleras pierde la medida en sus denuestos contra Bolívar:

Corred, volad, herid: que se estremezca  
el monstruo que la rige; castigadle  
cual faccioso y traidor; la Patria es salva  
en el instante en que Simón perezca...

Desde el 1º de julio hasta el 29 de septiembre, acosado por sus quebrantos y por sus enemigos, Bolívar permanece en Cartagena. El 2 de octubre está en Turbaco; el 11, en Barranquillo; el 14, en Soledad, donde sus males le detienen. Mientras tanto continúa la peste de los papeles injuriosos. Circula en Bogotá el impreso *El General Santander vindicado de las calumnias que se le hacen en la conversación entre un bolivarista, un santanderista y un liberal*; y asimismo, en Bogotá, el *Diálogo entre una boliviana y un liberal*.

Las interlocutoras son Mariquita y Pepa. La primera defiende a Bolívar hasta convencer a la segunda. Pepa empieza la polémica: «Qué te voy a decir, después que los orejones han venido a meternos la religión con la lanza, como si nosotros no la respetáramos más que ellos? No ves a esa multitud de serviles que han tenido el arrojo de sacar el retrato del tirano en triunfo y hacer una acta que es el borrón de esta capital? Una acta que solo respira bajeza y servilismo, que tiene valor de llamar al tirano a que venga a apoderarse de nuestras vidas, y a poner el yugo a nuestros hijos?» Mariquita, en su defensa del Libertador, le achaca la corrupción a Bentham «y a otra multitud de impíos que ha permitido el Gobierno introducir para pervertir la juventud y aun a los hombres canos», y aplaude a Bolívar por haber prohibido ese estudio y ordenado recoger los libros anticatólicos e impedir su introducción.

Por su parte *El Candil*, del 12 de septiembre, favorable al Libertador, pide su retorno, sea como Dictador, sea como Presidente. Dice que por ahora no alumbrá a los que quieren Monarquía; habla contra los liberales; censura el hecho de haberse puesto la víspera del Corpus, en la plaza santafereña, un castillo en que se ridiculizaba al Libertador, lo que consideraba el origen de la guerra civil que acababa de concluirse. Hasta los accidentes de la Naturaleza son relacionados con Bolívar con tal de ofenderle. Del terremoto del 10 de octubre dice Restrepo: «Es casua-



lidad rara la observación que hace el pueblo de que hay sacudimientos de la tierra siempre que Bolívar viene o está por venir a Bogotá.»

Por entonces empiezan a llegar a Bogotá las noticias del quebranto de Bolívar. El 28 de octubre Restrepo anota en su *Diario*:

Se ha celebrado hoy el día del santo cuyo nombre lleva el general Bolívar, con bastante pompa. Se dice que éste salía el 3 del corriente para Santa Marta. Va a conocer aquella ciudad y variar de clima. Dicen que se halla enfermo de reumatismo y de bilis. Le ha extenuado excesivamente el clima de Cartagena. De Santa Marta vendrá a Ocaña y en diciembre a Bogotá.

En las noticias de Bolívar que siguen llegando a Bogotá se advierte el aumento de la animadversión contra él, que ni aun deja en su labor denigratoria ante el agravamiento de los males del Héroe. En su apunte del 10 de noviembre dice Restrepo:

Parece que el General Urdaneta y los que le rodean no están muy decididos a entregar el mando al General Bolívar, quien dicen está loco. Querrá acaso Urdaneta gobernar el centro. Bolívar se halla muy extenuado y débil; es ya viejo a los 47.1/2 años... Por desgracia es ya un axioma entre los jóvenes "que se debe matar al magistrado que se hace tirano". Esta máxima detestable que pone la vida de los magistrados y la tranquilidad pública a merced del primer loco o fanático que decida ser tirano el magistrado, había cundido mucho entre la juventud colombiana, y debe reprimirse.

Y el día 15 agrega: «Según últimas noticias, Bolívar estaba en Barranquilla en camino de Santa Marta, y se anuncia que saldría para Bogotá al fin de este mes. También se dice que se hallaba bastante enfermo, noticias muy sensibles, porque si muere se aumentarán los males de Colombia.»

Bien es cierto, como dice Restrepo, que en la lucha civil Santander se hizo más fuerte que Bolívar. Con ello se cumple otra vez la ley de la adversidad, la de los grandes vencidos por los inferiores, como Napoleón vencido por Wellington. Pero si los veraces testimonios de Restrepo corresponden a la realidad, faltó en ellos pasarlos por el ancho tamiz del propio Bolívar, de su Manifiesto de Carúpano, de 1819, y de la confesión suya que lo resume todo en esta compendiosa cláusula de su carta del 16 de noviembre a Urdaneta: *El no habernos arreglado con Santander nos ha perdido a todos.*

Final apreciación que honra y engrandece tanto a quien la hace como a quien es objeto de ella; que esto —como dice Laureano García Ortiz— ocurre entre grandes.



Bolívar ya sufre, pues, en lo hondo, *la incapacidad de dominar el futuro*, si no es tras de la muerte. Toda intensa vida está llena de frustraciones angustiosas. A cada ambición, a cada obra, a cada ilusión, a cada esperanza, corresponde alguna frustración. ¡Cuántas frustraciones en la vida del Héroe! Su crimen ha sido su grandeza. Sus debilidades de humano han enormizado la exacerbación de sus contrarios. Que todo hombre se crea su propio Infierno. Bolívar se ha creado el suyo, tan ancho como los pueblos por él libertados; como las Patrias por él fundadas; del Atlántico al Pacífico insondable.

El proceso de la declinación de Bolívar puede seguirse a través de su correspondencia hasta llegar a los boletines médicos del Dr. Reverend.

El 10 de septiembre, a Pedro Briceño Méndez:

No están ellos contentos todavía de haberme perdido en la opinión pública por los consejos de Ocaña y las infames actas y los proyectos de monarquía; sino que también se me quiere privar del honor personal, degradándome a la especie de los enemigos de la Patria. Aranda dice que yo soy ingrato con mis amigos, débil y me tacha hasta de cobardía.

El 20 de septiembre, también a Briceño Méndez:

Yo estoy viejo, enfermo, cansado, desengañado, hostigado, calumniado y mal pagado. Yo no pido por recompensa mas que el reposo y la conservación de mi honor; por desgracia es lo que no consigo.

El 25 de septiembre, a Etanislao Vergara:

Yo estoy aquí —Cartagena— contra toda mi voluntad; pues he deseado irme a los infiernos, por salir de Colombia; pero el señor Juan de Francisco, a la cabeza de otra porción de importunos, me han tiranizado haciéndome quedar donde no puedo ni quiero vivir.

El 16 de octubre, al General Urdaneta:

Me tiene Ud. aquí detenido —en Soledad— a causa de mi salud que se ha deteriorado mucho, porque los males de que adolezco se han complicado de una manera muy penosa. Yo sufría antes de bilis y contracción de nervios, y ahora ha resucitado mi antiguo reumatismo..., al paso que mis nervios sufren extraordinariamente de este inmenso calor; de suerte que, con mucho dolor, suelo menearme y dar un paseo en la casa, sin poder subir una escalera por lo mucho que sufro. También ha de saber Ud. que mi debilidad ha llegado a tal extremo que el menor airecito me constipa... Mi bilis se ha convertido en atrabilis, lo que ha influido poderosamente en mi genio y carácter. Todo esto, mi querido General, me imposibilita de ofrecer volver al Gobierno... tengo la pena de asegurarle que, no pudiendo servir mas, he resuelto decididamente tratar solo de cuidar mi salud, o mas bien mi esqueleto viviente...



Dice Madame Stäel, y otros antes que ella, que el lecho de un moribundo es un altar profético que debe considerarse como una especie de inspiración que recibe allí el moribundo.

El 25 de octubre, a J. M. Cárdenas, aludiendo al Presidente Mosquera:

¿Podría yo ver con indiferencia que un amigo que ocupaba una presidencia legítima, me notificase los actos de tiranía de los destructores de Colombia y de los mas ingratos rebeldes? Echarme de Colombia implícitamente mi mejor amigo y el que yo hubiera escogido por hermano! Servir de instrumento a la mas execrable iniquidad contra el Libertador de Colombia!

El 27 de octubre, a Mariano Montilla:

... estoy inconocible. Necesito con urgencia de un médico y de ponerme en curación formal para no salir tan pronto de este mundo, lo que no me costaría mucho, pues yo me he quedado contra toda mi voluntad en este país y no se a punto fijo si me sería muy sensible morirme con tal de salir de Colombia. Estoy desesperado con los hombres y con las cosas y mucho mas al ver el empeño que hay en que yo haga lo que no puedo y lo que no podría el mas grande de los hombres: la restauración de Colombia.

El 31 de octubre, a Justo Briceño:

... no quiero estar como antes entre Paez y Santander, cuya división me perdió a mí y los perderá a todos.

El mismo día, al General Urdaneta:

... un imposible se opone a todo: mi salud. Se ha deteriorado tanto que realmente he llegado a creer que moriría..., no hay un buen medicamento para quien no lo toma, pues esta es mi mayor enfermedad y lo peor es que es irremediable; porque prefiero la muerte a las medicinas: ni aun la coacción del dolor me persuade, pues le tengo una repugnancia que no puedo vencer.

Y en los días 6 y 8 de noviembre, agrega:

Mi mal se va complicando y mi flaqueza es tal que hoy mismo me he dado una caída formidable, cayendo de mis propios pies sin saber cómo y medio muerto... Espero poder embarcarme dos o tres días para arrojar mi bilis.

El 8 de noviembre, al General J. J. Flores:

Vd. sabe que yo he mandado veinte años, y de ellos no he sacado más que pocos resultados ciertos: 1º, la América es ingobernable para nosotros; 2º, el que sirve una revolución ara en el mar; 3º, la única cosa que se puede hacer en América es emi-



grar; 4.º, este país caerá infaliblemente en manos de la multitud desenfrenada para después pasar a tiranuelos casi imperceptibles de todos colores y razas; 5.º, devorados por todos los crímenes y extinguidos por la ferocidad, los europeos no se dignarán conquistarnos; 6.º, si fuera posible que una parte del mundo volviera al caos primitivo, éste sería el último periodo de la América.

La primera revolución francesa hizo degollar las Antillas, y la segunda causará el mismo efecto en este vasto Continente. La súbita reacción de la ideología exagerada va a llenarnos de cuantos males nos faltaban, o más bien los van a completar. Vd. verá que todo el mundo va a entregarse al torrente de la demagogia, y ¡desgraciados de los pueblos! y ¡desgraciados de los gobiernos!

### El 9 de noviembre, al General Flores.

Los mas célebres liberales de Europa han publicado y escrito que la muerte de Sucre es la mancha mas negra y mas indeleble de la Historia del Nuevo Mundo, y que en el antiguo no había sucedido una cosa semejante en muchos siglos atrás. Toca a Ud., pues, lavar esta mancha execrable.

### El 13 de noviembre, al General Montilla:

Es posible que yo siga a Santa Marta, después que haya arrojado toda mi bilis, más como un moribundo que como un viajero pues estoy seguro de que voy a quedar en un estado de flaqueza imponderable y que apenas podré volver en mi ocho días después. Entonces seguiré al temperamento mas fresco que se encuentre en ese país, si Dios quiere concederme esta gracia, pero si no sufriré en cualquier parte la suerte que me ha cabido y no vacilaré en aguantar este clima hasta que haya seguridad en Ocaña.

Ya —como lo advierte su amigo Posada Gutiérrez— Bolívar vacila en todo: su alma ha caído en perturbador anonadamiento. Dominado por la idea de que la difamación compromete su gloria, no piensa sino en salvarla, y cree conseguirlo repitiendo sus muestras de desprendimiento personal y demostrando que su única ambición es que no se pierda en las turbulencias de la anarquía el fruto de la independencia. Ya es un alma caótica dentro del caos de Colombia. No quiere mandar, pero quiere salvar la Patria. Avanza, retrocede. Los quebrantos extremos y las cambiantes circunstancias políticas le hacen variar una y otra vez, haciéndole aparecer en un estado de inestabilidad extrema. Pero en el fondo nunca fue más rígida la línea recta de su espíritu.

### El 24 de noviembre, al General Justo Briceño:

Siento comunicar a Ud. que mi salud sigue en malísimo estado, tanto que el médico que me atiende me ha aconsejado irme de



aquí porque él no responde de mi vida si me quedo. Esto me ha determinado a embarcarme por mar para Santa Marta...

**El 23 de noviembre, al General Montilla:**

Mis males van de mal en peor, ya no puedo con mi vida, ni la flaqueza puede llegar a más. El médico me ha dicho que pida un buque para ir a Santa María o Cartagena, pues no responde de mí vida dentro de poco... Pero cómo llegaré! Daré compasión a mis enemigos. Es el sentimiento menos agradable que un hombre pueda inspirar a sus contrarios.

**El 26 de noviembre, a Urdaneta:**

... estoy resuelto a irme a cualquier parte por no morirme aquí... En Jamaica hay excelentes temperamentos y allá es donde pienso irme... Ruego a Ud., pues, me mande un pasaporte, aunque puede suceder que llegue tarde; ya estoy casi todo el día en la cama por la debilidad, el apetito disminuye y la tos y la irritación del pecho va de peor en peor.

**El 7 de diciembre, al General Justo Briceño, ya en San Pedro Alejandrino:**

Yo he estado sumamente malo; pero me hallo mejor con el cambio y con esperanza de un pronto restablecimiento.

**El 8 de diciembre a Etanislao Vergara:**

El estado lamentable de mi salud me hizo temer que yo no podría servir en adelante para nada y que si no atendía a cortar el progreso de mi mal, solo me exponía a perecer inútilmente. Una situación tan triste no pudo menos que inspirarme el deseo de atender a mi salud en preferencia a todo, y al tomar esta resolución, lo avisé con tiempo a mis amigos para que se preparasen.

Tras la fugaz mejoría, anunciadora de la muerte, sus males se agravan. El día 10 se prepara a morir. Dicta su testamento. El día 11 escribe su última carta, doliente despedida, al General Justo Briceño:

En los últimos momentos de mi vida, le escribo esta para rogarle, como la única prueba que le resta por darme de su afecto y consideración, que se reconcilie de buena fe con el General Urdaneta y que se reuna en torno del actual Gobierno para sostenerlo. Mi corazón, mi querido General, me asegura que Ud. no me negará este último homenaje a la amistad y al deber. Es solo con el sacrificio de sofocar sentimientos personales, que se podrán salvar nuestros amigos y Colombia de los horrores de la anarquía. El portador de esta, que es su amigo, ratificará a



Ud. los deseos que le he manifestado en favor de la unión y del orden. Reciba, mi querido General, el último adiós y el corazón de su amigo.

En el proceso de su irremediable quebranto físico se entremezcla el de la crisis de su espíritu, mal ya crónico en él. Lo físico y lo anímico constituyen en Bolívar una sola dolencia. Ni lo uno ni lo otro ceden un punto, sino que se agravan, se aumentan recíprocamente. A su desbordado dinamismo en la palabra, en los actos y en el moverse, incesante, sobre los mares, los ríos y los montes, ya en la tregua, ya en la batalla, ha sucedido la angustiosa inercia ante el quebranto y la frustración política. Su espíritu ya está encadenado a lo poco que le resta de vida, al puñado de carne insuficiente para sostener su puñado de huesos.

En fin, Bolívar llega al término de su largo Vía crucis. Son los últimos días de la vida tumultuosa, que pronto terminará en el remanso de aguas insondables de Santa Marta.

El Vía crucis del Nazareno fue menos patético: unos azotes, la carga de una cruz, hiel y vinagre y al fin la crucifixión y la lanza, pero todo en el breve término de un día; pero el Vía crucis de Bolívar es más largo y aun más trágico, durante meses, llevando a cuestras su propio infortunio y el de su Patria, agotado por las fiebres delirantes, perseguido por los chacales del odio que van mordeándole los débiles talones; cada vez más sombra de sí mismo; sin ánimo para moverse; tropezando y cayendo y asfixiado por la bilis; convertido en cadáver andante sobre un pedazo de tierra extraña, de un hidalgo, pero del mismo linaje de Boves y Monteverde. Ya puede decir como Quevedo en sus postreros días: «Me duela la habla, me pesa la sombra.»

Y aún vive entre los brazos constrictores de la calumnia y de los odios, como en el desasosiego de la muerte. En los transportes de su imaginación ardiente se ve a sí mismo como entregado a un nadar constante, a brazo partido, río arriba, contra la impetuosa corriente de la calumnia, de la diatriba, del egoísmo, de los odios, desbordada por toda Venezuela, por toda Nueva Granada, por todo el Perú, y amenazando cubrir, con sus hirvientes aguas, el Avila y los Andes. Lucha peor que la de los campos de batalla, que deciden el genio y el valor en un instante, porque en la otra lucha inacabable se usan otras armas y otras artes: la perfidia, que es como la espada que un cobarde esgrime tras de un árbol; como la mentira, que es como el humo cegador en el combate; como la calumnia, que es caballo de Troya en la política.

Sin embargo, en el supremo instante, ya cerca la agonía, se reviste de excelsa serenidad. Nunca fue más impasible ni más grande. Ni se empinó con tanta majestad sobre sus compatriotas,





sobre sus adversarios. Podría decir palabras de odio, y no las dice. Podría maldecir, y no maldice. Podría despreciar, y no desprecia. Solo dice la máxima palabra de Jesucristo: perdón. Eco —según la frase de Granados— de la plegaria del Mártir del Gólgota cuando oró por sus verdugos. Y con esa palabra en los yertos labios, en sus ojos se apaga la luz del genio, lo que resta de su llama vacilante, y le entrega el alma a Dios y su nombre a la Historia. Como la Ascensión del Señor victorioso de su propio Calvario.

Todo su desprecio por sus ofensores, por sus calumniadores, se había transmutado, en el hervor de las mortales fiebres, en cristiano sentimiento de piedad y de perdón. El va hacia la gloria, y en su ascensión, como si le comunicara su esencia de eternidad a todo lo que toca, inmortaliza también a sus acerbos detractores. De la calumnia no queda ni aun el diabólico *algo*. Solo queda, como perpetuo estigma, la triste inmortalidad de los egoístas y de los detractores y la espantable historia de las tempestades de la pasión política, avivada por las terribles ráfagas de la poesía. Y en medio del huracán, entre el hirviente oleaje, un faro luminoso: Bolívar. ¡Porque triste de los hombres si la posteridad los juzgara de acuerdo con las calumnias que se cebaron en ellos! ¡Triste ser víctima de la calumnia y morir ultrajado y escarnecido inmerecidamente, pero más terriblemente triste es el juicio de la posteridad, el castigo que al fin golpea los nombres de los autores del ultraje, del escarnio, de la maledicencia!

Para el Libertador la única paz posible había estado en su postrer examen de conciencia: comprender que él también había cometido graves yerros, y así llenarse el alma melancólica de perdón y de piedad para sus adversarios. Sin embargo, su noble absolución no ha redimido ni redimirá jamás a sus calumniadores.

La esperada noticia de la muerte de Bolívar tarda en llegar a Bogotá y a Caracas. Restrepo continúa anotando en su *Diario*. El día 23:

Bolívar se fue de Cartagena a Barranquilla, donde se agravó la enfermedad de pecho que padecía. Para ver si se mejoraba se dirigió embarcado para Santa Marta; esperaba que el mareo le sería muy provechoso. Aún no sabemos si conseguiría alivio; se teme por sus días. Dentro de cuatro o cinco días salen de Bogotá para Santa Marta algunos diputados, que van a instarle a fin de que venga a encargarse del mando supremo. Se sabe por varios documentos que el Libertador se resiste a tomar parte en el gobierno de hecho que existe en la actualidad... En el curso del año Bolívar perdió el poco prestigio que aún conservaba en la mayor parte de nuestros pueblos. Salió del Gobierno y habiendo dicho que se iba a Europa, se quedó en Cartagena. Todavía igno-



ramos los motivos que influyeran en una variación que nos parece funesta para su reputación. De aquí ha nacido que la atribuyan a que fomentó la sublevación del Callao y de otras facciones que echaron abajo la Constitución que había acordado el Congreso colombiano. Asegúrase por algunos que el Libertador escribió cartas a Jiménez y a otros cabecillas en las que les aprobaba y aun elogiaba sus fechorías llamando heroicos unos hechos tan escandalosos. A pesar de esto no ha querido venir a hacerse cargo del mando sin decirlo con claridad. No puedo explicar esta conducta.

El día 31 anota:

Según se dice, Bolívar camina rápidamente hacia la tumba, porque los climas ardientes e insalubres de la costa del Atlántico han destruido las pocas fuerzas que le quedaban. Las penas morales en los últimos años, especialmente desde la conjuración del 25 de septiembre, deben haber contribuido también, y muy eficazmente, a su débil y prematura vejez.

El 4 de enero apunta Restrepo:

Hoy ha venido una posta de Santa Marta diciendo que Bolívar quedaba muriendo en la noche del 10 de diciembre en la hacienda de San Pedro, correspondiente al señor Joaquín Mier, a una legua de la ciudad de Santa Marta. Dice el parte que no veía la luz del día 11. Se hallaba en Barranquilla muy enfermo; de allí se embarcó para arrojar bilis con el mareo, estuvo embarcado 3 días y llegó moribundo a Santa Marta; en brazos le sacaron, y luego que se repuso un poco lo condujeron en una hamaca a la hacienda de San Pedro, donde dio señales de mejorías y escribió el día 8. El señor Estévez, obispo de Santa Marta, le administró los sacramentos después de una larga conferencia. Dicen que muere de consunción y que no se ha dejado administrar medicamentos algunos. Luego que se supo tal noticia, que no ha causado mucha impresión en esta ciudad, el Gobierno ha consultado con varios los pasos que ha de dar.

Al fin, el 9 de enero, Restrepo recoge la infausta nueva:

Hoy a las 9 de la mañana ha llegado el correo de la costa, el que trae la noticia de la muerte del Libertador Bolívar, el viernes 17 de diciembre a la una de la tarde en la hacienda de San Pedro...

Según varias cartas de testigos presenciales, Bolívar pasó los últimos meses de su vida, y en especial octubre, noviembre y diciembre, muy abatido, sobre todo en Barranquilla, donde estuvo muy solo. Decía aún en sus delirios, que las persecuciones de sus enemigos lo asesinaban; en efecto, es seguro que los pesares y el clima ardiente de la costa aceleraron su muerte. Según la opinión de los médicos que lo asistieron en su última enfermedad, esta era un catarro pulmonar crónico; tal fue el dictamen consignado en el diario de la enfermedad por el doctor Próspero Révérend, francés, médico de Santa Marta, y el doctor Mc. Night, de la goleta *Grampus* de los Estados Unidos. Desde que vino del



Perú en 1826, parecía atacado de esta enfermedad, pues tosía con frecuencia, cuyo mal era más notable en mayo último que siguió para Cartagena. Bolívar nació el 24 de julio de 1783; por consiguiente falleció de 47 años 4 meses y 23 días.

El 20 de diciembre fueron enterrados sus restos en Santa Marta en la Iglesia Catedral, con toda la pompa y solemnidad posible. Las autoridades del Magdalena han manifestado el mayor sentimiento por la temprana muerte del Libertador; sus antiguos amigos, entre ellos el autor de este *Diario*, le han pagado el tributo de sus lágrimas y profundo sentimiento. Conocen sus yerros, pero también conocen todo el precio de sus eminentes servicios. Sin Bolívar, Colombia, el Perú y Bolivia habrían gemido largo tiempo bajo el poder español. Los enemigos del Libertador no confiesan esto, pero la historia imparcial le hará justicia cuando hayan calmado los odios y pasiones de sus contemporáneos...

Bolívar en estas circunstancias ha bajado al sepulcro lleno de penas por las persecuciones y calumnias que por medio de la imprenta difundían sus enemigos contra él, dejando marchita su gloria como político y a Colombia en plena anarquía. Esta se halla sostenida por la ambición de esa multitud de generales, coroneles, etc., creados por Bolívar acaso con prodigalidad y a veces sin escoger el mérito y la virtud. ¡Funesto legado que dejó a su Patria, cuyos resultados serán de larga duración! Por este motivo el gobierno y todo ha venido a ser militares. Formado en los campos mandando soldados, nunca pudo acostumbrarse a las restricciones de las leyes que limitaban su poder, las que rompió frecuentemente para gobernar como dictador.

De cómo se recibe la gran noticia por los adversarios del Libertador es muestra la abominable comunicación del Gobernador de Maracaibo, Juan Antonio Gómez, al Ministro de lo Interior, de Venezuela, de fecha 21 de enero:

Anoche ha llegado a esta ciudad el capitán inglés Pil Riton en la corbeta de guerra *La Rosa*, procedente de Jamaica y salida el 6 del presente de aquella Isla. Trae por noticias la confirmación de la muerte del General Bolívar en la villa de Soledad, Provincia de Cartagena; de cuyo acontecimiento no hay la más pequeña duda, pues todos los informes y noticias sobre el particular son consonos. Un acontecimiento de tanta magnitud y que debe producir bienes innumerables a la causa de la libertad y al bien de los pueblos, es: el que me apresuro a comunicar al Gobierno por el conducto de US. y por medio de un oficial que sólo lleva esta comisión. Bolívar, el genio del mal, la tea de la discordia, o mejor diré el opresor de su Patria, ya dejó de existir, y de promover males que refluían siempre sobre sus conciudadanos. Su muerte, que en otras circunstancias y en tiempos del engaño pudo causar el luto y la pesadumbre de los colombianos, será hoy sin duda el más poderoso motivo de sus regocijos, porque de ella dimana la paz y el avenimiento de todos. ¡Qué desengaño tan



funesto para sus partidarios y qué lección tan impresiva a los ojos de todo el mundo, al ver y conocer la protección que por medio de este suceso nos ha prestado el Supremo Hacedor! Me congratulo con US. por tan plausible noticia...

«Motivo de regocijos», pues, es la muerte de Bolívar para no pocos libertados por él del yugo de España, que a tales extremos llegan siempre la ingratitud y la pasión política.



Pero no hay que admirarse: no ha sido Bolívar el único Libertador calumniado. Washington también lo fue por enemigos envidiosos; pero la verdad histórica los ha glorificado, y la posteridad les erige monumentos execrando la memoria de sus detractores.

J. M. Groot.

Bolívar, en la triste huesa, tendrá que continuar aún su lucha contra las hienas que profanan su cadáver, despedazándolo a zarpazos y dentelladas, como si en la saña no se temiese al látigo. Sus empecinados adversarios, que viven la obsesión de la injuria, continuarán cultivando morbosamente la calumnia de atribuirle la pretensión de ser Rey de Colombia; todavía abundan los papeles contra él, la *Manifestación*, de Vicente Azuero, las estrofas de Scarpetta y de Ortiz, las *Observaciones sobre los últimos acontecimientos de Colombia*, la *Vindicación*, anónima, del General Santander, con vituperios contra el Libertador por el fusilamiento de Piar, por sus procedimientos para con los conspiradores septembrinos y por otros falseados actos de su vida pública, y hasta de allende los mares llegan injurias como las de Karl Marx, llamándole cobarde e inepto. Pero es espectáculo aleccionador ver hasta donde llegan las pasiones políticas, los egoísmos y los odios, y cómo a la postre la Historia alza su espada condenatoria sobre los culpables y quedan atrás las nefandas vilezas del espíritu humano. Las culpas, los defectos de Simón Bolívar quedan al fin muy por debajo de sus geniales actos de grandeza y patriotismo.

La muerte, pues, que es como imponente toque de silencio, no acalla el clamor de los odios. Sobre la recién abierta sepultura graznan los cuervos las murmuraciones más envenenadas e indignas, como las de M. A. Arrubla en carta del 7 de marzo a Francisco Montoya. Muerto Bolívar, Montoya había dicho que *los odios que producen los agravios no pueden pasar a la tumba*, a lo que decía Arrubla, mezclando en su indignidad a su propia esposa: «Me escribe mi Ignacita muy brava contra ti. José Manuel le ha mostrado... una carta tuya en la que te manifiestas sintiendo la muerte del viejo Simón. Yo no he podido creer tal cosa... Mi amigo, se hicieron honores al viejo como a un Soberano. ¡Qué injusticia! ¿Qué se deja para los que verdaderamente han servido



desinteresadamente a su Patria? Pero lo que debe admirarte es que el Canónigo no quiso predicar la oración fúnebre!... Se me asegura de aquella ciudad —Cartagena— que la tal Proclama de Don Simón —la última— es obra de Martín Montilla y otro tunante —Calcagno acaso— de esos déspotas. Nunca creí que fuese de Don Simón...»

Santander, en el destierro, al recibir la noticia de la gran muerte, que han creído fausta para él, exclama: «En América solo los miserables pueden alegrarse por la muerte de Bolívar.» Ante el falso rumor de que Santander se ha expresado no así, sino de modo indelicado y calumnioso, O'Leary arremete contra él en su irónico artículo *Desinterés del General Santander*. «Si el General Santander —dice— aboga la causa de los vivos, yo me interpongo entre ellos y la tumba de Bolívar... Al lado de esa tumba, siempre se me encontrará llenando los deberes de la gratitud hacia mi antiguo Jefe; y protesto que siento satisfacción en hacerlo ahora que cuando le acompañaba en los días de su gloria por los campos de generales vencidos o en los palacios de virreyes fugitivos.»

Santander a su vez tiene sus detractores, en Caracas particularmente. Contra él se habla y se escribe con pesada acritud, pero él trata con gran desdén a sus adversarios. A las burlas, a los apodos soeces, a los sarcasmos y dicerios responde —como dice Laureano Ortiz— con una frase sentenciosa o con una sonrisa de desprecio. A Bolívar, en cambio, le dolían en carne viva las injurias, le exasperaban y provocaban en desquite la reacción violenta, la palabra iracunda.

La poesía no permanecería muda ante la sepultura de Bolívar. El poeta Juan Francisco Ortiz, joven de veintitrés años, autor de varias poesías antibolivarianas, al saber la muerte del Libertador escribe, en Bogotá, el 2 de febrero, el poema *La corona de humo*, inspirado en la imputación de ideas monárquicas forjadas por los adversarios del Libertador. El poema revela el estado de alma de la juventud septembrina y el clima político viciado por la imposición. Es uno de esos poemas que desde su creación tienen más de historia que de poesía:

#### LA CORONA DE HUMO

*Ses jours furent tissus de gloire et d'infortune.*

LAMARTINE

No el torpe yugo, ni la vil cadena  
sufrirán en silencio las naciones.  
Nó, tiranos: al fin, al fin se cansan  
de conlleva sus hórridas prisiones.



Ved a Sila que arbola en las almenas,  
 de la rendida Atenas,  
 las águilas romanas. Héroe luego  
 le proclama de Italia, y ambicioso  
 en su delirio ciego  
 dictador se apellida victorioso.  
 Ay! no precave la fatal ruina  
 a que su torpe orgullo le destina!  
 La señora del mar es humillada:  
 Albión sufre la ira  
 del bárbaro Cromwell la cruenta saña;  
 y fanatismo, destrucción respira  
 tu Felipe Segundo, hermosa España;  
 Y vos, Isla ignorada  
 en medio de los mares procelosos,  
 de un prisionero ilustre visitada,  
 ¡Tumba de Napoleón!..., Su inmensa gloria  
 y sus marchitos lauros escondiendo  
 de un mudo pasmo, de un dolor tremendo  
 llenas mi corazón y mi memoria.  
 Del héroe grande la feroz caída  
 atemorice al despotismo insano;  
 y su sepulcro fúnebre, la calma  
 que se extiende en la faz del Océano  
 sirvan de una lección, lección terrible,  
 que se grave profunda  
 en los senos racónditos del alma.

El Egipto, la Italia, el claro cielo  
 de Iberia vió su carro ensangrentado;  
 y del mayor soldado  
 Europa el brazo vencedor temía;  
 y en Arcola, en Marengo, en cien batallas  
 su nombre eternizó, que revolaba  
 por la tierra y el mar lleno de gloria,  
 y del helado Norte al Mediodía.  
 En el lóbrego seno del olvido  
 de mil héroes los nombres se han perdido;  
 el suyo eterno vive. A la manera  
 que en medio del desierto se levanta  
 una columna antigua. Las edades,  
 y mil siglos y mil enfurecidos  
 la respetan, y yacen a su planta  
 de otras cien los escombros derruidos.  
 Pueblos del orbe, ¡despertad! es tiempo:  
 y una vez que sois libres  
 no sufráis opresores:  
 Vosotros sois los únicos señores.  
 El mundo de Colón un grave ejemplo  
 ofrece a vuestros ojos; triste llanto  
 arranca siempre la miseria humana.  
 Hoy de mi labio al lastimero canto  
 ved cómo empaña glorias y trofeos  
 la vil lisonja, la ambición tirana.



El ilustre guerrero que ostentaba  
de su genio el poder, logrado había  
domeñar la española tiranía,  
y cubierto de lauros reposaba.  
A los hijos del Sol encadenados  
oye llorar opresos, afligidos;  
generoso enarbola sus pendones,  
y de la gloria heridos  
los hijos de la Patria se congregan  
en mil y mil beligeras legiones.

Ya parten los guerreros  
blandiendo los aceros,  
entre los votos de la Patria amada  
que pide al cielo lauro inmarcesible,  
y tras la gran jornada  
triumfos, y gloria, y vuelta bonancible.  
Llegan, luchan y vencen denodados;  
huyen los opresores,  
y abre sus puertas la grandiosa Lima  
a sus libertadores  
llenos de gloria, en sangre salpicados.  
Como la palma se levanta hermosa  
en la floresta umbría;  
así como descuella giganteo  
el Chimborazo, el héroe relucía.  
¡Bolívar! a tu nombre palpitaba  
el corazón del pueblo americano;  
¡Bolívar! a tu nombre conturbado  
el soberbio español se estremecía.

Bellos arcos triunfales se levantan;  
y guirnaldas de olivas y de rosas,  
y la corona cívica tejían  
de la opulenta Lima las beldades,  
para que orle tus sienas generosas,  
¡Salud al vencedor! ¡Salud y gloria  
al hijo de la guerra y la victoria!

Día de triunfo, de esperanza henchido,  
ya veloces tus horas se deslizan...  
se hundieron en el seno del olvido,  
y el dolor de la Patria profetizan.

Vino la noche, y su dorada frente  
hunde en el mar el sol. La luna hermosa  
coronada de estrellas se levanta  
y el rico velo tiende cariñosa.  
El ronco mar retumba; el bosque hojoso  
suenan con manso ruido,  
y por los rayos de la luna herido  
se ha despojado de su horror medroso.

A la orilla del Rímac se pasea  
el noble veterano  
y en fuerte lucha el corazón padece;  
cuando al guerrero atónito aparece





una joven hermosa:  
cual se muestra brillando en los jardines  
entre la oscura rama fresca rosa.

Sobre su frente el gozo relucía,  
sus hermosas miradas centelleaban,  
y una grata impresión allá en el alma  
sus palabras proféticas dejaban,  
un rico velo cubre  
sus hombros delicados  
y su albo seno hermoso, palpitante;  
su cabello fluctuante  
como el oro reluce, y nuevo hechizo  
añade a su semblante.  
Una deidad, el ángel de las ruinas  
semejaba la hermosa; y se veía  
apesar de su traje, en sus facciones,  
que no fueron su cuna estas regiones,  
hija del Viejo mundo parecía.

"Mira, dijo al guerrero,  
"la fortuna y tu genio te convidan  
"a otra mayor y singular empresa:  
"de tres pueblos unidos forma un reino  
"y áurea corona ciña tu cabeza.  
"La púrpura y el trono y la grandeza,  
"¡Qué bien te han de lucir!... ¡Valor!, arroja  
"del fuerte corazón ese desmayo.  
"Perú y Bolivia tu poder dirija,  
"y Colombia también; tu cetro rija  
"de un mar al otro mar con noble audacia  
"y del undoso Guaire al Pilcomayo."  
Se alejó de sus ojos presurosa  
diciendo estas palabras la doncella;  
como vuelan los vientos, como baja  
de nube atronadora la centella.

De entonces pensativo,  
lúgubre, solitario, triste vaga  
el antiguo soldado, el gran Bolívar.  
Piensa... y piensa reinar... ¡Pues la corona  
sus violentos deseos satisfaga!  
su vasto genio, la brillante gloria  
con triunfos adquirida,  
y su amor a la Patria esclarecida  
no colman su esperanza;  
si su espada feliz, si la victoria  
no rinden a sus pies al pueblo libre,  
y la corona suspirada alcanza.

La libertad escucha silenciosa...  
de los verdugos la cuchilla alzada  
se levanta indignada  
en contra puesta de la Patria hermosa.  
¿De la Patria? ¡Sacrilegos! En vano:  
que el pueblo colombiano  
sabe humillar al déspota insolente,



que ultrajando su víctima sagrada  
la oye gemir opresa,  
la mira encadenada  
y deslustrada la gloriosa frente.

Para adquirir esa fatal corona  
se traba la pelea,  
ni la virtud ni el mérito perdona  
y al duro golpe del fulmineo acero  
retiembla el campo y con horror humea;  
en su locura extraña  
con negras alas, triste, silencioso  
el ángel de la muerte le acompaña.  
La corona a sus ojos noche y día  
como ensueña fatal lo alucinaba  
y su mente rabiosa contemplaba  
el pálido fulgor que despedía.  
En los bosques, en medio a las batallas  
en los brazos de amor mira vagando,  
la pálida corona.  
Y cuando despertaba confundido  
era por la corona suspirando.  
A esa triste quimera, a ese delirio,  
a ese feroz martirio,  
sacrificó su gloria,  
y las palmas brillantes que ceñían,  
en torno de su frente  
la digna fama la veraz historia.

Llegó por fin al postrimer aliento  
y el trono, la corona fatigaron  
su altivo pensamiento.  
Se abrió a sus pies la tumba y no dudaba  
que la regia corona le esperaba.  
Tronó la voz del Cielo y confundido  
al reposar de su fatal jornada;  
al exhalar el soplo de la vida;  
miró su gloria ajada,  
su fama oscurecida,  
el trono mal seguro derrocado;  
el verde lauro, triste, desecado;  
Y LA CORONA EN HUMO CONVERTIDA.

El poeta también pudo haber puesto en verso esta nota complementaria de sus estrofas:

Esta composición escrita al tiempo que se supo en esta ciudad la muerte del General Bolívar, yacía confundida entre mis papeles; y sale hoy a la luz para satisfacer al deseo de mis amigos. Ni temo se diga, que revuelvo las cenizas de aquel para cubrirlas de un eterno oprobio, turbando el reposo de su sepulcro; ni que me impropere en exaltación en mis ideas. No sería raro que se me atribuyera lo último; pues injustamente se ha propagado por medio de la prensa y aun en los mas santos lugares, que la juventud colombiana era arrebatada por estas falsas ideas. Ella



ha sabido manifestar a sus calumniadores que es tan amiga de la Libertad, como enemiga del desorden; y en vano los secuaces de la esclavitud se atreven a decir: que son sinónimos *libertad y libertinaje*. Este es el Aquiles de sus argumentos. Cuán engañados viven lo ha manifestado bien la moderación con que se ha portado esta misma juventud ultrajada... pero no es una nota el lugar de hacer su larga apología. Basta por ahora manifestar a mis lectores que soy amante de la LIBERTAD bien entendida, y por lo mismo expongo sin temor y con franqueza mis pensamientos. Amé al general Bolívar en tanto que su espada defendió los derechos del pueblo; pero cuando investido de facultades omnímodas tomó por rumbo su capricho; cuando arrojando la cívica corona se quiso transformar en monarca; cuando apoyando en su soldadesca holló los fueros comunales; cuando la República alzó la voz manifestando sus fundados temores: Bolívar no fué para mí lo que antes era.

El proyecto de corona fué conocido perfectamente en el Norte América y en Europa, cuando apenas se traslucía en esta ciudad, siendo un secreto para la masa de la nación. En el día no se ignora cuales fueron los agentes en aquellas tenebrosas reuniones, y esas ideas monárquicas, escándalo de los Republicanos, se hallan consignadas en el *Diario de los Debates del Congreso de 1830*, y corroboradas en la cuarta *Meditación Colombiana* por la elocuente pluma de su autor, digno de defender una más noble causa.

Las estrofas de *La corona de humo* parecerán música de ángeles ante las de *La Boliviada*, del Dr. José Scarpetta Roo, pedestre poema en tres cantos —semejante a *Santa Fe Cautiva*—, publicado anónimamente, cuyo frenético republicanismo llega a lo inconcebible: a lamentar la frustración del atentado del 25 de septiembre y a celebrar «con saña de antropófago» el eclipse de Santa Marta. El sacrilego poeta, «eminente sacerdote», toma aliento en el verso de Virgilio, *Purgad Dioses la tierra de estos monstruos*; y ha de adivinarse lo que viene detrás. Que los conjurados de septiembre eran filósofos:

... la política pura, las finezas,  
y los golpes de Estado  
que en el lustro pasado  
han dado los filósofos humanos...

### Que Bolívar

... con su sabia y famosa Boliviana  
y espumando furor, rabiosa saña,  
suceder ha jurado al Rey de España.

Que pretende formar «con su pluma anfibia un imperio». Que no se quieren



Imperios disfrazados  
 con trapos populares mal zurcidos,  
 Presidentes perpetuos revestidos  
 de poderes inmensos y sagrados,  
 en nada responsables, facultados  
 a darse sucesores a su gana!

Que Bolívar les habló así a los suyos:

Este Plutón les dice: mis amigos...  
 seréis todo en mi Imperio triplicado...  
 poned en movimiento vuestra intriga...  
 desatad a Cervero:  
 que Atropos ponga en uso su tijera;  
 que todo el mundo muera  
 si se atreve a querer lo que no quiero...

El pedestre verso último se arrastra en otra estrofa:

Infelice de aquel que pretendiere  
 insolente querer lo que no quiero,  
 pues juro degollar hasta al Cervero  
 si ante mí la rodilla no doblare...

El poeta sigue amontonando epítetos, déspota, Rey de Copas, mascasopas, espurio colombiano, monstruo feroz liberticida, Sultán, y se detiene en la insólita versificación de la espantosa noche septembrina. Le dice a Bolívar que

... el veinticinco  
 de septiembre fatal vio usted de bulto  
 que para todo César hay su Bruto...

Y como si removiese un ancho estercolero, dice:

... tuvo que sepultarse hasta el hocico  
 en un lugar común, de cuya esencia  
 se hubo de perfumar de arriba a abajo  
 cual si fuese lombriz o escarabajo.

El juglar sigue tras las huellas de Bolívar como un chacal tras de su presa:

Al fin ya se embarcó; que Dios le gufe;  
 adiós señor Bolívar, muy buen viento.  
 A Cartagena llega casi muerto.  
 Mis amigos, socorro! Mas, ¿qué advierto?  
 Ya no hay Te Deum, ni palio, ni sermones,  
 ni soy Padre, ni Dios, ni hay postraciones...



La poética verdad de que la muerte del contrario valeroso solo aquel que es un vil la solemniza, como dice el verso antiguo, surge de pronto ante la estrofa en que el Sacrilego celebra la muerte del Héroe:

Danzad, y alegremente  
 las gracias dad al Todopoderoso,  
 porque bueno, benigno y muy piadoso  
 entre millares mil de bendiciones,  
 al alto Olimpo trasladó bondadoso  
 al héroe, al grande, al excelente,  
 al sabio, al inmortal, al peregrino,  
 al amable, al benéfico, al divino,  
 al... no sé qué diré... Ultimamente  
 al imperial SIMON, que en paz descanse,  
 para que sus vasallos descansemos.  
 Una legion de Arcángeles al cielo  
 dizque se lo llevaron en un vuelo:  
 cantad mis pastorcitas, y cantemos.

Bendito seas mi Dios por tan buena obra:  
 tenedlo por allá muy bien tenido:  
 trancadle bien las puertas:  
 echarle los cerrojos, no sea cosa  
 que, por arte del diablo su querido,  
 con las bocas abiertas  
 deje a los angelitos en zozobra.

El monstruo juglar remueve más aún su estiércol, y exclama que «Iturbide y Cristóbal terminaron con mucho más honor que Su Excelencia».

El inmortal murió, por que la Parca  
 no respeta mortales ni inmortales,  
 y volvieron los males  
 a la siempre fatal y tremenda arca,  
 que la Pandora cruel del continente  
 abrió con mano fiera y delincuente.  
 Unos dicen que ha muerto proclamando,  
 pues como fue la vida así es la muerte;  
 otros que maldiciendo y renegando  
 su triste inesperada negra suerte.  
 Hay quien diga murió medio alocado;  
 es decir que murió ya mejorado.  
 Lo cierto es que en su cama ha concluido  
 su brillante carrera,  
 lo que muy rara vez ha sucedido  
 a héroes que lo han sido a su manera.  
 Iturbide y Cristóbal terminaron  
 su imperial y magnífica existencia,  
 con mucho mas honor que su excelencia.



Pero donde la irreverencia del poeta llega a sus más rojos extremos es en el inmundo testamento que pone en boca del agonizante:

Al mayor desalmado dejo mi alma  
y entre todos prefiero  
a mi amigo Urdaneta, por que quiero  
que sea mi sucesor: Dios en mi palma  
lego mi corazón a la corona:  
mi ambición a Castillo;  
y si mi cabeza no se entona  
(Lo que creo y confieso a todo el mundo  
por que no debe mentir un moribundo)  
a Aranda se la dejo y a Carrillo.

A Juan José de Leyva, el majadero,  
le dejo la diarrea de que adolezco,  
y mi intestino recto todo entero:  
y tan buen capellan tan buen confite,  
y a tal escarabajo tal convite.

El poeta ha de pasar aún los límites del decoro, dejando atrás hasta las inmundicias de Quevedo:

A la bella sin par doña Manuela,  
cuya fama inmortal y cuya gloria  
sobrepuja en muy mucho a su belleza  
y hará muy grandes honras a su abuela,  
le hago la donación de mi.....memoria,  
que es lo solo que resta a mi grandeza,  
para que la reparta como pueda,  
con las que han disfrutado mi.....fineza.

Pero a Scarpetta no le bastan sus versos y, al margen, en largas y profundas notas reempieza a amontonar nuevas e insólitas injurias, como escarabajo que retorna a su afán. Basta la penúltima: «Iturbide, Emperador cómico de Méjico, terminó en su cadalso; Cristóbal, Rey ridículo de Haití, se quitó la vida a sí mismo; Bolívar, Sultán presunto de los Andes..., murió loco furioso en su cama, afectado de la evaporación de su Imperio.»

Tal es el nauseabundo ámbito en que Bolívar acaba de expirar. Tales son sus enconados enemigos. Tales son, con las naturales excepciones, los que invocaran los principios liberales, frente a él, y echaran al lodo los sentimientos del decoro y la piedad humana. Esa revelación es el valor de los versos de Scarpetta, antorcha que ilumina un pantano.

*La Boliviada* se inspira, en parte, en la narración *Recuerdo histórico*, atribuida a Vargas Tejada, aparecida por el 1828, escrito mordaz en que se denostaba a Bolívar y a muchos de sus mejores partidarios. Entre el *Recuerdo histórico* y *La Boliviada* hay cierta



similitud de escenas y noticias, y las mismas acres invectivas contra el Libertador: *loco afortunado* le llama la obra en prosa y la poética:

Hay quien diga murió medio alocado,  
es decir que murió ya mejorado...

«Cuando la posteridad oiga que hubo un hombre que en el seno de la República se le prestaban los homenajes debidos a la divinidad, colocará esta relación entre las fábulas históricas», dice *La Boliviada*. «Le prodigaban con impío descaro todos los títulos que competen exclusivamente a la divinidad», dice el *Recuerdo histórico*.

Y continúan las serpientes del odio rastreando sobre la tumba de Bolívar, entre los cardos silvestres que empiezan a cubrirla. No falta Azuero, uno de los más enconados y tenaces enemigos del caído, con su *Manifestación* del 25 de mayo, contra *la época del terrorismo*, como llama a la dictadura de Bolívar. Se pide el regreso de Santander, a quien dicen *víctima inocente del desenfrenado dictador*, y los detractores del Libertador logran que se dicte «una Resolución que, denigrando su memoria, daba autoridad y sanción a las calumnias de los enemigos que lo perseguían aun después de muerto». De acuerdo con esa Resolución los asesinatos del 25 de septiembre no fueron solo «hechos inocentes, sino laudables, porque tuvieron por objeto el sostenimiento de las libertades públicas conculcadas por el desenfrenado dictador». Documento oficial, «monumento que autoriza y perpetúa las calumnias forjadas contra el Libertador», lo llama Groot.

En su Oración fúnebre del 6 de septiembre, en honra de los caídos en la batalla del Santuario el 27 de agosto de 1830, en defensa del Gobierno constitucional, Fray Fernando Racines elogia sin tasa a Santander, a Padilla, a Córdoba, a Horment y a otros enemigos del Libertador, a quien llama tirano. Algunos días después, el 25 de septiembre, apunta Restrepo en su *Diario*:

Ha continuado hoy el alboroto... La reunión y música de hoy es para solemnizar también el aniversario del 25 de septiembre, en que se quiso asesinar a Bolívar; funesto ejemplo y triste resultado de la perversión de la moral pública! Lo más sensible es que en Zipaquirá hay tres días de fiesta para celebrar este aniversario y que el Ministro de la Guerra —Obando— y el General López han ido a ellas. Cuán distantes se hallan de conocer la importancia y la delicadeza del puesto que ocupan!

Pero donde se descubre en toda su intensidad la saña antibolivariana es en la correspondencia política de los amigos de Santander. Los odios en función activa ya no tienen como único ob-



jetivo al Libertador, sino algo más bajo aún: junto al odio, el medro político. Francisco Soto, Caudillo de los santanderistas, le dice a su Jefe, el 19 de octubre: «Bogotá se resiente de su clima, de las rigurosas lluvias que ahora sufrimos, de la maléfica influencia de Bolívar y Urdaneta, del fanatismo que ellos exaltaron y de la conducta inconsecuente del Gobierno restaurado.» Y agrega el 22 de enero del siguiente año:

... porque nosotros no somos los norteamericanos, sino hijos de españoles y esclavos recientes de Bolívar que por la casualidad mas bien que por otra cosa hemos podido sacudir su dominación. Azuero decía que el perverso Bolívar nos ha dejado sumidos en la codicia y la ambición; que estas dos pasiones no eran sólo de los libertadores militares, sino también de los particulares ciudadanos, o que han gangrenado a casi todos; que en Venezuela el partido exclusivo de Páez mira a usted de reojo como el que puede dar vida a Colombia.

Desde Panamá, el 19 de febrero de 1832, dice Tomás Herrera, también a Santander: «Se han tomado providencias enérgicas para alejar de nuestra Patria a los corifeos del absolutismo y del sistema terrorífico de tantas raíces que llegó a echar en Colombia bajo la política abominable del desgraciado Bolívar.»

Pero ninguno tan vil ni tan ensañado sobre el sepulcro de Bolívar como el blasfemo General Obando, el antiguo realista sobre quien pesa la responsabilidad del atroz asesinato de Sucre. ¿Cómo creer en su inocencia en tan horrendo crimen si él mantenía a Bolívar en un Berruecos inacabable, haciéndole víctima de sus infamias, de sus balas alevosas? Bajo la fe de su solo testimonio ponía en boca de Sucre esta expresión inverosímil: «Toleremos, toleremos al Libertador como se toleran las impertinencias de un padre chocho; poco tendremos que tolerarle, porque debe vivir poco.» Se dijera que en su larga correspondencia con Santander obseden al virulento Obando su saña antibolivariana, sus corrosivos odios. Día por día, año tras año se repiten en sus epístolas abominables sus dicitos contra Bolívar, como si ya no le cubriese el sacro velo de la muerte. ¡Y lo que faltará, lo ignorado de su nefanda serie de infamias! El 31 de octubre de 1831 decía: «No hay duda, Señor, cuando el General Bolívar y sus feroces jenízaros no alcanzaron a humillar esta tierra, ya no hay poder que haga de Colombia su patrimonio.» El 21 de enero de 1832:

Cuente usted con todos los hombres patriotas, cuente usted con todas las espadas y cuente usted con los deseos de todos, todos, todos, buenos y malos. ¿Qué mejor campo quiere usted? Hoy es el día de acreditar a ese mundo viejo que Bolívar, lejos de ser el hombre necesario, es el único elemento de sangre. Hoy es el





día de la redención de la Patria y hoy es el día de usted y de los que aún sin esperanzas de un triunfo invocaban a usted.

Estoy escandalizado de lo que está sucediendo en el Ecuador; por la adjunta carta que me devolverá usted, conocerá el terrible estado de ese país y los pasos de gigante que da su compadre al patíbulo. Bolívar quiso ser el payaso de Napoleón y Flores el de Bolívar; es decir, que éste hace el mismo papel de payaso de otro payaso. Pobre su compadre! Pero quien sabe si obre en consonancia con Páez...

Pero todavía van más a lo hondo las demasías del implacable Obando, alzado hasta lo insólito, hasta pretender parangonarse con el Libertador; ser él y Santander *los contrahombres de Bolívar y de la infame ambición*. Así lo declara paladinamente en carta del 18 de octubre de 1836 a su amigo el Hombre de las Leyes. Con ironía y desprecio leería Santander las pretensiosas letras:

Yo espero que más tarde merezca ser colocado por la sana opinión bien aproximado al General Santander, y la historia ilustrada e imparcial nos ponga a los dos como contrahombres de Bolívar y de la infame ambición. Usted ya va a lograr ese puesto; yo procuraré imitarlo, porque siendo la única verdadera gloria, yo tengo grandes ambiciones para ganármela...

Ni con los años se amengua la saña de Obando. Habían transcurrido más de dos lustros de la muerte del Libertador y todavía lamentaba no haber tenido el honor de participar en el *grande hecho*, el frustrado asesinato del 25 de septiembre de 1828. Nada menos que en 1842, año en que Bolívar, glorificado, es conducido desde Santa Marta a su sepulcro de Caracas, Obando le escribe a Rufino Cuervo: «No tuve el honor de pertenecer a aquel número de romanos que, con una revolución desgraciada, aterraron sin embargo a la tiranía vencedora; yo hubiera tenido parte en ella si hubiera estado en Bogotá; pero ya que no pude contar éste entre los servicios que he hecho a la libertad, ya que no tuve aquel honor, tendré a lo menos la satisfacción de vindicar aquel grande hecho.»

Todavía más tarde la actitud de Obando contra el Libertador le merecía los aplausos de sus partidarios. En una hoja suelta acerca de su llegada a Bogotá, en 1849, decía: «Fue una chispa eléctrica que excitó el patriotismo... vítores y abrazos... Así era saludado Bolívar antes de mancillar sus glorias. El General Obando es el genio de la libertad y un principio de vida en nuestra Patria! Salud, militar republicano, que en compañía del ilustre y valiente López sostuvisteis contra Bolívar la libertad de la Patria!»

Pero Obando podía decir entonces lo que Cromwell cuando atravesaba, entre aclamaciones, las calles de Londres: «Lo mismo



aplaudirían si me llevaran al cadalso.» Y así sería. La maldición de Bolívar le seguía. Años después, alanceado en un combate, su cadáver sufrió el horrible vejamen que él habría querido para Bolívar: la chusma salvaje paseó en triunfo, por las revueltas calles de Bogotá, en la punta de una lanza, adherido al labio, el mostacho ensangrentado de Obando.

Así se cumplió el voto poético de Madiedo:

Y al fin vendrá de la venganza la hora,  
vendrá, y la tierra se abrirá con ansia,  
dando al culpable en su abrasado seno  
hórrida tumba.

Y se hizo realidad trágica el violento anatema de Bolívar en su Proclama a los Pastusos, del 26 de enero de 1829, contra Obando:

Abandonadlo a la maldición que lo persigue o arrojadlo a la corriente del Guaitara.

Empero, en contraste con la agria conducta de Obando, Pedro Alcántara Herrán, escandalizado ante el incesante escarnio de Bolívar, le escribía a Santander estas nobles letras del 4 de septiembre de 1832, reveladoras de cómo hervía aún, a los dos años del drama de Santa Marta, el encono antibolivariano:

Me atrevo a suplicarle a usted que no mortifiquen más las cenizas del Libertador. Con todo el mundo ha habido clemencia, amistad..., pero contra él hay todavía muchas acritudes, que podré llamar crueldad. Esto no hace honor al país, ni disminuye en nada la reputación del General Bolívar. Lejos de esto nos inculpan de volubles y de ingratos. Yo le hablo así a la persona que más ofendida quedó de él y la persona que más conoció sus extravíos (pues yo nunca he negado ni negaré que los tuvo y grandes) y en esto yo espero que usted no creerá que yo falte en un ápice al respeto que usted por mil títulos me merece, muy al contrario, en ello doy pruebas de que estoy penetrado de toda su generosidad y patriotismo.

Desde Lima, el 17 de diciembre del mismo año, José S. Espinar dirigía a Santander estas letras, semejantes a las de Alcántara Herrán:

Escribiendo estas líneas me interrumpe el tañido de las campanas por el aniversario fúnebre que celebran hoy algunos patriotas por el alma de Bolívar. Esto me recuerda, no los eminentes servicios que este preclaro varón hizo a la causa de Sur América, sino la sórdida lisonja con que han ofendido unos pocos colombianos la modestia, la virtud y la delicadeza de usted presentándole uno de ellos el sepulcro de Bolívar como el de un criminal insigne, abrumado por el peso del oprobio de los tiranos —miento— ese sepulcro contiene las veneradas cenizas y las carnales faltas de Bolívar. Al apoderarse la tierra de los elemen-



tos de su cuerpo, ha respetado al espíritu del héroe y las virtudes del hombre inmortal. La mano del tiempo no osará borrar las grandes acciones con que Bolívar enriqueció el mundo nuevo, honró la humanidad y llenó de admiración al antiguo. El genio de la inmortalidad escribió sobre el cenotafio de Bolívar este lema: "No ha dejado sucesor".

Sin embargo, no contiene Santander, como se lo aconsejan tan nobles amigos y como podría hacerlo, las detracciones de Bolívar, y hasta parecería que en ello se complace. La difamación del Libertador ya se ha constituido en una consigna del servilismo y el arribismo, como lo revela Restrepo, en carta del 29 de noviembre de 1832, a Santander: «Los destinos de Hacienda son ahora aquí la manzana de la discordia, pues muchos creen que el haber gritado alguna vez *mueran Bolívar*, los tiene en lugar no solamente de hombría de bien, sino de la aritmética necesaria para llevar las cuentas de su oficina.»

Doce años después del eclipse de Santa Marta, Venezuela se lavó sus oscuras manchas de ingratitud —que quizá no lo fueron por lo comunes—, ofreciéndole al Héroe honores inusitados y trasladando sus restos a Caracas el memorable 17 de diciembre de 1842. Pero tampoco dejarían de caer las blasfemias sobre el nuevo sepulcro de Bolívar. Esta vez a manos del resentido dominicano Núñez de Cáceres:

Los restos del General Bolívar existen depositados en la Catedral de Caracas en un magnífico monumento de mármol construido en Roma. Allí se encierra, nó su cuerpo, porque cuando lo exhumaron estaba reducido a tierra, sino un montón de esta tierra prieta con un pedazo de zancarrón y una bota. En aquel lugar se halla muy bien colocado, como que en las Iglesias se veneran la paloma del Espíritu Santo, la mula y el buey del Santo Pesebre, las ovejas de la Divina Pastora, el pescado de San Rafael, el águila de San Juan, el cordero de Santa Inés, el caballo de San Jorge, el cochino de San Antonio, el dragón de San Miguel, el gallo de San Pedro, el perro de San Roque, y otros muchos animales y reliquias de hueso y de palo que nos refieren las leyendas y santorales. Así pues, es muy natural, y al mismo tiempo muy piadoso, que Don Simón esté tan bien colocado en su capilla y altar como sabandija de devoción.

Los ultrajes a Bolívar llegarían inconcebiblemente lejos, por obra de Obando y del *obandismo*. En el suelto *Vandalismo*, dice un periódico santafereño de 1846: «¿Quién habría de creer... que en una ciudad civilizada como Bogotá habría hombres que se divertirían en tirar balazos a la estatua de Bolívar, con escopetas... desde las galerías de la Casa del Concejo Municipal...? Se ha querido también romper la espada de la estatua y deformarla en su ojo derecho...» Y, lo que es peor aún, porque implicaba un máximo



irrespeto a Bolívar, se pretendía, por manos de Tenerani, erigirle una estatua a Obando, al *Monstruo de Berruecos*, como le llamaban sus adversarios, al Jefe del Partido Draconiano, a quien otros llamaban *El Edipo Granadino*, caudillo e «ídolo del pueblo y modelo de virtudes públicas y privadas», y de quien Joaquín Ospina recordaba «la multitud de calumnias que le amargaron la existencia».

Al cabo de los años los conspiradores del 25 de septiembre que, como dice Groot, entraron en la conjuración no por ruines pasiones de interés particular, sino por exaltación de ideas en edad de escasa reflexión y en que con facilidad se engañan, manifestaron su más sincero arrepentimiento. Así, entre ellos, Mariano Ospina. En su calidad de Presidente de la Cámara de Representantes, Ospina firmó la Ley del 12 de mayo de 1846 que consagró una estatua al Libertador, erigida en la plaza principal de Bogotá. Así se arrojaban al olvido las denigratorias resoluciones y el ominoso decreto de la Convención y del Gobierno de Nueva Granada en que, exaltando el crimen del 25 de septiembre, infamaban de manera indigna la memoria del Libertador.

El poeta de *La corona de humo* también se retractaría de sus juveniles arrebatos contra Bolívar. En sus *Reminiscencias* dejaría su testimonio:

Después de bien arrepentido, voy a hacer aquí una humilde confesión: como uno de tantos jóvenes engañados por lo que se decía contra Bolívar, fui uno de sus enemigos políticos. Entonces no veía en el grande hombre sino un odioso tirano, y en cada uno de los afusilados por la conspiración de septiembre un mártir de la Libertad. Más tarde compuse en verso *La corona de humo*, escrito que mereció muchos aplausos, y reprodujeron en *El Neogranadino*, en 1853, los enemigos de Bolívar, para darme en rostro. Respondí entonces a mis adversarios, haciendo la misma confesión de mi culpa. La edad, el estudio de la época y de nuestros hombres públicos, han venido posteriormente a rectificar mis opiniones; y ahora estoy convencido de que Bolívar fué un buen patriota y el primer hombre de la América del Sur. En la balanza en que la justa posteridad pese un día sus talentos, su valor y sus servicios, cuán poco pesarán sus defectos, hijos de la debilidad humana.

A la postre, ya sosegados los ánimos, ya anonadadas las pasiones y extintos los odios, la poesía denigratoria dio paso al verso ditirámico, como si tras sus desacordados ritmos dominasen los loores de Byron y la solemne sinfonía de Olmedo.

Los poetas no se habían sustraído ni podían sustraerse a la tremenda lucha en la tumultuosa vida de Bolívar: de un lado los apologistas, Olmedo a la cabeza, que le alzaba hasta los altos



Andes; del otro los adversos, Luis Vargas Tejada el primero, que le hundían en el tremedal. Y en uno y otro bando los poetas anónimos, los más vigorosos en la alabanza y en el dicterio.

¿Qué fue, pues, la poesía, en ese vértigo de la acción que encarnó Simón Bolívar? Fue, quizá, color y esencia, su fiel y viva imagen, tanto de la divinizada como de la humanizada, porque la poesía acrece o disminuye todas las cosas, las crea o aniquila, las embellece o ensombrece, las hunde o las exalta, con su poder enormizante.

Aquí encontrará la Historia nuevos elementos para la justa comprensión de Bolívar. Hallará la Historia su verdad, la más bella de las verdades, la que surge victoriosa, iluminante, de entre el cenagal de la mentira, de entre las excrecencias de la calumnia, como el diamante que salta a la luz desde la mina tenebrosa.

Aquí está, en fin, el más grande Bolívar, vencedor en la más negra y larga y encarnizada de sus batallas; su verdadera gran batalla; la que consagra a todo grande hombre; su batalla contra el más poderoso y abominable de los ejércitos: la Calumnia.

*¡Vae victis! ¡Ay de los vencidos! ¡Ay de los calumniadores!*





*Proyecto de Digitalización*  
Academia Dominicana de la Historia

# APENDICE

## SANTA FE CAUTIVA

Por J. A. de Torres y Peña (\*)

### P O E M A

que contiene la historia de la entrada del tirano Simón Bolívar, y establecimiento del titulado Congreso en esta capital del Nuevo Reino de Granada, con noticia de su libertad por las victoriosas armas del Rey Nuestro Señor, que Dios guarde, por D. José Antonio de Torres y Peña. Cura de Tabío—1816.

### ADVERTENCIA Y PROTESTA

El motivo de escribir esta obrita ha sido el siguiente:

Hallándose esta ciudad de Santa Fe de Bogotá, en el Diciembre de 1812, afligida por las facciones interiores que dividían á todo el Reino, como consecuencia necesaria de la funesta revolución que trastornó el legítimo gobierno: cuando todavía la provincia de Santa Fe reconocía á nuestro católico Monarca, se halló acometida de las armas del Congreso establecido en Tunja, que co-

(\*) En la página anterior se lee lo siguiente:

Santa Fe, junio 15: 1818

El Pbro. D. Josef Antonio de Torres  
Cura de Tabío

Que ha más de dos meses presentó una obrita con el título de *Santa Fe Cautiva*, aprobada por el Ordinario Eclesiástico, pidiendo licencia para su impresión;

Que ha desistido de la pretensión de imprimirla y suplica a V. E. se sirva mandar se le devuelva para conservarla, pues la aprecia como fruto del trabajo que ha emprendido en obsequio de la causa más pura.

Junio 17

Que se le devuelva.

Nota.—En 18 id. se entregó a D. Francisco Laya esta solicitud para el cumplimiento de lo que se previene según así lo dispuso S. E.

Donada a la Biblioteca Nacional, el año de 1870, por el Sr. D. Saturnino Vergara.—Bogotá.

(Publicada en *Biblioteca Popular*, Vol. I, Bogotá.)



mandaban Baraya y Ricaurte, y no teniendo mayor resistencia, cuando temía que los partidarios de los más peligrosos revolucionarios, que componían aquella reunión, la sometiese á las deliberaciones más odiosas y perjudiciales de los que intentaban llevar al último extremo el plan de trastorno general; en medio de las aficciones y zozobras que causaban tan justos temores, sin omitir los prudentes medios de defensa, puso toda su confianza en la invocación del Dulcísimo Nombre de Jesús.

Un religioso franciscano, limosnero de la recoleta de San Diego, Fray Ramón Rodríguez, distinguido por su humildad, retiro y sencillez, comenzó á excitar privadamente la devoción, y á repartir algunas cifras del Sagrado Nombre de Jesús: y la piedad del pueblo de Santa Fe, animada de algunos sacerdotes celosos, hizo que se propagase con rapidez en toda la ciudad, y que se recurriese con edificación á implorar los auxilios de la Religión en una devota procesión á la preciosa imagen de Nuestra Señora de la Concepción del Oratorio.

El riesgo se desvaneció como todos saben, con la victoria del 9 de enero de 1813; siendo de admirar que siendo los contrarios dueños de Monserrate, no habiendo querido aceptar las vergonzosas capitulaciones que Nariño les propuso, y teniendo francas otras entradas en la ciudad, se dirigieron por dos puntos contrarios á reunirse los unos en la plaza de San Victorino, á tiempo que los otros acometían por aquella entrada, donde estaba la batería; sin duda por dejar cortados á trescientos y treinta hombres del *Auxiliar*, que fueron los que los derrotaron completamente. Pero lo cierto es que todos atribuyeron la victoria á la protección de Dios, que alcanzó su confianza en la invocación del Nombre de Salud, que desde entonces quedó muy radicada en los vecinos de Santa Fe.

Pero como la malicia abusa de las cosas más santas, quiso aprovecharse de estas disposiciones, aun después que se arrojó á la loca temeridad de desconocer al Rey Nuestro Señor, para llevar adelante las más funestas empresas. Con todo eso no logró que le produjese ningún fruto, hasta que en la segunda agresión del Congreso cometida á Bolívar, se vio renacer esta tierna confianza inspirando los sentimientos de compunción a las gentes, para disponerse con el auxilio de los Santos Sacramentos, y para tomar la resolución de proclamar á nuestro amado Soberano, si alcanzaban la victoria, combatiendo con aquel ardor extraordinario, que hizo necesarias las intrigas y alevosías para entregar la ciudad.

Se admiró en ella que Bolívar no desplegase todavía inhumanidad y fiera de su carácter, ni cumplierse todas las órdenes que traía del Congreso; no siendo extraño que pereciesen muchos á manos de este genio feroz y sanguinario, sino que escapasen





otros de los mismos que llevó deportados, é iban rodeados de asesinos, y muchos más que dejó en Santa Fe, y otros que quedaron ocultos.

Todo esto, y muchos sucesos particulares que se refieren en el discurso de esta historia, y los elogios que se tributan á algunos de los que murieron, protesto en cumplimiento y observancia de los decretos de la Iglesia, en especial los de la Santidad de Urbano VIII, que de ningún modo intento calificarlos por milagros, ni notas de virtud ó santidad, ni pretendo que se les dé otro ascenso que el de la credulidad piadosa de la fe humana, que es siempre falible. Y si en todo lo escrito hay alguna cosa que en lo más mínimo desdiga de nuestra santa fe, ó no sea conforme á la piedad y buenas costumbres, desde luego lo retracto y doy por no escrito, sujetándolo todo al examen y juicio de nuestra Santa Madre Iglesia, en cuya fe y obediencia deseo, y es mi voluntad, vivir y morir.

He dado á esta composición el nombre de poema, por acomodarme al título que corresponde á este género de obras, no porque crea que lo merece, ni que carece de todos los defectos que no intento disculpar, pues ni soy capaz de otra cosa, ni la poca comodidad con que se ha escrito la mayor parte, permite que se haya hecho mejor. Lo que he intentado es que no se pierda la memoria de estos sucesos, que el verso haga menos desagradable la narración, y que conozcan los efectos de una rebelión. Lo que se dice de algunas personas particulares es demasiado público, y debe tenerse presente la advertencia que sobre esto hace el sabio Marqués de San Felipe, en su prólogo, á los comentarios de la guerra de sucesión (1).

---

## SANTA FE CAUTIVA

### INVOCACIÓN Á NUESTRA SEÑORA DE CHIQUINQUIRÁ

¡Oh criatura sublime cuya gracia  
sobre todos los seres te ha elevado  
que Dios produce, y con la cual se sacia  
del mismo Dios el inmutable agrado!  
De su poder y amor á la eficacia  
su saber infinito te ha formado  
Virgen sin mancha y Madre sin segunda,  
de quien la dicha á todos les redunda.

(1) Las notas que contiene este poema son de su mismo autor, Dr. Torres y Peña.



De Ti el Eterno en tiempo nacer quiere,  
 el Verbo toma carne, Dios se humana,  
 te eleva á ser su Madre, y nos adquiere  
 adopción de hijos tuyos tan cercana.  
 Todo bien que á los hombres concediere,  
 como sólo de tu Hijo nos dimana,  
 así también por mano de su Madre  
 nos quiere distribuir piadoso el Padre.

Virgen María, Madre y protectora  
 del Imperio español y su Corona;  
 Chiquinquirá en tu imagen, gran Señora,  
 en nuestro suelo su dominio abona.  
 Aquí tu auxilio maternal implora  
 quien de tu amparo como fiel blasona,  
 cuando el orgullo del impío abate,  
 y á tu imagen dispone que rescate.

Chiquinquirá feliz, mansión dichosa  
 del consuelo y la paz que en ti se prueba,  
 cuando esa insignia de la paz preciosa,  
 aunque deshecha, el cielo la renueva.  
 Si en nuestra edad la rebelión, furiosa,  
 de su altar la derriba y se la lleva,  
 de la impiedad sacrílega en despojo,  
 tal audacia se cubre de sonrojo.

Las armas del Católico Fernando  
 á su rescate corren tan seguras  
 del auxilio, que pocos avanzando,  
 triunfo á ellos repites y procuras.  
 Y á las tropas rebeldes derrotando,  
 los reduces á tales estrechuras,  
 que tu imagen sagrada las ahuyenta  
 y á la lealtad el triunfo le presenta.

¡Trofeo de piedad esclarecido,  
 indicio de justicia sacrosanto,  
 de nuestra paz blasón restablecido,  
 que nos cubres piadosa con tu manto!  
 Ya del triunfo mejor el gran sonido  
 alienta de mi musa el débil canto  
 para expresar el duro cautiverio  
 de Santa Fe substraída de tu Imperio.

¡No invocaciones vanas, no invenciones  
 del delirio pagano, yo os detesto!  
 Chiquinquirá le ofrece á mis canciones  
 el jugo en la verdad por Dios dispuesto.  
 Chiquinquirá con dulces expresiones  
 de la verdad el numen me ha propuesto,  
 único autor del orden y armonía,  
 á quien invoco sólo por María.

Si Madre Virgen del Eterno Verbo,  
 que en esta imagen del amor el trono  
 has conservado, aun en el tiempo acerbo  
 del trastorno, de la ira y del encono;



si del estrago entonces me preservo  
por tu sagrado amparo, cuando entono  
cantares que me acuerdan fui cautivo,  
á ti recurro por quien libre vivo.

Chiquinquirá en tu imagen me demuestra  
en tus brazos el Niño, cuyo nombre  
de triunfador eterno con su diestra,  
lo expresa Autor de la salud del hombre.  
Aquí se cifra la esperanza nuestra,  
donde la dicha es justo que se asombre  
de la que tiene en su Hijo soberano  
de la salud los dones en su mano.

Y aquí yo el nombre de salud invoco,  
aquí á Jesús en tu regazo clamo,  
mi esperanza en tus manos la coloco,  
y humildes llantos á tus pies derramo.  
Aquí la esfera de las luces toco,  
donde en el fuego del amor me inflamo,  
para evitar tropiezos con su brillo  
en el poema más rústico y sencillo.

Alcánzale á mi espíritu el acierto,  
inspírale vigor y aliento suave,  
infúnde pura luz que mi concierto  
á la verdad arregle, hasta que acabe.  
Y si en tus manos mi salud advierto,  
haz que su nombre en mi canción se grabe,  
con los destellos de la hermosa luz,  
que nos salva en el Nombre de Jesús.

Fin de la invocación.

VIVA JESUS

SANTA FE CAUTIVA

CANTO PRIMERO

¡Días de horror! ¡Momentos tenebrosos!  
¡Con qué pavor os miro, con qué espanto  
mi corazón palpita, y mil sollozos  
interrumpen el curso de mi llanto!  
¿Mi patria al fin cubierta de destrozos,  
donde la paz fijó su asiento santo?  
¿dónde á su corte, con su nombre ha dado  
la santa fe tan apacible agrado?

¡Quién creyera que el hombre de *la unión*  
tánto mal nos hubiese producido!  
¡Mas este nombre sólo fue ficción  
ó disfraz de un Congreso fermentido!  
Y así sobraba á Santa Fe razón  
para tenerle un odio decidido,  
pues hoy de unión con apariencias fieras  
le estruja entre las garras carniceras.



Jamás produjo el suelo americano  
 en sus selvas ó breñas más espesas,  
 ni en sus diversos climas un tirano,  
 ó caribe de entrañas más aviesas:  
 No vio monstruo más fiero é inhumano,  
 ni tigre, ni dragón, que en sus sorpresas,  
 igual estrago le haya ocasionado  
 al que Simón Bolívar le ha causado.

¡Y á esta fiera, que aborta Venezuela,  
 después que de su patria, á quien destruye,  
 y á la justa venganza, que recela,  
 de los valientes que le acosan, huye  
 ¡Cuando la fama á todas partes vuela  
 de este genio infernal, que sólo influye  
 el desorden, y el rastro, tras sí lleva  
 de sangre y mortandad horrible y nueva!

¿A esta fiera, repito, la destina  
 el Congreso, la llama y la acaricia,  
 para que traiga á Santa Fe la ruina,  
 y en ella colme su mortal sevicia? (2)  
 ¡A tal extremo de crueldad inclina  
 la ingratitud, la envidia, la malicia,  
 de aquéllos mismos á quien dio acogida  
 el suelo noble en que la paz se anida!

Incauta Santa Fe auxilió la empresa,  
 aun repugnándolo los más prudentes,  
 que á Caracas destruye, y ya confiesa  
 el error con que expuso á sus valientes.  
 Aquel candor genial, y la fineza  
 de sus hijos, los hizo delincuentes,  
 yendo á auxiliar, por sólo complacer,  
 los mismos que acababa de vencer.

¡Oh cuán infiel unión la que no funda  
 en la justicia y religión su enlace!  
 Siempre en desgracias se verá fecunda  
 la que con un traidor y aleve se hace.  
 A Santa Fe su ruina le redunda  
 por la mano de aquél á quien complace,  
 y el Congreso, á quien caído levantaba,  
 este golpe ya entonces preparaba.

Armas sacó, soldados y oficiales.  
 de aquéllos de que sólo unos trescientos,  
 á más de cinco mil de sus rivales  
 derrotaron, matando á setecientos (3).

(2) Apenas supieron que había arribado este pirata derrotado á Cartagena, dicen le escribió llamándolo Camilo Torres y J. Miguel Pey.

(3) Más de setecientos quedaron tendidos en San Victorino el 9 de Enero de 1813. Nariño procuró ocultarlo después de la acción, poniendo guardias que no permitiesen registrar el campo. Vean los pueblos, los efectos de una revolución, para que no se dejen seducir.



Ya en el nueve de Enero vio que iguales  
no eran en esfuerzos ni en alientos,  
millares de los suyos á los nueéstrs,  
que sólo en trato amable creía diestros.

Mas el bravo escuadrón que le dirige  
de Santa Fe Narifio, al cruel Congreso,  
se afrenta con Bolívar, y se aflige,  
quando ve de esos monstruos el exceso.  
Se dispersa su gente, y no se rige,  
sino con tiento, en el fatal suceso,  
para escapar de entre la vil canalla  
ó manada de tigres donde se halla.

Mas perecen los más, porque es de suerte  
que nada perdonó el estrago horrendo,  
y pocos, que dejó la guerra á muerte,  
a sus patrios hogares van viniendo.  
Bien se concibe qué impresión tan fuerte  
las noticias harían, que esparciendo  
contra Bolívar el horror más justo,  
ya el daño prevenían con el susto!

Cuando ya derrotado y fugitivo,  
huyendo á la venganza merecida  
de su patria, se escapa, y á su arribo  
á Cartagena turba el parricida, (4)  
Temimos que viniese, con motivo  
de falsa paz ó de amistad fingida,  
á producir en nuestro suelo horrores  
que la tierra anunciaba con temblores.

Tan fuerte terremoto el diez y nueve  
de Noviembre repite, que aquel día  
por él presagia su agresión alevé  
un valiente oficial de artillería.  
Este en Caracas ve que se conmueve  
la tierra por su infausta cercanía,  
y volvía del auxilio horrorizado,  
que le llevó de Santa Fe forzado. (5)

La religiosa Santa Fe recurre  
al Señor, cuya sabia providencia  
al golpe la prepara, y así ocurre  
á aplacarle con llanto y penitencia. (6)

(4) La facción de los Piñeres le quiso dar el Gobierno.

(5) Este fue D. Mauricio Alvarez, á quien habian dejado aun sin sueldo, porque no quiso tomar partido en la revolución. Pero vino á hallarse como otros muchos realistas en la defensa del 9 de Enero, y después lo obligaron á ir á Caracas contra su voluntad y sufriendo mil vejaciones.

(6) Después de un novenario devotísimo, se hizo la víspera de San Andrés una procesión pública de penitencia á que concurrió el clero y el pueblo.



La piedad de sus hijos no discurre,  
 como el desta insensato, que sin ciencia  
 la mano no conoce á que obedece  
 cuanto á la tierra mueve y estremece.

Ocupados en estos ejercicios  
 de paz y de salud que á nadie ofenden,  
 tramaban entre tanto sus perjuicios  
 los que á causarnos males sólo atienden.  
 Manejar, pues, villanos artificios  
 que en la agresión eleve que pretenden  
 dejen del todo á Santa Fe destruído  
 cogiéndolo de paz en el descuido.

A los Jefes sangrientos y brutales  
 de los más fieros cafres caraqueños  
 llama el Congreso, con promesas tales  
 que de su suerte quiere hacerlos dueños.  
 Bolívar, Urdaneta, y otros tales  
 con aplausos se ven tan halagüeños  
 que cuando huyen, después de sus derrotas,  
 de vencedores se hallan con las notas.

Los restos de los negros asesinos  
 que hufan del valor venezolano,  
 el cobarde Urdaneta en los caminos  
 va reuniendo con cruel y diestra mano.  
 A miles de homicidas da destinos  
 y á miles de ladrones inhumano  
 el Congreso, que quiere hacer revista  
 de horribles nombres, de que forma lista.  
 Cerca de dos mil negros bien armados  
 no eran bastantes y el Congreso piensa  
 agregar cuantas tropas de malvados  
 de Tunja tiene la provincia extensa.  
 De bandoleros nueve mil soldados  
 no quieren dejar tiempo á la defensa  
 de Santa Fe, sino embestir de lleno  
 á quien de amigo le acogía en el seno.

Cuando en estas alevés prevenciones  
 la perfidia se ocupa del Congreso,  
 ve Santa Fe las nuevas elecciones  
 de sus pueblos viciados con exceso.  
 Los traidores que acoge en sus cantones  
 fueron la causa de este mal sucesos,  
 que le mostró ser farsa y juego vano  
 el que llaman Colegio soberano.

El honor de sus hijos no tolera  
 se burle así la noble sencillez  
 de su gobierno propio, de quien era  
 conservar la quietud el interés.  
 La Junta se congrega lisonjera  
 en su plan opresor, pero esta vez  
 de soberano usó su privilegio  
 el pueblo, disolviendo aquel Colegio.



Sabiéndolo el Congreso, luego incita  
la saña de Bolívar, y á la espada  
más criminal y fiera solicita  
con mil pompas triunfales á su entrada.  
Así del cruel la fantasía excita  
y aventura la guerra preparada;  
mas con sangre inocente se le halaga  
porque de otro presente no se paga.

El bárbaro Urdaneta en Santa Rosa  
al noble y pío Don Josef Jover  
con muerte consumó, mas tan preciosa,  
cuanto él dura se la hizo padecer (7).  
A esta canalla infame y alevosa  
ni las canas pudieron contener  
de Don Francisco Vilches, ni el candor  
de Larrarte. ¡Tal era su furor!

Huye de Tunja aceleradamente,  
á prevenir del riesgo el fiel Amaya,  
cuando ve que el Congreso alevemente  
los asesinos lleva á nuestra raya (8).  
Mas en este peligro tan urgente,  
jamás el brío en Santa Fe desmaya,  
y su piedad lo llena de ardimiento  
que á la defensa lo arma en el momento.

Don Manuel Bernardo Alvarez tenía  
en Santa Fe el Gobierno y Presidencia,  
anciano á quien incauto conducía  
á su ruina la infiel condescendencia.  
La paz con Tunja tolerar le hacía  
adictos al Congreso, cuya influencia  
á Santa Fe le ha sido tan funesta  
como el suceso triste manifiesta.

(7) D. Josef Jover se hallaba en su hacienda de *Soconsuca*: todos le respetaban por su conducta é instrucción. Había sido Corregidor de Tunja. Le avisaron dos hombres que fueron enmascarados á su casa, del riesgo en que se hallaba. Se retiró á Sotoquirá, pero volvió al siguiente día con el P. Fray Francisco Lara, religioso franciscano, á quien el Dr. D. Juan Nepomuceno Niño había enviado de Tunja á acompañarlo. Este religioso, luego que lo vio preso, lo confesó y le dijo misa y le dio la sagrada Comunión al siguiente día, en su oratorio, y luego se marchó á Santa Rosa y se arrojó á los pies de Urdaneta, suplicándole por la vida de Jover. El malvado Urdaneta lo sosegó, y entre tanto lo degolló en el camino el oficial caraqueño que lo conducía y era un arriero. En Tunja y la Villa de Leiva salieron las gentes dando alaridos por las calles luego que lo supieron. Vilches había sido Corregidor de Tunja, y D. Francisco Larrarte, de Casanare.

(8) D. Miguel Amaya había ido á traer á su entenada, la Srita. Rivas, mujer de D. J. María Castillo, y no habiéndolo conseguido, huyó de Tunja con la noticia.



Arréstanse unos, y otros se fugaron con muerte aleve de una centinela; de alguno inicuaamente se confiaron los puestos, que tenían sin cautela. Muy pocos de éstos la lealtad guardaron, y los más, de que menos se recela, mostraron al Gobierno con su daño que fiar de los traidores es engaño.

El veintisiete de Noviembre un bando á la defensa general convoca, la invasión repentina declarando, cuya suerte común á todos toca: vida, fortuna y libertad librando, sólo en vencer á quien así provoca infiel á la amistad con tal injuria. que concita contra ella la peor furia.

Quedaban restos aún del valeroso Batallón *Auxiliar*, que provinciales llamaba ya el lenguaje revoltoso, con otro que nombró de *Nacionales*. Un tercio de patriotas vigoroso dirigido por bravos oficiales, y el cuerpo que quedó de *Arillería*, con los pocos que había en caballería.

Las *Milicias* y muchos voluntarios tan alegres al choque se disponen, que de la guerra los sucesos varios ni la muerte los turba á que se exponen. El número inferior á los contrarios su brío no acobarda, porque ponen su confianza en Jesús, que sólo tiene en su mano la suerte que conviene.

Cuando al Congreso llega la noticia que Santa Fe se apresta á la defensa, á descubrir su dolo y su malicia con una inicua intimación comienza. La muerte de Jover, cuya injusticia debía cubrirlo de mortal vergüenza, y otros siete inocentes. ¡Qué maldad! viene diciendo fue casualidad.

Pero mi estéril musa no halla riego que la fecunde, ni el Parnaso entero cosa la ofrece que le de sosiego para seguir un rumbo lisonjero. ¡Acciones negras del furor más ciego! ¡extremos viles del encono fiero, que perturbáis aún la mansión preciosa, donde la paz y la virtud reposa!

¿Cómo podré pintaros sin zozobra, si tiembla el pulso, si la vista excusa esa reunión de sierpes que recobra el tósigo insensible de Medusa?





¡Al pasmo y estupor que ya me sobra,  
quien lo disipe no hay, porque no hay musa  
que como furia del Averno inspire,  
ó sólo sangre y mortandad respire!

¡Exagerad de la conquista horrores  
y del supuesto Casas las quimeras!  
Amontonad errores sobre errores  
de maliciosas plumas extranjeras!  
Y veréis en dos meses cosas peores,  
escenas de furor tan verdaderas,  
que el alma noble toda se resiente  
cuando sólo el Congreso nada siente.

¡Nula para él la sociedad amable,  
la paz y la amistad sin atractivo,  
aun la cultura le es desagradable,  
y de las ciencias y artes es esquivo!  
¡Enlaces, conexiones, trato afable,  
para él no tienen causa ni motivo!  
¡Los pactos y fe pública en los hechos  
vulneran, como todos, los derechos!

¡La gratitud y honor se desconoce!  
¡Nada la Religión les interesa!  
Ni quieren que del mutuo amor se goce  
de esposos, que más casto se profesa.  
La patria misma tratan se destroce  
cuando invocan su nombre á toda priesa.  
¡Piedad filial y tierna compasión  
al mísero, para ellos es traición!

¡Congreso duro! ¡Tus vicios no exagero,  
que bosquejan apenas tu pintura!  
¿Qué agrado puedo hallar si considero  
este mapa de horror y desventura?  
¡Despavorido al verlo, ya no quiero  
cantar la destrucción, en que asegura  
consolidarse el más fatal imperio  
con sangre, muertes, ruina y cautiverio!

Pero en este momento mi alma siente  
una impresión tan suave, que arrebató  
todo el sentido, y hace que me aliente  
al transportarme la visión más grata:  
Un Nazareno alado y refulgente,  
cuya belleza al corazón dilata,  
coronado de rosas entre espigas,  
se me ofrece con formas peregrinas.

Su rostro y talle de mancebo hermoso,  
vestido de un ropaje rozagante  
con vista amable y vuelo majestuoso  
y con la paz cifrada en el semblante:  
Yo lo veo acercar con alborozo  
y un temor respetuoso en el instante  
se apodera de mí, mas sin turbarme  
cuando á su vista quiero ya postrarme.



Brilla en su diestra la preciosa cruz;  
 como un sol en su pecho resplandece  
 el sacrosanto Nombre de Jesús,  
 y en su siniestra un cáliz aparece:  
 Tanta es su gracia, majestad y luz,  
 que mi espíritu cuasi desfallece;  
 mas lo conforta el conocer que ve  
 al Angel Tutelar de Santa Fe.

“Dispónte á ver los hechos de más gloria  
 (así el Angel me dice con misterio)  
 que Santa Fe registra en larga historia,  
 con honra siempre del hispano Imperio.  
 De Santa Fe trocada la victoria  
 verás en un aleve cautiverio,  
 donde su brío y su valor resalte,  
 donde el heroísmo á su virtud esmalte.

“Si esta ciudad piadosa se extravía  
 yo romperé de su ilusión la venda,  
 pues en el Nombre Altísimo confía  
 que le ha de descubrir la justa senda.  
 Sí, yo le mostraré que se desvía  
 de las sendas de paz, para que entienda  
 que cuando iba á destruirla su pecado,  
 sólo el nombre que invoca la ha salvado.

“El nombre de Jesús, santo y terrible  
 es quien siempre la salva, y quien agora  
 contra todos los tiros invencible  
 la deja más gloriosa vencedora.  
 Pero permite pruebe ¿cuán horrible  
 es esa independencia destructora,  
 por cuyo vano nombre al Sacrosanto  
 le hizo su error que profanase tanto!

“La Independencia en una guerra injusta  
 la juventud expone más gallarda,  
 y la esperanza de la paz augusta  
 y de la unión legítima retarda. (9)  
 Del Pastor desterrado ya no gusta,  
 porque la paz lo sigue y lo resguarda,  
 y viene á descargar contra la Iglesia  
 la tempestad horrible, la más recia.

“Mas no destruída al golpe más horrendo  
 quedará Santa Fe, porque la ampara  
 el Nombre de Jesús, que disolviendo  
 su ilusión del engaño, la separa.  
 La fatal opresión que está temiendo  
 un castigo piadoso la prepara,  
 que la haga conocer con el rigor  
 la suerte que merece por su error.

(9) En el auxilio que pereció por la mayor parte en Venezuela y en el Ejército que triunfó en Calibío, y fue á perecer en Juanambú y Pasto, cuando se trataba de la conciliación más útil por el Sr. D. Toribio Montes.



"No el exterminio entero, no la ruina total de Santa Fe á sus manos crueles ha de lograr el odio que combina en su daño las tramas más infieles. Jesús, á quien invoca, la encamina por el clamor de muchas almas fieles á la noble y heroica resistencia que al Congreso quebrante la insolencia."

Dice el Angel; entonces yo me atrevo á pedirle que mire condolido á la ciudad amada, en que no es nuevo ver el valor á su piedad unido. Así le habla mi llanto, así le muevo: el error le confieso en que ha incurrido cuando la senda de la paz le cierra la general borrasca de la tierra:

"Mis pecados, le digo, son muy graves muchos los de otros son, pero también hay muchas almas justas, y bien sabes que lloramos los males que se ven. No la esperanza de una vez acabes que nos sustenta en medio del vaivén, que el temor, al destierro, á toda pena, porque no lo avivamos nos condena.

"Si tú las miras del Señor conoces (así nuestro Angel Tutelar prosigue), el perdón de las culpas más atroces la penitencia sabes que consigue. La contrición le aplaca con sus voces y al humilde no es justo que castigue; pero suele con gran tribulación producir tan feliz disposición.

"A la virtud del justo así aquilata, al iluso conduce al desengaño, al penitente enmienda y lo rescata, y al pecador advierte de su daño. A las fieras que deja entrar las ata el Nombre Santo, aquel furor extraño que á muchos abre del honor la senda en que al heroísmo su virtud ascienda."

"Vén á verlo," me dice, y se me eleva á la cumbre del alto Monserrate por invisible mano, y se renueva mi vista que al campo hace se dilate: ¡Más que de lince ó de águila! ¡Qué nueva extensión descubrí donde el combate objetos mil presentará sin verlo, muchos de horror, algunos de consuelo!

El día tres de Diciembre se contaba, cuando un impulso nuevo me transporta, á la espaciosa sala donde entraba tanto concurso, que para él es corta.



El convento Agustino la encerraba (10) y entre sus muros santos nos conforta el Nombre de Jesús que se venera para oír allí la intimación severa.

Los padres de familia congregados de todo estado, condición y clase, con los Jefes del clero y los preladados la intimación presente se les hace: "Que á Bolívar le sean entregados pertrechos y armas, sin que nada pase de seis horas de término, y sea vuelto á reunir el Colegio ya disuelto."

Tál es la intimación en que asegura no violar los derechos é intereses de cada uno el Congreso, que procura disculpar su perfidia tantas veces. ¿Y tántos cuya suerte se aventura al odio vil y manos de hombres soeces, expondrá Santa Fe tan fácilmente á que digan mataron casualmente?

¿Y á los que unen los lazos más estrechos de Religión, de sangre y conexiones, separar se pretende con los hechos, qué horror serán de todas las naciones? Si al español no guarda sus derechos que de Europa pasó á nuestras regiones, porque los llaman estos necios *godos*, sepa Bolívar que lo somos todos

¡O bárbaro asesino! ¡qué maligno el que al puñal aleve nos expone!  
 ¡Qué cruel el que fingiéndose benigno ajuste y paz contigo nos propone!  
 ¡Qué traidor á su Patria tan indigno el que tu entrada en Santa Fe dispone!  
 ¡Mas ay! ¡A cuánto mi tristeza llega cuando preveo tan dolosa entrega!

La discordia en la Junta se insinúa, y en tono liberal contienda mueve, porque en finos discursos no se actúa en pro y contra la causa como debe. La manzana ocultó, pero su púa me atreví a descarnarle muy en breve, haciendo ver que la verdad desnuda más impresión hará á la gente ruda.

Satisface al sujeto respetable, con lo urgente del riesgo que nos gana los momentos preciosos, y no es dable que nos distraiga la disputa vana:

(10) La sala de Capítulo de San Agustín, en cuya iglesia se venera la devotísima efigie de Jesús Nazareno y se hace la fiesta del Dulcísimo Nombre.



Y del sabio Vergara es hien notable  
la breve decisión que el caso allana:  
"Yo les digo, señores (así habló)  
que pasos largos, pico corto, y nó" (11)

Protesta el Presidente que la intriga  
y sus tortuosas sendas aun ignora.  
Su candor es notorio, aunque más diga  
el dolo que al Congreso deshonora.  
Porque se sepa la maldad que abriga  
y la envidia feroz que lo devora,  
Figuroa lo pinta allí quejoso  
porque es nuestro Gobierno religioso. (12)

Tan cierto es esto, que no duda alguno  
que es justa la defensa en el conflicto:  
lo dicen, y lo afirman uno á uno;  
y aun del Congreso firma algún adicto.  
La Junta se disuelve, y oportuno  
el Gobierno eclesiástico un edicto  
publica en que declara interesada  
la Religión en guerra tan sagrada.

Prohíbe dar auxilio á los contrarios  
con la pena eclesiástica, que llena  
de autoridad en casos necesarios,  
tan justamente al contumaz condena.  
¡Ojalá que mil juicios temerarios  
no interpretasen por rigor la pena  
de que confiesan ahora la justicia,  
al probar del Congreso la malicia!

De la Junta salí, y al Angel veo  
el escuadrón reunir de ángeles buenos  
que de guardarnos tienen el empleo  
de paz, agrados y hermosura llenos.  
A mi alma colman del mayor recreo,  
y en la forma de alados Nazarenos  
expresan todos, cada cual más bello,  
de Jesús Nazareno el nombre y sello.

En sus manos Jesús resplandecía  
en millares de cifras relucientes  
que á sus clientes cada uno repartía,  
para adornar los pechos y las frentes.  
Y en Santa Fe tan apacible día  
nueva luz esparció sobre las gentes,  
para que el pueblo, en la opresión más dura,  
no pierda de Jesús la lumbre pura.

(11) D. Felipe Vergara, aquel anciano tan recomendable por su virtud y literatura, como realista, sin que por serlo haya dejado de servirles.

(12) El célebre pintor D. Pedro Figuroa expuso que había oído á los Congresistas, que no era bueno el Gobierno de Alvarez, porque era muy religioso.



No ruinas de Sagunto y de Numancia,  
ni tumbas de sus héroes desgraciados,  
Santa Fe se propone por ganancia,  
ni algún furor conmueve á sus soldados.  
De Zaragoza sí la fiel constancia,  
sus inclitos varones esforzados  
quieren los nuestros imitar con gozo,  
aunque su Patria sufra igual destrozo.

La vanguardia enemiga nuestra raya  
había pasado en Chocontá, viniendo  
cual huracán furioso que se ensaya,  
la tempestad horrible previniendo.  
De Monserrate vuelvo á la atalaya  
donde me lleva el Angel, descubriendo  
en la extensión del suelo bogotano  
motivos que al dolor no lo hacen vano.

Descubro allí los campos anchurosos  
que recorre el engaño y la mentira,  
con cuantos genios fieros y alevosos  
la vil traición en sus empresas gira.  
A congregár perdidos y tramposos  
de pueblo en pueblo van, con que se mira  
de Bogotá fugar la infiel partida  
á engrosar el ejército homicida.

Al peso de canalla tan grosera  
se resiente lo bello y ordenado,  
que graciosa cultura dispusiera  
en tres centurias que se habfan contado.  
Nada perdona la barbarie tiera  
de cuanto el hombre tiene acomodado  
á los diversos usos y ejercicios  
de la vida social y sus oficios.

La gente se dispersa, y los convida  
Santa Fe á la defensa: muchos vienen  
prefiriendo este asilo á la guardida  
que en los páramos otros se previenen.  
Ni en la choza más pobre y escondida  
seguridad los campesinos tienen,  
y la indolencia estúpida no quita  
la zozobra en el riesgo que la agita.

Santa Fe, sin turbarse, se dispone  
á resistir, sin muros ni baluartes.  
aunque su bella situación la expone  
á un riesgo, que es igual por todas partes.  
Mas en el Nombre santo se propone  
de la prudencia no omitir las artes;  
pues el Señor no quiere temerarios,  
que desdeñan los medios ordinarios.



Abrense fosos, fórmanse trincheras,  
ya en Las Nieves, y ya en San Victorino (13),  
para cubrir las calles y carreras,  
expuestas á un asalto repentino.  
Empeñado vi entonces, muy de veras  
al modesto ingeniero Cebollino,  
que antes lo deja todo, y se retira,  
cuando el desorden de las cosas mira.

Mas ahora nó: lo veo que entre todos  
igualada en el afán á las mejores,  
que cada uno procura de mil modos  
á la Patria servir de defensores.  
Y aquí la inclita estirpe de los godos,  
que nos dio cuna, reúne los valores  
del europeo al fiel americano  
contra la ira del vándalo africano.

Así los veo yo sin distinciones,  
que tratándose todos como hermanos,  
no más de criollos, ó de chapetones,  
quieren usar los distintos vanos.  
El recíproco amor en las acciones,  
tan vivos los conforma, que sus manos  
sólo en servirse mutuamente emplean  
en los oficios que útiles les sean.

De unos y otros hay jefes y oficiales,  
y en todo cuerpo, y clase de soldados,  
ya que en el número no sean iguales,  
lo son en lo demás por todos lados.  
Sus conexiones veo, que son tales,  
que sin romper los lazos más sagrados  
de religión, piedad, naturaleza,  
ni fuerza los divide, ni destreza.

Mas ¡ay dolor! ¡Que veo con disgusto  
que si á los buenos se confían los puestos,  
también se fían de quien sólo es justo  
recelar los abusos más funestos!  
¡Su aparente lealtad nos causa susto,  
porque á toda traición están dispuestos:  
y en sus manos se pone sin consejo  
en el más arduo caso el peor manejo!

Los nobles oficiales de patriotas,  
de que es Santamaría Comandante,  
le miran con recelo por las notas  
de adhesión al Congreso, que es constante.  
Las ideas bastardas creen remotas  
de su Jefe; mas esto no es bastante  
cuando con velo honesto se disfraza  
en las guerras civiles la peor traza.

(13) En la Calle Real de Las Nieves, con tres cañones de á ocho, en la salida del chircal, con dos pedreros, y lo mismo en la Alameda, y en San Victorino con cuatro cañones de á ocho.



¿Y qué harán Núñez, Pardo, Ley, Salcedo, (14) que en el encuentro de tumultos varios, si mantuvieron firme su denuesto tampoco fueron revolucionarios? Mas á la intriga ya le tienen miedo del Congreso y sus viles partidarios, que manejan el dolo más infame, para que el pueblo por su Rey no clame.

Vén que á Miguel Pey se le respeta, y se conserva el grado militar, que Ayudantes á Piter y Urdaneta hacen con Ayala y Somoyar. La conducta más torpe é indiscreta que á tantos sospechosos da lugar, hace temer al bueno de la intriga que el General taimado sólo abriga.

Su disimulo es tal que no recela el Gobierno que abuse del empleo de General en Jefe, cuando él vela por el bien y quietud del europeo. Pero á este pienso yo que desconsuela notar en Santa Fe el común deseo de unir los vivas de Jesús con gloria con los vivas del Rey por la victoria.

Así lloraba yo con pesadumbre, cuando un amigo anciano se me agrega de Monserrate en la escabrosa cumbre, y su vista apacible me sosiega. En su semblante traía la vislumbre de su candor genial con que se allega á decirme no tema, pues se ve el brío más heroico en Santa Fe.

"La tropa no se rinde (así me dice), su piedad es igual á su ardimiento y si algún Jefe del deber desdice difícil le saldrá cualquier intento."  
"Yo temo (digo) un éxito infelice si reflexiono bien por un momento que el cuidado del campo dan á Pey, y es General el más contrario al Rey.

"D. Josef Ramón Leiva, Secretario del último Virrey, ¿quién tal creyera que tan tenaz y duro partidario de la revolución funesta fuera? De la causa del Rey el más contrario yo lo vi, y en sus manos no pusiera una cosa, cuyo éxito feliz reduce á Santa Fe de su desliz.

(14) D. Pedro Núñez y D. Bernardo Pardo, santafereños; D. Lorenzo Láy y D. Ignacio Salcedo, españoles, oficiales antiguos del *Auxiliar*.





"Mas nó (dice mi amigo): el noble empeño  
 lan general se ve, que nos promete  
 un éxito sin duda más risueño  
 si al valor el suceso se somete.  
 ¿No vez á cada uno qué halagüeño  
 á las duras fatigas se somete?  
 ¿No vez que el riesgo esperan con despejo  
 el joven, el varón, el niño, el viejo?

"¡Qué honor! ¡Qué concordia! ¡Qué piedad!  
 á cada uno dispone á que trabaje  
 según sus bríos, según su agilidad,  
 la sencillez usando hasta en el traje!  
 Deponen el ornato y vanidad  
 por vengar á su Patria del ultraje:  
 y el noble, el jornalero, el artesano  
 se igualan al soldado veterano.

"Aun el clero concurre á la tarea,  
 y hasta sus sacras manos el ungió  
 con las del vulgo mezcla y las emplea  
 en el duro trabajo complacido.  
 Su presencia por todos se desea,  
 y cada uno á su vista compungido  
 se conmueve á la voz con que le exhorta,  
 y con besar su mano se conforta.

"¿No vez en todo caso que expedites  
 quieren estar para morir gustosos  
 confesándose humildes y contritos  
 en medio de concursos numerosos?  
 Ni sus bríos se ven así marchitos,  
 antes nuevos los cobran, y piadosos  
 tan alegres se muestran que es un pasmo  
 ver tan noble y legítimo entusiasmo.

"Por dondequiera se oyen con encanto  
 los religiosos himnos y cantares  
 que se entonan festivos á Dios Santo  
 en las rondas y estancias militares.  
 Los vivas á Jesús resuenan tanto  
 que acreditan en todos los lugares  
 que de su cruz ninguno se avergüenza  
 y por ella se emprende la defensa.

"¿No ves que en la defensa los empeña  
 el más caro interés para cada uno?  
 Que el padre por el hijo no desdeña  
 y el hijo por su padre riesgo alguno?  
 ¿Qué la lealtad al fiel amigo enseña  
 á combatir cuando lo cree oportuno  
 por conservar la vida y la existencia  
 del que aina cada cual con preferencia?

"¿No ves á la matrona generosa  
 que al hijo y al marido cuando mira  
 que á la lucha se expone peligrosa  
 nuevo valor y aliento les inspira?



Las armas les alarga carifiosa  
la mano misma que tan sólo aspira  
á libertarlos de la mano injusta,  
del que de sangre y muertes sólo gusta.”

Así me habla el candor; mas si al heroísmo  
el vasto campo del honor se le abre,  
donde ya el verdadero patriotismo  
guirnaldas mil es justo que se labre.  
Y al insensato y terco fanatismo  
del odioso Bolívar descalabre;  
su esfuerzo, empero, lo mologra el fuerte  
si la traición decide de la suerte.

Esto respondo, y veo allí pararse  
aquel ave que todo le es de estorbo,  
y aun de su especie rehusa acompañarse,  
feroz de aspecto y de mirar muy torvo.  
Con las rapaces sólo gusta emplearse  
en mortecinos, con su pico corvo,  
negro el plumaje, el cuello ceniciento,  
orlado de un relez sanguinolento.

Es un *carraco* cuyo nombre bronco  
á sus toscos resabios le conviene,  
y expresa bien con su graznido ronco  
el hambre de cadáveres que tiene.

Recuerdo al verle en un podrido tronco  
del congresista el símbolo, que llene  
del claro poeta toda la expresión  
que formó con más arte y discreción (15).

O si el aire tuviera y la elegancia  
del Homero del suelo bogotano,  
distrería su dulce consonancia  
el horror que suavizo, pero en vano.  
Mas puede ser acaso de importancia  
que el desatino de mi verso llano,  
más bien con la dureza en que se explica  
se acomode al asunto á que se aplica.

#### CANTO SEGUNDO

Tan claro el horizonte aparecía  
estos días de horror, que más risueña  
la hermosa Santa Fe se descubría  
sin que mostrase de temor ni seña.  
Tan alegre la gente discurría  
en las faenas de honor, que no desdeña  
morir en la defensa con más gloria,  
que no dar al tirano la victoria.

(15) En una fabulita que publicó el Dr. D. Juan Manuel García de Castillo, los simbolizó en el carraco, desde entonces les quedó este nombre.



Ya las furias veloces dirijan  
 el curso del ejército conmigo:  
 la saña, el odio, la crueldad, venfan,  
 y el vil encono, todos á su abrigo:  
 El fraude y la traición allí tenfan  
 á cada cual, por su mayor amigo:  
 lo mismo la venganza y la perfidia,  
 la ingratitud y hasta la soez envidia.

Las destructoras bandas de asesinos  
 de Choconta pasaron, donde un pobre, (16)  
 sus tiros estrenó, porque mezuquinos,  
 su albergue en sangre quieren que se cobre.  
 Las dehesas y rebaños tan sin tinos  
 devastan, que no quieren que le sobre  
 á la posteridad ningún viviente  
 que dé un producto al hombre y lo sustente.

Al desgraciado médico Lorite,  
 europeo ya viejo y achacoso,  
 su profesión lo lleva á que ejercite  
 sus oficios con un menesteroso.  
 Va sin temor, y esto hace que se irrite  
 más de la soez canalla lo alevoso,  
 que prende al que baldado no resiste  
 y en tales hechos su valor consiste.

El sangriento Bolívar al pillaje  
 de los negros bandidos, que acaudilla,  
 añade en todas partes el ultraje  
 de exigirse el respeto á su gavilla.  
 Aunque sean oficiales en el traje  
 no son más que asesinos en pandilla  
 que de arrieros, esclavos y hombres vagos,  
 Bolívar adiestró con sus estragos.

Los aposentos de Sopó saqueados,  
 á echarse vienen sobre las salinas;  
 y de Zipaquirá los desterrados  
 exigen su Gobierno en estas minas.  
 Destínanse partidas de malvados  
 que se dispersan á llevar las ruinas,  
 á dondequiera que la fuerza alcanza,  
 mientras el resto á Santa Fe se avanza.

Zipaquirá ve entonces á Acebedo  
 de Jefe ó Dictador, que todo junto  
 menos sería, que el terror y miedo,  
 con que toda opresión subió de punto.

(16) Este fue un miserable peón, que supusieron espía, y fusilaron, aunque allí lo confesó el P. Fr. Emigdio Camargo, á quien insultaron los que venían atrás, porque lo había sepultado en la iglesia.



Principio tuvo desde aquí el euredo del tres por ciento, que tocó al conjunto de miseria en terrenos y aun en muebles, sin perdonar los indios más endeables.

A Tabio van, mi amada residencia: mis domésticos huyen y se libran; y a La Mesa dirigen la violencia, que contra tántos europeos vibran. Y erran éstos, confiando en su inocencia, pues al furor demente no equilibran en estos antropófagos tan fieros de la justicia y religión los fueros.

Al anciano D. Pedro de Bujanda, de Cajicá tan respetable cura, una cuadrilla zafia le demanda regalos, que les brinda su cordura. Llega luégo Bolívar, que le manda á Tunja preso con crueldad tan dura, que el día de la Virgen ni la misa se le permite, ni mudar camisa.

Otro español que á sus expensas vive, y otro que hallan, no pueden libertarse del tigre cruel que apenas se concibe ¡cómo de sí no baste á horrorizarse! (17) No hay europeo bueno a quien captive que con los vivos deba ya contarse, pues sólo cuentan el vándato insensato por hazañas tan vil asesinato.

En las casas de *Tiquiza* acometen á la familia de don Lucas Santos; matarle por su acento le prometen que en nuestro suelo le es común á tántos. Sus hijas á las breñas se entrometen, y el furor se desahoga en los quebrantos de un criado que atormentan porque muestre dinero y joyas y en ladrón se adiestre.

La hermosa posición de *Hierbabuena* saquean y se roban sus ganados: Baraya y Torres ven allí con pena con Castillo, los daños comenzados. Así se hacen testigos de la estrena de la obra de que son comisionados; y en la casa ya lóbrega se hospedan en que restos de muebles sólo quedan.

En Santa Fe el estruendo militar el cinco de Diciembre por la tarde por todas partes se oye resonar para que todo puesto se resguarde.

(17) El primero era un mozo del difunto Oidor D. Josef Barco, por nombre Josef Pérez, que se había dementado, y el otro no se ha sabido el que fue.



Bajo del monte yo para notar  
el valor religioso de que alarde  
hacen entonces los guerreros nobles,  
que de brío y piedad dan pruebas dobles.

De Antioquia muchos nobles desterrados  
que el dulce seno de la paz acoge,  
en Santa Fe le muestran esforzados  
los frutos del asilo que ahora coge.  
A los nuestros se reúnen denodados,  
y algunos de sus jóvenes escoge  
que á la Patria común aquí le riendan  
la estrena de guerreros que le brindan.

El conjunto de mil demostraciones  
de humildad y confianza que enternecen,  
á los nuestros conduce á las acciones  
en que á morir por Santa Fe se ofrecen.  
Tan penetrados van sus corazones  
por la causa sagrada, que merecen  
que sus nombres la muerte no sepulte  
aunque hoy el fanatismo los oculte.

¡Oh necio fanatismo! ¡Quién pudiera  
abatir el orgullo y frenesí  
con que insultas al justo en la carrera  
de su ilustre virtud! Mas ¡ay de mí!  
¡Aunque tan loco el fanatismo fuera  
que no pudiese conocer á sí,  
se podría disculpar; mas no hay excusa  
cuando al fiel de fanático le acusa!

Esta es la nota que les pone á todos  
los católicos fieles que conservan  
la piedad de sus padres, por los modos  
que inalterables en la Iglesia observan.  
Dicen son musarañas de los godos,  
esos idiotas que el vigor enervan,  
que la verdad le da para lo bueno  
al hombre que del bien no se hace ajeno.

Mas como tal barbarie desconoce  
aun de la humanidad los sentimientos,  
á Bolívar lo lleva á que destroce  
y los suyos de sangre estén sedientos.  
No hay seña de piedad con que se roce  
el que siguiendo á monstruos tan violentos  
sólo el robo y los llantos saborean,  
sólo muertes y ruinas lo recrean.

Mas la piedad en Santa Fe tremola  
en sus insignias el mejor contraste,  
y los escudos de la fe española  
sólo permite que su tropa gaste.  
Los estandartes de la Fe enarbola,  
y los adorna del brillante engaste  
ó del nombre sagrado y adorable  
ó de la cruz preciosa y saludable.



Nuestra esforzada tropa marcha luégo  
 á cubrir las entradas, y el escudo  
 de Jesús se conduce hasta San Diego  
 entre pompa marcial á que yo acudo.  
 A la Virgen del Campo allí lo entrego  
 con el Cura, (18) mi hermano, á quien ayudo  
 con Marchán y Benito, franciscanos,  
 que el aliento tenían de Capistranos.

¡Oh amados compañeros! ¡Qué gran día  
 vosotros habéis dado á Santa Fe,  
 cuando entre pompa y voces de alegría  
 el estandarte de Jesús se ve!  
 ¡Cuándo el guión de tan santa compañía  
 al Cura disponéis que se le dé!  
 ¡Mas ya el infierno dicta que os separe  
 á los dos el Congreso si aquí entrare!

Por los dos la bandera se previno  
 porque otra no tenían los artilleros,  
 y la recibe el Coronel Cancino  
 de la Iglesia estimando los esmeros.  
 Con otra igual honró en San Victorino  
 el celo de eclesiásticos obreros  
 á los que resguardaban este puesto,  
 y todo por Jesús quedó dispuesto.

Al escuadrón valiente que formaron  
 de á caballo los fuertes europeos,  
 con roja y grande cruz lo resguardaron  
 donde tuvieron fijos sus deseos.  
 A don Ramón Infesta la entregaron  
 para que aquí fenezcan sus empleos,  
 cuando ya un fin glorioso lo corone  
 y su conducta por la cruz se abone.

Era el seis de Diciembre; ya este día  
 y á Monserrate vuelvo en el siguiente  
 en que la soez canalla recogía  
 cuanto en el campo halló que se apaciente.  
 Las carnes medio crudas se comía,  
 robaba los caballos impaciente,  
 que destinaba sólo á su montura  
 el ladrón que la fuga se asegura.

Entre tanto yo siento en Monserrate  
 el alarma que dan á los rumores,  
 que los contrarios por aquí al combate  
 se acercan como diestros salteadores.  
 Mas libre me hallo, sin que yo lo acate,  
 al disparo de algunos voladores,  
 y al toque de campanas que ahuyentó  
 la tropa que hacia acá se dirigió,

(18) Dr. D. Santiago de Torres, cura de Las Nieves.



Este punto dejó desamparado  
el General, con ser tan importante,  
y quedara también por este lado  
el enemigo en puesto más pujante.  
El modo con que Leiva se ha portado  
sus intentos indican lo bastante,  
que en esta parte el miedo los destruye  
pues la canalla con el ruido se huye.

La División que mandan á ocuparlo  
oye el relato; creese descubierta;  
teme al contrario: no osa provocarlo,  
y á la cobarde fuga sólo acierta.  
Así el punto se queda, sin pensarlo,  
abandonado, sin que nadie advierta  
en el descuido, que no surte efecto  
al intento, si obró con tal respecto.

En Fontibón, al fin los salteadores  
se reúnen con sus dignos capitanes,  
continuando el saqueo y los horrores  
que caben sólo en sus villanos planes.  
Nada perdona el hambre y los furores  
de los dientes rabiosos de estos canes,  
que al cura roban su desierta casa  
y el odio sus papeles despedaza.

Aun de la iglesia un cáliz y ornamento  
los sacrílegos hurtan y no vale  
al buen cura de Pey el miramiento,  
hermano que tan caro así le sale, (19)  
Este esperaba sólo que el momento  
de entrar los asesinos se señale,  
para poder hacerse á tan ruin bando,  
que en Santa Fe le aseguraba el mando.

Mientras lo logra emplea el artificio  
y Brigadier se llama en nuestra tropa,  
un abogado que le ha dado indicio  
de que otro más inepto no se topa.  
¡Oh ruin condescendencia! ¡Oh qué perjuicio  
al daño que revela, así lo arropa!  
Mas el Gobierno en falso se sostiene  
cuando por base á la inconstancia tiene.

Ya en este tiempo el bárbaro asesino  
su negra hueste á *Techo* encaminaba,  
y el rastro de fiereza en el camino  
con inocente sangre señalaba.  
A Lorite y los otros aquí vino  
á darles la cruel muerte que intentaba,  
y el Congreso á que es hueno se persuade  
si atrocidad á su injusticia añade.

(19) Servía el Curato D. Joaquín Pey, cura de Sutamarchán.



Los cadáveres dejan insepultos  
 en el puente de Aranda, cuasi á vista  
 de Santa Fe, pero le son ocultos  
 porque á la vil entrega no resista.  
 La humanidad lamenta sus insultos  
 sin que el Congreso todavía desista  
 de dar elogios al tirano infame  
 y aun lleno de virtudes lo proclame.

Tal era en suma la proclama necia  
 que llena de promesas y de halagos  
 circulaban al tiempo que tan recia  
 tempestad publicaba sus estragos.  
 Mas el fatal Congreso no se precia  
 de mostrar de ternura, ni aun amagos,  
 ni tiene honor, ni guarda consecuencia,  
 ni del pudor conoce aun la apariencia.

En las campañas fértiles de *Techo*  
 destrozan las copiosas montoneras  
 y el afán laborioso ve deshecho  
 el depósito rico á manos fieras.  
 A las bestias exponen sin provecho  
 las doradas espigas, que en las eras  
 de sus granos recogen el abasto,  
 que á brutos nunca le sirvió de pasto.

En Santa Fe la noche más festiva  
 la fiesta anuncia de la Virgen pura  
 concebida sin mancha, en que se aviva  
 el regocijo y la filial ternura:  
 No creía verse Santa Fe cautiva  
 en días tan alegres; mas depura  
 así el ultraje de la real corona  
 que amorosa castiga su Patrona.

Los repiques y alegres luminarias  
 al enemigo aturden y deslumbran,  
 y recurre á las trazas ordinarias  
 que siempre los alevos acostumbran.  
 Se acercan avanzadas temerarias,  
 pero apenas los nuéstros las columbran:  
 "Viva (gritan con voces de alegría)  
 la Concepción en gracia de María."

A estas voces los negros se amedrentan,  
 y antes que tiro alguno se dispare  
 los ecos santos sólo los ahuyentan  
 porque el genio que traen se repare.  
 La cuadrilla infernal, que representan  
 el maligno es preciso desampare...  
 ó si el Nombre sagrado allí lo liga  
 la empresa estremeciéndose prosiga.

La noche se pasó sin más recelo  
 y á todos dio lugar para el reposo  
 que asegurado estaba en el desvelo  
 del que la guardia hacía cuidadoso.





Las rondas se alternaban con gran celo  
y á cada centinela vigoroso  
lo hallaban en su puesto, hasta que el día  
octavo de Diciembre amanecía.

En este día se mostró la aurora  
tan clara y tan risueña, que amanece  
como de fiesta de la gran Señora  
que la oliva de paz al mundo ofrece.  
A Santa Fe la brinda; pero ahora,  
porque su error conozca, bien merece  
que de la independencia coja el fruto,  
vistiendo de cautiva el triste luto.

En este estado hará que experimente  
su protección, cuando con llanto amargo  
sin ver la ruina, su opresión lamente,  
para volver mejor de su letargo.  
Y Santa Fe se admira cuando siente  
que en pie la deja el golpe sin embargo  
que destruirla se quiere, y no se puede  
porque hay fuerza invisible que lo vede.

¡Oh día claro! cuya luz convida  
á todos al santuario á celebrar  
á la que siendo en gracia concebida  
es Virgen siempre y Madre singular.  
Concurren á las fuentes de la vida  
todos los fieles á quien da lugar  
el tiempo de lograr la buena gracia  
del sacramento con que Dios nos sacia.

Los templos y sus bóvedas resuenan  
con música y con cánticos de gloria,  
que en el culto legítimo se ordenan  
á celebrar la más feliz memoria.  
Al pueblo fiel de regocijo llenan,  
dando gracias á Dios que la victoria  
por Jesucristo á todos nos ha dado,  
y María en su origen ha logrado.

Este día los negros arredrados,  
como lobos hambrientos que á la presa  
que defienden mastines denodados,  
desde lejos preparan la sorpresa.  
Como el tigre que asecha los ganados  
la asta teme, que en torno se atraviesa  
de los toros valientes que bramando  
con sus puntas le están amenazando:

Así esperan cobardes, que la entrada  
la más negra traición les facilite,  
sin que al diente voraz resista nada  
que el sangriento destrozo le limite.  
Sin riesgo suyo quieren sea entregada  
la ciudad á que en ella se ejercite  
su mano atroz, su cruel libertinaje  
en matanza, en estupro, en pillaje



Tales son del Congreso los regalos,  
y el General que lleno de virtudes  
blasfemos apellidan, pues tan malos  
la mortandad reputan por saludes.  
Sólo les debe contestar á palos,  
quien de estragos contando multitudes  
oye aprobar á tales insensatos  
esa conducta ruin, y asesinatos.

El inicuo Bolívar se encamina,  
como el tigre mañoso que se acerca  
blandamente á la presa que destina,  
destrozar á su salvo más de cerca.  
Asegurado en la traición maquina,  
mientras que nadie con su voto alterca,  
ejecutar el plan que le han propuesto  
los que la venta infame le han dispuesto.

Abocarse con ellos le conviene,  
y á la noche en silencio se conduce  
y se asegura que á la casa viene  
de cierto Jefe que á ella le introduce.  
La trampa prevenida así se tiene,  
y hasta el fin del suceso no produce  
desconfianza en la tropa que se admira,  
cuando el engaño descubierto mira.

En aquellos momentos reposaba,  
y un suave sueño todo mi sentido  
con varias ilusiones embargaba,  
cuando despierto al eco de un gemido.  
Me acelero á indagar lo que pasaba  
y la cima rondé despavorido;  
cuando escucho de nuevo un triste canto  
que á veces interrumpe tierno llanto.

Oigo el acento, y al lugar me llevo,  
y veo sobre un risco recostada  
una Matrona, que al copioso riego  
de su llanto quedaba desmayada.  
Alrededor estaba sin sosiego  
numerosa familia, que enlutada,  
expresaba sus ayes lastimeros  
del dolor los extremos verdaderos.

Un hermoso mancebo allí cercano  
con donaire cantó tan triste verso,  
tocando á la sordina un forte-piano  
que al dolor no resisto aunque me esfuerzo.  
Vuelvo á ver al candor en el anciano,  
que ya con sentimiento muy diverso,  
con energía explica muy sincera  
la catástrofe triste que se espera.

La visión me consterna, mas al punto  
desaparece todo, y sólo queda  
el anciano conmigo y le pregunto:  
"¿Qué juzga, en fin, que á Santa Fe suceda?"



De penas (dice) llorará el conjunto  
sin que destruirla su contrario pueda:  
este es todo el misterio que se encierra  
en la triste visión que nos aterra.

"Esa noble Matrona representa  
á Santa Fe cautiva y á sus hijos  
familia numerosa que lamenta  
la serie de ajamientos más prolijos.  
Con detestar lo malo se contenta,  
teniendo siempre sus deseos fijos  
en la conducta santa, á que la obliga  
la Religión sagrada que la abriga.

"Sin aliento se queda cuando mira  
que la sangre inocente se derrama,  
y lavarla con lágrimas le inspira  
su piedad, en la suerte de los que ama.  
Esa música lúgubre respira  
la expresión de su honor con que reclama  
los derechos que tiene la inocencia,  
que agravia la malicia y la violencia.

"El honor es el músico que tañe  
y al clarín de la fama le encomienda  
que en las exequias que hace le acompañe,  
por los que mueren, y su nombre extienda.  
Su memoria no quiere que se dañe  
por la calumnia con que la hoz horrenda  
sus vidas corta, y dice así la letra  
de la canción que el alma te penetra:

"Ya la ciudad ilustre conculcada  
há de verse por plantas homicidas,  
de su esplendor y arreos despojada  
por las manos más viles y atrevidas.  
En paz cautiva, presa, encadenada,  
mirando sus riquezas esparcidas,  
para servir en todo como esclava  
al negro soez que de vencer acaba.

"Fenecieron los días de placer,  
el tiempo de su lustre ya expiró,  
el período comienza en que ha de ser  
escarnio del cobarde á quien venció.  
La perfidia lo hará prevalecer  
que al Congreso fatal entronizó,  
y mientras llena á Santa Fe de queja  
al atroz enemigo lo festeja.

"¡O dolor! ¡Si á lo menos se cumpliesen  
los tratados que sirven al disfraz  
de tan dura opresión harían que cesen  
los males que la abruman más y más.  
¿Quién creyera que infieles se profesen  
al pacto mismo, y que volviendo atrás  
no sólo sean perjuros, sino exhorten  
á que sólo perfidias mil se aborten?



“¡Los edificios públicos ajados  
no sirven al decoro que solían;  
del asco y suciedad contaminados  
de sus destinos serios los desvían!  
Los archivos se ven despedazados,  
monumentos preciosos que servían  
á la posteridad de fiel memoria  
de lo que cuenta ó calla nuestra historia!

“¡Oh qué funestos lutos arrastrando  
á las familias veo! ¡Qué aflicción!  
¡Las doncellas y jóvenes llorando  
de sus padres la cruel deportación!  
¡La viudez de sus madres lamentando,  
horfandad y total desolación  
los oprime; y sin fruto se querellan  
cuando a sus padres ven que les degüellan!

“Los inocentes vienen maniatados!  
Se redimen á costa de un rescate  
que á los demás se impone; y aun robados  
no quedan libres de que el cruel los mate!  
¡Oh tirano Bolívar! ¡Qué malvados  
los que de tí no quieren se recate  
el europeo, el pueblo americano,  
cuando á todo destruye tu impía mano!

“¡Ay! valientes y nobles defensores  
que con su cola envuelve y arrebató  
el dragón, á quien rinden los traidores  
la fuerza militar que los recata!  
¡Oh soldados valientes! ¡Qué dolores  
causa ya vuestra suerte cuando trata  
el tirano de uncir á su carroza  
esa fuerza robusta y vigorosa!

“Los pobres y sencillos jornaleros  
de los campos se arrancan! ¡Qué rigor!  
¡Reemplazan á los negros carniceros,  
que murieron á golpes del valor!  
¡Qué pena causaréis *Alzabarderos*,  
que militando siempre con honor,  
en la cadena de la muerte os atan  
los que inermes y presos sólo matan!

“Mas ¡ay dolor! ¡Tiranos infernales  
á Santa Fe profanan, y en su suelo  
al Santuario conculcan criminales,  
y al sacerdocio ultrajan sin recelo!  
¡Pero enmudezco al recordar los males  
que quisiera cubrir con denso velo!  
¡Mas viva la memoria de los buenos,  
y los malos de oprobio queden llenos!

Tal era en suma la canción funesta  
que cándido el anciano repetía,  
y en la florida cumbre se recuesta  
porque ya un tierno llanto lo oprimía.



La tristeza que entonces me molesta  
á tan pesado sueño me rendía,  
que sin poder vencerlo ó divertirlo  
dormido me quedé sin advertirlo.

Pero aun estos momentos de quietud  
fantasmas melancólicas turbaban,  
fingiendo con viveza y prontitud  
la serie de traiciones que tramaban.  
Me parecía que veía en actitud  
de conversar dos hombres que cerraban  
la pieza por de dentro, y no sé dónde  
oía lo que se habla y se responde.

El uno parecía en lo mesurado  
á un viejo, que yo he visto; el otro mozo  
con aspecto feroz y amulado,  
de pelo negro, y muy castaño el bozo:  
inquieto siempre y muy afeminado,  
delgado el cuerpo, y de aire fastidioso,  
torpe de lengua, el tono muy grosero,  
y de mirar turbado y altanero.

Este Bolívar era, según dicen,  
los que al infame monstruo conocieron.  
Infausta suerte á Santa Fe predican  
al punto que encerrados estuvieron.  
Mas pide el viejo á todos garanticen,  
que al fin es noble, y sus designios fueron  
de asegurarse siempre en el partido  
en que se hallaba ya comprometido

Era uno de los muchos que se refan  
de que tanto al Congreso se temiese,  
y que interés de religión no crefan  
la guerra defensiva que se hiciese.  
Tan ilusos estaban, que no veían  
el ejemplar que Tunja nos ofrece,  
cuando en sus calles tristes alaridos  
sus moradores dan despavoridos.

Cuando en sangre se tiñe su ferreo,  
de Jover y los otros europeos,  
allí y en Leiva sienten más de lleno  
asesinatos de que no son reos:  
Porque todo católico es ajeno  
de consentir en crímenes tan feos.  
y en vano de católicos se precian  
los que la Religión así desprecian.

Mas sigo con mi sueño; si no es cierto,  
será á lo menos débil conjetura  
del resultado que después advierlo,  
y la licencia poética aventura.  
O fuese ya que de pesar cubierto,  
mi triste fantasía me asegura  
el suceso que teme, cual si oyese  
al tirano Bolívar, y lo viese.



Pregunta, pues, al viejo: "¿en qué consiste que si ellos son en opinión conformes tan obstinada Santa Fe resiste y están todos contra él tan uniformes? ¿Cómo es que de la empresa no desiste cuando á riesgos expuestos tan enormes, si no reunen las fuerzas, les aguarda una suerte infeliz que ya se tarda?"

¡Oh vil alevosía! que así lleva por sostener caprichos é interés de muy pocos, los pueblos á una leva en que todo se arruina de una vez! ¡Oh pueblos engañados! Ya la prueba vuestros agravios son, de que sólo es una farsa, que os burla la violencia, que apellida el traidor Independencia.

Ved los campos desiertos, sin cultura, el comercio sin giro y los talleres entorpecidos, cuando fuerza dura sólo escombros nos deja por enseres. ¡Oh libertad funesta! ¡Qué locura sólo deja baldados y mujeres! Así discurro: el sueño se prosigue y Bolívar hablando al viejo sigue.

"Mi pretensión (añade) se reduce á sacar gentes, armas y dinero, para el intento que á mi plan conduce, y hacer lo mismo en Cartagena espero. Y si el efecto que antes me produce (20) y tomo á Santa Marta, el derrotero seguiré por Ocaña como debo, para dar á la guerra impulso nuevo.

"A Cúcuta, con fuerzas, Urdaneta ha de ir á reforzar á Santander, que el enemigo por allí me aprieta y sus golpes son siempre de temer. Si Santa Marta no se me sujeta marchar toda la fuerza podrá hacer que la guerra en Caracas introduzca y otra vez á mi mando la reduzca.

"Bien conoces lo mucho que te importa el auxiliarme con industria y arte, ni te queda recurso si se corta la Independencia en que tuviste parte. Y si ahora tu talento no se porta con gran destreza, ya podrás contarte por perdido, si Boves aquí viene, lo que á tu suerte ves que no conviene.

(20) Con Labatut entró este pícaro á Santa Marta, y de allí vino á Cúcuta por Ocaña, y á esfuerzo de mil traiciones llegó hasta Caracas.



"Ni por ser europeo se te exime  
si triunfa tu nación del mal suceso  
que tan cercano vemos; si reprime  
Santa Fe los esfuerzos del Congreso.  
El europeo menos se redime  
de la pena, pues creen mayor exceso  
en él, que en cualquier americano  
que la traición promueva por su mano."

Aquí al viejo le ofende, que tan clara  
mencione la traición en que lo incluye,  
porque cuando otra nueva se prepara  
la primera sin duda en esta influye.  
La replica por tanto "que repara  
su expresión, pues con ella se la arguye,  
que mancha su carrera cuando quiere  
esclarecerla cuanto más pudiere.

"No es traición (le repite) acomodarse  
al sistema del país donde se vive,  
el hombre que no gusta incomodarse  
por lo que indiferente á sí concibe.  
Es cierto que no puede disculparse  
si la injusticia clara se percibe;  
mas viendo de la Europa el gran trastorno  
no creía yo tuviese un buen retorno.

"El error lo conozco, cuando veo  
si lo enmiendo, que arriesgo mi fortuna  
y que ni aquí tendré como europeo  
acogida, ni allá pensión alguna.  
No sucede lo mismo, según creo  
á otros europeos que ninguna  
influencia en los sucesos han tenido,  
y de opinión contraria siempre han sido.

"No sólo estos aquí, más cuasi todos  
suspiran por unirse con España,  
y si triunfan, no veo que haya modos  
de impedirlo si el cálculo no engaña.  
Mas si quieres tratarlos como godos  
por un deseo que jamás nos daña,  
y la ciudad se rinde, quedo expuesto  
á ser blanco del odio más funesto."

Así el viejo confiesa que el egoísmo  
lo indujo al riesgo, que ahora precipita  
su conducta y honor en otro abismo,  
en donde nueva tempestad lo agita.  
¡Quién abriera á sus ojos el guarismo  
de las tragedias que su error excita!  
¡Que si el registro de ellas antes viera,  
sin duda en la maldad se contuviera!

Mas aunque infiel al Rey y á la Nación  
á probar á Bolívar se dedica,  
no debe perseguirse la opinión  
que al plan traidor en nada perjudica.

"Murmuran cuando más de la opresión y á su negocio cada cual se aplica, mas la sangre española en ellos clama por venganza, si ven que se derrama."

Bolívar para todos le asegura conservarles los bienes y la vida; lo promete y después aunque lo jura nada cumple al aleve y homicida. Y lo que al viejo persuadir procura es el que toda resistencia impida, y el ímpetu en los nuéstrs se contenga, que algún daño á los suyos les prevenga.

"Yo quisiera (prosigue) se acabase sin un tiro la guerra, porque temo que una tropa con otra peligrase, si de batirse llegan al extremo. ¿Y qué haríamos al fin si nos faltase la fuerza militar, que el duro remo de la guerra sostiene y disminuida la Independencia quedaría destruida?"

Aquí el viejo suspira y le responde: "Bien quisiera evitar calamidades, mas decirte también me corresponde que en este punto hay mil dificultades. Si nuestro plan á todos no se esconde los riesgos son de tales calidades que de pensarlo sólo me estremezcó porque sin duda veo que perezco.

"Sobre mí se descarga la venganza si tropa ó pueblo alguna cosa entiende: los Ayudantes ven con desconfianza porque Urdaneta y Píter les ofenden. Y á Núñez, en quien tienen esperanza, hacer segundo General pretenden, y todo se malogra con este hombre si consiguen al fin que se le nombre.

"El Presidente Alvarez es noble, tan ajeno del dolo, que imposible es que promesa ó interés lo doble, y á todo medio lo hallo inaccesible. Aun en el riesgo, su valor inmóvil para él será la cosa más terrible que la ciudad se entregue, y si supiera quién lo trata, del todo lo perdiera.

"Ni puedo descubrirme con alguno si no es Santamaría, si no es Pey; pero su influjo el más inoportuno porque de ellos recelan siempre crey. No cuento entre los otros ni con uno, pues ó son decididos por el Rey ó se inclinan á ser sus partidarios, pero siempre al Congreso son contrarios.





"Lastra, los Vargas, Carbonell y Rizo, con otros, sabes que los tienen presos, y no puedo ni darles un aviso del estado que tengan los sucesos. Un arbitrio sólo hallo, y tan preciso, que otros medios no veo, y si con esos el tiro no se logra, ya no hay modo y es necesario abandonarlo todo."

Se asusta aquí Bolívar y le dice: "Ya el grande riesgo veo que nos cerca, mas de mi nombre y opinión desdice no reducir á la ciudad más terca. Dime: ¿qué medio encuentras que precise á Santa Fe á rendirse? pues se acerca de retirarme hacia mi campo la hora, antes de que me coja aquí la aurora."

"Créeme (responde) que jamás excusa el combate Bolívar, mas yo haré con la inacción de que á mi edad se acusa que la tropa se quede en Santa Fe. Ella de su ardimiento nunca abusa y la ciudad por tuya dejaré, replegando las fuerzas á la plaza porque no hay de rendirlos otra traza."

"Mas tu tropa es preciso se contenga y á Santa Fe no irrite demasiado, porque no habrá quien su impetu detenga y el choque fuera duro y arriesgado. Y que á acción decisiva no se venga siempre lo tendré por acertado, dando de rendirte algún indicio y para ello pides armisticio."

"Entretanto se dice y se hace creer que toda ruina en la ciudad intentas, y el Presidente causa viene á ser del estrago, por ver si lo amedentras. Por prevenirlo puedes disponer un oficio con cláusulas violentas que los arredre, y con honor te saque enviándolo poco antes del ataque."

"¡Ilustre amigo! (exclamó aquí Bolívar) "¡así lo haré!" Le da un estrecho abrazo; y con palabras dulces como almíbar, de su amistad le ofrece el duro lazo. Para mí más amargas que el acibar las ofertas me son, y llega el caso en que quiero increparles su traición; mas despierto, y se acaba la ficción."

Si fue ilusión, que la aprehensión me excita, ó es acaso presagio misterioso del suceso, cierto es que no me evita un sobresalto vivo y azaroso.



El continuo llorar me debilita  
sin desahogarme, siendo tan copioso,  
porque la pena más se aviva  
cuando contemplo á Santa Fe cautiva.

## CANTO TERCERO

El nueve de Diciembre amanecía  
con una luz tan clara y tan hermosa,  
que entre el llanto fatal que me oprímia  
mi triste vista en Santa Fe reposa.  
Parece que lo claro de este día  
arguye la perfidia, que alevosa,  
cuando no se halla sombra que la cubra  
no teme que haya luz que la descubra.

¡Oh día en que comienzan los amagos  
de la negra traición! ¡oh día triste!  
¿Tan á lo claro los amargos tragos  
me brindas, que mi espíritu resiste?  
¿Principio quieres dar á los estragos,  
cuando tan lindo y bello apareciste?  
¿O pretendes acaso que esos brillos  
de Santa Fe trasciendan á los grillos?

Ya con efecto el Escuadrón contrario  
sobre el campo de *Techo* se formaba,  
y el estilo brutal y sanguinario  
con nueva intimación amenazaba.  
“En que de no rendirse al cruel contrario,  
las primeras cabezas que cortaba  
serían (dice el tirano desalmado)  
al Presidente y á D. Juan Jurado.

Era éste su compadre con quien tuvo  
amistad, por ser hombre muy urbano,  
en Caracas, el tiempo que allí estuvo,  
y de un hijo el padrino fue el tirano.  
A este Ministro en Santa Fe sostuvo  
siempre el Gobierno por su juicio sano,  
sin que partirse nunca le dejase  
ni el costo de su viaje habilitase.

En Santa Fe miraron con desprecio  
la vil intimación, y se contesta  
con dignidad que del orgullo necio  
estar lejos su crianza manifiesta.  
Bolívar se creyó que hablando recio  
abate á Santa Fe, y la deja expuesta  
á que someta el cuello á la cadena,  
por no sufrir si él vence dura pena ..

Contaba él en su campo por extraño  
de Rafael Urdaneta el furor ciego,  
de Miguel y Fernando Carabaño  
la impavidez para arrojarse al fuego.



Y del francés Serviez en el tamaño  
de su alevoso y cruel desasosiego,  
y sobre todos fiaba en un tal Salas.  
que ni temía, ni murió de balas. (21)

Carlos Montúfar, que se había fugado,  
con Mariano París se había reunido  
y con Telmo Manrique habían logrado  
en toda la Sabana gran partido.  
Este Luis Rubio se lo había aumentado,  
por el Congreso siempre decidido,  
y que creía sin tino que era en vano  
cuanto de él se temía y del tirano.

El fiel y noble D. Domingo Serna  
había ya muerto, y de pesar muriera  
si desmintiendo la lealtad paterna  
á Pepe su hijo con Bolívar viera.  
¡Mas que un joven los daños no discierna  
que ha de causar de admiración no fuera;  
mas siempre lo es que los que tienen seso  
¡se dejen embohar por el Congreso!

Mas ¡ay dolor! ¡Qué todos son capaces  
de incurrir en tan graves ilusiones  
en un sistema que fijó por bases  
el desorden de todas las pasiones!  
¡Pero que se pretenda dar disfraces  
de virtud á lo ruín de las acciones  
sólo cabe en el plan de la mentira  
que adoptar al Congreso se le mira!

¡Tú sola cubres, Religión Divina  
en el riesgo mayor á quien te sigue,  
y halla norte seguro en tu doctrina  
con qué llegar á salvación consigues!  
Ninguno con tu luz se descamina,  
como á seguirla siempre fiel se obligue,  
y sólo salva en tempestad tan recia  
la católica nave de la Iglesia.

¡No permitas que nunca se separe  
Santa Fe de ese rumbo que le muestras,  
aunque el fraude á desviarla se prepare  
por las manos que en ello son tan diestras!  
¡Mas al fin haz de hacer que se repare  
queino hay fuerzas que puedan con las nuestras,  
pues al nombre invencible nos diriges  
y todo error en Santa Fe corriges!

¡Ya los momentos críticos nos instan  
que á Santa Fe amenazan y á su cuello  
la cadena preparan en que avistan  
los instrumentos del fatal degüello!

(21) Este comandaba los cuarenta negros que mataron á lanzadas en la muerte del hospital diez y siete lanceros mandados por D. Buenaventura Ahumada y D. Ramón Lagos.



¡Al Congreso y los suyos no contristan  
 los males que autoriza con su sello  
 y su asesino ejecutar previene  
 con los que al sueldo de la muerte tiene!

Cuando los nuestros miran que se forman  
 los asesinos todos en batalla,  
 unánimes los votos se conforman  
 en salir al encuentro á la canalla.  
 El General lo impide aunque le informan  
 los bríos de la tropa, que ésta se halla  
 dispuesta á quebrantar con su ardimiento  
 el orgullo contrario en el momento.

La acción pretende Núñez se decida  
 como pide el honor en la campaña,  
 mas no se quiere que el valor se mida  
 porque al intento del traidor le daña.  
 Y aunque la tropa en general lo pida,  
 con arte y disimulo se le engaña,  
 permitiendo salir los escuadrones  
 de á caballo con grandes precauciones.

Piden éstos se lleven dos violentos,  
 que ellos, puestos en ala, cubrirán,  
 y estando á tiro habrán sus movimientos  
 y á uno y otro costado se abrirán.  
 El General recela sus intentos  
 y teme que la acción empeñarán,  
 que quedará concluida muy en breve  
 y responde: "que á tanto no se atreve."

No obstante avanzan ellos hacia afuera  
 y esperan á pie firme al enemigo,  
 que si á tiro se acerca á la trinchera  
 es sólo á ser de la inacción testigo.  
 Ni un tiro se permite nacer siquiera,  
 y sólo un centinela da el castigo  
 matando al que la línea le pasaba  
 del puesto de avanzada en que se hallaba.

Se desvían los otros y retira  
 los de á caballo el General adentro:  
 la canalla alevosa que lo mira  
 entrada busca donde no halle encuentro.  
 Nuestra tropa siguiéndole le tira  
 tres cañonazos con que hiere el centro  
 del escuadrón contrario, y paralela  
 al curso que tomaban siempre vuela.

Como el fiero caimán que á la carnaza  
 cuando el colmillo hambriento le dispone  
 con el duro tramojo se embaraza  
 que escondido entre el sebo se le pone,  
 y al tiempo que con él se despedaza,  
 lanzarse á lo más hondo se propone,  
 mas preso queda siempre con la sogá  
 que á la orilla le saca cuando se ahoga.



Así herido el Ejército contrario  
 el embarazo ve que se atraviesa  
 para fijar el diente sanguinario  
 sin riesgo suyo en la deseada presa.  
 Alejarse juzgó por necesario  
 el que no halla lugar á la sorpresa,  
 conduciendo sus muertos y estropeados  
 hasta que otros arbitrios sean logrados.

Desamparan á *Techo* por temor  
 que los nuéstros de noche los sorprendan,  
 como saben hacerlo con primor,  
 sin que los suyos el designio entiendan.  
 Y si allí dan impulso á su valor  
 es de temer que mucho más emprendan,  
 y al recordar la rota de Usaquén  
 á Fontibón marcharon con su tren.

Temen que como entonces vio Ricaurte  
 su campo con gran pérdida deshecho,  
 así la tropa al General se le hurte  
 y ejecute lo mismo sobre *Techo*.  
 Y si el efecto como allí les surte  
 ya no queda lugar sino al despecho,  
 y no logran los suyos el concierto  
 que en todo caso los ponía á cubierto (22).

En Santa Fe minaban los traidores,  
 que aunque pocos, son siempre peligrosos  
 los trabajos de ilustres defensores,  
 que á su Patria guardaban valerosos.  
 Las mujeres, que son para esto peores,  
 procuraban con modos insidiosos  
 darle de todo al enemigo aviso  
 y al Gobierno impedirlo ya es preciso.

La mujer de París, que con sus hijos  
 seducido tenían aun á su padre,  
 mensajes le mandaban los más fijos  
 á Mariano del que era buena madre...  
 Y la Baraya informes muy prolijos  
 de cuanto hallaba que al intento cuadre  
 á Antonio, dirigía al buen hermano  
 que en comisión venía con el tirano.

Otros dos redoblaban y esta guerra  
 en que infieles á todos perjudican  
 y el conducto á las tales no se cierra  
 aunque bandos para ello se publican.

(22) La noche del 7 de Enero de 1813, cuando Nariño había propuesto ya las capitulaciones más vergonzosas para la entrega, y ni éstas se le habían admitido, los oficiales y soldados del *Auxiliar* y otros jóvenes valerosos, se arrojaron sobre Usaquén y les tomaron un cañón desalojándolos de allí con gran pérdida.



Y ni la pena capital aterra,  
 pues tales son las gentes que se indican  
 que en sus casas disponen el fomento  
 que á la traición dará su complemento.

Una quinta tenían en la Alameda  
 los Parises, nombrada *Sanfasón*,  
 donde aseguran que de noche queda  
 de los contrarios buena prevención:  
 y es necesario que por fin suceda  
 á un lugar de continua diversión,  
 el desastre común á los lugares  
 donde puso el desorden sus hogares.

El Capitán Ahumada la registra  
 con diez hombres valientes que conduce.  
 y el enojo común la tea enristra  
 que á pavesas del todo la reduce.  
 Su material al fuego suministra  
 un pábulo tan propio que produce  
 el incendio, que á todos les avisa  
 que los gustos acaban muy aprisa.

De allí sale erizada de serpientes  
 la cruel venganza dando mil ahullidos,  
 y réchinando los horribles dientes  
 á los negros dejó despavoridos.  
 Más atezada que ellos, tan ardientes  
 sus ojos cual carbones encendidos,  
 respirando volcanes les da cuenta  
 que *Sanfasón* quemado se lamenta.

Cuando Bolívar en su campo escucha  
 la relación del hecho, se enfurece,  
 y si la gana de vengarse es mucha,  
 la vista del peligro le estremece.  
 Entre crueldad y miedo allí se lucha,  
 mas como la venganza prevalece  
 para el siguiente día se decreta  
 que todo el campo á Santa Fe acometa.

El sábado amanece, que se cuenta  
 diez de Diciembre, día muy aciago  
 en que al feroz contrario se presenta  
 el teatro del furor y del estrago.  
 Manchado nuestro suelo se lamenta  
 con los horrores que le dan en pago,  
 cadáveres de fieros asesinos  
 per la injuria de todos sus vecinos.

De Fontibón salieron de mañana  
 trayendo palas, picos, hachas, barras,  
 que las salinas y la gran Sabana  
 por desgracia confiaron á sus garras.  
 La prevención ya saben que no es vana,  
 pues si son nuestras tropas tan bizarras,  
 las suyas rompen casas y almacenes  
 por resguardarse y por robar los bienes.



Su numerosa hueste la dirigen por la hacienda nombrada *Chamicera*, como otra vez Baraya, y no corrigen lo que un error en esto se creyera. Con más tiento no hay duda que se rigen introduciendo allí la fuerza entera para atacar de golpe todos juntos y evitar dispersión hacia otros puntos.

Saben que aquellas cercas allanadas no hay allí más reparo ni defensa: que nuestras tropas se hallan ocupadas en cubrir otra línea más extensa. Y los campos que están á sus entradas si se retiran dejan indefensa la ciudad en sus calles espaciosas, que sin ellos, no fueran peligrosas.

Ni podrían conducir la artillería, en especial la gruesa en este caso, y la ciudad por suya quedaría y la podrían saquear sin embarazo. Y así se calculaba que este día todo debía concluirse sin atraso, y ya casas tenían donde alojarse si la cosa pudiera retardarse.

A los suyos avisan que en sus puertas *Congreso* escriban, que llegado á ver, aunque á los negros quedarán abiertas no tendrán de su rabia que temer. Ni pueden ser las señas descubiertas por los nuestros debiéndolas hacer al tiempo del afán en que pelean y en registrar letreros no se emplean.

Entretanto prosiguen la maniobra por la *Estanzuela* y *Chamicera*, abriendo tan amplia entrada que le fue de sobra al escuadrón que se iba descubriendo. Y para más facilitarse la obra todos habían montado, previniendo nueva fuerza en el ímpetu y carrera que á los nuestros á raya los tuviera.

Ya en efecto del grande Observatorio los partes se repiten, y se expone, que el enemigo llega y es notorio, que entrar por Santa Bárbara dispone: Que es allí urgente el riesgo, y perentorio, si al momento á su paso no se opone considerable fuerza que resista al escuadrón contrario que se avista.

Leiva con gran calma le previene al Coronel González que destine de las *Milicias* que á su cargo tiene tropa que la Noroeste se encamine.



Por el Suroeste el enemigo viene;  
 ¿Quién, pues, será capaz que lo combine?  
 ¿Que á la Alameda vayan estos sesgos,  
 si son en Santa Bárbara los riesgos?

D. Manuel Vásquez Posse, Capitán de *Milicias*, ve que esto se le ordena: su compañía lleva, pero el plan con interior disgusto lo condena. Cien lanceros le siguen, pero van, aunque sumisos, con la misma pena pues ociosos, en punto tan distante á la plaza se vuelven al instante.

D. Pedro Núñez, Coronel valiente del *Auxiliar*, situado en un repecho, al enemigo espera con su gente, y algunos voluntarios de gran pecho El Capitán Estévez, diligente á Núñez acompaña, y con provecho opone al enemigo dos violentos con artilleros diestros y de alientos.

De Santa Catarina al puente llegan los contrarios, á la una de la tarde, en que el paso conocen que les niegan los nuéstrs, donde no hay que los resguarde. Su furor al momento los desplegan y el batallón de *Barlovento*, que arde, el horrible coraje rompe el fuego á que los nuéstrs corresponden luégo.

Desalojar al *Auxiliar* pretende, que pocos tiros entre tanto pierde: rechaza á los contrarios y los tiende manchando la vil sangre el suelo verde. La metralla destroza y los suspende haciendo que la muerte les recuerde á los que quedan vivos que muy presto les amenaza el término funesto.

El batallón que llaman de *Valencia* á *Barlovento* acude, y los dragones de Caracas le envisten con violencia al *Auxiliar* con nuevas municiones; mas tal estrago obró su resistencia, sin que lo hagan dejar sus posiciones, que aunque ya se les reúne el de *La Guaira*, á tal brío ninguno lo desaira.

Las tropas del Socorro y muchas más de Santa Rosa, Tunja y Sogamoso un grueso forman de rodear capaz aquel puñado de hombres valeroso. Sólo su aliento en resistir tenaz sostiene allí dos horas vigoroso tan vivo fuego que les da el diseño de lo funesto y arduo del empeño.





Con siete mil contrarios combatiendo,  
y entre ellos dos mil negros desalmados,  
dos horas incesantes estoy viendo  
menos de cuatrocientos esforzados;  
y el ímpetu rabioso suspendiendo.  
como muro de bronce rechazados  
mil veces los contrarios nunca pueden  
ver que un palmo de tierra ya les ceden.

Mas si el brío de Núñez es tan grande,  
si su esforzada tropa no flaquea,  
auxilios ya es preciso que demande,  
cuando el pertrecho al fin se le escasea;  
y el General no piensa en que se mande  
ni un hombre de refuerzo al que pelea  
con los que adentro él quiere ni que lleve  
la munición que se le acaba en breve.

El esforzado D. Bernardo Pardo,  
Teniente Coronel del *Auxiliar*,  
en la Alameda manda, mas no es tardo  
en socorrerle desde aquel lugar.  
Toma un cañón, que lleva de resguardo,  
y buena tropa, y se le ve acercar  
hiriendo á los contrarios por la izquierda,  
sin que uno solo de los suyos pierda.

Los pone en confusión, y ya yo cuento  
cinco mil fugitivos que persigue  
hasta el puente de Aranda; cuando siento  
que á retirar á Núñez se le obligue.  
Sobraba aún en los nuéstros el aliento;  
mas los tiros se acaban y no sigue  
al resto que quedó, cuando fugaron  
los que Pardo y los suyos derrotaron.

Núñez se halla en la dura precisión  
de abandonar el puesto, cuando tiene  
al enemigo en tanta confusión  
que á esfuerzo de sus Jefes se detiene.  
Deja allí sin recámara un cañón  
y por cobrarlo Estévez se entretiene,  
Y le hieren un pie desde una casa  
mientras Núñez marchaba hacia la plaza.

Esta es la casa del infiel enredo,  
guarida de traidores que hacen fuego  
por la espalda á los nuéstros y sin miedo  
que los ofendan, pues se encierran luégo.  
Una armonía escucho entre el denuedo  
de los nuéstros, que entonan con sosiego  
en la plaza postrados el Dios Santo,  
y en coro la convierten con su canto.

Así reciben al herido Estévez  
y á perseguir los negros se destacan  
que á esfuerzos de recursos tan alevés  
cuasi dos mil que dentran nos atacan.



Las sospechas no pueden ser ya leves de la traición que á muchos les achacan, si en la plaza detienen con pretextos los que á tomarlos luégo están dispuestos.

Una niebla funesta y denegrida, en medio de una tarde limpia y clara por donde entran los negros esparcida, en el momento mismo se repara (23). Nuestra tropa en la plaza enfurecida para salir contra ellos se prepara, y el General con dilaciones varias la entretiene con órdenes contrarias.

Todo lo manda Leiva vagamente, de todo lo que ocurre se le avisa, mas ni puestos asigna, ni envía gente, ni una orden terminante da ó precisa. Hacen fuego á la plaza y vanamente la tropa aquí suspensa é indecisa, el tiroteo sigue si no avanza y enviste á los contrarios sin tardanza.

Don Lorenzo Fernández de Arellano y escuadrón de europeos voluntarios de que ayudante fue, consigue ufano todo el cordón romper á los contrarios. Mas le disparan del balcón cercano de la Robledo, junto al cual con varios estaba descuidado de tal hecho, que tiro cierto aseguró á su pecho.

Aunque á parte tan noble con acierto dos balas despidió el aleve trato herido logra verle, mas no muerto, el traidor que le halló tan inmediato. De la insignia del Carmen va cubierto Arellano, que al plomo más ingrato cuando toca la cinta de que pende la fuerza debilita y se suspende.

El anciano don Juan de Uricoechea andaba á pie, pero el vizcaíno noble seis tiros hace y todos los emplea en seis negros que mata, y queda inmoble. Tan penetrado está de que pelea por la causa más santa, que es al doble el aliento que muestra valeroso al de un joven robusto y vigoroso.

Un soldado hacia Egipto corre á pie y á pecho descubierto sigue el tiro que hacer sobre los negros se le ve, que fugitivos ya de allí los miro.

(23) Esto no pudo ser efecto de polvareda, pues las calles que pisaban eran todas empedradas.



Los sigue el voluntario, mas él cree  
facilitarse más para este giro:  
viene á la plaza y un caballo pide  
y al punto á perseguirlos se despide.

Su nombre yo lo ignoro que debiera  
en el bronce esculpirse, mas advierto  
que si a la tropa largan, llegado era  
el día de adquirir un triunfo cierto.  
Mas no permiten sino á pocos fuera  
de la plaza seguir al descubierto,  
á los que huían en todas direcciones  
buscándose escondrijos y rincones.

Los tiros de la plaza que alcanzaban  
y los que salen de ella los arrojan  
á La Peña y *Los Laches*, y aun tomaban  
por precipicios sin que senda escojan.  
En travesías muchos se ocultaban  
y los más bravos en Belén se alojan  
donde la Pacha Guerra, aquí se fija  
la bandera infernal que los cobija.

A caballo subía por esa calle  
Miguel Pey, Abogado Brigadier,  
para dar á Bolívar donde lo halle  
las pruebas de su honrado proceder.  
Bolívar de Pardo huía, y el detalle  
hasta la noche no llegó á saber,  
pero á los suyos halla y da el abrazo,  
y en llevarles licores no anda escaso.

El grande Observatorio abandonado...  
¡qué omisión, si descuido fue culpable!  
¡qué traición, si de intento se ha dejado  
sin una guardia bien considerable!  
Aquí los negros vienen y han hallado  
un fuerte donde el riesgo es ya palpable,  
que á nuestra tropa ofrece, pues domina  
á la plaza y el tiro la encamina.

A un cabo que en el pecho da una bala  
sobre la cifra de Jesús que trae,  
al tocarla, desde ella se resbala,  
pierde la fuerza y á los pies le cae.  
Apenas levemente lo señala  
con lo que el golpe y la fricción le rae,  
por memoria, sin duda, de un prodigio  
en que ilusión no cabe ni prestigio.

El fuego en Santa Bárbara se aviva,  
y lo demás en la ciudad estaba  
sin que temor alguno se perciba  
de la traición atroz que se intentaba.  
El designio es forzoso se conciba  
cuando á toda la tropa se trataba  
retirar á la plaza y sin abrigo  
dejarle la ciudad al enemigo.



El valeroso Pardo persiguiendo  
 á los que hufan, á Aranda había llegado,  
 y la orden que los siga estaba oyendo  
 hasta Tunja que Leiva le ha mandado.  
 La tramoya conoce allí sabiendo  
 que á Santa Fe los otros han entrado,  
 y á su campo volvió, en San Victorino  
 á donde cerca de la noche vino.

Da Leiva entonces orden terminante  
 "que á la plaza retiren toda fuerza  
 que el campo de las Nieves se levante,  
 pues no conviene tropa allí dispersa."  
 D. Feliciano Otero en el instante  
 obedece, y de Pardo es bien diversa  
 la conducta, pues se halla en situación  
 de conocer más presto la traición.

Volvían los fugitivos con aviso  
 que en el camino presuroso alcanza,  
 y á Bolívar no deja ya indeciso,  
 que á Santa Fe regrese sin tardanza.  
 Venir en derechura le es preciso  
 por el camino real en la confianza  
 que ya la entrada es franca y expedita  
 sabiendo hay orden que embarazos quita.

Pero lo siente Pardo y le previene  
 tan fuerte resistencia, que amanece,  
 y el vivo fuego sin cesar sostiene  
 que al contrario rechaza y estremece.  
 Entrada libre por San Diego tiene:  
 lo sabe Pardo, y justo le parece  
 retirarse, no sea que vea cortada  
 allí su tropa noble y esforzada.

Toda la noche el fuego sostenido  
 aquí y en Santa Bárbara tenfa  
 el designio fatal entretenido,  
 que hasta las ocho logran de este día. (24)  
 A Bolívar habían introducido  
 por Las Cruces: Montúfar conducía  
 como traidor á todos al tirano  
 hasta la casa del Marqués Lozano.

Sufre el insulto que la soez conducta  
 de los villanos Jefes le prepara,  
 cuando sus tropas entran sin disputa  
 y rompen la pared de Santa Clara.  
 El monasterio santo no se inmuta,  
 y el Capellán en riesgos no repara; (25)  
 va en busca del tirano y á su imperio  
 ileso logra ver el monasterio.

(24) Domingo 11 de Diciembre de 1811.

(25) El Capellán era el Dr. D. José Manuel Castillo.



Ya D. Bernardo Pardo estaba dentro de la plaza, y García del Castillo (26) con todo los demás, que el duro encuentro la noche antes sostienen con tal brillo. Instan de nuevo por salir del centro á pelear con los negros; y al caudillo que no saben la casa en que se hospeda, perseguirlo cada uno como pueda.

Pero Leiva se opone y no permite sino algunas guerrillas, que no bastan para concluir la acción, y que se evite el pillaje, y los tiros que se gastan. El pretende que todo se limite á entretener, por ver si se contrastan con la pausa y cansancio los alientos, para tener pretexto a sus intentos.

Los nuestros, dondequiera que divisan el grupo de contrarios, los persiguen, y á fuga vergonzosa los precisan ó á buscarse lugar donde se abriguen. Aún de un soldado nuestro se horrorizan, y se vuelven atrás, si no consiguen reunirse muchos aunque sea contra uno que sin auxilio miren de otro alguno.

Entretanto ya Serna introducía por la espaciosa calle de Las Nieves una gruesa cuadrilla que venía sin tropiezo, cual guiada por alevés. Saquear las casas ricas pretendía, y aprovecharse de momentos breves, para huir en todo caso bien provistos cuando ya por los nuestros fuesen vistos.

Después que roban la indefensa casa de D. Tirso González, que se hallaba con otros voluntarios en la Plaza, la furia en la de Páramo se acaba. La piedad de su viuda aquí embaraza todo el fin que á su casa los llevaba, pues de la iglesia parroquial ha traído la efigie de Jesús con la cruz caído (27)

A su vista se postra la canalla: un temblor reverente la suspende, se llena de terror y ya no se halla en aptitud de hacer lo que pretende.

(26) D. José María, sobrino del antecedente.

(27) Esta bellísima imagen se hallaba depositada en casa de esta viuda de Mateo Páramo, que cuida del altar, por estarse refeccionando la iglesia parroquial.



Despavoridos salen, y una valla  
tan fuerte á todo el barrio lo defiende,  
como que el Buen Pastor guarda este aprisco,  
y á la plazuela van de San Francisco.

Apoderarse intentan del convento,  
que fortaleza hacerlo se procura;  
mas la puerta por dentro, en el momento,  
con bien pesadas trancas se asegura.  
Ni de forzarlas logran el intento,  
pues nuestra gente tánto los apura,  
que por fuera los viene ya siguiendo  
que dejan el empeño y van huyendo.

Mas vuelvo á Santa Bárbara los ojos,  
allí veo espacir al fiero Salas  
el estrago y horror que sin sonrojos  
no pudieran sufrir aun gentes malas.  
En las cuadras de Egipto con enojos  
lamentan, no los tiros de las balas,  
sino rapiña cruel á claras luces,  
que sigue desde Egipto hasta Las Cruces.

D. Vicente Vidal se ve asaltado  
de una cuadrilla que forzó las puertas,  
donde el gusto inocente bien logrado  
á todos en la paz las tuvo abiertas.  
Le dan muerte después que lo han robado,  
y hasta expirar les dio señales ciertas  
de la noble piedad y devoción,  
que al retiro lo lleva en la ocasión.

D. Francisco Carrasco, que distante  
retirado vivía en San Victorino  
acometido se halla, y al instante  
para el lance tremendo se previno.  
Miguel Irao, que herido está delante,  
por las tapias huyó del asesino,  
que mil veces escapa de su mano  
cuando armada la tuvo y se vio sano.

Este barrio corrido había primero  
con los negros dragones que mandaba  
un Luzón, que en Caracas fue barbero,  
y ya por cruel de Capitán se hallaba.  
A su lado soberbio y altanero  
el traje capuchino deshonraba  
otro negro, en un macho muy retinto,  
si no es furia infernal el que ya pinto.

Una barba muy luenga y encrespada  
cubría el pecho á fantasma tan extraña,  
la vestimenta toda ribeteada  
como con cintas de color de caña.  
Con sable y con montera colorada  
de que pendía la trenza, que es tamaña,  
de color amarillo que á su cabo  
tras muy largo capuz parece rabo.



La gente que lo ve á Jesús invoca  
y á la virtud del Nombre sacrosanto,  
aquel disforme negro se disloca,  
al suelo cae y huye con espanto.  
A Luzón y sus negros no les toca  
sino sentirse todos con quebranto  
en el necio furor que les inspira  
el padre del error y la mentira.

Pero esos hombres torpes y brutales  
poseídos del espíritu homicida,  
aparecen cual furias infernales  
amenazando siempre á toda vida.  
Ni el demonio se aparta de hombres tales  
que trastornar intentan la medida,  
la regla y orden de la Ley que impuso  
Dios al hombre que al mérito dispuso.

El orgullo insensato que se obstina  
en no tener más ley que el desenfreno,  
á los malvados siempre los inclina  
á turbar el sosiego porque es bueno.  
La sociedad conoce que se arruina  
cuando esta falsa libertad de lleno  
ellos logran sin duda por castigo  
del que es de injusta libertad amigo.

Santa Fe lo conoce cuando amaga  
á destruir la saña que implacable  
ni del anciano don Ignacio Arriaga  
perdona la canicie respetable.  
La pena de su error así la paga  
cuando llora el estrago lamentable  
de inocentes pacíficos vecinos  
que degüellan tan viles asesinos.

Lo sagrado del día se profana,  
y el domingo del gozo así se pena; (28)  
ni abrirse puede templo, ni campana  
desde la tarde antecedente suena.  
Mas la gente que pudo de mañana  
á la iglesia se acoge como buena,  
don Manuel Núñez de Balboa sale  
pero el asilo santo no le vale.

Era un noble gallego, que quiteño  
reputan otros, y á la iglesia llega  
de La Tercera, cuando vio el cruel ceño  
del escuadrón contrario á quien se entrega.  
Ni cuando huyen desiste del empeño  
la cuchilla asesina que al fin siega  
la vida del anciano en la Alameda  
donde el cadáver mal cubierto queda.

(28) Era la dominica *Gaudete*.

Mas á los cinco días el sagrado  
que vivo frecuentaba apeteciendo,  
incorrupto y flexible le han hallado  
sepultura eclesiástica pidiendo.  
Del sayal franciscano amortajado  
en la iglesia presente descubriendo  
mientras dura la misa y funeral,  
del asesino está lo criminal.

Orando estaba don Joaquín Quintana,  
anciano el más amable y real Ministro, (29)  
cuya conducta mil laureles gana  
cuando por todas partes la registro.  
Y el llanto tierno que á su muerte mana  
es el riego mejor que suministroo  
cual debido tributo á la memoria  
del que muriendo se adquirió tal gloria.

Por no jurar la infiel independencia  
pidió una y otra vez su pasaporte,  
y sufre los ultrajes é indigencia  
sin que lo noble de su honor se acorte.  
No lo rinden promesas ni violencia  
hasta que dio la vida al fiero corte  
de aceros criminales, que combinan  
que por tales medios lo asesinan.

Buscan su casa y no faltó traidora,  
de las que albergan á los negros fieros,  
que se la indique, porque cerca mora,  
y al momento afilaron los aceros.  
El anciano no teme ni desdora  
sus canas venerables, ni los fueros  
de su lustre mostrándose inmutable  
á la agresión alevé y detestable.

Rodeaba su familia numerosa  
al amoroso padre que en su seno  
la acoge siempre y en su digna esposa  
de su consuelo hallaba todo el lleno.  
Esta suplica y clama cariñosa  
por un esposo que miró sereno  
al asesino, y sólo le enternece  
la pena que á los suyos le recrece.

Sacerdotes apóstatas venían  
haciendo su papel de Capellanes,  
que por el traje y armas parecían  
más bien de bandoleros capitanes.  
Aunque tan duro el corazón tenían  
cuando uno de ellos vio los ademanos  
de los negros, á lástima se mueve  
y al tirano les dice se le lleve.

(29) Era Tesorero oficial Real.





Mas apenas salieron á la calle  
 les ofende el semblante y el respeto,  
 y no sufren que vivo los acalle  
 invocando á Jesús en tal aprieto.  
 La muerte allí le dan para que se halle  
 en su viudez doña Josefa Prieto,  
 y en orfandad sus hijos lamentando  
 lo que todo virtuoso está llorando.

A sangre fría veo degollados  
 la mujer é hijos tiernos del valiente  
 Rojas, que saben ser de los soldados.  
 que combatir no osaran frente á frente.  
 El completó después los desgraciados  
 que con sangre señalan inocente  
 la huella de brutales asesinos,  
 desde Guaduas hasta Honda, en los caminos.

Manos viles no cesan entretanto  
 de robar cuantas casas y lugares  
 ven libres á los negros, del espanto  
 que les dan nuestros bravos militares.  
 Las mujeres, desnudas, con su llanto  
 por su despojo muestran más pesares,  
 que por ver que les roba en más cuantía,  
 cuanto el ladrón cargar en sí podía.

Un hombre solo en una casa vive,  
 prevenido de tiros y un fusil,  
 y á morir combatiendo se apercibe  
 aunque la calle ya ocupaban mil.  
 A forzarle las puertas los recibe  
 con bayoneta, y la canalla vil  
 que al fin le mata de los suyos cuenta  
 tendidos quizá cerca de cincuenta.

La calle acometió de la Carrera,  
 una porción de negros atrevida,  
 que de D. Pedro Groot en esta acera  
 la casa quiso darse por guarida.  
 De la plaza los ven, y á la ligera  
 un cañón se dispara, que tendida  
 dejó la tanda, de que sólo han huído  
 cuatro no más de veinte que han venido

De Santa Bárbara el ilustre cura,  
 D. Juan Martínez Malo, cruel insulto  
 en su casa é iglesia, mano dura  
 le causa con el saco y el tumulto.  
 Mas al salir de allí su desventura  
 el sacrílego cuenta por resultado;  
 pues de su vida ve el postrer desmayo,  
 de una bala que viene como rayo.

Al cementerio allí, metían sus muertos,  
 y algunos medio vivos, que arrastraban  
 entretanto que estragos aun más ciertos,  
 á manos de los nueéstros se buscaban.



Sitios eligen donde estar cubiertos, viendo que pecho á pecho se escapaban de los nuestros, que en medio de la calle desafían al cobarde que batalle.

Las barras, picas y otros instrumentos que cargaron de toda la Sabana facilitaban mucho los intentos con que toda pared se les allana. Bolívar dirigió los más violentos al Seminario, porque cree, si gana edificio tan fuerte, que al instante la Plaza rendirá, que está delante.

La puerta falsa que á la espalda queda de la cuadra derriban, sin ser vista, y al interior entraron, sin que pueda precaverse, pues no hay quién les resista. Juzgan ellos que todo les suceda como pensó el tirano, y que consista la suma de su triunfo en la sorpresa, que fue sin duda su mejor empresa.

Mas luégo que los nuéstrs los columbran, á disputarles van el edificio de que dueños ya son; y si se encumbran á su altura serán de gran perjuicio. Abren, pues, con el brío que acostumbran la puerta delantera, y á un indicio, del Capitán Castillo, Roche dentra sesenta fusileros que allí encuentra (30)

De todo el edificio los ahuyentan, y las balas que luégo les arrojan a los que en otras casas se aposentan de la de Mutis presto desalojan. Los negros fortaleza ya no cuentan, cercana al Seminario, en que se acojan pues del tiro de su alta galería ni el fuerte Observatorio los cubría.

Lo abandonan después que de su ingreso dejan el rastro, que les es más propio despedazando allí cuanto al progreso del sabio Mutis deja por acopio. La barbarie frenética en exceso no perdona ni un solo telescopio; y cuando zafios lo destruyen todo muzarañas dirán que son de godó.

Bolívar más frenético se irrita, pues la ventaja que le dan de sobra el valor de los nuéstrs le limita, y á su favor con brío la recobra.

(30) Estos sesenta fusileros eran de los que tenían encerrados en la Plaza del *Auxiliar* al mando del Capitán Castillo, maracaibero, y D. José María Roche.



Si su fiereza á la crueldad lo excita,  
teme al fin el suceso con zozobra,  
y en todo caso asegurar le importa  
la salida, si el riesgo no se corta.

Manda ocupar las calles y que cargue  
la fuerza de la gente que le queda  
por todo el Hospital, y que se alargue  
el cordón á la casa en que se hospeda:  
De modo que á los nuéstros les embargue  
el cortarle, reuniendo en la Alameda  
nuestra tropa, y dos tiros que volantes  
el destrozo le aumentan por instantes.

La orden se obedece, y al momento  
hacia esas calles corren los ladrones,  
y los nuéstros, que ignoran el intento,  
los siguen en algunas direcciones.  
Mas sin Jefes, sin orden, sin aumento  
de más gente, que en tales ocasiones  
la falta de gobierno supliría,  
si un grueso competente se reunía

Los nuéstros á las veces prisioneros  
de un cuerpo de contrarios se juzgaron,  
y auxiliados de pocos compañeros  
de en medio de los negros escaparon.  
Algunos á los Jefes altaneros,  
resueltos á morir los esperaron;  
mas á un puñado de hombres que disparan  
escuadrones enteros no les paran.

Cinco á caballo al puente franciscano,  
á tiempo llegan que á subir la calle  
de los Carneros desemboca ufano  
un grueso de doscientos que batalle.  
Dar un paso adelante ya es en vano,  
mientras mi gente sobre el puente se halle;  
y cuando la orden llega de que vuelvan  
preciso es que sin ella lo resuelvan.

Porque los nuéstros á morir dispuestos  
no cuidan de las balas que les vienen,  
sino tan sólo de guardar sus puestos  
y no errar en los tiros que previenen.  
Mas los contrarios que á ellos son expuestos,  
todo el conato en escapar lo tienen  
ó en buscarse lugar que los resguarde,  
porque todo asesino es muy cobarde.

Al contrario, los nuéstros aún heridos,  
si no caen, del riesgo no se alejan;  
y por fuerza á las veces detenidos  
á las armas se vuelven, si los dejan.  
Algunos, al morir, entre asesinos,  
alegres, de su suerte no se quejan,  
y su vida la ofrecen, siempre fieles,  
porque á Jesús se rindan los laureles.



A uno la frente hieren, y de muerte,  
y al expirar consueta al compañero,  
que cercano le acude, y de esta suerte  
á todos los anima á lo postrero:  
"No hay que afligir, muchachos, si se advierte  
de esta lid el motivo verdadero:  
peleamos por Jesús, y desde el suelo,  
el que muere da un salto para el Cielo."

De la Plaza se escapan por momentos  
á engrosar las guerrillas cuantos pueden,  
y oponer al traidor impedimentos  
que á sus infieles trazas no le ceden.  
Los de la fuerza principal violentos  
si á la mitad tan sólo le conceden  
salir por la ciudad, ó se amotina  
al tirano amenaza total ruina.

Al artificio y dolo se recurre,  
se presentan de amigos con semblante,  
les lloran á los nuestrós, y si ocurre  
algo simple, se cambian al instante.  
La sencillez que un medio no discurre  
á la razón y honor tan repugnante,  
cuatro auxiliares lleva, cuyo daño  
evita á muchos otros el engaño.

Cual buio que con su hálito atrayendo  
la res incauta cuando ya se arrima,  
el diente fija y se le va engullendo  
sin riesgo de que la asta fuerte esgrima.  
Así les preparaba el lance horrendo  
quien cobarde al combate no se anima,  
con dos á quienes cortan la cabeza  
y otros dos que escaparon con presteza.

Ya don Ventura Ahumada, sorprendido  
con muerte libra del que asíó su rienda,  
y á otros jinetes se le ve reunido  
para volver á la fatal contienda,  
Don Juan de Uricoechea allí cogido  
admira que de tántos se defienda,  
y á pie los atropelle el buen anciano  
esgrimiendo el fusil cual asta en mano.

Pero luégo que libre ya se mira,  
y á la distancia se halla competente,  
á todos los detiene, pues les tira  
y dos negros derriba desde el puente.  
Entonces paso á paso se retira  
á tiempo que ya Ahumada con su gente  
á tiros y lanzadas no dan paso  
que al contrario no cueste algún fracaso.

A este tiempo uno y otro Carabaño  
habían reunido su escuadrón horrible  
de la Alameda al Hospital con daño  
que la fiereza cruel hacía sensible.



San Victorino siente el peso extraño  
de la canalla que ya no es posible  
que un choque con los nuestros formalice,  
sin que á otras calles luégo se deslice.

Este cordón extienden á la esquina  
que sale hacia la calle de Florián,  
oculto tiro desde allí se inclina  
á los que frente del Palacio están.  
Por medio de las balas encamina  
su curso nuestra tropa, donde van  
de viejos coraceros una hilera,  
y el negro vuelve atrás a la ligera.

Se retiran los nuestros y queda uno  
observando, á quien luégo por detrás  
tres hacen tiro sin lograr alguno,  
y él vuelve y uno tiende allí no más.  
Corre al otro: se apea, y oportuno  
con el fusil del muerto faz á faz  
de un golpe lo desnucan, y al tercero  
atravesaba entonces un lancero.

Mas al fin pocos hombres un pedrero  
conducen, y de modo los acosa,  
que al cordón que ya tienen delantero,  
aunque heridos los nuestros los destroza.  
Los otros se dispersan, y ligero  
el parte da la gente mentirosa,  
afirmando á Bolívar que este mal  
un tiro le causó del Hospital.

Frenético el impío exclama ciego:  
"Id y pasad al filo de la espada  
á todo el Hospital; no valga ruego  
pará que allí con vida quede nada."  
El fiero Salas se le brinda luégo,  
y pide que una fuerza le sea dada  
de cuarenta dragones escogidos,  
los más crueles, feroces y atrevidos.

Párte con ellos, y á las puertas llega,  
prorrumpiendo el furor en amenazas,  
conmueve al Hospital, y no sosiega  
buscando de forzarlo nuevas trazas.  
Mientras él se ocupaba en esta brega,  
los religiosos tiemblan en sus casas,  
al Angel San Rafael las encomiendan  
y al grande Juan de Dios, que las defiendan.

El Provincial la santa imagen pone  
que con luces dejó en la portería,  
y á la iglesia se van, donde se expone  
al que nos hace grata compañía.  
Jesús sacramentado les dispone  
quien á librarlos corra en su agonía,  
porque se vea lo que siempre alcanza  
la fe de Jesucristo y su confianza.



El fuerte Ahumada y D. Ramón de Lagos  
ven los negros: rodean la manzana;  
acometen, y queda en sólo amagos  
la comisión sangrienta é inhumana.  
Diez y siete lanceros, ¡qué de estragos  
producen, con que el cielo les allana  
las armas de cuarenta á quienes postran  
cuando los riesgos de la muerte arrostran!

Los embisten por uno y otro lado,  
los que en número no eran la mitad,  
y en los contrarios no les da cuidado  
de las armas la gran desigualdad.  
Entre el humo y las balas no hay costado  
que no penetre allí con mortandad  
la lanza que blande y que no afloja  
el que á morir intrépido se arroja.

Mas no perece alguno que acomete  
al sacrilego Salas: Dios preserva  
de los tiros aquellos diez y siete  
que á la gente destruyen más proterva.  
Heridos de las lanzas se comete  
cada negro á la fuga, mas le observa  
diligente el lancero en la contienda  
y de su golpe no hay quién se defienda.

Sólo es herido Lagos en un brazo,  
del resto de los que huyen y persiguen  
en una tienda, donde de un balazo  
herido no permite que se abriguen.  
Dispuestos a morir en todo caso  
atroz matanza los lanceros siguen,  
que sin temor de sables ni de balas  
á ninguno perdona, ni al cruel Salas (31)

Noticioso Bolívar de la muerte,  
del más cruel de los suyos, se consterna  
y su aflicción explica la más fuerte,  
pues no sabe en su pecho que sea tierna.  
Los raptos de furor son ya de suerte  
que manifiestan que la saña interna  
á Santa Fe á cenizas redujera,  
si como quiere hacerlo, así pudiera.

Yo miraba los grupos de su gente  
que en la ciudad quedaban tan medrosos,  
que su derrota estaba bien patente  
á tiros de muy pocos valerosos.  
Si de la Plaza un grueso competente  
sale á las calles, y los cortos trozos  
que dispersos se ven, persigue y lanza  
todo queda concluído sin tardanza.

(31) Sólo Ahumada llevaba arma de fuego, pero descargada. Bolívar decía, que si hubiera sabido que había de perder á Salas, nada hubiera intentado contra Santa Fe: ¡Tál era éste!



A la Plaza llegaba en este punto otra noticia cierta, que interesa, más que ninguna, y que les da el conjunto de gustar todo el triunfo sin sorpresa. Saben, pues, que Bolívar se halla junto con su Plana Mayor, y con gran prisa se trata de ir en busca del tirano que aún existe en la casa de Lozano.

En ella sin pertrechos ya se hallaba con poca gente y con terror de sobra; y la demás que en la ciudad quedaba sus oficiales busca con zozobra. No saben unos de otros, y les daba notable pena ver que no recobra el tirano su pérdida, aunque al fin le rinda la ciudad el trato ruin.

Partidas de los que hufan ya llenaban de Fontibón las sendas anchurosas, y los negros que entre ellos escapaban las armas ya las tienen por ociosas. Contentos con lo mucho que robaban llevaban los ladrones tántas cosas, que les duele dejar la infame carga porque temen se pierda si se larga.

Unos de éstos se llegan á Baraya, que en Fontibón espera, y viendo que huyen, cuando logrado el triunfo cree que se haya, en que él, Castillo y Torres tánto influyen. Ni á preguntar acierta, pues desmaya viendo que al fin sus planes se destruyen; mas se recobra con llegarle un posta que municiones pide á toda costa.

Los fugitivos trata que se vuelvan: de algunos lo consigue; otros repiten "que no es fácil que á tánto se resuelvan cuando el peligro es justo que ya eviten: Y es fuerza que sus tropas se disuelvan cuando conocen ya que no compiten con los nuéstrs, pues uno les ahuyenta á doce de los suyos de más cuenta."

Bolívar, que esperaba los pertrechos, la dilación con su peligro mide, y de la paz brindando los provechos á pedir un ajuste se decide. Sus fieros escuadrones ve deshechos, y el infiel armisticio que ahora pide cual rendido, es por ver si logro tienen las tramas que á este tiempo se previenen.

Era esto en el momento que apurando nuestros fieles soldados y oficiales por dar fin al combate van marchando á la casa que alberga sus rivales.



Los leales al católico Fernando  
creían ya que pisaban los umbrales,  
donde cogiendo al fementido preso  
el Nombre real aterraría al Congreso.

Disponen los cañones á la empresa,  
que seguros los guía á la victoria:  
alegres van, cuando á quitar la presa  
corre el que indigno se hace de memoria.  
Tánta es la desazón que Leiva expresa,  
que su intención se hiciera bien notoria,  
si no usara del frívolo pretexto  
de la paz que Bolívar ha propuesto.

La suspensión fatal que se estipula  
el triunfo les arranca de la mano,  
y los esfuerzos del valor anula  
que lograrse debieran tan temprano.  
A la lealtad los riesgos acumula  
por dejar libre de ellos al tirano,  
que a las doce se rinde ya cobarde  
y tres horas le dejan de la tarde.

Eran dos las que pide, y le concede  
la necedad sin repugnancia alguna,  
mas el reloj á la destreza cede:  
que á las dos de la tarde toca la una.  
Aun el tiempo que nunca retrocede  
se disfraza en la lid en que importuna,  
se viste de amistad á la perfidia  
y humanidad se finge la desidia.

#### CANTO CUARTO

¡Oh silencio funesto! ¡Ya me anuncias  
el pavoroso término á que lleva  
esa inacción fatal que me denuncias  
y el orgullo al tirano le renueva!  
¿Por qué ciudad ilustre no renuncias  
de la obediencia que tu honor reprueba,  
al General infiel que la ha negado,  
al Rey y la nación que lo han honrado?

Mas ¿qué he de hacer? ¡Mi llanto no aprovecha!  
¡Cautiva voy á verte y sumergida  
en la opresión más dura y más estrecha  
al criminal Congreso sometida!  
¡Tu fuerza militar será deshecha  
y cual rebelde, ajada y sorprendida,  
cuando algún resto de los tuyos obre  
para que el real dominio se recobre!

¡Mi suerte no la sé! si sobrevivo  
á la horrenda catástrofe, si el cuello  
he de rendir al asesino altivo  
que condena los leales al degüello!





O si la serie del suceso escribo  
entre cadenas, que serán el sello  
menos atroz de la barbarie dura  
con que piensa el traidor que se asegura!

No suceda que plumas mentirosas  
con bello estilo den en apariencia  
otro barniz á tan horribles cosas,  
la rebelión llamando independencia.  
Que disfrazando acciones tan odiosas  
libertad apelliden la violencia  
y engalanen de celo y patriotismo  
á su brutal y torpe fanatismo.

Ya vemos publicadas unas cartas  
que imprime en Londres con obscura mano  
el que de absurdos las dejó tan hartas  
con injuria del nombre americano.  
¡Oh genio sedicioso! ¡Tú descartas  
de la dicha á la paz! Pero es en vano  
que repitas y clamores: que *peleemos* (32)  
los que la guerra injusta aborrecemos.

El se atarea en escribir la historia  
que al mexicano imperio: aquella tierra  
tan noble, rica y de lealtad notoria  
la discordia introdujo la cruel guerra. (33)  
Su patriotismo recobró con gloria  
los timbres de la paz, que no destierra  
esa pluma que escribe con envidia  
del celo que destruye á la perfidia.

Que diga todo alevé: ¿cuáles bienes  
puede darnos la espada destructora?  
Que muestre los dichosos, entre quienes  
uno solo se cuente que no llora.  
Que prevenga laureles á las sienas  
del que venciendo no maldice la hora,  
en que abrazando el delincuente empeño,  
á su fortuna ya miró con ceño.

Que señale, quién es quien se asegura  
del Gobierno, que inquieto y vacilante  
con la violencia resguardar procura  
su autoridad precaria é inconstante  
¿Quién no gime, por fin, la desventura  
que perturba el sosiego á cada instante,  
y á ninguno lo deja sin insulto  
entre sustos y riesgos de un tumulto?

(32) Así concluye su segunda carta el *Americano*, cuyos absurdos he puesto en claro en la crítica imparcial sobre el sermón predicado el 20 de Julio de 1815. Este es el autor de una obra sobre la revolución de México, que trajo el Conde de Casavallencia á esta ciudad.

(33) Este autor nos han dicho ser un Dr. D. Josef Guerra, hombre, sin duda, de talento y literatura, que aquí también hemos visto prostituídos á la pasión y al error.



¿No llora ya la noble Santa Fe  
 sus pacíficas gentes divididas,  
 y del furor poseídas no las ve  
 á Caracas y Pasto conducidas?  
 Su decoro y su lustre ajado fue;  
 y sus mejores armas ya perdidas,  
 á las lanzas recurre en la defensa  
 más justa y racional en que ahora piensa.

¿No ha visto en *Paloblanco* las injurias  
 que á sus hijos se han hecho allí rendidos?  
 ¿Y no han vuelto del hambre las penurias  
 de donde quiera siempre consumidos?  
 ¿Qué utilidad les dieron esas furias,  
 que á Venezuela y Popayán destruidos  
 los llevan sólo por cebar la llama  
 de la guerra civil que nos infama?

¡Oh rebelión funesta! ¡Ya yo veo  
 que has de acabar con todo, si otra mano  
 el remedio no pone al fiel deseo  
 que lo espera de sólo el Soberano!  
 ¡Mas de un Rey tan piadoso jamás creo  
 que abandone sus tierras al villano  
 empeño de destruir aun lo más santo  
 si Dios su trono real protege tanto!

¿De qué sirvió triunfar con tanto brío  
 dos años há del infernal Congreso  
 si con él no se rompe: si el desvío  
 de su plan no es el fruto del suceso?  
 ¿Si la traición y horror de *Calibío*  
 manifiesta después el cruel exceso,  
 que degolló rendidos inocentes  
 maldiciendo tal crimen los valientes? (34)

¡Oh monstruos sanguinarios! ¡Quién creyera  
 que siendo del estrago los autores  
 tanta sangre y desdicha no pudiera  
 templar la sed de estragos y de horrores!  
 ¡Que tan osada la impudencia fuera,  
 que causando á las gentes mil dolores  
 repetieseis que dicha y libertad  
 les daba vuestra bárbara impiedad!

¡Que después que invocando el Dulce Nombre  
 del Salvador en la defensa justa  
 la victoria se logra, no se asombre  
 quien lo vulnera en la agresión injusta!

(34) Allí fue donde á pesar de todos los disfraces, se asegura haber muerto, por traición, el valeroso D. Ignacio Asin; y de los rendidos haber escapado sólo veinte con el Capitán Dupré, por haberse sublevado ya la tropa en su defensa. Los horrores del maldito francés Serviez, nadie hay que los ignore con los prisioneros del Palo, de que sólo escaparon algunos de Cabal y Montúfar, y éste es hoy el General del Congreso.



¿Quién no se irrita cuando ve que hay hombre  
que de cubrirse con la capa gusta  
de la piedad al tiempo que la ofende  
y la funesta rebelión enciende? (35)

Así explicaba yo mi pesadumbre  
al tiempo que dos jóvenes robustos  
de Monserrate llegan á la cumbre  
causándome su vista nuevos sustos.  
La sorpresa que se hace ya costumbre  
al repetirse males tan adustos,  
me dispone á escuchar de boca de éstos  
anuncios de pesares más funestos.

No traían otras armas que sus sables  
que las tupidas ruanas les cubrían,  
y en sus semblantes, que eran agradables,  
el interior enfado no encubrían.  
Tan tristes los notaba, que aunque afables  
saludarme siquiera no podían,  
cuando acabando de subir la cuesta  
á mi lado uno y otro se recuesta.

Yo les hablo lloroso, y les pregunto  
de su fuga y tristeza la razón.  
Y ellos me dicen: "que ha llegado el punto  
de cerciorarse bien de que hay traición:  
Que de triunfar había llegado el punto  
mil veces detenidos en la acción,  
cuando embarazo nuevo les opone  
la mano del traidor que se interpone.

"Los oficiales obran ya sin tino,  
y á la tropa y milicia desagrada  
el que al grueso se tenga sin destino  
y la fuerza en la Plaza retirada.  
Si á prender al tirano se previno  
cuando la acción estaba ya ganada;  
el General astuto se lo veda  
con ficción de un ajuste que ahí se queda.

"Pero, señores, digo, ¿en qué consiste  
que tan fácil otorgue el Presidente  
una tregua á quien ve que no desiste  
de mantenerse dentro con su gente?  
Si á nuestra tropa atajan cuando embiste  
al cuartel enemigo, si es valiente  
que se defienda allí, ó que salga fuera  
si por piedad le dan alguna espera.

(35) Así lo hicieron los necios promotores de la independencia y jefes de las empresas de *Calibío*, Juanambú y Pasto, que fueron contra el Sr. Sámano y el Sr. Aymeric.



"A un enemigo injusto que provoca  
y que la guerra á muerte nos declara,  
no sólo repeler á todos toca,  
mas perseguir la casa en que se ampara.  
El que á la hidra, pudiendo, no sofoca,  
¡qué de males á todos les prepara,  
nutriendo las gargantas pestilentes  
que devoran mil vidas inocentes!

"Yo, me responde Marcos, que es el uno  
de aquellos dos, mis nuevos compañeros,  
haré ver del ajuste inoportuno  
las trazas y artificios verdaderos.  
Pues no las sabe bien quizá otro alguno,  
sino los dos, testigos bien sinceros,  
que hemos sido con Juan, que me acompaña,  
del modo vil con que el traidor engaña.

"Usted conoce al Presidente anciano,  
en quien ficción no cabe ni falacia,  
y que aborrece el proceder villano  
que con vengarse juzga, no se sacia.  
No quisiera perder ni al inhumano  
que por sus manos busca su desgracia,  
y conociendo su carácter noble  
de su candor abusa un pecho doble.

"Ya en el choque juzgaban imposible  
el adquirirse la menor ventaja,  
y este golpe les era muy sensible  
con que al orgullo del Congreso se aja.  
Al tirano que aclaman invencible  
de cobarde lo ven con la rebaja,  
y la astucia otro medio no discurre  
si al fraude y la mentira no recurre.

"Bolívar carecía de municiones,  
y los más de los suyos dispersados,  
los restos en pequeños escuadrones  
no eran más que de sólo amedrentados.  
Estos huían en todas direcciones,  
los nuestros los persiguen denodados,  
y cuando á ellos no pueden resistirlos  
menos logran que lleguen á embestirlos.

"Para entregarse pide garantía  
el cruel Bolívar, y halla su partido  
la ocasión oportuna que tenía  
motivo al armisticio que han fingido.  
Con nosotros el pliego se le envía  
concediendo al traidor lo que ha pedido,  
mas don Lorenzo Ley el riesgo advierte:  
nos detiene y nos libra de la muerte.

"Este oficial valiente no tolera  
nos exponga al puñal del asesino  
el mensaje fatal, que considera  
como confianza necia y desatino.



Mas el pretexto, tal cual era,  
de capa al armisticio se previno,  
mientras reunen su tropa y traen pertrechos  
violando alevos todos los derechos.

"Nosotros que mil veces expusimos  
al riesgo nuestras vidas por salvar  
las de padres ancianos, no quisimos  
el remate más trágico esperar.  
A ocultar sus personas ocurrimos  
y á esta cima venimos á observar  
cuál sea el fin del suceso que amenaza  
del honrado y del fiel á toda casa.

"Ya la horrible cuchilla se previene  
para cortar las vidas más amables  
de amigos, padres y cuanto uno tiene  
de relaciones caras y apreciables.  
Si el valor á la intriga no detiene  
¡qué orfandad! ¡Qué de lutos lamentables  
arrastrará la hermosa Santa Fe  
donde nadie sin susto ya se ve!"

Mientras Marcos así habla, Juan observa  
á Santa Fe por un pequeño antejo  
que su cuidado traía de reserva,  
cuando el peligro se nos viene al ojo.  
Tan perspicaz mi vista se conserva  
y la de Marcos lo es, que con enojo  
á un tiempo divisamos lo que advierte  
el compañero, que habla de esta suerte:

"Ya llegan (dice) negros con cajones  
que á los traidores traen el surtimiento,  
para enseñar con nuevas agresiones  
que con alevos no hay comedimiento.  
¿Y habrá trazas, prestigios é ilusiones  
que lo exijan después cuando el momento  
del combate les haga conocer  
que tramar no es lo mismo que vencer?"

"Pero las dos han dado, aunque las tres  
de la tarde son ya, y en lo que resta  
los nuéstros se preparan, y poco es  
lo que vencer medrosos á ellos cuesta.  
¡Oh! ¡si el valor midiesen de una vez!  
¡Se desharía la traición funesta  
y no lloraran fines tan diversos  
los que malogran ahora sus esfuerzos!"

"De la plaza sin duda ya lo vieron,  
pues lo anuncian los tiros y aun alcanzan  
á las mulas que al paso las hirieron  
y sobre ellas muchísimos se lanzan.  
Más cercanos los negros recogieron  
los tercios, y los nuéstros más no avanzan,  
pues los llevan corriendo en el instante  
y el sitio en que los cogen es distante."



Le interrumpe aquí Marcos y señala un cañón que los negros asestaron en Egipto al Palacio, y una bala de la pieza de á cuatro dispararon. Por la ventana dentra y á la sala donde algunos con Alvarez se hallaron, y aunque daño no causa, no se duda que algún inteligente les ayuda.

Tres cañones tenían que sin uso hasta este tiempo los habían tenido, y el Presidente se quedó confuso cuando tiro tan diestro fue advertido. Ni era de creer que á ciegas se dispuso el cañón, cuando viene dirigido, y la distancia mide con acierto para lograr el golpe en punto cierto.

El anciano prudente se retira á una pieza cerrada, así se aleja del peligro, mas libre no se mira del insidioso ardido que se maneja. Sobre ficción y fraude todo él gira á entretener la tropa que se queja de la inacción, hasta que falso amago al Presidente rinde de un estrago.

Valientes tiros un soldado hacía que á la casa de Rivas se introdujo, de que al dueño el peligro que temía con su familia á retirarse indujo. El soldado escapó, mas su porfía á dos criados la muerte les produjo, que inermes encontró la ruín venganza, que al soldado que busca no le alcanza.

Nosotros alcanzábamos á ver los combates parciales con disgusto, y en la plaza todo era entretener lo grueso de la fuerza el plan injusto. Carabaño corría á recoger aquí y allí los negros que con susto esparcidos estaban, y él reuniendo en escuadrón los iba disponiendo.

Matáronle el caballo con un tiro y un orejón al punto se desmonta á darle el suyo, que admitir le miro, y el caso pide cortesía pronta. El orejón á pie tomó su giro, corriendo como gente que no es tonta, á escapar del peligro á Bogotá donde no es éste solo el que se va.

Ya el valiente Baraya aquel camino, con Camilo de Torres y Castillo, corrían presurosos, pues convino que adoptasen el medio más sencillo.



Temían fenecido ya el destino  
que el Congreso les dio de tanto brillo:  
Baraya dice: "Duda no se admite  
que otro nueve de Enero se repite."

Con tiempo, pues, de retirarse tratan,  
pues los nuéstros no ceden á la fuerza,  
que entera no bastó, y si se dilatan  
podría caberles suerte muy adversa.  
Los más valientes saben que les malan  
que su restante tropa está dispersa  
en los caminos; poca entre las calles;  
y aguardar ya no quieren más detalles.

Entretanto los Jefes sanguinarios  
sus asesinos reúnen y recogen,  
los animan, y á fuer de temerarios  
sobre los nuéstros mandan que se arrojen.  
Con la rabia que agita á los contrarios  
una partida de diez y ocho escogen,  
que una hilera formando en Santa Clara  
á la Plaza y Palacio le dispara.

Dos muchachos lo ven, y en el momento  
á la azotea suben de Palacio:  
su destreza en el tiro y su ardimiento  
uno á uno tienden en bien corto espacio.  
Pero por más que veo tal aliento,  
que de admirar por tierno no me sacio,  
concibo que el valor que se anticipa  
de la traición que se urde no emancipa.

Ocho tiran á un negro muy certero,  
que apenas asomaba, y siete ha muerto  
pues dispara, y se oculta traicionero  
y los nuéstros van siempre al descubierto.  
Un tiro le dirige aquel postrero  
que la frente le pasa, y cuando advierto  
que cae del caballo muerto el negro,  
al ver libre al soldado de él me alegro.

Pero viene otra bala que le hiere;  
y se agrega á sus fuertes compañeros,  
que ni en la muerte separarlos quiere  
el que los hizo amigos verdaderos.  
Y la muerte el descanso les adquiere  
á los que son piadosos y sinceros,  
pues quedan libres del malvado imperio  
del Congreso y su duro cautiverio.

El valiente Artillero D. Mauricio,  
que en el veinte de Julio desgraciado  
tan noblemente cumple con su oficio,  
quedando por entonces retirado.  
A detenerse aquí por su perjuicio  
se halló de conexiones obligado  
de su familia, que por fin le obliga  
á que al destino que le dan no siga.



Marcos ve que le hiere por detrás una bala que viene con violencia á la Plaza mayor, donde quizás no faltó quien temiese su presencia. El joven que lo nota no es capaz que á su dolor oponga resistencia: "¡Qué compasión, que un hombre (así me dice) por huír de los pesares sea infelice!

"Usted conoce á D. Mauricio, y sabe su noble condición, su fiel lealtad; que no es posible que con él se acabe, que se acomode al plan de iniquidad. Que del veinte de Julio no le cabe reprehensión, pues con tal tenacidad insta, clama, pide órdenes, repite y sola la orden de su Jefe admite.

"Que entregada por fin la Artillería, cuando él era nombrado Comandante de Puerto Rico, ve llegado el día que le ofrece carrera allí brillante. De su lealtad aquí se desconfía, y él no sufre la injuria que al instante sin sueldo lo dejó y sin ejercicio, retirado en un todo de servicio.

"La detención le daña, pues concibe que á su esposa y familia dará pena una marcha, que si á ella se apercibe no puede ser de la escasez ajena. Por defender á Santa Fe recibe contra el Congreso un puesto que cadena le forma, que al Congreso mismo le ata cuando á invadir á Venezuela trata.

"Nariño, que tan mal á todos paga el triunfo que le dan sobre el Congreso, á éste auxilia en su crimen y lo halaga, por repararlo de tan mal suceso. Poco á poco procura que deshaga la reunión de realistas, pues con eso no tienen que temer los medios ruines, que cada cual dirige á iguales fines.

"A D. Mauricio de Alvarez intima que parta presuroso hacia Pamplona, á auxiliar á Bolívar, que iba encima de la patria infeliz que no perdona. El Capitán incauto no se anima á negarse del todo al que blasona de la empresa cual quiere se conciba la más falaz y suave persuasiva.

"De tal modo Nariño compromete al Oficial honrado, que creyendo le sea fácil fugarse, se promete al campo real, pues senda va teniendo.





Mas ¡qué dolor al ver que se somete desde Pamplona al monstruo más horrendo, que en estragos y muertes que decreta, ni religión, ni humanidad respeta!

“Allí se halla entre fieros asesinos, que de horror el exceso se disputan, tan cobardes, tan soeces y mezquinos que por valor la atrocidad reputan: La sorpresa les abre los caminos, y los peones bandidos que reclutan forman el grueso que llegó á Caracas á destrozarse sus fuerzas ya muy flacas.

“D. Mauricio se queda hacia Barinas, donde ya los realistas irritados no sufren que su patria en tales ruinas sus blasones los deje sepultados. ¡Oh Providencia santa! Tú destinaste á la gloriosa lid los esforzados, que dan impulso al fuego y á la espada de Boves, de Morales y Calzada.

“A sus golpes las huestes más atroces que devastaban el hermoso suelo son deshechas: los restos más feroces se acogen á Barinas sin recelo. Mas vienen á sitiarnos tan veloces los realistas que dejan sin consuelo á D. Mauricio, pues de muerte guerra el paso de su fuga se lo cierra.

“El malvado Bolívar la declara al empezar sus bárbaras conquistas, ni en ancianos ni en débiles repara para formar de proscripción las listas. De este modo á los suyos les prepara represalia muy justa en los realistas, contra todos los cuales la promulga cuando lo suave de éstos se divulga.

“Por serlo Monteverde le franquea el pasaporte, de que infiel abusa, cuando más voluntades se granjea por la clemencia que con todos usa. Cuando Cúcuta logra de Correa la piedad de que pérfido le acusa y en agresiones viene á darle el pago de haberlos libertado del estrago.

“Cuando Ceballos y otros Generales con Cajigal se saben conducir de un modo noble, que á las armas reales la paz y el orden hacen producir. Entonces es cuando estos cañibales á los realistas quieren reducir á que no usen ya más condescendencia con los traidores á la real clemencia.



Mas él invoca en riesgos tan palpables,  
no dudando que luégo allí le matan,  
á la Virgen María de las Nieves  
que lo guarda entre manos tan alevés.

Al fin escapa, y á los nuéstros llega  
más osado y valiente en el combate,  
y á mayores peligros no se niega  
sin esperar tan infeliz remate.  
Mas llegaba el momento que la entrega  
que no quieren traidores se dilate,  
disponen medios viles que combinan  
los que á su patria envilecer maquinan.

Carabaño con ellos ya de acuerdo  
apariencias de paz manifestando  
la plazuela ocupaba, y el recuerdo  
de su furor estaba disfrazando.  
Sufre que un desarmado poco cuerdo  
de su artificio infame desconfiando  
les grite no dan trazas de rendirse  
los que tan mal él veía conducirse.

Y en efecto tal era la ficción  
que requería grande insensatez  
para creer era sana la intención  
que á Carabaño guiaba en su altivez.  
A la plaza camina en dirección  
juzgando lograría su intrepidez  
entrar allí de amigo en apariencia  
y apoderarse de ella con violencia.

Su inteligencia estaba muy secreta  
con tal cual confidente que allí tiene,  
y es necesario que usen buena treta  
para evitar el riesgo que previene.  
Idea tan falaz como indiscreta  
si á los nuéstros el fraude no contiene  
y no hubiera enemigos más internos,  
muy útil en verdad pudiera sernos.

Echa voz que resuelve ya rendirse  
con los restos de tropa que le quedan,  
y con bandera blanca introducirse  
se le ve, sin mensajes que precedan.  
Así falsos los vemos dirigirse  
porque los nuéstros á su vista cedan,  
cuando situados en la Calle Real  
ocupan el estrecho más fatal.

Nuestra tropa conoce la perfidia,  
convencida que debe recelarse,  
mas del engaño infiel con que se lidia  
que de fuerzas que pueden contrastarse.  
No quiere tolerar que por decidia  
llegue el combate cruel á prolongarse  
cuando tiene al contrario en el estrecho  
de rendirse en verdad ó ser deshecho.



Las armas se preparan y ya el fuego  
se iba a romper: tres sacos de metralla  
en tres cañones iban á dar riego  
que al punto decidiese la batalla.  
Corre Leiva con tal desasosiego  
que vuela desde el puesto donde se halla:  
sobre el cañón se monta de más grueso,  
acusando á los nuéstrros de un exceso.

Ellos claman se intime á los contrarios  
rindan las armas, si evitarles quieren  
rechazar, como deben temerarios,  
que vienen á burlarse á lo que infleren.  
Santamaría con esfuerzos varios  
que violencia y enfado ya requieren,  
ayuda á Leiva, que llegó á situarse  
ante el cañón que ya iba á dispararse.

Parlamentan al fin con Carabaño,  
y la ira de los nuéstrros no permite  
realizar el escarnio más extraño  
que al valor puede hacerse si se admite.  
No quiere que los nuéstrros le hagan daño  
sin que dejarlos á ellos solicite  
en paz, cuando rendirse ya debiera  
si un Jefe justo Santa Fe tuviera.

Propone que lo admitan en la plaza  
armado su escuadrón, cual si los nuéstrros  
tan estúpidos fuesen que tal traza  
no adviertan lleva fines muy siniestros.  
A propuesta tan torpe, le embaraza  
el retorno, tener amigos diestros  
que á la ira de los nuéstrros se la ocultan  
por no exponer á los que así la insultan.

Trabajan entretanto en contenerla  
mientras logran que salve aquellos restos  
Carabaño; y al fin entretenerla  
consiguen artificios tan molestos.  
En la ilusión procuran mantenerla  
que los contrarios tienen ya propuestos  
preliminares de una entrega honrosa  
que á unos y otros les fuese decorosa.

Los enemigos, cuando ven frustrada  
con tal riesgo la vil estratagema,  
tan brutal como suya y desusada,  
rabiosos siguen su genial sistema.  
El escuadrón que quiso hacer entrada  
en la Plaza, sin que haya quien lo tema,  
escapa por merced de los engaños  
que á todos les recrecen nuevos daños.

La carrera con que huyen del enojo  
con que claman los nuéstrros es tan grande,  
que á todos la ficción se viene al ojo,  
sin que haya medio que á la tropa ablande.



Piden ya los que ven aquel sonrojo,  
que un grueso competente se les mande,  
con dos tiros ligeros en su alcance,  
y de todos los puntos se les lance.

Algunos que sin órdenes siguieron,  
aunque pocos tras ellos los atacan  
en la Calle del Arco, donde hicieron  
matanza horrible con que no se aplacan.  
Los restantes dispersos de allí huyeron;  
pero á pocos momentos se destacan  
partidas cortas, que corriendo tiran,  
y á galope al momento se retiran.

Poco daño nos hacen, pero cansan,  
mientras los nuéstros con enfado piden  
que los dejen salir, y no lo alcanzan,  
porque con mil pretextos se lo impiden.  
Tales son los arbitrios en que afianzan  
un triunfo que las armas no deciden  
los que por darlo al ruin, que lo apecece,  
lo arrancan al valor que lo merece.

El General, por realizar la entrega  
al esfuerzo miró con tal enfado,  
que las armas á Butio le deniega  
veterano el más viejo y esforzado. (37)  
Su ardor extraordinario no sosiega  
y al combate se arroja desarmado,  
donde ha rendido á dos carabineros,  
que al General condujo prisioneros.

Se irrita éste, y le dice no maltrate  
aquellos dos, mas Butio le responde  
que al que armas no se dan para el combate  
ganarlas por sus manos corresponde.  
De su vida llegaba ya el remate,  
porque al riesgo mayor él no se esconde,  
y herido fue de muerte en la mañana,  
cuando nuevos trofeos él se gana.

A morir se le lleva al Hospital,  
donde recibe el viático de vida  
y la unción que en la lid espiritual  
á los cristianos arma en su partida.  
Así evitó deportación mortal,  
donde socorro no hay á quién se pida;  
donde sufren la muerte maniatados  
los que traidores rinden desarmados.

La noche viene y el fatal período  
que da fin al combate del cruel día;  
suspensión se publica, que es el modo  
con que la vil traición se disponfa.

(37) Francisco Butio, soldado viejo de caballería, de grande aliento y extraordinaria fuerza, que conservó hasta el fin.



Leiva y Bolívar lo allanaban todo:  
Bolívar con instancia la pedía,  
para rendirse al fin: Leiva procura  
que se otorgue, diciendo que es cordura.

Algunos de los nuéstrs, con despecho,  
abandonan coléricos la empresa,  
mirando sus afanes sin provecho,  
y Leiva los despide sin sorpresa.  
El quisiera del todo ver deshecho  
el grueso que subsiste y no le pesa,  
que el pretexto á la entrega contribuya  
de que la fuerza así se disminuya.

Mis compañeros se despiden luégo,  
y apenas quedo solo, cuando asalta  
á mi quietud tan gran desasosiego,  
que ya el tino parece que me falta.  
A contemplarme como aislado llego;  
tan encumbrada me parece y alta  
la cima que ocupaba, que la miro  
de toda sociedad como un retiro.

Mientras inquieto y triste así vacilo,  
mi turbación calmando poco á poco,  
reflexiono, que acaso es un asilo  
la eminencia en que entonces me coloco.  
Con esto ya me siento más tranquilo,  
y al Nombre de Jesús con fe lo invoco,  
cuya cifra en la cumbre me parece  
que como sol brillante resplandece.

Con sus luces descubro gran terreno,  
donde los negros torpes deslumbrados  
andan á ciegas, y les es ajeno  
todo tino en sus locos atentados.  
A Santa Fe lo miro como lleno  
de murciélagos feos y atezados,  
que acá y allá tropiezan y no atinan  
cuando chupar su sangre determinan.

Con ellos se unen otros, que aunque ocultos  
enemigos nos eran, que viviendo  
en Santa Fe aguardaban los resultados  
que la perfidia estaba disponiendo.  
Unos y otros previenen sus insultos  
contra la cifra santa que están viendo,  
que el Nombre de Jesús les manifiesta  
como señal de paz, que los molesta.

A todos éstos veo que conspiran  
á borrar su memoria y acometen  
á la alta cumbre en que brillar la miran  
y el sacrilegio sin horror cometen.  
Mas cuando ellos frenéticos deliran  
los fieles el castigo les prometen,  
que quien la insignia de salud desdeña  
de su ruina está dando cierta seña.



Tan ofuscados luégo los reparo  
 que ellos mismos á sí se desconocen;  
 y les impide resplandor tan claro  
 á estas furias que todo lo destrocen.  
 El daño que ocasionan no es lo raro,  
 sino que en medio de ellos aún reposen  
 vidas, honras y bienes de hombres fieles,  
 que dondequiera destruyeron crueles.

Oigo una voz entonces que decía:  
 "no pueden porque no se les permite  
 que la furia que á todos dirigía  
 en Santa Fe del todo se ejercite.  
 Mas tiene que sufrir aún todavía  
 la cabeza de horror á que remite  
 su despique el tirano, que ahora cede,  
 porque destruir á Santa Fe no puede."

En el mismo momento vi que á tientas  
 Bolívar y los suyos ni acertaban  
 á ejecutar las órdenes violentas  
 que agentes del Congreso les llevaban.  
 De su inacción quedaban descontentas  
 las comisiones viles, que mezclaban  
 con sus instancias vivas aunque vanas,  
 las lisonjas más soeces y livianas.

El Congreso reuniendo genios peores  
 á Bolívar parece le disputa  
 las ventajas en todos los horrores  
 que el tirano más bárbaro ejecuta.  
 El suspende algún tanto los rigores  
 que decreta el Congreso, y los reputa  
 á lo menos, siquiera con algunos  
 ó excesivos ó acaso inoportunos.

Al fiero tigre veo que halagando  
 se blanda y parece que lo encanta  
 Jesús en Santa Fe, quien invocando  
 este Nombre las garras le quebranta.  
 Con tiento á todas partes asechando  
 á veces da un buído con que espanta  
 á todo amante de la fe española,  
 que el traidor amenaza con su cola.

A esta cola el Congreso le arrebiata  
 la cadena que forma de inocentes  
 sacerdotes, y nobles que arrebatá  
 inválidos, ancianos y otras gentes.  
 A todos éstos con crueldad los ata  
 y los pone á las uñas y á los dientes  
 de los tigres, que el rastro van siguiendo  
 del Jefe más brutal y más horrendo.

Cuando esto veo, cruel pesar me oprime  
 y mi voz tartamuda entre gemidos  
 desahogarse procura, y la reprime  
 el corazón inquieto con latidos.



A Santa Fe contemplo, donde gime  
todo sexo y edad á sus queridos  
padres, hijos, esposos, directores,  
sus hermanos, amigos, bienhechores.

Una sorpresa sin igual los deja  
de la maldad afónitos, y el curso  
que la dan es tan rápido, que aleja  
para darles auxilio aun el recurso.  
Ocurren sólo al llanto y á la queja,  
y algunos pueden con mejor discurso  
ocultar los que libran, cuando se urde  
felonía que á todas los aturde.

“A perecer los llevan: ¡Qué dolor!  
¿Quién entre tantas bestias carniceras  
podrá escapar, si lo entregó el furor  
á que sea devorado de estas fieras?  
¡Sola tu mano puede del rigor  
¡oh buen Jesús! librar á los que quieras  
¡A tu amable conducta yo consagro  
del que salve la vida el gran milagro!

Así llorando digo, cuando cesa  
la visión y la noche se obscurece,  
y una remisa luz á mi tristeza  
motivo de más pena le parece.  
Me consolaba sólo en la promesa  
que Santa Fe del todo no perece,  
y aunque cautiva llore por traición,  
algún día verá su redención.

#### CANTO QUINTO

La noche melancólica cubierto  
el horizonte deja, y se percibe  
la soledad de un lóbrego desierto  
donde nada parece que ya vive.  
Como si á un golpe todo hubiese muerto,  
es la idea de horror que se concibe  
en la calma y silencio que sucede  
al estruendo del día que precede:

Ningún rumor ya se oye de combate,  
ni una voz se percibe que consuele,  
ni movimiento de que alguno trate  
de sorprender de noche como suele.  
La noche se pasó sin que se acate,  
aunque en ella todo hombre se desvele.  
que se tramaba á todos el perjuicio  
con pretexto de un útil armisticio.

Bolívar en el día había perdido  
sus mejores ladrones y asesinos,  
que muertos unos, otros habían huido  
sin saber cuáles fuesen sus destinos.



Mas cuando en fuerzas se halla destituido  
la perfidia le allana los caminos;  
y un artificio nuevo se discurre  
por medio de Jurado á quien se ocurre.

Se pacta el armisticio con pretexto  
de rendirse, quien antes derrotado,  
aunque lo mismo tuvo ya propuesto  
fue para ser de nuevo reforzado.  
Y si al Gobierno le era manifesto  
el dolo del traidor que lo ha burlado,  
el General parece que lo allana,  
aunque la tropa nada en ello gana.

La suspensión funesta se estipula  
hasta las nueve del siguiente día,  
y el tirano el peligro disimula  
que en volver á las armas él corría.  
A Jurado amenaza, quien calcula  
según la suerte infausta que tenía,  
si la traición que tanto se notaba  
la ciudad a Bolívar entregaba.

La carta le dirige, y con la muerte  
otra vez á Jurado se amenaza,  
si el negocio no allana de tal suerte  
que volver á las armas se embaraza.  
La verdad de los hechos se pervierte,  
y el tirano sus pérdidas disfraza,  
de modo que se crea que ciertamente  
arruina la ciudad al día siguiente.

Que al Seminario y Hospital cada uno  
cien fusileros mandará ocupar,  
que hagan fuego á la Plaza, en quien ninguno  
podrá ya nuestras tropas auxiliar.  
Pues por privarlas de recurso alguno  
el resto de las suyas á matar  
se esparcían á grandes y pequeños  
por toda la ciudad de que eran dueños

Mas nuestra tropa ocupa el Seminario,  
desalojarla fuera empeño duro,  
y que los nuestros, antes que el contrario  
al Hospital ocupen es seguro. ~  
Que al soldado se deje al voluntario  
de la plaza salir, y yo aseguro  
que los muertos sean ellos, si más tardan,  
y á que fenezca el armisticio aguardan.

En tal balandronada consistieron  
esos riesgos y débiles temores,  
que aunque más abultados sólo fueron  
escarnio de sus ruines inventores.  
El Gobierno se aturde y no supieron  
nada de esto los fuertes defensores,  
que al contrario esperaban ver rendido  
ó á sus golpes hubiera perecido.





Mas ¡ay dolor! Después de mil esfuerzos  
que cada uno consagra á ver triunfante  
la Religión, y cuando ve dispersos  
los que en la lid no han muerto más brillante.  
Todo tiene remates tan diversos  
que al vencido los venden al instante  
sin que al valor consulten, que notorias  
contaba ya ganadas tres victorias.

El tigre fiero, transformado en zorra,  
á Jurado con arte lo intimida,  
porque entre miedo y esperanza corra  
ó de perder ó conservar la vida.  
En su aprieto así logra lo socorra  
y se ffe más bien del homicida  
el que su muerte cuenta, si la entrega  
á ejecutarse de otro modo llega.

Se le ofrece si logra que se acorte  
el término á la guerra, garantía  
para todos y un amplio pasaporte  
para sí, con el coste que quería.  
Le promete Bolívar que su porte  
tan distinto será, que le ofrecía  
los españoles proteger él mismo  
moderando al Congreso el despotismo.

Jurado en medio de ocurrencias tales  
las consecuencias tristes reflexiona,  
que á Santa Fe le fueron tan fatales  
cuando de más laureles se corona.  
Teme que si ahora vence, sean iguales,  
y si al realista la lealtad se abona  
en el peligro, fuera de él infieles  
ya le persigan como entonces crueles.

Que se ofusque la voz de los valientes,  
que deshagan los cuerpos vigorosos  
como Nariño lo hizo, y delincuentes  
sean premiados en vez de valerosos.  
Que al pueblo fiel y a sus ilustres gentes,  
que á Santa Fe sostienen generosos,  
á jurar los obliguen como él lo hizo  
con la fuerza y engaño cuanto quiso.

Entonces Santa Fe reconociendo  
al Monarca legítimo, esperaba  
que su triunfo le fuese ya rompiendo  
la cadena opresora que lo ataba:  
Que la senda á la unión se fuese abriendo  
con la grande nación á quien miraba  
como madre común y como centro  
que á todos debe contenerlos dentro.

Mas apenas triunfó con tanta gloria  
cuando la astucia procuró con maña  
el fruto dirigir de la victoria  
á lo que más á Santa Fe le daña:



A borrar del Monarca la memoria  
suponiendo perdida á toda España,  
y á dar auxilio á Santa Fe se obliga  
al Congreso traidor con quien se liga.

Planta el árbol funesto y aparece  
en nuestra plaza el gorro jacobino,  
insignia del desorden que le ofrece  
libertad al puñal del asesino (38)  
Finge ignorarlo, y aunque á todos pese  
una solemne farsa se previno  
en obsequio del árbol, que maldito  
á nuestro suelo lo dejó marchito. (39)

¡Arbol funesto, en maldición fecundo,  
que la muerte produces tan temprano  
al que intenta plantarte, y moribundo  
lo dejas, sin tener para ello mano!  
Aunque se cave hasta lo más profundo,  
por afianzar tu raíz todo es en vano,  
pues antes de sembrarte das por frutos  
de falsa libertad, horror y lutos.

¿No basta que cortada (porque á tanto  
no se atreva) su mano en Haití viese  
Antonio Bailly, para que haga cuanto  
á tu plantío piensa que interese? (40)  
Y el pueblo fiel lamenta con su llanto  
que el fanatismo celebrar quisiese  
con festejo, con pompa y con adornos  
de Santa Fe la burla y los bochornos.

¡Arbol fatal! Por más que te destina  
el orgullo fanático por signo  
de salud que anunciaba con la quina  
de tu palo te cambias en maligno.  
Por ti el negrillo á Bailly lo asesina,  
que así de libertad se juzga digno;  
y muerto el amo acompañó al indicio  
de libertad el palo del suplicio. (41)

¡Oh árbol ominoso y detestable!  
¿Qué opaco día el que te vio plantar!  
¿Qué noche tan deseada y memorable  
cuando este pueblo te logró cortar!

(38) El 3 de Marzo de 1813, que fue Miércoles de Ceniza, amaneció en la Plaza plantado un palo enramado, de sauce, con el gorro colorado.

(39) El 29 de Abril dispuso Nariño, con el francés Bailly esta farsa, mandando por bando adornar las calles.

(40) Bailly había perdido en la isla de Santo Domingo la mano derecha.

(41) El 28 de Abril, al medio día, introducían con bulla, para la Alameda, un árbol de quina, que fue el primero que plantaron; cuando el francés Bailly, que con Nariño era interesado más que ninguno en la farsa, fue herido peligrosamente por un negro, muchacho que le servía, é iba á castigar. El negrillo se acogió á la casa de Nariño, que viendo á su amigo muerto a las 2½ horas, cuando se plantó el árbol, hizo fusilar al negro.



¡Agüero al fanatismo lamentable  
que aun en impresos lo llegó á contar!  
Y porque tinta de tu tronco saque  
sustituye á la quina el nuevo jaque.

¡Oh árbol cuyo jugo es negra tinta,  
que el fanatismo piensa que asegure  
la libertad que tan hermosa pinta  
mas tampoco consigue que te dure!  
Cuando más lo engalana con la cinta  
del tricolor, sólo halla que madure  
la ira del pueblo, que de noche corta  
al simulacro que el error aborta.

¡Árbol ya seco de marchita oliva,  
que al otro al fin repone y se resguarda  
con fuertes rejas, mas la furia esquiva  
en explicarse aquí tampoco tarda!  
Si esa oliva sin jugo no derriba  
arroja entre la cerca, donde guarda  
el fanatismo su árbol tutelar  
lo que antes arrojaba al muladar. (42)

¡Aún te veo plantado todavía  
tan seco, cual arista de una zarza,  
que creía en Santa Fe quien te ponía  
que á todos en tu espina los engarza! (43)  
Con qué pena recuerdo el triste día  
que los fieles sufrieron esta farsa  
que anunciaba el engaño y la violencia,  
que después proclamó la independencia.

Llegando de la paz el buen período,  
Nariño la desecha desatento;  
el gran Montes contesta del peor modo  
y con Sámano viene á rompimiento.  
El frenesí que lo devora todo  
á Santa Fe compele al juramento,  
de que se traza el impío formulario  
más bárbaro, insensato y temerario.

(42) Cortado que fue una noche el primer árbol, plantaron otro de jaque, que tuvieron con centinela algunas noches, y fue arrancado luego que éstas faltaron. Entonces se le formó un triángulo alto y abultado de cal y canto que contenía la tierra en que plantaron el olivo, y cercaron de maderos muy fuertes por una circunstancia proporcionada: y éste fue desde entonces el lugar común donde de noche iban a parar las heces de todos los que moraban inmediatos. Aún existía éste cuando se escribió esta relación.

(43) Este era el que existía cuando entró el Congreso y cuando se escribía esta canción, interrumpida por un año y cuatro meses, hasta hoy, 9 de Diciembre de 1816; y lo anterior escrito algunos dos ó tres meses antes. Después plantaron un arrayán que consiguieron que arraizase: pero pocos días antes de la entrada de las tropas reales, á pesar del terrorismo de Serviez, que venía de retirada para Santa Fe, una noche hicieron pedazos la cerca y lo arrancaron y metieron en el zaguán del Cabildo. El 6 de Mayo de este año, al entrar el ejército real, no dejaron ni rastros de la obra de los liberales.



Con la opinión, los bienes y la vida  
de aquellos á quien nada les importa  
la independencia quiere sostenida,  
de que el tirano su interés reporta.  
La ambición y codicia la medida  
de sus locas empresas ya no acorta,  
aunque al Reino en miserias sólo pagan  
los que con falsa libertad lo halagan.

Pero ¿á dónde mi pena retrocede?  
¿Hacia qué parte mi dolor me lleva?  
¿Si sufrir lo presente ya no puede  
como antiguos pesares me renueva?  
¡Mejor sería que en silencio quede  
cuando ninguno se halla que se atreva  
á revelar la horrenda iniquidad,  
que cubren con la voz de libertad!

Mas nó: yo debo descubrir los hechos,  
que llenan de ignominia á los que ostentan  
que guardar á los hombres sus derechos,  
y que hacerlos felices sólo intentan.  
Y entre tanto á sus golpes son deshechos  
los que los reinos y provincias cuentan  
por derechos comunes y privados  
é intereses de cada uno más sagrados.

Jurado conoce esto y se decide  
á intervenir en la fatal propuesta,  
pues con ahínco Bolívar se la pide  
aunque tan cara á Santa Fe le cuesta.  
De sus promesas cree que no se olvide,  
juzgando incauto que ya tiene puesta  
su palabra de honor quien menos piensa  
en honor, en palabra, ni en vergüenza.

Escribe, pues, Jurado al Presidente  
el riesgo que abultaba error tan vano  
con honor y verdad como él lo siente,  
y su temor aumenta el del anciano.  
El miedo precipita al que imprudente  
se inclina á transigir con el tirano,  
porque aturdido cree que de otro modo  
á una ruina total lo expone *todo*.

Alvarez en el punto se acobarda,  
y aunque le asiste D. Ignacio Herrera,  
la esquila no le muestra y se la guarda  
á quien su error tal vez desvaneciera.  
Fiaba tanto de Leiva, que no tarda  
en consultar con él, y ni siquiera  
de la conducta le ocurrió sospecha  
del que del lance luégo se aprovecha.

Le responde puntual: "no hay otro medio  
de salvar en la empresa temeraria  
que manejando estoy, aunque con tedio,  
como una lid á mi opinión contraria.



Aun vencido Bolívar no hay remedio,  
y una guerra fatal y necesaria  
con todas las Provincias será el fruto  
que á Santa Fe lo cubrirá de luto."

El anciano creyó de buena fe  
la reflexión, sin advertir acaso  
que al golpe que á Bolívar se le dé  
el Congreso caerá sin embarazo:  
Que perdido el residuo que se ve  
de su fuerza ya queda muy escaso  
en recursos, y no hay disposiciones  
en las Provincias á otras agresiones.

Cuando el Congreso á todas las oprime  
y á Bolívar en todas se aborrece,  
deshecho él, á cada una se redime  
del terror á que sólo se obedece.  
Y cada pueblo que oprimido gime  
puede lograrse que al momento empiece  
á derribar á su parcial tirano  
y proclamar al Rey su Soberano.

De Cartagena ó Popayán no puede  
expedición costearse de importancia:  
Santa Fe no lo teme, y si sucede,  
la resistiera con igual constancia.  
Y Santa Marta y Pasto harán que quede  
sin efecto tal golpe de arrogancia,  
si Santa Fe de acuerdo estar propone  
con quien su causa por el Rey abone.

Mas Alvarez se asusta, y nada de esto  
en el fatal momento reflexiona,  
sino que si él repugna lo propuesto,  
desgracias sobre todos amontona.  
Ni el mal estado le era manifiesto  
en que Bolívar se halla, y le perdona  
el disimulo á Leiva; ni consulta  
al soldado, á quien todo se le oculta.

Engañado el anciano astutamente  
por no ver de la ruina ni el amago,  
se rinde á la propuesta fácilmente  
creyendo amenazaba cruel estrago.  
El peligro le dicen que es urgente,  
y sin duda que lo es para el rezago  
de los negros que queda amedrentado  
rodeando al tigre donde se ha encerrado.

Duraba el armisticio hasta las nueve  
del doce de Diciembre, y este día  
la acción se decidiera muy en breve,  
aunque no como el fraude apetecía.  
Excusan por lo mismo se renueva  
temiendo que los nuéstros á porfía  
no dejen ya que el triunfo se dilate  
y en una hora decidan el combate.



La intriga tan secreta se conduce  
y se concluye todo con tal priesa,  
que el efecto deseado les produce  
que es coger á los nuéstrs de sorpresa.  
"A entregar al vencido se reduce  
la ciudad y las armas, y su empresa  
auxiliar con dinero y con soldados  
quinientos voluntarios no forzados.

"Que olvidándose todo lo pasado  
ningún cargo por ello hacerse pueda,  
y en la vida y los bienes que ha gozado  
todo vecino asegurado queda.  
El Colegio disuelto congregado  
de nuevo, porque hay fuerza que interceda  
ha de ser sin que le obsten ya los vicios,"  
de que claros confiesan los indicios.

Tales fueron los pactos vergonzosos  
con que al vencido la ciudad entregan,  
y aun se quedan suspensos y medrosos  
si á rendirse los nuéstrs se deniegan.  
A las seis se concluyen presurosos,  
porque si al plazo de la tregua llegan,  
á los nuéstrs y á Leiva no contiene  
que ve su desazón y la previene.

Bolívar en la casa de Lozano,  
que en la farsa intervino, se hospedaba,  
donde en billete al criminal tirano  
*don Simón* el buen Alvarez nombraba:  
y el Marqués de San Jorge *ciudadano*  
usando de su título firmaba  
en carta dirigida á su cuñado,  
con quien tal mediador habían logrado.

Estas piezas al público se dieron,  
impresas por Bolívar, que se precia  
de disfrazar el fraude, que advirtieron  
todos mejor en impresión tan necia. (44)  
Lo cierto es que así el triunfo consiguieron,  
pues no sostuvo batería más recia  
que la intriga que usaron esta vez  
del anciano la incauta sencillez.

Sorprenden á la tropa y se le dice:  
"que es necesario que las armas dejen  
y que la unión y paz los indemnice  
de desgracias, que es bien se les alejen."

(44) Carabaño dio á luz otro impreso en que para comenzar mintiendo desde el título que da á las gavillas de asesinos, lo intituló: *Operaciones del Ejército Libertador*. Es bien notable que entre tantas mentiras que contiene, hablando siempre de ventajas á su favor, mencione varios oficiales muertos de su parte, y entre ellos á Joaquín Salas, á quien nombra desgraciado, por lo mucho que lo sintieron, y no cuenta ni un soldado herido entre los nuéstrs.



El valor irritado contradice:  
 "las bayonetas (gritan) se manejen  
 para unirse á los pechos criminales  
 de amigos que han de sernos tan desleales."

Aquí emplean la fina persuasiva,  
 aquí la falsa compasión se explica,  
 y sobre el cuadro triste que se aviva  
 la humanidad les urge y les suplica.  
 Aquí al rendirse Santa Fe cautiva,  
 su suerte desgraciada ni aun se indica;  
 y de paz y amistad el velo honesto  
 á la traición más vil le dejan puesto.

Recurren á García del Castillo,  
 eclesiástico vivo y elocuente,  
 que á su claro talento reúne el brillo  
 de la expresión patética y pungente;  
 Quien demasiado dócil y sencillo  
 á la impresión se rinde fácilmente.  
 que el horror le causaba de una acción  
 que prolongaba tanto la traición.

Este, pues, por la plaza recorriendo  
 los cuerpos ya formados que preparan  
 las armas para el choque más horrible  
 donde sin Jefe intrigas contrastaran:  
 A todos ellos iba persuadiendo,  
 "que no más sangre humana derramaran  
 cuando de paz se les abría el período  
 y había ya medio de allanarlo todo."

Leiva se deja ver tan sin pesar,  
 que usando de modales chocarreros,  
 les dijo: "se podían ya quitar  
 la cifra de Jesús de los sombreros."  
 La tropa no podía deliberar  
 ni reunir sus dictámenes severos,  
 pues nadie sabe si cada uno piensa  
 combatir como él quiere hasta que venza.

Su indignación explican de otra suerte:  
 los fusiles á golpes despedazan,  
 que uno solo bastar se les advierte;  
 las cartucheras rompen que embarazan.  
 Ningún arma resiste por muy fuerte  
 á fuerzas irritadas que rechazan,  
 cuanto inútil ya ven para la empresa  
 en que la causa santa se interesa.

Y sin tocar alguno en sus pesares  
 la cifra de Jesús, que los consuela,  
 arrancan las insignias militares  
 de que cada uno entonces se recela.  
 La juventud, que sabe en qué lugares  
 los libros se hallan, á romperlos vuela  
 porque no tengan ahí sus filiaciones  
 los que al tirano hacían las prevenciones.



Aún hubo muchos de mejor acuerdo que sus armas sacaron con reserva, cuando el desorden notan que recuerdo y su cautela ocultas las conserva. Ninguno en la sorpresa fue tan lerdo que no advirtiese bien que si preserva las armas del destrozo, las destina al que con ellas todo se lo arruina.

La plaza se abandona y luego salen á encerrarse los unos en las casas, cuando asilos algunos ya no valen y de ocultarse ociosas son las trazas. Los soldados que temen los señalen al reemplazo de tropas tan escasas, que á Bolívar le quedan á sus tiros por los cerros buscaron sus retiros.

Por Monserrate pasan descarriados y el suceso me cuentan afligidos, al tiempo que armamentos destrozados al tirano entregan sus rendidos. Pero los tiene Dios amedrentados, de modo que al destrozo enfurecidos no se ven, pues el Nombre sacrosanto que invoca Santa Fe los liga tanto. (45)

Despachan por la posta confidentes, que ataje cada cual por su vereda á los que hufan medrosos de valientes, que no creían que hollar se les conceda. A cada uno previenen diligentes que á la ciudad al punto retroceda, y algún refuerzo que el tirano espera ordenan se adelante á la ligera.

Eran seiscientos hombres comandados por el feroz apóstata Mariño (46) que á tal Jefe viniendo encomendados lograban del sacrilego el cariño Sus hechos en horror tan abultados, aunque á sencilla narración los ciño de los crímenes muestran un conjunto difícil de reunirse en sólo un punto.

Mas él reúne el estambre religioso el collarín y vueltas encarnadas: ciñe sable y pistolas, cual furioso, sobre túnicas santas profanadas.

(45) Hasta aquí se había escrito en Diciembre de 1816, después de la entrada del Ejército Real pacificador de Santa Fe.

(46) Este fraile apóstata era uno de los Coroneles del Congreso, que llamaban de la Unión.





Acaudilla rebeldes, y alevoso  
conduce á la matanza encarnizadas  
las tropas de asesinos que á su mando  
á Casanare siguen infestando. (47)

El Arauca sofoca los gemidos  
de los que en lfos duros él envuelve,  
y en sus hondas corrientes son hundidos  
porque verter su sangre no resuelve. (48)  
Y cometiendo excesos tan crecidos  
ejerce el Ministerio, y aún absuelve  
quien el cargo dejó de misionero,  
y el oficio tomó de bandolero.

Pero es más doloroso que ciñendo  
acero criminal quien multiplica  
la mortandad, que en sangre está tiñendo  
la mano cruel, con ella sacrifica.  
Depone el sable y el cañón horrendo  
sobre la mesa misma donde aplica  
la sacra vestidura al cuerpo indigno,  
que ni á la Hostia de paz miró benigno.

Segunda vez por sus bandidos son  
saqueados de Sopó los *Aposentos*,  
de D. Gabriel Manzano posesión,  
y á *Hierbabuena* llegan más violentos.  
Laboriosa y constante aplicación  
había dado á esta hacienda los aumentos,  
que benéfica mano logra, en prez  
de D. Lorenzo Marroquín, cuya es.

Aquí del hombre activo las tareas,  
de su noble familia los esmeros  
realizadas tenían las ideas  
del gusto y los provechos verdaderos.  
Y aquí vienen Mariño y las raleas  
que los siguen de fieros bandoleros,  
y á restos que Bolívar aún condona  
el apóstata terco no perdona.

Del oratorio quebrantó las puertas  
después que ya robado su contorno  
á su codicia las demás abiertas,  
ni rastro deja del menor adorno.  
Se irrita cuando ve señales ciertas  
de piedad que lo llenan de bochorno;  
y por borrarlas, ni á lo más sagrado  
respeto el robo bárbaro y osado.

(47) En Septiembre de 1817, cuando esto se escribe, aún existe el infeliz Mariño, comandando á los bandoleros de Casanare, con Nonato Pérez, y Urdaneta.

(48) Diez y ocho españoles hizo ahogar, metidos en mochilas de cuero, diciendo que no derramando sangre no quedaba irregular.



Sucesos tan terribles horrorizan  
de tal modo mi espíritu afligido,  
que mis alientos cuasi paralizan  
y me rinden cobarde y abatido.  
Mas cuando ya mis fuerzas agonizan,  
de repente recobro mi sentido  
al eco de una voz que me conforta,  
y á la confianza en sólo Dios me exhorta.

"Criatura pusilámine, modera  
la nimia timidez (así me dice),  
pues el desorden que el Señor tolera  
á su justicia nunca contradice.  
Si Santa Fe merece ruina entera,  
un castigo la da que la indemnice  
del estrago, y concede á los que quiere  
por la paciencia el triunfo que se adquiere.

"Si á las varas de su ira no recoge  
hasta llenar los golpes que permite  
el que á sufrirlos á su Dios se acoge,  
virtudes grandes quiere que ejercite.  
Cuando las varas del castigo arroje  
ó el impulso y la fuerza les limite,  
habrán ganado los piadosos palmas,  
que de otro modo no tendrían sus almas."

Hacia la santa ermita donde escucho  
la voz consoladora, me convierto,  
mientras con miedos y congojas lucho,  
y á pronunciar palabra ni aun acierto.  
Mas si el motivo del dolor es mucho,  
el resquicio al consuelo veo abierto:  
al templo subo y en su umbral me postro,  
que riega el llanto que anegó mi rostro.

Al momento una luz hermosa y clara  
patente me hace lo interior del templo  
donde á la madre de piedad que ampara  
la ciudad en su imagen la contemplo.  
La efigie de Jesús que aquí prepara  
de sus penas y amor el gran ejemplo  
sobre la cruz al tiempo de enclavarlo (49)  
á mi temor bastó para aquietarlo.

Sobre la grada del altar en pie,  
en el traje de un bello Nazareno,  
el Angel tutelar de Santa Fe,  
mirándome, me deja mas sereno.  
Un brillante azafate ante él se ve,  
que con pocas coronas está lleno;  
entretegidas de fragantes rosas  
en medio de las hojas espinosas.

(49) La célebre y devota estatua del Señor de la Crucifixión, que se venera en Monserrate.



Vivas ascuas cubrían el pavimento  
de cadenas de bronce muy caldeado,  
que juzgan mi débil pensamiento  
que un cautiverio indican desastrado.  
Mas á la voz del Angel al momento  
con cada una se mira recargado  
cada cual de los genios más disformes,  
de que aparecen grupos muy enormes.

Entiendo entonces que aun ligados pueden  
causar daño á cuanto á ellos se confía:  
que ningunos habrá que exentos queden  
de algún mal en su infausta cercanía;  
Y que á pocos en fin se les conceden  
las coronas del triunfo todavía,  
que la paciencia logra y la constancia  
y expresa de las rosas la fragancia.

De Monserrate luégo me despide,  
porque ya el Angel que me vuelva ordena  
á Santa Fe, donde el valor vendido  
por la traición arrastra la cadena.  
Obedezco, y con ella, aunque oprimido,  
me asocio de los leales á la pena,  
hasta que fuerza real el mal reprima  
y á Santa Fe cautiva la redima.

## CANTO SEXTO

¡Día funesto, cuya triste aurora  
los efectos anuncia del sistema  
más horrendo y fatal, de que ya llora  
Santa Fe la ignominia cruel y extrema!  
Esclava, en fin, á la hoz devoradora  
sometida, ¿qué males no hay que tema  
cuando sin brío ni esperanza gime  
en la cadena dura que la oprime?

Mi aliento débil á sufrir no basta  
calamidad tan fuerte, á que se rinde  
el vigor que atenuado al fin se gasta  
del temor y esperanza en el deslinde.  
A todo esfuerzo la traición contrasta,  
y á la ciudad cautiva no hay quien brinde  
un alivio al colmarse la medida  
del oprobio en que yace sumergida.

Atónitos los fieles al suceso  
detestaban la vil alevosía,  
y llorando ya esclavos del Congreso,  
su nombre mucho más se aborrecía.  
Las calles solitarias atravieso,  
donde un desierto todo parecía,  
cuando al volver de Monserrate dentro  
en la ciudad donde con nadie encuentro.



Habitaba la casa de ejercicios del orden franciscano, mi familia, (50) donde todo español á los oficios de la amistad se acoge que lo auxilia. Ya no basta, empero, los servicios en el conflicto cruel que nos concilia comunes riesgos y enemigos bravos que tratarnos pretenden peor que á esclavos.

Con todo eso la buena inteligencia, que en medio de peligros tan enormes nos ha unido con fiel correspondencia, por ser en sentimientos tan conformes. Los conduce á buscar con preferencia mutuo alivio en pesares uniformes, que á muchos con nosotros los congregan, hasta que fuerza ó miedo los segregan.

En medio de ellos, en funesto encierro, la pavorosa calma se advertía, y el silencio medroso que me aterro el recordar de tan funesto día. El tirano trataba del entierro de sus muertos, pero antes repartía en cuarteles que estaba disponiendo á las tropas que ya iba recogiendo.

Los heridos recoge al Hospital, cuyo número pasa de doscientos, que allí llegan al término fatal sin que á los otros sirva de escarmientos. Menos fueron los nuéstrs, y tal cual de las heridas muere, aunque contentos están todos, pues temen que el tirano á sus tropas agregue al que halle sano.

Ochocientos y nueve perecieron en el día anterior, entre los cuales diez y siete también reconocieron tendidos de los fieros oficiales. A vista del destrozo ennudecieron, pues dondequiera veían las señales del brío que con sangre de ellos riega el suelo vencedor que así se entrega.

(50) Desde 16 de Octubre de 1814 se trasladó la parroquia á la iglesia de La Tercera, por haber sido necesario componer y renovar todo lo interior de la iglesia parroquial de Nuestra Señora de Las Nieves, cuya imagen quedó depositada en la misma iglesia de La Tercera; y con este motivo morábamos en el convento contiguo, hasta que en Julio de 1815 nos arrojó el Gobernador intruso para hacerlo cuartel.



No contaba de muertos en acción  
sino pocos soldados Santa Fe, (51)  
cuando el contrario á tal disminución  
por todos lados reducido ve.  
Pues de *Valencia* todo el Batallón  
el día primero destrozado fue,  
y enterrados quinientos ya tenían  
cuando la vez postrera combatían.

Mas ¡qué diverso aspecto el que presentan  
los cadáveres de hombres religiosos  
que la defensa por piedad intentan,  
y de agresores viles y alevosos!  
Los cadáveres de éstos amedrentan  
desnudos, destrozados y asquerosos,  
todos comidos hasta las entrañas  
de perros, por maneras bien extrañas.

Llegan éstos en medio de la gente,  
que los recoge, y con horror se ceba  
en sus carnes, y arranca el duro diente  
el corazón sangriento que se lleva.  
Y á los nuestros mezclados juntamente  
no hay una fiera que á tocar se atreva,  
y sus blancos cadáveres junto á ellos  
aparecen intactos y más bellos.

No es invención; pues todos han notado  
los que vieron tan rara diferencia,  
que aun á los muertos en la lid ha dado  
de los nuestros honrosa preferencia.

(51) Hay quien asegura que sólo fueron cuarenta y cinco los soldados muertos; pero es cierto que no llegaron á ciento. Como puede haber crítica maligna que lo ponga en cuestión, he querido prevenirla advirtiendo que el que sólo tiene en su mano la suerte que conviene á sus criaturas, que es el Único Dios omnipotente, á quien se debe siempre la victoria: el Dios de las batallas, cuya providencia rige y ordena todos los sucesos, y que se hace reconocer de un modo tan admirable en los sucesos de la guerra, favoreció la confianza del pueblo de Santa Fe, aunque permitió su opresión: sin que para esto sea necesario recurrir á milagros. Los negros y demás agresores de Bolívar, desde que reconocieron las ventajas de los defensores de Santa Fe, volvían precipitadamente las espaldas, al acercarse un número considerable de los nuestros: y éstos lograban, entretanto, muchos tiros. Aquéllos tomaban las esquinas, y disparaban á tiento; y los nuestros á pecho descubierto hacían más cierta la puntería: y cuando los alcanzaban las lanzas ó bayonetas, ó les despedían á los grupos enteros acantonados en las calles, las balas rasas ó metralla, era mayor el destrozo. Lo mismo puede discurrir por los heridos; pues unos hombres estragados con todos los vicios, y agitados en la larga carrera de unas excursiones de bandoleros, sin más sueldo ni provisiones que el pillaje, hacían que sus heridas fuesen más peligrosas que las de hombres sanos y robustos, que se habían conducido de otro modo, aunque algunos habían acompañado á Nariño en sus locas empresas; pero como éste era más sagaz, siempre iba con prevenciones, para no exasperar demasiado á los pueblos del tránsito.



Y Santa Fe del nombre que ha invocado en su auxilio ha tenido la experiencia que, aunque cautiva, muestra que á su suelo castiga con piedad benigno el Cielo.

A este tiempo cautivos y opresores desconfianza recíproca mostraban: los rendidos á fuer de vencedores á los negros después los insultaban; Mas ahora preocupados de terrores, de cobardes y alevos recelaban, todo daño y las gentes aterradas en las casas quedaban bien cerradas.

Los fieros batallones del tirano que destrozados cuenta y disminuidos ningún recelo lo juzgaban vano, alterados de todo y sorprendidos, Ni las armas dejaban de la mano en diversos cuarteles repartidos, ni hay quien del puesto que le dan se mueva ó á discurrir por la ciudad se atreva.

A Torres, á Castillo y á Baraya habían hecho venir á la ligera, pues el Congreso en estos tres ensaya su autoridad intrusa y altanera. Y aunque la fuerza disminuido se haya, la que les queda ya reunían entera para hacerse temer, pues de otra suerte el recelo que tienen es muy fuerte.

Los traidores, empero, los animan, rodean al tirano y le aseguran no tiene que temer de los que opriman pues ya el choque con ellos no aventuran. No importa que este día todos giman, pues tales necios disfrazar procuran con lisonjas, que el tigre no les cree, el duelo general de Santa Fe.

Al Congreso dio parte con presteza, "que viéndose perdido totalmente le ha valido su acierto y su viveza para cambiarlo todo de repente." Mejor dijera el fraude y la vileza de la perfidia, porque ciertamente la perspicacia nada puede ni obra donde manejo tan doloso sobra.

Al palacio á Bolívar se conduce, donde doscientos negros lo rodean, y á cuartel de asesinos se reduce que con el mugre y suciedad lo afean. De *Barlovento* el resto se introduce á las casas de Audiencia, porque sean holladas de las plantas criminales de la justicia las mansiones reales.



De *Caracas* ocupan los dragones,  
de que sólo doscientos han quedado,  
el que al choque de mil innovaciones  
en cuartel se miraba transformado.  
De licores sirvió á destilaciones (52)  
esta casa en que todo destrozado  
nada tiene que puedan ya robar  
lo que esto sólo vienen á buscar.

Ocupan el cuartel de artillería  
trescientos de *La Guaira* que restaron,  
y en mil hombres con ellos consistía  
la fuerza de las tropas que quedaron.  
Pues del *Socorro* y *Tunja* sólo había  
multitud que las balas ahuyentaron  
luégo que muertos de los suyos vieron,  
y hasta el fin á los que huían recogieron.

El Seminario aloja á los primeros  
con el cuartel antiguo de la plaza  
del *Auxiliar* el grande á los postreros  
y algún otro con ellos se embaraza.  
De Jefes y oficiales altaneros  
el temor con su orgullo se disfraza,  
y con gruesas patrullas hacen ronda  
cuando la noche su inquietud esconda.

En el siguiente día, más serenos  
del criminal tirano á la presencia  
convocan á Prelados y hombres buenos  
á jurar al Congreso la obediencia.  
Sus Diputados con poderes plenos  
de paz y unión fingiendo la apariencia  
lo exigen con extrema seriedad  
de todo hombre que ejerce autoridad.

Mándanse abrir las puertas aún cerradas  
de iglesias, casas, tiendas y almacenes  
y las paces por bando publicadas  
garantizan las vidas y los bienes.  
No hay algunas personas exceptuadas  
de la unión que se anuncia, ni aun en rehenes  
á Santa Fe algún hijo se le pide,  
pues la confianza dicen que lo impide.

Mas era la verdad, porque su suerte  
de una esclava que arrastra la cadena,  
sin libertad y sin acción se advierte  
contra el que al duro hierro la condena.  
Y en un estado de opresión tan fuerte  
debilitarla con ardid se ordena,  
y empeñarla en el crimen que aborrece  
y resiste al castigo que merece.

(52) Era la casa de las fábricas de aguardientes que habían convertido en cuartel de caballería, en la plaza de San Francisco.



Con este fin un bando que amedrente con pena de la vida se publica, "que al tirano previene se presente todo soldado que á su hueste aplica. Que las armas entreguen, y al que intente retenerlas, la pena que se indica requisición domiciliaria diera, que se anuncia sin que á ello se atreviera."

Desde este día el llanto y los pesares tan continuos se hicieron, que un resquicio al consuelo no se abre, ni hay lugares donde no se lamente algún perjuicio. Con arbitrios los más irregulares á todos dan más lento el cruel suplicio, que la vida prolonga y no la quita, pero en perpetua pena la ejercita.

A este tormento todo contribuye, y aun el aire más grueso se respira que al pestilente aliento se atribuye de la torpe gentualla que lo aspira. Al gas maligno que de cuerpos fluye, que á disolver su desarreglo tira el mal olor y corrupción se agrega de tantas calles que la sangre riega.

Se ven éstas tan sólo frecuentadas de las bandas de armados asesinos por la ciudad ya entonces derramadas, que horrorizan á todos sus vecinos. Sus oficiales traían adornadas con insignias de fieros jacobinos las cucardas que usaban y denuncian que del honor y humanidad renuncian.

La gente honrada excusa cuanto puede salir de casa, y lo hace con disgusto, pues ni á negocios tiempo se concede, ni lo preciso se buscó sin susto. Ni en mil agravios hay á quien le quede defensa, medio ni recurso justo contra tropas que indican por su traje que han de surtirse sólo del pillaje.

Una partida de estas que dirige el tirano á La Mesa con las gufas, cuales perversas el designio exige cumplido lo presenta en estos días. Un sartal de inocentes trae, que aflige las almas todas que no son impías, que á pie conducen fuertemente atados, hambrientos, mal vestidos y robados.

Era ser europeos todo el crimen, pero fieles, y algún americano con ellos mezclan y también oprimen, porque no los oprime por su mano.





En un hediondo calabozo gimen  
y dos á dos del modo más tirano,  
uno con otro prenden pie con pie,  
con grillos cuyo peso enorme fue.

Libertad les ofrecen, pero á precio  
de una suma cuantiosa, que cada uno  
buscar procura en el conflicto recio,  
que el quebranto mayor hace oportuno.  
Y pariente ó amigo no hay tan necio  
que en el rescate tarde de ninguno,  
que á la muerte va expuesto de otro modo,  
aunque su haber se malbarate todo.

Este anuncio inmediato de un saqueo  
metódico y discreto nos avisa  
que Bolívar conforme á su deseo  
á que todos los sufran los precisa.  
Agentes eficaces el empleo  
que admiten desempeñan con gran prisa  
de violentos y públicos ladrones  
que dan al robo nombre de exacciones.

Donativo forzoso y voluntario  
de sumas excesivas se reparte,  
que aunque imposibles juzgan necesario  
arrancar las más gruesas con todo arte;  
sin que excuse con esto el vecindario  
empobrecido contribuir la parte  
del voluntario que en violento toca,  
aunque en clase de libre se coloca.

Ni vale estado, profesión ni fuero,  
pues exigen enormes cantidades  
ó alhajas de valor, si no hay dinero,  
de canónigos, curas, capellanes.  
Por más que giman uno y otro clero  
y los claustros subsistan con afanes,  
la indigencia á ninguno se le abona  
ni á las monjas más pobres se perdona.

No por esto al comercio se le eximen  
del despojo que luégo se ejecuta,  
y á cada puerta en un cartel se exprime  
lo que propio el tirano ya reputa.  
El carácter de horror que á todo imprime  
confisca cuantos géneros computa  
necesarios al lujo de una tropa,  
que andrajos conmutó por buena ropa.

González de Llorente se ocultaba  
de su almacén cerrado, allá en el centro,  
cuando á su puerta el sello se marcaba  
que á Bolívar somete cuanto hay dentro.  
Doña Dolores Ponce, que guardaba  
al marido recluso fue al encuentro  
del tirano, que cerca vio venía,  
y le habló sin hacerle cortesía:



“Señor Simón (le dice), si usted quiere nuestros bienes, no importa que arrebate, mas para esto tampoco se requiere que á mi esposo inocente se maltrate. Llevadlos todos si esto dispusiere y el terror por más tiempo no dilate, si á costa de ellos la quietud se cobra, pues rigor al tormento ya le sobra.”

El tirano que la oye se sorprende, y al nuevo gobernante la remite, que á la súplica justa condesciende, sin que tan digna intrepidez lo irrite. Aun el feroz carácter se suspende, á vista de una acción en que compite el valor, la osadía y la hermosura con el mayor recato y compostura.

Era ya Miguel Pey el gobernante, y era Ignacio de Vargas su teniente, por un Colegio de que fui al instante excluído por indigno y delincuente. Mi culpa fue anterior, pero bastante á la pena que logro de presente; y este honor me ganó la competencia que de afrenta llenó á la independencia. (53)

Mas, ¿quién podrá los hechos recordar con que esta Junta se cubrió de afrenta, cuando al tirano tanto quiere honrar que su apoteósis cuasi hacer intenta? La lisonja allí se hace tal lugar, que como héroe pacífico presenta al enemigo del común reposo, y al hombre impío aclama religioso.

(53) Habiendo sido compelido á aceptar los poderes de Zipaquirá en el año de 1813, para el Colegio en que se declaró la Independencia, protesté desde el principio la nulidad de todo lo que se hiciese en orden á ella: sosteniendo los derechos legítimos de nuestro católico Monarca en los días 15 y 16 de Julio, con razones á que no se pudo contestar. La Independencia se declaró el 16, siendo mi voto contrario, y el de D. Fernando Rodríguez; pues aunque había otros realistas, no se atrevieron á contradecir. Reunido el mismo Colegio en Junio de 1814, presenté, con fecha de primero del mismo, una representación, probando, con la mayor evidencia, la tropelía, la iniquidad y nulidad de tal declaratoria, y lo injusto, temerario y sacrilego del juramento con que se pretendía afianzar. Tuvieron que enmudecer los concollegas, y en Santa Fe comenzó á titubear el maldito sistema, y los vecinos de Zipaquirá me volvieron á dar sus poderes para esta Junta, que se reunió después de la entrada de Bolívar; de que cubierto de oprobios se me arrojó y se me excluyó por acta, cuya copia, con la de dicha representación, se halla en el Tribunal eclesiástico, á donde se pasó para que se me castigase.



Mas cuando tanto la maldad se encumbra  
 dispuso la familia franciscana  
 la procesión que siempre se acostumbra  
 á la Virgen y Madre soberana.  
 El tirano á la vista se deslumbra  
 de pompa tan devota y tan cristiana,  
 y á sus tropas arrastra tras sí el carro  
 de triunfo tan lucido y tan bizarro. (54)

Este influjo de paz el filo embota  
 de la hoz destrozadora, que á lo menos  
 entorpecido en Santa Fe se nota,  
 cuando de sangre no nos deja llenos;  
 pues la sed del tirano no se agota,  
 mientras las vidas de los hombres buenos  
 á su orgullo insensato den recelo  
 que pueden humillar su altivo vuelo.

Tanto es esto, que á sí se desconoce  
 el tirano impudente y lo confiesa,  
 que otro impulso en sí mismo reconoce.  
 que no lo deja ensangrentar la presa.  
 Sus soldados admiran no destroce  
 las vidas, como lo usa su fiera,  
 y el Congreso le arguye por omiso  
 en cumplir lo que él juzga por preciso.

Villavicencio desde Tunja escribe  
 que á europeos tratados no se guarden:  
 y le contesta Pey que no concibe  
 que aun jurados como eran acobarden.  
 Que á todos los realistas apercibe  
 que á dejar este suelo no se tarden,  
 porque siendo español todo es en vano,  
 por más que haya nacido americano. (55)

¿Y el que nació de un padre autorizado  
 su origen vilipendia y parentela?  
 ¿Quién derecho á la América le ha dado  
 sino España á que ingrato se rebela?  
 Mas si ser español él ha negado,  
 ¿á qué origen creeremos que se apela,  
 sino al delito que de honor despoja  
 al que tan torpe bastardia escoja?

Mejor procede un pobre zapatero,  
 que al oírse saludar de ciudadano,  
 irritado responde al lisonjero:  
 que renuncia de título tan vano.

(54) La procesión que se hace la Dominica 2.<sup>a</sup> de Diciembre en la infraoctava de la fiesta de la Concepción, se hizo el domingo 18, por haber sido en la antecedente la agresión de Bolívar.

(55) Estas contestaciones se publicaron inmediatamente impresas en la *Gaceta*, aunque el padre de Pey fue Oidor de esta Real Audiencia. nacido en la Metrópoli.



Que es español legítimo y sincero,  
aunque nació en el suelo americano,  
y aquel nombre desecha de que abusa  
quien la debida sumisión excusa.

Cual avecilla tímida que asoma  
cuando la sombra al gavilán le abulta  
y el vuelo más rastrero apenas toma,  
que entre las ramas de la selva oculta.  
Y hallado tal cual grano de que coma  
en el obscuro nido se sepulta,  
así andaban los fieles estos días  
á vista de las hórridas arpías.

Despedazaban éstas los archivos  
en el Palacio y Real cancillería,  
por quitar al derecho los motivos  
de todo cuanto en ellos consistía.  
Ni libran de los bárbaros altivos  
los monumentos del honor que había  
consignados allí, como blasones  
de dignas y sagradas atenciones.

Todo perece, á todo se destroza,  
y la mano sacrílega se extiende  
á cuanto es venerable, á cuanto goza  
del respeto más justo á que se atiende.  
Lo que con cada negro allí se roza  
á destruirlo por todos se propende,  
y lo sagrado á que su vista alcanza,  
despedazarlo quieren sin tardanza.

El real retrato que de cuerpo entero  
Don Juan Hernández de Alba, Oidor decano,  
hizo pintar, en que brilló el esmero  
más diestro por más fiel al soberano,  
Consumen con el fuego y el acero,  
y los fieles lamentan, pero en vano  
á la obra que adquirió tan digna loa  
al valiente pincel de Figueroa.

Vióse entonces con grande admiración  
un mozo aparecer desconocido,  
que mostraba notable suspensión  
en su mirar pausado y conmovido:  
De rostro grave y voz sin turbación,  
ligero el paso y pobre su vestido  
que larga y negra ruana se lo cubre  
hasta los pies desnudos que descubre.

Este por varias calles que discurre,  
sin que ninguno se halle que lo ofenda,  
al pueblo se dirige que concurre  
y su deber lo excita á que comprenda.  
A tan sencilla exhortación recurre,  
que nadie puede haber que no la entienda,  
y á la obediencia justa los persuade,  
sin que alguno se note que se enfada.



“Por el amor de Dios, señores, dice,  
reconozcan al Rey, pues quien le niega  
la obediencia, á Dios mismo contradice,  
y contra Dios á rebelarse llega.  
El que de ley tan justa se deslice  
incurre en crimen, con que su alma ciega  
no conoce que un Rey acá en el suelo  
*representa* al Señor que está en el Cielo.”

Este hombre raro al fin desaparece  
el mismo día en que á exhortar comienza,  
sin que ninguno sepa quién él fuese  
y examinarlo ni el tirano piensa.  
A la ira de los suyos no perece;  
su voz contuvo la crueldad suspensa,  
y después que Bolívar se retira,  
segunda vez comparecer se mira. (56)

Este raro suceso nada influye  
para atajar el curso del desorden,  
ni á los malvados el aviso instruye  
para que en plan tan falso no concorden.  
Al sistema que todo lo destruye,  
mil lisonjas procuran que lo borden,  
con matices que den algún adorno  
al negro cuadro del común trastorno.

Ya de ochocientos quince, cruel Enero  
contaba el quinto día amargo y triste,  
cuando el Teniente Vargas, altanero,  
nuestra inerme mansión y casa embiste.  
Le da su comisión á un buen chispero  
que presto allana lo que no resiste,  
y la casa registra que habitamos  
sin que motivo entonces entendamos.

A la presencia el caso nos conduce  
del que tanto manchó su buena fama,  
que al mismo por quien antes ella luce  
ahora ingrato cual reo lo reclama.  
Contra Infiesta y Martínez se reduce  
todo el encono que insensato llama  
traidores á dos hombres de que abona  
la lealtad el traidor que la baldona.

Este versátil genio fue de Infiesta  
defensor al principio, bien premiado  
del noble perseguido que se apresta  
siempre á ser generoso por honrado.  
Pero á Vargas parece que molesta  
estar en el trastorno como aislado,  
y se introduce en él con tal exceso  
que se hace apoyo del fatal Congreso.

(56) El Sr. Dr. D. José Domingo Duquesne, Provisor entonces del Arzobispado, fue uno de los sujetos que lo vieron esta segunda ocasión, y en la primera mi hermano el Dr. D. Santiago de Torres, cura de *Las Nieves*.

A don Julián de Torres, pues, intima entregue á los amigos que ocultaba, pues la violencia es tiempo ya que oprima á los que antes ninguno separaba. Una débil confianza nos anima á recurrir á Pey, que no se hallaba con igual interés en esta causa, y aunque fiero procede con más pausa.

Nos engañó del todo la esperanza, pues de palabra el bárbaro decreta la prisión y la muerte sin tardanza, si don Julián la entrega no completa. Quince horas le concede, dando fianza, y á muerte vergonzosa lo sujeta si al asignado término se llega, sin haberse cumplido con la entrega.

Entraba ya la noche, y el fiador de nuestro hermano guarda su persona, pues es el mismo que antes su opresor para allanar la casa comisiona. El Cura de Las Nieves, con valor en el peligro instante no perdona, y conmigo salió á buscar amparo de nuestro propio riesgo sin reparo.

Los dos hermanos tristes recorrimos las calles solitarias con presteza, en que de guardias y patrullas huimos, por evitar su criminal fiereza. A Jurado en el lance recurrimos, que ablande de Bolívar la dureza, y es el único que habla y se interpone al tiempo que su viaje ya dispone.

Bolívar no conoce á los proscritos Infiesta ni Martínez, y no tiene motivo de venganza, aunque descritos como enemigos entregar previene. Mas como ellos carecen de delitos, á Jurado le ofrece: "que mantiene bajo su fe, palabra y protección á los que ha de entregar sin detención."

Las vidas á los dos les garantiza bajo protesta, empero, que allí le hace, "que al término asignado los precisa, sin que un solo momento más se atrase. De otro modo á ninguno ya indemniza y á cuchillo dará orden que se pase, casa por casa á cada fiel realista sin que á él mismo lo excluya de la lista."

En efecto, dio la orden inhumana, que obliga á la terrible comparencia que á Martínez é Infiesta en la mañana conduce del tirano á la presencia.



El los recibe, no de mala gana,  
y aún les muestra piedad ó indiferencia;  
que si en su pecho nunca piedad cabe,  
encubrir el furor tampoco sabe.

Mas aun al cruel se debe hacer justicia,  
que la presa creyendo ya segura,  
de recelos carece y aun noticia  
de muchos cuya muerte se procura.  
El Congreso y los suyos con malicia  
aprovechan la horrible coyuntura  
que al genio de Bolívar se atribuya  
cuanto á saciar su encono contribuya.

Ellos la lista forman que al tirano  
á la mortal deportación presenta,  
sin perdonar alguno, ni á su hermano  
de los mejores hombres hasta ochenta.  
Se incluye al Provisor y al Arcediano,  
con otros que escaparon en la cuenta,  
pues Bolívar no es fiel ejecutor  
del Congreso en tan bárbaro rigor.

A este tiempo de Tunja conducían  
a Fr. Pedro Corella y á Bujanda,  
con otros desgraciados que venían,  
y el Congreso fatal hasta Honda manda. (57)  
Remitirme con ellos disponían,  
y á Tabio registraron en demanda  
de mi persona, que á la vista estaba  
en Santa Fe, mas Dios se la ocultaba.

Bajo el amparo de su Madre Santa  
nuestra casa y familia se conserva,  
cuando más la malicia se adelanta  
y entre continuos riesgos nos preserva.  
San Antonio de Padua en pena tanta  
los tiros del furor también enerva  
que á vista de su imagen retrocede,  
y adelantar un paso ya no puede.

No son sucesos que atrevido invento,  
ni milagros que finjo temerario;  
y más cuando librarnos fue un portento  
que otro milagro no hizo necesario.  
El Todopoderoso nos dio aliento  
sin recurrir á un caso extraordinario,  
y al furor del tirano lo limita  
para tan sólo aquello que permita.

Pero siempre debida obligación  
nos impone la tierna gratitud  
de ensalzar la Divina protección  
á que sólo debemos la salud.

(57) Estos eran D. José Zapatero y D. Emeterio Bernal, que fueron de los asesinados en Honda.



Esto debe inflamar la devoción  
de la fe conociendo la virtud,  
que al cristiano su auxilio siempre ofrece  
aun cuando juzga el impío que perece. (58)

El Cura de Las Nieves sentenciado  
por Bolívar á muerte ó á una suma  
imposible, porque antes ha expresado  
las ruinas que en Caracas él consume. (59)  
Al fin á cruel destierro condenado  
por más que ejecutarlo se presume,  
lo resiste con sola la paciencia  
confiado á la Divina Providencia.

En estos días de repente preso  
á Julián nuestro hermano se arrehalá,  
y una hermana solícita en exceso  
de la prisión y muerte lo rescata.  
Recurre á don Luis Rubio en el suceso  
que de librarlo diligente trata,  
diciendo respondía de la persona  
para cuya prisión se comisiona.

Pero no nuestras propias aflicciones  
relatar se imagine que pretendo,  
pues son sólo sencillas narraciones  
de la historia puntual á que propendo.

(58) En el día que se allanó el convento de la Orden Tercera donde morábamos, registrado lo restante llegan á la capilla interior por la puerta que mira al altar. En él teníamos la hermosa efigie de San Antonio de Padua que se venera en la parroquia cuya iglesia se estaba componiendo, y como Patrono que siempre reconocemos de nuestra familia, por devoción de nuestros padres, en estos días amargos lo tuvimos siempre con luces encendidas. Al verlo los comisionados, por más que los persuadimos, no fue posible que asomasen siquiera la cabeza á la capilla; siendo así que iban determinados á entrar y que á lo largo de ella podían ocultarse más de doscientas personas.

(59) Habiéndose excitado al Dr. D. Santiago de Torres para una contribución á favor de los emigrados de Venezuela, cuando se tenía noticia que Bolívar había llegado derrotado á Cartagena, contestó haciendo presente la obligación de preferirse en los socorros de un Cura las multiplicadas necesidades del pueblo de Santa Fe que se veían como resultados legítimos de la funesta rebelión; y que á más de los costos de la refección de la iglesia de Las Nieves no le dejaban sobrante, y lo obligaban á molestar personas piadosas para ocurrir á estas necesidades. Que supuesto que Bolívar confesaba impudentemente en un papel publicado en *El Mensajero* de Cartagena, que él había sido la causa de las desgracias de Venezuela y había llegado á Cartagena con todo el robo de sus latrocinios, hasta de los vasos sagrados; se le confiscase este caudal y habría con qué socorrer á los venezolanos. Una copia de esta contestación en que se expresan con horror las atrocidades de Bolívar, cayó en su poder y lo irritó demasiado. Pidió el original á D. Jerónimo Mendoza á quien se había dirigido, pero éste, lejos de entregarlo, lo devolvió inmediatamente al Dr. Torres, y aseguró á Bolívar que no existía tal documento en su poder. Con todo él trató de deshacerse del Cura por varios medios, que permitió Dios se frustrasen.





Ni ellas solas en tales ocasiones  
agobian nuestro espíritu, sufriendo  
las más penosas en amigos fieles,  
cuya suerte nos causa angustias crueles.

D. Juan Manuel Fernández fugitivo  
en Gachetá se hallaba, y se le asalta  
por un Monroy, enviado por activo,  
que en tales comisiones nunca falla.  
Antes excede en ellas como altivo  
que son delitos que el Congreso exalta:  
un apóstata indigno se le asocia,  
y su muerte bien presto se negocia.

Al pueblo de Guateque lo conducen,  
donde dispuesto el español piadoso  
en su semblante al comulgar relucen  
los efectos que inspira el dón precioso.  
Pero impresión alguna no producen  
en Monroy ni el apóstata furioso,  
que en consumir el crimen no vacilan,  
y al punto por su tropa lo fusilan.

Ya del estrago la infeliz secuela  
á embestirnos se acerca de tropel:  
cuanto al hombre de bien lo desconsuela  
se agolpa con el ímpetu más cruel.  
Se aproxima el Congreso, que nivela  
la rebelión con el fatal nivel  
del terrorismo injusto y general  
para hacer el trastorno más cabal.

Santa Fe sumergida en la opresión  
nada puede en su angustia resolver,  
pues libertad no tiene ni aun acción,  
ni sabe lo que pueda suceder.  
Se le oculta con doble sinrazón  
lo que rápidamente se ha de hacer,  
porque ignorando el golpe, su discurso  
no prevenga á los suyos ni un recurso.

Cual caminante que en la noche oscura  
perdido en la montaña en que se interna,  
sin tino y enredado en la espesura  
apenas mueve trémulo la pierna:  
Y mientras más la reflexión apura  
salida no es posible que discierna,  
y sólo enormes riesgos le presenta,  
que cada instante más lo desalienta.

Lo molestan jejenes y zancudos,  
y entre el ruido de sapos y chicharras  
oye silbos de serpientes muy agudos  
y teme caer de tigres en las garras.  
Sus bramidos percibe, y los menudos  
bejucos que le forman mil amarras  
cuelgan aquí y allí, y en ellos late  
del alacrán maligno el acicate.



La brava hormiga prende sus tenazas  
 en su piel, y la mosca deja el nuche,  
 y de librarse no concibe trazas  
 del colmillo del zafno y del cafuche.  
 Sólo de muerte tristes amenazas  
 es preciso notar en cuanto escuche;  
 ni hay quien oiga su voz si pide ayuda,  
 y una fiera recela que le acuda. (60)

Del mismo modo Santa Fe concibe  
 puesta la hoz de la muerte á la garganta  
 de los que antes su seno en paz recibe  
 y colman ahora de tristeza tanta.  
 El tirano á su hueste infiel adscribe  
 la tropa veterana, pues quebranta  
 aun en esto lo que antes estipula  
 el que todos los pactos los anula.

Del *Auxiliar* los restos entresaca,  
 que á las tropas agrega de Urdaneta;  
 y con D. Pedro Núñez no se aplaca  
 cuando al fiero rival se lo sujeta.  
 Con tal refuerzo no quedó tan flaca  
 la División que manda á que cometa  
 los estragos en Cúcuta y Pamplona,  
 que en todos los lugares ocasiona.

Mas ni con esto llena los vacíos  
 que sus enormes pérdidas dejaron,  
 y reparar intenta con los bríos  
 que al fin en Santa Fe los completaron.  
 Porque corran de sangre nuevos ríos,  
 el arado en el campo arrebataron  
 á jóvenes robustos cuasi mil,  
 para que el uso aprendan del fusil.

Estos reclutas sin perder instante,  
 con exquisito esmero disciplinan,  
 que los destrozos lleven adelante  
 en la empresa que locos determinan.  
 Mas todo el grueso no sería bastante  
 sin las artes traidoras que maquinan,  
 para rendir al fin á Cartagena  
 de partidos discordes nada ajena.

Todos víctimas son para la muerte  
 con la nota de infamia destinadas,  
 porque la fiera rebelión pervierte  
 del honor las carreras señaladas.

(60) Todo esto se verifica en las montañas de tierra caliente. El *nuche* es un gusano peludo, que crece debajo de la piel, del huevo de una mosca que allí lo deposita. Los *zafnos* son los violentos puercos que andan en manada, y los *cafuches* otros puercos monteses no menos fieros.



Aún recelaba Santa Fe la suerte  
de personas que ya eran designadas  
para la dura emigración, que ignora  
ser de la muerte triste precursora.

Setenta pasaportes se van dando,  
que ocho días de término conceden,  
y cada cual su viaje va tratando,  
para cumplirlos todos como pueden.  
Con tal arte los van alucinando,  
para que todos á la vista queden,  
pues antes de cumplirse disponía  
la perfidia prenderlos en un día.

A don Bernardo Pardo se le intima  
que entre la muerte ó la deshonra escoja  
de seguir al tirano, que él estima  
como muerte más llena de congoja.  
De tal afrenta quiere que se le exima,  
y á lo primero intrépido se arroja;  
pero Bolívar piensa atormentarlo  
y en la marcha dio la orden de matarlo.

Sus mismos oficiales se le oponen,  
que del trato de Pardo ya prendados  
con el altivo Jefe se interponen,  
y la vida le salvan con enfados.  
Desde Honda retrocede, donde ponen  
en salvo algunos fieles sus cuidados,  
después que ya Bolívar embarcado  
más flexible á su tropa se ha logrado.

La perfidia en sus rumbos alevosa,  
aunque ya sin disfraces cuasi gira,  
procede con astucia cautelosa  
en los torpes designios á que aspira.  
Y en Santa Fe la gente recelosa  
ni el aire con desahogo lo respira,  
mientras lamenta duro cautiverio  
bajo el Congreso y su fatal imperio.

#### CANTO SÉPTIMO

El orgullo insensato que se creía  
seguro en el imperio usurpaba,  
los resultados funestos no preveía  
que la infiel rebelión le preparaba.  
De obediencia legítima se refa  
el sistema infernal, que se burlaba  
del debido homenaje y rendimiento  
que prometido había con juramento.

De la persona Real y su dominio  
cuando terco y altivo se subtrae,  
resuelve de contado el exterminio  
de cuanto notas de realismo trae.



En la crueldad se busca el patrocinio  
de todos los excesos en que cae,  
y persiguiendo é insultando á España  
piensa que de América la extraña.

Ya levantada la serviz altiva,  
la monstruosa cabeza coronada,  
ordenaba la pompa más festiva  
para con ella celebrar su entrada.  
De honores y homenajes no se esquivaba  
la autoridad que se tenía usurpada,  
en calidad de intrusa y de tirana  
la que es sólo suprema y soberana.

Mas los hijos de Hesperia cuyos bríos,  
con asombro de todas las naciones  
destrozaron ejércitos de impíos.  
deshicieron horribles escuadrones.  
Cuando de sangre aniegan en los ríos  
del tirano de Europa las legiones,  
no se atajan á vista del océano,  
por vengar el ultraje al Soberano.

Afianzado en el trono más augusto  
al centro de la unión á todos llama,  
y el influjo de paz, como era justo,  
sobre dos hemisferios lo derrama.  
Pero el nombre de paz es muy adusto  
para el fiero Congreso que proclama  
la necia libertad por su divisa,  
que á resistencia injusta lo precisa.

Ni percibir le agrada aun el lenguaje  
de paz y sumisión, que no acomoda  
á la elación que quiere el vasallaje  
para sí, porque el justo la incomoda.  
No conoce por fin que tal ultraje  
al Monarca legítimo, y á toda  
la nación generosa, sin tardanza,  
mal pudiera quedarse sin venganza.

Ya en las playas de Cádiz se enarbola  
el estandarte de la escuadra Real,  
y en todas las banderas se tremola  
de victoria y castigo la señal.  
A la voz del Monarca, la española  
división vencedora siempre leal,  
se embarca por ganarse nuevo brillo  
bajo el mando del inclito Morillo.

Era el tiempo en que el rumbo que dirige  
hacia la Costa Firme ya se emprende,  
y el paso al anchuroso mar se exige  
que hacer sobre sus olas se pretende.  
El General triunfante que se rige  
por la fiel obediencia á que propende,  
con ella nuevos triunfos asegura  
al esfuerzo español que los procura.



Entonces es cuando el Congreso aleva  
 una pompa triunfal se disponía,  
 y á todos altanero los conmueve  
 á que honren su altivez en este día.  
 Santa Fe, que á negarse no se atreve,  
 nada demuestra menos que alegría,  
 y su triste silencio bien explica  
 el terror que tan sólo le dedica.

Arcos triunfales mal aderezados  
 se hicieron con disgusto en la Alameda,  
 y cumplimientos fríos y forzados  
 honra son que se quiso que preceda.  
 Con sus arengas van los diputados  
 á la quinta de Rublas, donde queda  
 el Congreso esperando hasta el banquete,  
 que para todos tuvo el peor sainete.

El veintiuno de Enero, en la mañana  
 los honorables padres del Congreso,  
 que autoridad usurpan soberana,  
 á cargarnos vinieron con su peso.  
 Su Presidente, que en edad temprana  
 del honor se juzgaba en el exceso,  
 era el joven García de Rovira,  
 que á ser otro Temístocles aspira.

Las arengas escucha muy cortés,  
 comenzando Bolívar cual más digno,  
 que más su irreligión que su altivez  
 hizo notar en su discurso indigno.  
 Pues por borrar de España de una vez  
 la memoria, su espíritu maligno,  
 la religión sagrada y verdadera  
 extinguir en América quisiera.

Los demás diputados se retiran  
 y tal cual al banquete se convida,  
 que de mal ojo los masones miran  
 cuando cada uno por su turno envida.  
 De Santa Fe las gentes no respiran  
 sino tristeza que jamás se olvida,  
 para que alguno tenga ni el intento  
 siquiera de fingir algún contento.

En la tarde la entrada se dispone  
 con general repique y voladores,  
 y el séquito acompaña que compone  
 la parte principal de los traidores.  
 Mas al pueblo su pena lo indispone  
 de modo que á ni ser espectadores  
 se junta algún concurso, ni repite  
 el corto que hay un viva que se grite.

Al terminar el cántico *Alleluya*  
 en el sagrado oficio, que antes uno  
 temerario en sus plácemes incluía  
 porque á Bolívar vio sin riesgo alguno.



A este tiempo con ella se concluía  
de su patria el consuelo, que ninguno  
puede contar cuando el Congreso duro  
viene á formar de su opresión el muro.

Al llegar á la plaza sobre él vino  
una banda de negros gallinazos  
que segufan al olor del mortecino  
de la pompa triunfal funestos pasos:  
Emblema del horror que bien convino  
á delinear de su intención los trazos,  
y observar los que ven sobre el palacio  
parar las fieras aves largo espacio.

A dos días Bolívar se despide,  
y á su partida el más funesto llanto  
á todos celebrarla les impide;  
del terror aliviados algún tanto.  
Mas la perfidia que sus golpes mide,  
por no frustrarlos con causar espanto,  
á Carabaño deja que recoja  
á los que incautos duermen sin congoja.

Los sencillos inválidos concurren  
á la orden que los llama á los cuarteles,  
en que fraudes algunos no discurren  
y presos se les deja allí por fieles.  
Al engaño más vil á que recurrèn  
maldad añaden los mandones crueles,  
poniendo todos alevoso esmero  
en que no escape algún alabardero.

En el silencio de la noche van  
españoles sacando de sus casas,  
que descuidados del suceso están,  
y sus familias de dolor no escasas.  
Sólo un aljibe que ocultó á Terán,  
al sumergirse le ofreció las trazas,  
invocando á la Virgen le librarse  
entre los hielos donde pudo ahogarse. (61)

El noble cura don Joaquín Pichó,  
á pretexto de ampliar su pasaporte,  
en una guardia de repente halló  
la orden de que el término se acorte.  
Detenido en la misma se dejó,  
y ya sufría tan inicuo porté  
Fr. Serafín Caudete, capuchino,  
que arrebataron con igual destino.

(61) D. José María de Mier y Terán era de los vecinos á quienes habían dado pasaporte, cuyo término no estaba cumplido; y al registrar su casa invocó á Nuestra Señora del Carmen, y se sumergió en un aljibe, donde permaneció hasta que se retiraron los comisionados.



Fr. Antonio Gutiérrez, franciscano,  
de Popayán ilustre misionero,  
por fiel recurso el venerable anciano  
que Naríño había enviado prisionero:  
Del convento agustino el inhumano  
Carabaño conmuta cruel y fiero  
las operaciones de su largo encierro,  
por las injurias del atroz destierro.

En medio de la noche lo conduce  
Lino Ramírez, joven atrevido,  
y al franciscano claustro se introduce  
con desacato el más descomedido.  
A sacar religiosos se reduce  
la entrada, que lo deja luégo herido  
con un mal que resfrío le parece,  
pero mal de que nunca convalece.

El se hallaba lozano y bien robusto,  
cuando á la puerta del convento toca,  
y al entrar ya se siente con disgusto,  
sin que refrene su osadía loca.  
La dolencia se aumenta, y ve con susto  
podrírsele la lengua entre la boca  
y caerse la nariz de un modo extraño.  
penando en su dolores más de un año.

Mas él, en fin, extrae los religiosos  
que el cruel Cabal de Popayán extraña,  
y eran al Congreso sospechosos  
porque á ninguno su lealtad engaña.  
González y Benito por celosos  
por la Corona y por la fe de España.  
también son á los otros agregados  
para que sean con ellos deportados.

Eran, pues, los expulsos por Cabal  
Fray Francisco Pugnet, un sabio amable,  
Fray Baltasar Guirán, en todo igual,  
y Fray Lucas Domingo, inalterable.  
Y otros tres que la pena general  
del injusto destierro irrevocable,  
como fieles con ellos sufren ahora,  
son Velasco, Racines y Zamora. (62)

El veinticuatro aciago amanecía  
en que su luz esparce sentimientos,  
donde ya indignación prevalecía  
ya el dolor se explicaba con lamentos.

(62) El Padre Fray Antonio González y Fray Benito Fernández, con los Padres Fray Juan Antonio Gutiérrez, Fray Francisco Pugnet y Fray Serafín de Caudete, D. Pedro Bujanda y D. Joaquín Pichó, bajaron hasta Mompós. Los Padres Fray Baltasar Guirán, Fray Lucas Domingo, Fray Juan Bautista Zamora, Fray Fernando Racines y Fray Pedro Velasco quedaron en Honda, de donde los pasaron á Mariquita.



En todos la piedad se enardecía  
al conocer los modos fraudulentos  
que sin hacer siquiera distinción,  
se veían en tan cruel deportación.

¡Los sacerdotes sin algún delito,  
aun peor que delincuentes son tratados,  
en medio de un ejército maldito  
de criminales reos custodiados!  
Por más que la impiedad esfuerce el grito,  
¿quién abolió los límites sagrados  
que á cada uno someten á su fuero  
aun en el crimen cierto y verdadero?

Esto pensando estaba, cuando advierto  
que un deliquio á mi espíritu transporta  
á una región serena, en que el concierto  
apacible que observo me conforta.  
De un cielo alegre y claro vi cubierto  
un suelo tan ameno, que se acorta  
toda expresión que descubrirlo quiere,  
aunque á decirlo voy como pudiere.

Igual por todas partes va elevando  
hacia el medio insensible su eminencia,  
donde una fuente veo derramando  
sus cristalinas aguas sin violencia.  
Por diversos canales va regando  
con proporción la gran circunferencia,  
en que la verde alfombra matizada  
es de todas las flores adornada.

Cuantos géneros de árboles frutales  
ó hermosos á la vista tiene el mundo,  
repartidos en órdenes iguales  
ofrecen un recreo sin segundo.  
Las fragancias más gratas y especiales  
del terreno en aromas más fecundo,  
al aire lo perfuman, que se siente  
al respirarse sano é inocente.

El temple sin molestia no percibe  
alteración con que al sentido ofenda,  
y nada que perturbe se concibe  
por dondequiera que la vista extienda.  
Ni es menor el placer que se recibe  
del concierto que se oye, y recomienda  
la variedad vistosa de las aves,  
por sus plumajes y gorjeos suaves.

Un paraíso juzgaba tal delicia  
que á lo menos suspende mi tristeza,  
en donde nada el orden desperdicia  
que al más dulce reposo le interesa.  
La mansión de la paz y la justicia  
concibo ser aquella que embelesa  
con sus agrados por diversos modos  
á mis potencias y sentidos todos.





No descubro animal allí nocivo,  
ni el reptil ó la serpiente venenosa,  
ni las fieras que dañan del cultivo  
la ocupación más útil y gustosa.  
Sólo hay mansas ovejas, que al activo  
cuidado que las guía y no reposa  
de los pastores, en sus prados comen  
el pasto que las llevan á que tomen.

Ni se encuentra algún ave de rapiña,  
que el agradable céfiro la ahuyenta,  
ni algo se nota en la feraz campiña  
en que gusto y provecho no se sienta.  
Mas no se ve que su recinto cifra  
un muro fuerte y alto, y si se intenta  
las cercas derribar que lo resguardan,  
¿qué destrozos en todo no se aguardan?

Y en efecto las bestias por defuera  
con tesón y porfía forcejaban,  
mas el daño que hacían dondequiera  
los pastores al punto reparaban:  
Y con la flecha y honda más certera  
en el momento á todas ahuyentaban;  
y muertas unas, otras mal heridas,  
poco á poco se veían disminuías.

Uno de ellos, dejando á los demás,  
se viene á preguntarme muy cortés,  
"si juzgo yo de subsistir capaz  
sin su afán aquel campo alguna vez,  
ó si al esfuerzo ciego y tan tenaz  
de los brutos feroces, que tal es  
contrario al orden, sin la piedra ó flecha,  
que los mate o los hiera se desecha.

"No, digo yo, antes considero  
que el descuido de solos los pastores,  
será origen funesto y verdadero  
de arruinarse del orden los primores.  
Pereciera, repite, todo esmeró,  
si los que somos hoy sus defensores  
á las fieras abriésemos la entrada,  
ó la guarda quedar abandonada.

"Si dijésemos que era tiranía  
repelerlas, herirlas ó matarlas,  
ó las mismas ovejas algún día  
quisiesen que ellas vengan á guardarlas.  
Trastorno general sucedería,  
sin que nadie pudiese refrenarlas;  
y entre sí combatiendo con furor  
su propio estrago se lo harían mayor.

"En tal estado ya sería demencia  
el orden pretender que se guardase,  
pues donde sólo reina la violencia  
no hay cosa con medida á que se tase.



Santa Fe proclamó la independencia,  
nombre infausto que quiso disfrazarse,  
los esfuerzos de alevos y ambiciosos  
que la presa disputan cual furiosos.

“Pero es igual el fin y la intención,  
que conmueve de varios los designios,  
que es hacer general la rebelión  
y usurpar al Rey justo sus dominios.  
En los que hallan cualquier oposición,  
como á reos decretan exterminios,  
y unos con otros chocan los tiranos  
para ser todos ellos soberanos.

“¿Qué ley, ni qué justicia en tal estado,  
ó qué fuero imaginas que se guarde?  
Conculcado el derecho más sagrado  
á reclamar los otros es ya tarde.  
Quien de ofender la religión osado  
y la alta potestad haciendo alarde,  
desprecia todo cuanto Dios ordena,  
en todo exceso al fin se desenfrena.

“¿No ves la hermosa y rica Venezuela  
de uno á otro extremo toda devastada,  
donde antes nadie ni recela  
que con sangre inocente sea regada?  
Mas ella descontenta se rebela  
con un falso sistema deslumbrada,  
y allí la guerra á muerte le da frutos,  
que la cubren de ruínas y de lutos.

“¿Mil discordias, facciones y partidos  
no ves brotar allí, con que perecen  
los que antes se miraban tan unidos,  
que sólo el bien de todos apetecen?  
¡Los hijos de los padres divididos,  
los hermanos opuestos aparecen,  
los amigos antiguos se separan,  
y en destruirse unos á otros no reparan!

“¡El marido á la esposa la abandona,  
no hay compasión, afecto ni ternura,  
ni al ministerio santo se perdona  
ó algún débil respeto lo asegura!  
¡Ya de las ciencias nada se blasona,  
ni adelantar las artes se procura  
y al trato es ocasión inoportuna,  
pues todos menoscaban su fortuna!

“¿No ves al Nuevo Reino tan florido,  
tan descansado, fértil y abundante,  
mientras la paz y sumisión han sido  
el muro de sus bienes más constante?  
¡Ahora estéril, llorando empobrecido,  
al cultivo siquiera no es bastante  
de sus campos, ganados y rebaños,  
y sus fábricas sienten nuevos daños.



“¿Degollados no ves los inocentes,  
bajo el pretexto de la injusta guerra  
que ejercitan los hombres delincuentes,  
que empuñan la hoz que á la virtud destierra?  
¡Todas son consecuencias bien patentes  
que el plan atroz de rebelión encierra,  
en que son los ladrones y homicidas  
de las haciendas dueños y las vidas.

“Mientras subsista el criminal sistema,  
que desconoce el régimen paterno  
del Monarca legítimo y no tema  
ofenderse al respeto justo y tierno:  
La injusticia en la guerra será extrema;  
pues no hay paz sin legítimo gobierno,  
y todo el orden sin la paz se vicia,  
ni la paz reinará sin la justicia.

“¿Y cuándo el día llegará dichoso,  
replico yo, que vuelvan á reinar  
la justicia y la paz, y que el destrozo  
que lloramos se pueda remediar?”  
Me interrumpé la voz un gran sollozo,  
y entonces oigo el campo resonar  
con deliciosa música y canciones  
que al Eterno entonaban bendiciones.

Por todas partes vi que aparecían  
niños y niñas, jóvenes, doncellas;  
varones y matronas concurrían,  
y ancianos de presencias las más bellas.  
Ceñidas las cabezas descubrían  
con coronas de olivo en todas ellas,  
y tañendo diversos instrumentos  
cantaban con suavísimos acentos.

Los niños muchas flores recogiendo  
á una senda venían espaciosa,  
sobre la cual las iban esparciendo  
dejándola cubierta y olorosa.  
El piso de este modo previniendo,  
una carroza de marfil preciosa  
venir se ve tirada de elefantes  
con los jaeces de telas muy brillantes.

Vienen dos hermosísimas matronas,  
la primera vestida de encarnado,  
la segunda de blanco y con coronas,  
que la primera es de oro aquilatado.  
La otra de perlas y oro, y sus personas  
sus adornos é insignias me han mostrado  
ser la Justicia y Paz, á quien se brinda  
el obsequio que es justo se les rinda.

En medio puesto un grande medallón  
sobre dos firmes globos lo sostienen,  
que abraza por detrás un bravo león  
á cuyos lados una y otra vienen.



El retrato me llama la atención  
del centro de aquel óvalo, en que tienen  
del séptimo Fernando tan augusto  
representado y esmaltado el busto.

Las canciones y música suspende  
sola una seña que silencio intima,  
y la Paz hacia mí la vista extiende  
y á que me acerque con la voz me anima.  
"Tu patria (dice) ilusa no comprende  
una verdad que es justo que se imprima  
en el bronce y el mármol, y conserve  
la instrucción que de ruinas la preserve.

"El hombre libre capaz de dirección  
no el apetito ciego que lo agita,  
sin regla lo conduce á discreción  
á todas las acciones que ejercita.  
La sociedad exige sumisión  
á la ley, en que siempre necesita  
del Gobierno á que debe la obediencia,  
el amor, el respeto y reverencia.

"La libertad que goza lo precisa  
á elegir por sí lo útil y lo honesto,  
pues el divino oráculo le avisa  
del precepto inmutable que le ha puesto. (63)  
De utilidad ni aun propia trae divisa  
todo lo que es á la virtud opuesto,  
y el hombre por su parte nunca debe  
turbar el orden como infiel y aleve.

"Dios á todos reparte aquel destino  
que en el cuerpo político conviene,  
y á cada uno del prójimo previno  
cuidar en todo lo que á cargo tiene. (64)  
Mas un Jefe supremo haber convino  
que á todos en el orden los mantiene, (65)  
y el que rebelde su obediencia rompe  
el derecho de todos lo corrompe.

"Este vínculo sólo desligado,  
(prosigue la Justicia enardecida)  
deja el orden disuelto y dislocado  
y á la Patria en horrores sumergida.  
Todos estos los causa quien osado  
y traidor á su Patria, la debida  
sumisión y obediencia al soberano,  
sacrílego trastorna con su mano.

(63) Adjecit mandata et praecepta sua. Eccl. 15. v. 15.

(64) Et mandavit illis iniquique de proximo suo. Eccl. 17.

(65) In unamquamque gentem praeposuit rectorem. Eccl., v. 14.



"Pues todos los delitos consiguientes  
que de la infame rebelión proceden,  
perjurios, robos, muertes de inocentes,  
que impunes nunca es justo que se queden.  
Los causan los primeros delincuentes,  
que atropellando el orden cuando pueden,  
la autoridad usurpan con tal furia  
que aun á la santa religión injuria.

"Porque jamás la religión permite  
que la injusticia y rebelión se apruebe,  
y contra ella es forzoso se concite  
el furor que al rebelde lo conmueve.  
Aunque más difrazarse solicite  
el error que se indica, quien promueve  
ó quien sigue cualquiera rebelión,  
es traidor á su Patria y religión.

"¿Y éstos son los alevos y perjuros  
que patriotas se atreven á llamar,  
cuando el Rey y la Patria son dos muros  
que jamás puede nadie separar?  
Bajo el dominio real patriotas puros  
forma el amor y el orden regular,  
que si alguno pervierte contra el Rey  
traición hace á la Patria y á la ley.

"Ya lo has visto en tu Patria desdichada,  
que multiplica tanto sus tiranos,  
á la triste miseria encadenada  
que eluden su opresión como livianos.  
De todos sus derechos despojada,  
á sus hijos los nombran ciudadanos  
cuando el título pierden, y de esclavos  
la condición les dan y menoscabos.

"Libres serán ellos en llegando  
de la justicia real el fuerte brazo,  
que soberbios impíos humillando  
del fraude y la violencia rompa el lazo.  
Y el carro de los triunfos de Fernando  
recoja de la paz en el regazo  
á los pueblos sencillos, que el peor crimen  
sumerge en el error en que ahora gimen."

La carroza triunfante sigue el curso  
que en un remoto alcázar se termina,  
y á sus lados danzando el gran concurso  
que con alas parece que camina.  
Entretanto suspende mi discurso  
una suave canción que vaticina  
el origen, progreso y fin de todo,  
y un pastor entonaba de este modo:

"El silencio más triste  
á los campos de paz melancoliza.  
El más terrible estruendo  
luego los turba, y lágrimas agoniza



la alegría en el mundo, que se viste  
 todo de horror: y van enmudeciendo  
 cuantos himnos festivos resonaban.  
 Las voces que entonaban  
 en risueñas canciones  
 de la paz y la unión  
 las dulces bendiciones,  
 al hombre, que en feliz asociación  
 gozaba las delicias inocentes  
 del casto amor, de la amistad sencilla,  
 del apacible trato de las gentes:  
 Todo ha callado ya; ya la semilla  
 que estos graciosos frutos producía  
 ha faltado en el día,  
 y sólo el ruido pavoroso suena  
 con que la guerra á todos encadena.

“La discordia envidiosa  
 quiere hacerse del mundo soberana,  
 y barnizada de oro  
 deja que ruede su infeliz manzana,  
 mientras vestida con la gala hermosa  
 de independencia viene con decoro  
 de soberana á ser reconocida. (66)  
 Al momento convida  
 á todos á la guerra  
 y excusa no se admite,  
 porque toda la tierra  
 ya la obedece: toda ya compite  
 sólo en destruirse: ya la agricultura  
 el sosegado estudio de las ciencias,  
 y el comercio no se honran, ni procura  
 la soberana ruin sus conveniencias,  
 que como á todos trata de acabarlos  
 gusta de esclavizarlos,  
 porque arrastrando todos su cadena  
 se maten unos á otros. ¡Dura'pena!

“Esta es la voz y el ruido  
 de tumultos, cadenas y prisiones,  
 que se oye con más susto  
 cuando entonando horribonas canciones  
 de guerra, se percibe el alarido  
 del dolor y las ruinas, que con gusto  
 de lauros y conquistas se recibe.

(66) El abuso que se ha hecho, como de todas las cosas del nombre de Independencia, ha sido uno de los medios para alucinar á muchos; que no han sabido conocer que las posesiones españolas de América siempre han sido ventajosamente independientes unidas á toda la nación, con quien han formado un solo cuerpo en igualdad de derechos: y que pretender separarse y ser independientes de este cuerpo y su legítima cabeza, es un crimen y un error que las hace perder su verdadera independencia.



Y ninguno concibe  
 el justo sentimiento  
 del huérfano y la viuda  
 que elevan su lamento,  
 y toda fiesta se les hace ruda,  
 cuando perece al golpe de la espada,  
 ó á la explosión violenta de las balas  
 la prenda más amada.  
 Y entretanto vestidos con más galas  
 los hombres carniceros que destruyen  
 al mundo, se atribuyen  
 un heroísmo que lleva la cadena  
 que á todo pueblo de opresiones llena.

“Mas ella lisonjea  
 con libertad á todos. ¡Qué mentira!  
 ¡Qué falsa estratagema!  
 Disimulaba así su mortal ira  
 la discordia, porque haya quien se crea  
 de su disfraz funesto quien no tema  
 ese dominio que lo arruina todo.  
 Y ya vemos el modo  
 con que nada consiente  
 de cuanto hubo arreglado  
 que quede subsistente,  
 pues á todo lo tiene trastornado.  
 Y si alguno se atreve á reclamar,  
 como á traidor lo infama y lo castiga.  
 Que nadie hable si no es para adular  
 es ley horrenda con que á todos liga,  
 y ni perdona si insidioso insulto  
 al sacrosanto culto,  
 que al disimulo el perseguido ordena,  
 y hasta contra él extiende la cadena.

“La verdad enmudece,  
 y su lenguaje es torpe y fastidioso  
 donde triunfa el engaño,  
 el perjurio se impone, el fraude airoso,  
 donde la vil calumnia prevalece,  
 donde el candor se mira como extraño,  
 donde no se disfraza la malicia.  
 La voz de la justicia,  
 si la razón la esfuerza,  
 es una voz que irrita;  
 y entonces es la fuerza  
 la que decide, la que clama y grita.  
 Así es vano ya todo raciocinio,  
 en que el mejor discurso se desvela,  
 que si ya la razón perdió el dominio,  
 se la burla con una *bagatela*. (67)

(67) Uno de los papeles más procaces y perniciosos era este que se imprimía en Santa Fe con título de *La Bagatela*, atribuido á Nariño, cuando se



Y esta es la falsa libertad que ha dado  
aun en lo más sagrado  
la discordia infeliz que toda pena  
al mundo le ha cargado en su cadena.

“Mas si al fin la concordia,  
la justicia y la paz se restablecen,  
y al imperio más justo  
del Monarca legítimo le ofrecen  
fenecida la guerra y la discordia:  
El Nuevo Reino entonará con gusto  
cantares de alabanza á Dios eterno.  
Bajo el suave gobierno  
y al amparo del trono  
la libertad preciosa  
nos cubre con su abono,  
en el orden social en que reposa.  
Y sus bienes en paz el ciudadano  
los disfruta sin susto y sin zozobra,  
y el que antes sólo fue renombre vano  
bajo el dominio Real su sér recobra:  
Y el hombre libre entonces se conoce  
al entrar en el goce  
del orden que establece la justicia  
y de la paz conserva la delicia.

“Las ciudades florecen,  
y el pueblo en ellas mismas floreciente  
de toda paz gozando,  
en sus tareas halla el aliciente  
que al sosiego que todos apetecen  
los convoca, y al nombre de Fernando  
la gratitud se rinde más festiva.  
Pues nadie ya los priva  
de habitar en su suelo,  
ni á esclavos los reduce  
de libertad con velo,  
ni á la guerra por fuerza los conduce.  
Ni menos que dispongan las impide  
de su trabajo, industria y posesiones;  
pues dueño cada cual de sus acciones  
la injusta sola dispondrá á la pena  
que por la ley se ordena,  
y al que detesta el dolo y la malicia  
en la paz lo protege la justicia.”

A un tiempo cesa la canción gustosa  
y la visión fenece y se concluye,  
que á mi aflicción tenaz y congojosa  
ha consolado al paso que me instruye.

escribió esta canción titulada *La Cadena de la Discordia*, sobre estas palabras del cap. 25, v. 37 de Jeremías: *Conticuerunt arva pacis a facie irae furoris Domini*; las que circularon manuscritas entre algunos realistas, y ahora se ponen con la adición que sigue en este lugar.





En Santa Fe no veo ya otra cosa  
que el mísero recinto en que se incluye  
la opresión y violencia verdadera,  
y el agravio de aquél que la tolera.

Cual erupción de fuego que despide  
el horrible volcán, y que arrebató  
en la lava encendida cuanto impide  
el ímpetu infernal que se desata;  
Y á cauces la corriente no se mide  
hasta cesar la acción con que dilata  
el fuego, materiales que disuelven  
lo que con ellos en su curso envuelven.

Así sale Bolívar, despedido  
con su ejército atroz por el Congreso.  
que el camino parece le ha medido  
para que en él cometa todo exceso.  
Este torrente, pues, salió impelido,  
no del ciego furor en el acceso,  
sino del plan desolador que exhala  
el sistema de horrores que propala.

El esforzado y sabio capuchino  
Fray Serafín Caudete, que no ignora  
que á Santa Fe le queda igual destino  
bajo el Congreso cruel que en ella mora,  
De este modo á la gente reconvino  
que al sacarlos piadosa ve que llora:  
"No lloréis nuestra suerte, pues la vuestra  
más prolongada su desdicha muestra."

En medio de las turbas de ladrones,  
entre asesinos fieros (¡qué tormento!)  
los inocentes llenos de baldones  
agonizan momento por momento.  
Los sacerdotes sufren sinrazones  
del bandido grosero y desatento,  
cuya conducta lúbrica é impía  
no conoce jamás la cortesía.

A la villa de Guaduas van llegando,  
donde ya los designios criminales  
á ser teatro la estaban preparando  
que abriese de la escena las señales.  
Desde aquí los horrores comenzando  
descubrían á los hombres más brutales,  
que su rumbo querían se señalase  
con la crueldad mayor aun en su clase.

De Santa Fe un soldado que rendido  
al cansancio no pudo proseguir,  
ó por enfermo, débil ó afligido  
el suplicio ha tenido que sufrir.  
Parece que Bolívar ha querido  
que uno solo no escape de morir,  
de cuantos siguen su infernal bandera  
con la especie de muerte que él espera.



A Fray Rafael de Zerna, franciscano,  
 ilustre por su ciencia y por su celo,  
 por su lealtad constante al soberano  
 aun repelido de su patrio suelo:  
 Quien honrado debiera, creyó ufano  
 que de su envidia saciaría el anhelo,  
 siendo tan fácil, si al tirano instiga,  
 á que también lo aflija y lo persiga.

Era el padre en Antioquia fundador,  
 y el tirano Corral de allí lo expele,  
 mas de repente muere, y con rigor  
 quiso Dios castigarlo como suele.  
 La expulsión realizó su sucesor,  
 y Santa Fe, su patria, lo repele  
 de su anterior gobierno contra estilo,  
 y el convento de Guaduas le dio asilo.

Aquí la envidia, que jamás respeta  
 ni á la virtud aislada en el retiro,  
 á la furia lo expone más inquieta,  
 de su conducta denunciando el giro.  
 El tirano la muerte le decreta,  
 y el delator halló perdido el tiro,  
 que nunca pretendió tan avanzado  
 y á él hubiera sin duda lastimado.

Con súplicas él mismo se interpone  
 que al tirano dejaron indeciso,  
 y el intento se logra que abandone,  
 pues atender al ruego fue preciso.  
 La Providencia santa lo dispone,  
 que hasta la muerte no alargó el permiso  
 del testigo que siempre los instruye  
 en la lealtad con que al rebelde arguye.

A un bizarro Sargento que proscribe  
 desde Tunja el Congreso, aquí asesina  
 su verdugo, que la orden que recibe  
 á tan infame oficio lo destina.  
 Armas era el Sargento que concibe  
 tan valiente el Congreso, que maquina  
 darles muerte por el leal al Soberano,  
 con Infiesta, Martínez y Arellano. (68)

Armas era esforzado y religioso,  
 y se dispuso como buen realista  
 para morir cristiano y valeroso,  
 sin que jamás de la lealtad desista.  
 Arellano, aunque herido, cauteloso  
 permite Dios se oculte, y que subsista  
 por el fino valor con que lo auxilia  
 Doña Narcisca Nieto y su familia.

(68) Leandro Armas, antiguo Sargento de caballería.



Con tal arte en su casa lo sepulta,  
que aunque después fue presa y oprimida,  
registrada la casa queda oculta  
la traza al escondite prevenida:  
Y de modo á encubrirlo se consulta,  
que la malicia se quedó advertida,  
que en la lealtad heroica Dios previene  
auxilio al que lealtad constante tiene.

Mas si morir conviene será gloria  
para el cristiano fiel, que su homenaje  
al Monarca conserva por notoria  
religión á que hacer no quiere ultraje:  
Y con la muerte ilustra su memoria  
por el honor que adquiere, y es el gaje  
de la virtud amable á que venera  
la verdad y justicia dondequiera.

Tál de los otros se verá la suerte,  
que al paso que á sus nombres esclarece,  
sobre el Congreso y su asesino vierte  
la infamia que á los tales envilece.  
A elegir entre el crimen ó la muerte  
no hay lugar, porque siempre prevalece  
la virtud, que la muerte hará preciosa  
al que á la sombra de la fe reposa.

## CANTO OCTAVO

Si lágrimas de sangre ministraran  
á mi pluma la tinta, escribiría  
como debo los hechos que turbaran  
del Parnaso la suave sinfonía.  
Las Musas sus vihuelas destemplan  
y Melpómene sola cantaría  
con un tono tan lánguido y remiso,  
que el duelo en las demás sería preciso.

Las escenas de horror que comenzaron  
desde Guaduas tan rápidas prosiguen,  
que con sangre la senda señalaron  
por donde alevos asesinos siguen.  
Tras el jefe inhumano caminaron  
como arpías, que quiere que no abriguen  
ni un indicio que diga que se sacia  
cuando á todos consuma la desgracia.

Los inocentes presos caminaban  
custodiados de tales conductores,  
y aunque la muerte todos esperaban  
no hay señal que acelere sus temores.  
Las órdenes inicuas ignoraban  
de los términos duros, que son peores,  
cuando la muerte sufre algún mortal  
destituido de auxilio espiritual.



Bolívar, añadiendo á su crueldad la más brutal y torpe indiferencia, entonces manifiesta su impiedad con los que oprime tan atroz violencia. Hombres eran los más en realidad de que en todo sentido la inocencia recelo no pusiera al más tirano por su lealtad y amor al Soberano.

Por inválidos, pobres, achacosos, sin arbitrios, recursos, ni osadía, sin conexión de amigos poderosos, su existencia ninguno temería. Trillo y Márquez tenían envidiosos, y González, mas á éstos pretendía prolongarles la vida en las prisiones y acabarlos á fuerza de opresiones. (69)

Tales eran los presos desdichados, cuya sangre se quiso que tiñese los rastros, que quedasen señalados con cuanto exceso en el horror cupiese. Al seguir su camino desdichados, les fue mandado que cada uno diese del dinero que lleva, fiel noticia, por evitar lo robe la codicia.

Así burlan los crueles asesinos la suerte desgraciada de inocentes, que saben no merecen los destinos ni lugar que le dan de delincuentes. Mas los designios viles y mezquinos de sus genios se hicieron bien patentes, pues tanto la crueldad los embrutece, que ninguna aflicción los entenece.

Uno de aquellos fieros oficiales el registro en los presos puntualiza de interés por su suerte con señales tan falaces, que á nadie atemoriza. Ellos dan las razones más puntuales, y de la entrega á todos indemniza, aunque todas las sumas la apunta que por saberlas, dice, las pregunta.

En sus labios tan sola la mentira de los malvados esperanza infiel libre resuena y alevosa gira como escudo que toman ó broquel: (70)

(69) D. José Trillo, D. José María Márquez, D. Primo González y D. Tirso González, gimieron en las cárceles de Honda, de donde al fin del año fueron conducidos á Popayán, á donde fueron arrojados otros de Santa Fe, para echarlos á todos fuera del Reino de orden del Congreso.

(70) Posuimus mendacium spem nostram et mendacis protecti sumus. Isai., 28, v. 15.



Y su semblante tan falaz se mira,  
que ni el astuto tigre fue tan cruel  
al blandearse acercándose á la presa,  
que asegura mejor con la sorpresa.

Pero á vosotros, ángeles, yo imploro,  
que la Verdad eterna contempláis,  
en que de luz y ciencia el gran tesoro  
para darnos socorro, siempre halláis.  
¡Tutelares sagrados que el decoro  
de la verdad en todo procuráis,  
para que el hombre en todas sus acciones  
arregle á la verdad sus intenciones!

¡Custodios de los leales prisioneros,  
que conduce enenigo fraudulento,  
entre tropas de infames embusteros  
que preparan el golpe más violento!  
¡Asistid á españoles verdaderos,  
cuando se acerca el crítico momento  
de sellar con su sangre la inocencia,  
de que tantos tuvieron la experiencia.

Ya se descubre el grande Magdalena,  
y á embarcarse en sus aguas se aproximan,  
donde injurias y afanes de su pena  
su constancia parece no lastiman;  
Pues la sentencia cruel que los condena  
los fieles que la sufren siempre estiman  
del honor y lealtad por estipendio  
y del gobierno intruso vilipendio.

De repente á unos cinco se acomete  
que caminan atrás sin que preceda  
prevención, y cada uno se somete  
á disponer el alma como pueda.  
El descuido que llevan les promete  
seguridad tan falsa, que se queda  
la ruin atrocidad allí encubierta,  
sin que adelante hubiese quien lo advierta.

Allí la infiel cuchilla silenciosa  
hiere, corta, penetra, despedaza,  
y la perfidia fiera y alevosa  
ni en el eco descubre la amenaza.  
Hacia adelante corres presurosa  
y la traición de nuevo les disfrazo,  
porque sin ella tan atroz no fuera  
la muerte como el bárbaro quisiera.

A otros trece que alcanza los deliene,  
los forma en línea y manda se le entregue  
toda la suma que anotada tiene,  
pues á este fin mandó se les congregate.  
Cumplen todos según se les previene,  
sin que uno solo á la orden se deniegue,  
y el aleve recibe y va contando  
lo que cada infeliz le va entregando.



Pero luégo que á todos los despoja  
la carnicera tropa, se apresura  
y cual manada hambrienta así se arroja  
sobre las vidas que agotar procura.  
Tan repentina quieren que les coja  
la muerte fiera, que cada uno apura  
su atroz destreza repitiendo heridas,  
para acabar más presto aquellas vidas.

Mas ni con esto la crueldad se sacia  
y reconoce si ha escapado alguno:  
aquí y allí registran, y se espacia  
á recorrer los muertos uno á uno.  
A la vista fatal de la desgracia  
ningún recurso se juzgó oportuno,  
pues uno que se arroja al Magdalena  
en sus aguas padece doble pena.

Una bala lo hiere y ya no pudo  
escaparse nadando, pues perece, (71)  
y sólo se salvó Manuel Agudo,  
que cerca estaba de los otros trece.  
Al verlos destrozar, "á vos acudo  
(dice) ¡oh Madre! que á todos favorece,  
Virgen María, sed mi protectora,  
pues de todo lo creado sois Señora." (72)

La invoca por su imagen de La Peña  
En Santa Fe tan célebre Santuario (73)  
y emboscado al momento entre la breña  
reconoce el favor extraordinario.

(71) Este fue Manuel Ballesteros. Los muertos fueron: Calixto Migue, Narciso Serra, Josef Valero, Joaquín el portugués, D. Juan Josef Rubio, Sebastián Ramos, Antonio Gómez, Ramón Hernández, D. Jerónimo Encinas, D. Francisco Maruela, cabo retirado y mayordomo del hospicio de mujeres; D. Fernando Alvarez, que fue soldado distinguido del regimiento de la Comna y era de grande habilidad en el dibujo; Pablo Maldonado, Manuel Martínez, Salado, Rodríguez Tejas y un Polo, que tal vez fue el apellido Rojas, de que se hace mención en el canto tercero. El cura de Sasaima, D. Joaquín Piño, que era uno de los sacerdotes deportados, logró que se le permitiese confesarlos antes de salir de Guaduas, conociendo el peligro á que iban expuestos; y ellos se aprovecharon del día en que allí los detuvieron para lograr este consuelo y disponerse para morir anticipadamente, pues el tiempo de la agresión á ninguno se le dio lugar para ello.

(72) Este vino inmediatamente á Santa Fe, donde subsiste desde entonces, y se mantuvo sin ser molestado mientras duró el trastorno. Era del número de los soldados alabarderos.

(73) Sobre la falda de Guadalupe queda esta ermita con las hermosísimas imágenes de Nuestra Señora con el niño en los brazos, el Patriarca Señor San Josef y un Angel con una custodia en la mano, todo de piedra. Se dice habese hallado estas imágenes que después pulió y barnizó el célebre escultor D. Antonio Labri.



En trepar un peñascó ya se empeña,  
 porque alejarse juzga necesario.  
 Fácilmente lo logra, pero admira  
 á quien la cima ocupa y esto mira.

Era un pobre trapiche á que se acoge  
 que una honrada familia lo maneja,  
 y en su seno amorosa lo recoge  
 y del peligro cuanto puede aleja.  
 Entre ellos no es seguro que se aloje,  
 mas lo conducen con disfraz que deja  
 en el traje de burdo calentano,  
 burladas las espías del tirano.

Mientras la fuga peligrosa emprende  
 confiado Agudo en el mejor amparo,  
 no es ya ciego furor el que propende  
 á un exceso de horrores el más raro.  
 Es la fría crueldad que más ofende  
 á toda humanidad, tan sin reparo,  
 que ni un asomo de piedad conoce  
 que con respetos al deber se roce.

Desnudos los cadáveres expone  
 á la vista en los árboles atados,  
 y en el camino público dispone  
 dejarlos insepultos y afrentados.  
 La impiedad su espectáculo propone  
 cuando los miembros brinda sangrentados,  
 para pasto á las aves carniceras  
 ó al diente hambriento de las bestias fieras.

Con el terror que á todos los envuelve  
 y las penas atroces que se intiman,  
 á sepultarlos nadie se resuelve,  
 aunque todos al verlos se lastiman.  
 Hasta que al fin la corrupción disuelve  
 los despojos que restan, no se animan  
 los pasajeros de mayor ternura  
 á darles ni profana sepultura.

Pero el Señor, que cuida de la suerte  
 del hombre fiel, al tiempo que permite  
 sus desgracias, hará que tan cruel muerte  
 á la vida mortal se las limite.  
 Del fin cercano á todos les advierte  
 y en el peligro es justo solicite  
 cada uno disponerse á la partida  
 en que interesa sempiterna vida.

Don Francisco Mazuela fue el primero  
 que en Santa Fe previno, en el momento  
 en que fue detenido prisionero  
 con orden muy puntual su testamento.  
 Una lámina, objeto de su esmero,  
 que de la gracia expresa el gran portento,  
 guarnecida de plata aquilatada,  
 á sus exequias deja consignada.



Para memoria pía de su afecto  
 á la Virgen de gracia siempre llena  
 la lámina se aplica con afecto  
 á puerla de un sagrario que se estrena.  
 Aquí logra el destino más perfecto  
 que al sacrosanto del amor se ordena,  
 y el recuerdo más grato perpetúa,  
 que devoción á todos insinúa (74).

A Santa Fe llegó la triste nueva  
 á dos días después que se ejecuta  
 la horrible atrocidad, con que renueva  
 el motivo á la pena que la enluta.  
 Pero si no hay quien á clamar se atreva  
 la lealtad en los riesgos no se inmuta,  
 que á la virtud le sirven de contraste  
 y no hay pavor que á disminuirla baste.

Ya Bolívar en Honda recibido  
 por León Armero, con placer dispone  
 al furor que hasta entonces no ha podido  
 la venganza efectuar que se propone.  
 De Infiesta y de Martínez resentido  
 Armero estaba, pero él no los pone  
 en el peligro á que otros los destinan,  
 que su exterminio en Santa Fe maquinan.

En las cárceles de Honda ya gemían  
 con don Primo y don Tirso de González  
 y con Márquez y Trillo que tenían  
 el mayor enemigo en sus caudales.  
 Cargazones de ropas les venían  
 que á miles ascendían de principales,  
 y el tirano confisca y las subasta,  
 pues á su ruin codicia nada basta.

Cuanto dinero alcanza á descubrir  
 tanto arrebatada su insaciable mano,  
 y León Armero tuvo que sufrir  
 una parte en el robo del tirano.  
 Ni le bastó al Congreso recurrir  
 cuyo era tal depósito que en vano  
 se le manda no entregue, pues le dice  
 que no á la fuerza la orden contradice.

Veinte mil pesos eran que el producto  
 de continuas rapiñas y exacciones  
 como porción del venenoso fruto  
 para armas destinaban los ladrones.

(74) Esta lámina es la que sirve de puerta al depósito que se hizo para el altar de San Antonio de la Iglesia parroquial de Nuestra Señora de Las Nieves, donde se halla.





Para vestir al reino de más luto  
anticipaban estas prevenciones,  
que al efecto deseado no les surte,  
porque hay ladrón que á los ladrones hurte. (75)

Bolívar entre lúbricos festejos,  
donde reina el desorden y embriaguez,  
de su crueldad formaba los consejos  
sin consultar proceso alguna vez.  
Como toda justicia estaba lejos  
del asesino á quien erigen juez  
los que cómplices son de sus delitos,  
no demandan que observe requisitos.

¿Y los hombres de bien, los inocentes,  
por tales homicidas sojuzgados,  
la pena capital de delinquentes  
van á sufrir por fieles, por honrados?  
¡Los efectos se ven aquí patentes  
de los derechos todos trastornados,  
donde sin regla ó ley á qué apelar  
sólo el desorden se verá triunfar!

Don Ramón de la Infiesta y de Valdés  
era asturiano noble y de talento,  
su valor no igualó á su intrepidez  
ni cubrió la cautela su ardimiento.  
Lo expuso su lealtad más de una vez  
al arrojado y peligroso intento  
de contrastar la osada rebelión  
con fuerza débil para tal acción.

Don Gregorio Martínez de Portillo,  
madrileño de ingenio cultivado,  
con solidez y esmero, cuyo brillo  
le dio destino en tiempo tan turbado.  
Su carácter pacífico y sencillo  
lo admitió, porque creía como honrado  
de lealtad las protestas que interpuso  
en sus principios el gobierno intruso.

Mas como él le sirvió de Secretario,  
la perfidia notó del plan funesto,  
y del curso tortuoso y siempre vario  
del sistema doloso quedó impuesto.

(75) El Nuevo Reino, tan rico en minerales y tan copioso en todo género de producciones útiles, apenas comenzaba á tomar un principio de energía y actividad cuando la funesta rebelión atajó todo su progreso y lo dejó más empobrecido y miserable. Sola la capital después de cuatro años de entorpecimiento y multiplicadas exacciones perdió más de medio millón en el saqueo de Santa Bárbara el 11 de Diciembre de 1814. Igual cantidad llevó Bolívar en dinero, sin lo que importó el vestuario de sus tropas y lo que robó al comercio en Honda, y con todo este robo se embarcó cuando se largó huyendo del ejército expedicionario.



Cuando llega el arrojo temerario  
que el sello á la traición le deja puesto,  
con Infiesta se junta y se fugaron,  
pero en Honda á los dos los apresaron.

Desde allí á Santa Fe se les conduce  
y deja confinados un proceso  
que á prisión dilatada los reduce,  
mientras lento siguieron su progreso.  
Su constancia enemigos les produce,  
siendo el peor entre todos, el Congreso,  
que á muerte desde Tunja los condena,  
y el reo al inocente da la pena.

Al infame asesino le anticipan  
las víctimas ilustres á que agrega  
otros cuatro, que en Honda participan  
del triunfo á que el tirano los congrega.  
La lealtad que los une no disipan  
ni en la muerte por fin se les segrega  
del honor que á su fama inmortaliza,  
y de toda calumnia la indemniza.

Del lecho en que yacía en el hospital  
uno de éstos enfermo, arrebatado  
á la cárcel, destino más fatal  
con los presos ilustres se le ha dado.  
No respeta el tirano criminal  
ni á la vida agobiada, en el estado  
que recelo y sospecha nunca ofrece,  
y el pecho noble siempre compadece.

¡Día funesto, aciago y melancólico,  
en que tantos delitos se acumulan,  
que á la piedad ofenden del católico,  
y á llorar sin consuelo lo estimulan!  
¡Que al ministerio santo y apostólico  
el sacro fuero sin temor anulan,  
y un sacerdote, misionero y cura  
de muerte sufre la sentencia dura!

Al horror lo insensible se conmueve,  
y la naturaleza misma llora  
el día de que abusa mano alfeve,  
injurando sacríflega su aurora.  
En su disco la luz y el sol embebe,  
y á la luna con ella no la dora;  
una y otra lumbrera ensangrentada  
al ponerse sobre Honda fue observada. (76)

(76) Honda queda al Poniente de Santa Fe, y en los días 29 y 30 de Enero aparecieron el sol y la luna de color sangriento, en su ocaso, pudiéndose observar, por estar el tiempo claro y sereno, y no ofender el sol la vista con la vibración de sus rayos por la sombra que tenía interpuesta. El 30 fue el día de los asesinatos.



Indicios que anunciaron la tragedia  
que estos días allí se ejecutaba,  
y el sobresalto á Santa Fe lo asedia  
por las tristes noticias que esperaba.  
Un rápido intervalo sólo media  
hasta el eco fatal que le anunciaba  
repetidas las lúgubres escenas,  
que de sangre tiñeron sus cadenas.

¡Consternación terrible! ¡Quién pudiera  
evitar tu memoria, y en olvido  
sepultar un suceso, que quisiera  
que ni en ficción se hubiese referido!  
No es cosa extraña en rebelión tan fiera  
que asesine á los leales que han tenido  
virtud y honor en conservarse fieles,  
pero hay en la ira excesos menos crueles.

Es propia la crueldad de los tiranos,  
y de infames matar á sangre fría,  
pero, ¿á quién los destrozos inhumanos  
y su sangriento horror le complacía?  
¿Quién regocijos inventó livianos  
sobre la sangre humana que vertía?  
¡Sólo Bolívar que excedió sin juicio,  
de Moloc al impuro sacrificio!

Allí trompas y estruendo de timbales  
sofocaban los ayes de inocentes  
que pudieran á pechos criminales  
conmover, á no ser tan delincuentes.  
Y aquí suspenden músicas marciales,  
por hacer los horrores más patentes,  
y sustituyen bailes y vihuelas,  
risotadas y alegres cantinelas.

Aquí el traidor aleve se desnuda  
de toda honra y de toda humanidad,  
ni el pundonor á contener lo ayuda,  
ni algún respeto tiene a la piedad.  
La ternura menor jamás anuda  
en sus lazos tan torpe liviandad,  
y á tan horribles monstruos les ofende  
la misma religión que los reprende.

Pero esta religión sagrado asilo  
del cristiano, en sus penas lo consuela,  
y á los fieles sostiene cuando el hilo  
de su vida cortar el cruel anhela.  
Cada uno con espíritu tranquilo  
en prepararse sólo se desvela,  
para morir como hombre religioso,  
y adquirir en la muerte su reposo.



Ya Martínez é Infiesta así dispuestos, Fernández, Calvo, Gómez y Serrano, Bernal y Zapatero tienen puestos sus deseos en bien tan soberano. (77) Con Fray Pedro Corella más molestos son los enconos del atroz tirano, que el carácter más firme y más entero odiaba en este digno misionero.

En su misión primero acometido cinco balas le hieren sin rendirlo, aunque en el Zulia luego sumergido el agresor de nuevo vuelve á herirlo. Aunque tarde en el río socorrido, su curso emprende con valor seguirlo, y á Maracaibo arriba con presteza el hombre herido y rota la cabeza.

Sin extraerle las balas se le cura y se vuelve á su amada reducción que de riesgos juzgaba ya segura cuando el tiempo le ofrece la sazón. Mas Cúcuta invadido ya no dura la quietud, y la osada rebelión con sacrilegios el delito sella asaltando al pacífico Corella. (78)

De su pueblo le sacan prisionero, escoltado y tratado como reo: desde Cúcuta á Tunja el misionero el carácter demuestra de su empleo. Más de cien leguas cuenta el derrotero que recorrer impávido le veo, entre ultrajes é insultos á millones, soportando el rigor de sus prisiones.

Viene á Tunja, lugar donde el Congreso, á nombre de la odiosa libertad, del despotismo, en su mayor exceso ejerce la insufrible autoridad: Y el invicto Corella todo el peso siente allí de la bárbara crueldad, que todo alivio al perseguido aleja, aunque oye el eco de su triste queja.

(77) D. Bartolomé Fernández, guarda mayor de rentas, D. Juan Calvo, D. Francisco Serrano, D. Joaquín Gómez, D. José Zapatero y D. Emeterio Bernal; los dos últimos traídos de Tunja con el Padre Corella, fueron los asesinados con Infiesta y Martínez.

(78) El primer agresor fue un malvado Tomás Torres, enviado á este fin en 1811, que disparó al padre un trabucazo, y herido por un negro de la misión, cayó al río, donde el padre se había metido para librarse y acogerse á una canoa. Aquí le descargó otro golpe en la cabeza con el arma que llevaba. La segunda prisión del padre Corella fue el 11 de Abril de 1813, que fue Domingo de Ramos.



Lamentaba los caros intereses  
de su misión que riegan los sudores  
de treinta años de afanes sin reveses,  
que en un día destruyen los traidores:  
Y en su prisión cumplidos veinte meses  
de soledad, angustias y terrores,  
de desnudez, achaques y penurias,  
de amenazas, de ultrajes y de injurias.

Todo lo sufre con igual constancia,  
y su carácter firme aunque festivo  
ha sabido poner en consonancia  
del valor y el agrado lo expresivo. (79)  
Avergonzada queda la arrogancia,  
y el Congreso frenético y altivo,  
sacrílego á Bolívar lo consigna  
que á su saña por víctima lo asigna.

Un inicuo proceso había forjado  
tan enconada y ciega la malicia,  
que sólo le resulta bien probado  
de los intrusos jueces la injusticia.  
Por más que la ficción se había empeñado  
en figurarlo reo, ni noticia  
de aparente delito pudo hallarse,  
de que indicios llegasen á probarse. (80)

Pero el tirano va como impudente  
á las cárceles de Honda, en que provoca  
con horrible calumnia al inocente,  
y con el sable criminal lo toca.  
El sacerdote invicto lo desmiente,  
y Bolívar escucha de su boca  
reconvencción tan cuerda que allí mira  
descubierta del todo su mentira.

La convicción reputa por ofensa  
el que no necesita de pretexto,  
y la muerte le intima, con que piensa  
libertarse de un celo tan molesto.  
Pero á este celo nada lo dispensa,  
cuando á triunfar con gloria está dispuesto,  
de argüir el crimen del tirano fiero,  
con carácter de digno misionero.

“¿Quién me degrada, dice, quién sentencia  
un sacerdote á muerte? ¿Quién te ha dado  
jurisdicción, sino la cruel violencia,  
que todo el orden tiene trastornado?”

(79) Se dice que el Padre Corella había puesto en verso, y se divertía en cantar la serie de sus padecimientos.

(80) He leído este proceso, que original se conserva en esta capital, en que se nota el malicioso empeño en achacar al Padre Corella algún supuesto delito, y la imposibilidad de hallarlo.

Sellaré con mi sangre la inocencia  
de la conducta fiel que te he probado.  
Mas te advierto cometes un delito,  
que te deja sacrílego y maldito.

"Mira, Bolívar, mira que me duele  
el que en tu eterna perdición te obstines.  
No pienses que el morir me desconsiene,  
aunque á suplicio inicuo me destines.  
A la mansión de paz harás que vuele  
mi espíritu inmortal, mientras caminos  
por las sendas del crimen, hasta tanto  
que llegues á región de eterno llanto."

Se retira el tirano y enmudece  
y un capellán apóstata le envía,  
porque ciego el sacrílego apetece  
que cubra su impiedad la hipocresía.  
Al digno sacerdote indigno ofrece  
irregular auxilio en su agonía,  
y el misionero firme lo desecha,  
porque busca el que á todos aprovecha.

"Yo de morir (le dice) cierto estoy  
y á la expiación del alma me dispongo,  
mas no contigo, que profanas hoy  
la excelsa dignidad que en ti supongo.  
Si por la causa justa á morir voy  
sin duda se dirá que mal compongo:  
mi constante lealtad comunicando  
con quien lo más sagrado está violando.

"¿No hay otro sacerdote que esté exento  
de suspensión, de mancha de censura?  
¿No hay algún religioso en el convento?  
¿Y este lugar no tiene un digno cura?  
Que venga alguno de ellos al momento  
y auxilios me dará la mano pura,  
del que jamás con sangre se la tiñe  
ni con la espada criminal se ciñe."

Reconvención tan fuerte facilita  
la entrada en la prisión, que logra el celo  
del franciscano Fray Josef Zurita  
y del piadoso párroco el desvelo.  
El cura de Ambalema que lo imita  
lo ve bañar con lágrimas el suelo  
sin que divise de consuelo un rastro  
el respetable don Alejo Castro. (81)

(81) Este benemérito sacerdote era natural de Honda, hijo de D. Juan de Castro, regidor de aquel Cabildo, donde sufrió con invencible paciencia las mayores persecuciones y desacatos, sin discutir jamás de su celo; el que se hacía más recomendable por unir el más suave agrado y amabilidad á un carácter naturalmente severo y enemigo de todo desorden. Los trabajos que



Hasta la muerte llora perseguido,  
 cuando ya el de Ambalema desterrado  
 al celo de los dos nadie ha podido  
 ni al de Zurita ver desalentado.  
 Después de haber los presos asistido  
 el corazón teniendo traspasado,  
 testigos son que dio la Providencia  
 del conflicto en que triunfa la paciencia.

Preparados al golpe más fatal,  
 deportación anuncian sólo á Infiesta  
 y él la suma recobra del caudal  
 que en mano fiel entonces tiene puesta.  
 El tirano lo sabe, mas no en cuál,  
 y dando al dueño garantía supuesta  
 espera que llevándola consigo  
 se le mate y se robe sin testigo.

A las bodegas de Honda se encamina  
 embarcarse creyendo el inocente,  
 con mil doblones que tan pronta ruina  
 ya le previenen insidiosamente.  
 El conductor aleve lo asesina  
 y expira el infeliz tan de repente,  
 que cuando la confianza más lo halaga  
 con golpe cierto su descuido paga.

Era esto á tiempo que la peor escena  
 de la crueldad feroz horrorizaba,  
 y á que todos presencien se condena  
 lo que á las mismas fieras aterraba.  
 ¡Suspendan el Gualf y el Magdalena,  
 sus corrientes, que acaso no bastaba  
 para llanto debido á tanto mal  
 de sus copiosas aguas el rudal.

En este horrible día la fiera  
 reconcentrada en pechos inhumanos,  
 los transforma en la ruin naturaleza  
 de los brutos más torpes y livianos.  
 Con algazaras lúbricas empieza  
 el frenesi de frívolos tiranos  
 á celebrar la infame complacencia  
 del orgullo que oprime á la inocencia.

soportó en la administración penosa del Guarumo, en la epidemia de viruelas de 1783, fueron indecibles. En el terremoto que arruinó á Honda, el 16 de Junio de 1805, perdió su hermosa iglesia, y salió maltratado de entre las ruinas de la casa, donde pereció una hermana y una sobrina. Sus vejaciones y penalidades llegaron al colmo con la insurrección por su decidida lealtad, y después de la muerte del padre Corella tuvo que retirarse á Rioseco donde murió. El cura de Ambalema, D. Miguel García, estaba en Honda en calidad de arrestado, y luégo fue expelido de allí por fiel.



¡Triunfo vil de la intriga y la perfidia!  
 ¡triunfo amargo y funesto, que festeja  
 por encubrir su desazón la envidia,  
 que al delincuente en lo interior aqueja!  
 ¡Donde la suerte triste con que te lidia  
 el inocente caído, no la aleja  
 de la paz y del triunfo que con gloria  
 tan célebre hará siempre su memoria!

Mezcladas con los fieros asesinos  
 concurrían las odiosas prostitutas,  
 que los siguen por todos los caminos,  
 y de que no escaseaban las reclutas:  
 Con meneos y silbos libertinos,  
 como serpientes que abortan de las grutas  
 salen allí, para que no discorden  
 la crueldad y lascivia en el desorden.

Carabaño y sus gentes retozando  
 con brincos y tonadas de rufianes  
 la humanidad estaban insultando,  
 y el pudor con groseros ademanes.  
 Unos y otros estaban vitoreando  
 de su infame malicia los afanes,  
 que se explica por modos tan extensos  
 con inocentes que cogió indefensos.

Entre la cruel y lúbrica canalla  
 el respetable capuchino admira,  
 por la entereza santa con que se halla,  
 y por la unción amable que respira.  
 El eco de su voz ninguno acalla,  
 porque á morir cual misionero aspira,  
 y en cruz extiende sus cansados brazos,  
 para morir en cruz sin embarazos.

Ya la explosión violenta se percibe,  
 y con sus siete compañeros sella  
 la constancia y lealtad que siempre vive  
 con sangre pura el inmortal Corella.  
 La corona del triunfo así recibe,  
 y la mano en que brilla como estrella  
 la cicatriz del serafín llagado,  
 lo recoge como á hijo que ha logrado.

El suelo horrorizado se estremece,  
 y se siente el temblor á gran distancia  
 en el momento mismo en que fenece  
 el sacerdote invicto en su constancia.  
 La villa de Honda compasiva ofrece  
 el tributo del llanto en abundancia,  
 á la memoria tierna que le queda  
 de los que honrar el triunfo se le veda.

De la lealtad las víctimas murieron,  
 y al sagrado cadáver no perdona  
 un alevoso sable con que hirieron  
 el distinguido honor de su corona.





Mas su castigo allí no más tuvieron  
los arrojados del impío que baldona  
al religioso muerto, que al momento  
del brazo pierde acción y movimiento.

Le retiran de allí paralizado  
y á pocos días muere aquel maldito,  
que del crimen parece haber llenado  
la medida infeliz con tal delito.  
El escarmiento de este excomulgado  
es testimonio que les deja escrito,  
del castigo que á todos les aguarda  
y á Bolívar tan sólo se retarda.

Los hondanos recogen religiosos  
los cadáveres que honran con el llanto,  
y sin pompa sepultan silenciosos  
en medio del terror y del espanto.  
Los sacerdotes fieles que llorosos  
los asistieron llenos de quebranto,  
del sacrilego temen la amenaza  
que fúnebres temores embaraza.

El tirano más fiero á quien embriaga  
un momento el placer de tan vil hecho,  
el nuevo crimen desde entonces paga  
con doblada inquietud y cruel despecho.  
Por más violencia que á sí mismo se haga  
las sozobras que alberga entre su pecho,  
descubren en su vista y en su trato  
del mayor sobresalto un fiel retrato.

Presuroso se parte previniendo  
que el embarco de tropas se apresure,  
aun suficientes huques no teniendo  
en que á la inicua empresa se aventure.  
Aun el boga en los bosques anda huyendo  
y sólo se halla gente que procure  
alejarse de tropas y gobierno  
que el desorden retrata de un infierno.

Mas se previene al fiero Carabaño,  
que al francés Girardot se comisione  
á recorrer los pueblos con el daño,  
que á mujeres y niños no perdone.  
Si al hombre oculta su terror extraño,  
queme casas, familias aprisione,  
y en los cuarteles presas se detengan  
hasta que bogas suficientes tengan.

Estos días en Honda detenida  
la gente criminal, ansiosa se halla  
por mostrar la fiereza desmedida,  
que á excesos de licores sólo acalla.  
Industria del honor desconocida  
que precisado á usar con tal canalla  
se vio, cuando ella devorar intenta  
vivos, dos presos, de notable cuenta.



Cual manada cerdosa de monteses,  
 á mordiscos disponen darles muerte  
 á los hombres amables, que corteses  
 suavizan con la paz su triste suerte.  
 No mueven á hombres viles intereses  
 de honor ó humanidad, y sólo advierte  
 el celo que se empeña en disuadirlos  
 en la embriaguez un medio de rendirlos.

Finalmente se embarcan, y con ellos  
 los dos curas y el sabio capuchino,  
 y franciscanos, que con nobles sellos  
 de leales sufren tan atroz destino.  
 De su piedad no ofuscan los destellos  
 las penurias y ultrajes del camino:  
 y un resto de los presos que se embarca  
 para más pronta libertad se marca.

Otros quedan en Honda en las prisiones,  
 con los demás ilustres franciscanos,  
 que sufren las más duras opresiones  
 insultados por ser americanos.  
 Mas el nacer aquí las conexiones  
 desligar no podrá de los hermanos,  
 que á la patria no quieren ser traidores,  
 y en ser fieles la rinden sus honores.

Al comenzar Febrero, en Santa Fe  
 anunciaban tan lúgubres noticias  
 la muerte inevitable, á lo que cree,  
 de los que antes formaron sus delicias.  
 Sumergida en congojas, bien preve  
 que una serie prolija de injusticias  
 disponiéndola van á ver cumplido  
 el castigo más justo y merecido.

Mas el que impone al mar que se levanta  
 el precepto, que término señala  
 donde su altivo oleaje se quebranta,  
 también términos pone á la ira mala.  
 Cuando más la injusticia se adelanta,  
 no puede propasarse de la escala  
 á que su curso quiere se limite  
 el que á los hombres malos la permite.

Así á los fieles prisioneros libra,  
 como á Daniel en medio de los leones,  
 entre la saña que sus tiros vibra  
 de aquellos homicidas escuadrones.  
 El riesgo y protección allí equilibra  
 con tan suaves medidas y sazones,  
 que conozcan ser obra de su mano  
 el salvar los que escapan del tirano.

Entretanto que pasto le ofrecían  
 á los caimanes balsas de reclutas.  
 y lo aumentaban otras que se hundían  
 cargadas de las viles prostitutas.



Así, antes del combate perecían  
partidas de las tropas disolutas,  
y los presos á muerte destinados  
de todos los peligros son librados.

Mientras que oprime al hondo Magdalena  
la escuadra del más bárbaro pirata;  
mientras el robo allí se desenfrena,  
y la licencia á todo se dilata:  
El Congreso sostiene la cadena,  
que en el collar de bronce se remata,  
que á Santa Fe rodea el noble cuello,  
y de esclava infeliz la marca el sello.

## CANTO NONO

Ya que llegado al término preciso  
de la puntual, aunque sencilla historia,  
en que fluctué mil veces indeciso  
porque se hiciese la verdad notoria:  
Espero en Dios que servirá de aviso  
de sucesos tan tristes la memoria,  
para ser fieles al Monarca amado,  
mi deseo parece haber logrado.

Aquí pudiera recoger la pluma  
y suspender el doloroso canto,  
en que explicaba del horror la suma,  
que á Santa Fe bañó en copioso llanto.  
Ya no habrá quien se atreva, ó quien presuma  
desmentir como suele, exceso tanto,  
ó quien intente disminuir los hechos  
que á la patria vulneran sus derechos.

No haya necios que aclamen por patriotas  
los que al Rey y á su patria son traidores,  
á los que siempre llevarán las notas  
de ser de sus agravios los autores:  
Los que han tenido ideas tan remotas  
del carácter que forma bienhechores,  
y de su patria siendo los verdugos  
del cautiverio la atan á los yugos.

¡Libertad racional y verdadera!  
¡tu aliento suave sólo se respira  
bajo el orden legítimo, que espera  
la patria triste que por ti suspira!  
Cuando más la soberbia lisonjera  
á reducirla á la ilusión aspira,  
ella sabe que el inclito Fernando  
su libertad estaba preparando.

Por cadenas de honor las más preciosas  
de libertad insignias apreciables  
conmutará cadenas horribles,  
de la opresión señales tan palpables.



Por galas reales, ricas y vistosas  
 ha de cambiar los lutos lamentables,  
 que aunque más los adorne el tricolor,  
 se resiste á vestir el pundonor.

Esta feliz transmutación me obliga  
 á entonar en un tono más festivo  
 los triunfos de que pende la consigna  
 el pueblo que de alevos fue cautivo.  
 Libertad que lo excita á que bendiga  
 la mano del Monarca compasivo,  
 que á la unión de su trono lo reduce,  
 y la paz con su apoyo le produce.

¡Angeles santos, que al principio fuisteis  
 de mi canción piadosos tutelares,  
 asistidme al presente, pues quisisteis  
 serenar tantas veces mis pesares!  
 ¡Inspiradme de nuevo, pues vinisteis  
 á ser aquí custodios singulares,  
 la piedad conservando con la luz  
 de las cifras del nombre de Jesús!

A este Nombre sagrado y adorable,  
 que á todos nos conforta en nuestras penas;  
 á este nombre tan tierno y saludable,  
 que á Santa Fe desata las cadenas:  
 Al Nombre de salud, al Nombre amable  
 que de la paz ofrece sumas llenas  
 ¡mis tareas consagro y fiel invoco,  
 cuando ya de la paz la esfera toco!

Y á la Reina de paz, también cautiva  
 en su imagen que dio á Chiquinquirá,  
 el tesoro del reino en que se aviva  
 la confianza que fija en él está:  
 Cuando al brindarnos de la paz la oliva  
 prisionera parece que se va,  
 ¡libertadora invoco, pues que vino  
 de salud á franquearnos el camino!

Ya el cruel pirata á Cartagena avanza,  
 que el auxilio á su empresa la deniega,  
 y de rendirla pierde la esperanza,  
 cuando Mompox á fuerza real se entrega.  
 De Santa Marta viene sin tardanza  
 el fiel La Rus, que presuroso llega,  
 y del punto importante se apodera,  
 aunque el rebelde rechazarlo espera. (82)

Allí entonan los leales prisioneros  
 sus himnos de alabanza á Dios Eterno,  
 y transformarse miran placenteros  
 en isla de reposo aquel infierno.

(82) Esto fue el 29 de Abril, cuando se había resuelto por los revoltosos de Mompox asesinar aquel día á los sacerdotes y demás realistas presos.



Y los recursos que antes tan ligeros  
tenía Bolívar en su vil gobierno,  
más tardíos quedaban y arriesgados  
y desde entonces fueron malogrados.

El Congreso, con todo, se obstinaba  
en anunciar continuos alborozos,  
por triunfos que fingía ó que soñaba  
del instrumento cruel de sus destrozos.  
Pero fuerza invisible le anunciaba  
en luto convertir falaces gozos,  
y una noche de Abril, la más serena,  
en todo el Reino salva real resuena. (83)

Feliz momento en que arribó la armada  
hacia esta costa firme dirigida,  
á don Pablo Morillo encomendada,  
de victoriosas tropas guarnecida.  
La Margarita ya pacificada  
veían infiel la clemencia desmedida,  
que del grande Morillo el proceder  
generoso hizo á todos conocer. (84)

Allí Morales reúne diligente  
la tropa sometida á su valor,  
y en Caracas Calzada, finalmente,  
los que han cubierto su lealtad de honor.  
Unos y otros han sido juntamente  
de todos los rebeldes el terror,  
y por ellos recobra el Soberano  
su dominio en el país venezolano

El ilustre Morillo los recibe  
con expresiones de aquel noble agrado,  
que en beneficio general concibe  
la identidad del interés sagrado.  
Presuroso á la empresa se apercebe  
cuando todos los Jefes han logrado  
bajo su mando, acierto y dirección  
concentrar su obediencia y atención.

En cinco divisiones repartido  
el grueso del Ejército, se ordena  
á Calzada que venga dirigido  
para romper al Reino la cadena.  
Lo restante ordenado y prevenido  
se embarca con el rumbo á Cartagena,  
que con Bolívar todavía se obstina  
en causarse recíproca la ruina.

(83) La noche del 11 de Abril se oyeron cañonazos en las inmediaciones de Santa Fe, Cúcuta, Girón y hasta en el Chocó y río de la Magdalena.

(84) Un indulto general hizo conocer los designios del Sr. Morillo en la pacificación del Nuevo Reino, pero la ingratitude y perfidia de la Margarita revelada nuevamente y la obstinación y terquedad de las demás partes ha hecho conocer que el frenesí revolucionario no se extingue sino con rigor.



Al rumor de tan cierta novedad  
 el cobarde asesino se estremece,  
 y á su patria mayor hostilidad  
 reforzar con su fuga le parece.  
 Por hacerla sentir su deslealtad  
 y las ruinas que cesan si él perece,  
 la paz infiel con Cartagena ajusta,  
 aunque ni el nombre de la paz le gusta.

Teme golpe fatal y decisivo  
 y abandona las tropas que le quedan  
 al infortunio cierto y efectivo,  
 ó á que causen los daños que se puedan.  
 Con su robo el pirata más nocivo  
 en Jamaica logró que le concedan  
 asilo con los fieros Carabaños,  
 mientras el plan realizan de otros daños.

Ya la bandera Real se tremolaba,  
 ;con qué placer! de Cartagena á vista,  
 y el piadoso caudillo la exhortaba  
 á que á su Rey amable no resistía.  
 Al gremio de la paz la convidaba,  
 para salvar del daño á cuanto exista;  
 Mas ella se obstinó en su rebeldía,  
 y las ruinas causó con su porfía.

Dos bombas se disparan que amenazan  
 á la ciudad rebelde el exterminio  
 que merece, y benignos embarazan  
 los designios del Regio patrocinio.  
 Los planes de un bloqueo sólo trazan  
 los que respetan siempre el Real dominio  
 á que por hambre quieren reducirla,  
 sin que jamás se trate de destruirla.

El valiente Morales aconseja,  
 por abreviar, tomarla por asalto,  
 pero el sabio caudillo no lo deja,  
 del furor evitando el sobresalto:  
 Pues todo estrago por su parte aleja  
 del pueblo infiel, que de consejo falto  
 haciéndole sufrir las dilaciones,  
 se acarrea sus propias destrucciones.

Y el invicto Morillo, aquel soldado  
 que cual corriente eléctrica en Europa,  
 aun antes de ascender á nuevo grado  
 vence quince batallas con su tropa:  
 Que no menos activo que esforzado,  
 en un momento rinde cuanto topa  
 de obstáculos y riesgos que á su espada  
 pretendan detener desenvainada.

El que á la Francia aterra, y que recorre,  
 sin que resistan muros ni baluartes,  
 los puestos firmes, que el valor socorre  
 de fuertes defensivos con las artes.



¿Hará que la memoria aquí se borre  
de aquella intrepidez, que en todas partes  
hizo admirar en el veloz Morillo  
la conducta de un célebre caudillo?

¡Nó! pues ahora no menos diligente,  
cuando este Jefe sabio y generoso  
se muestra en Cartagena tan prudente,  
el decoro conserva más precioso.  
Hace que todo el Reino experimente  
que el pabellón lo cubre victorioso  
de un Rey que al recobrarlo en su dominio,  
lo resguarda de ruinas y exterminio.

El sitio se prolonga y se dilata  
desde Agosto á Diciembre, y entretanto  
dos veces Santa Fe cautiva trata  
el yugo sacudir de su quebranto. (85)  
Pero con más rigor entonces se ata,  
la opresión se refuerza con espanto,  
e introducen en ella sus tiranos  
de socorreños tropas y tunjanos.

Los restos se dispersan que quedaban  
de sus viejos soldados y artilleros,  
que hacia distantes puntos se llevaban  
con motivo de riesgos verdaderos.  
Pesquisas y prisiones aterraban  
cometiéndose atroces desafueros,  
cuando mil donativos y exacciones  
causaban no menores vejaciones. (86)

Un tribunal entonces de asesinos  
se formó, cuya insignia y cruel derecho  
con terror expresaba sus destinos  
en un puñal desnudo sobre el pecho. (87)  
A jueces de designios tan mezquinos  
el examen cometen de todo hecho  
con que cualquiera del error pretenda  
en la clemencia real buscar enmienda.

Con horcas y banquillos en la plaza  
celebran el fatal aniversario  
del día en que se instala y en que enlaza  
cruel unión al Congreso sanguinario. (88)

(85) En los meses de Mayo, y de Septiembre.

(86) A más de contribuciones para armas y otras con pretexto de embajadas y para socorrer á Cartagena, se obligó á pagar á todos por el techo que los cubría, y de todas las propiedades, sin excluir las gallinas ni los muebles y trastos más miserables y ridículos. Y esta sola exacción les produjo muy gruesas cantidades, sin contar con el sesenta y ocho por ciento que se adjudicaron de la masa decimal, pues al fin se la robaron por entero.

(87) Este fue el infame tribunal nombrado de vigilancia, en que se vio descubierto el plan del jacobinismo.

(88) El 4 de Octubre en que impidieron la fiesta de San Francisco de Asís, en su iglesia, por esta función sacrílega.



;Infausto anuncio! que al traidor emplaza  
para un vuelco tan pronto y necesario,  
que al año le asegura su castigo  
de que al pueblo previene á ser testigo.

Santa Fe toleraba silenciosa  
la opresión redoblada y el insulto,  
con que á pedir suplicios cautelosa  
la violencia reunieron en tumulto.  
Desde el Septiembre aciago tan medrosa  
del fiel intento la dejó el resultado,  
que á nada más se atreve, y sólo llora  
prolijo cautiverio en cualquier hora.

Al concluirse el Octubre ya se anuncia  
al deseado Calzada en Casanare,  
su nombre se repite y se pronuncia,  
aunque más el Congreso lo ajejare.  
Derrotado dos veces se denuncia,  
porque ciegos no quieren se repare  
que rompiendo por Sácama, ya en Chita,  
su progreso triunfante se acredita.

El Congreso se burla, sin que crea  
que ha de moverse el trono de su orgullo,  
y más erguido al ver que bambolea  
soberbio lo concibe un suave arrullo.  
Con desprecio lo mira, con la idea  
de que Urdaneta acallará el murmullo,  
cuando el fuerte Calzada ya en el centro  
del Reino llegue al choque de su encuentro.

El en efecto marcha hacia Pamplona  
donde se halla Urdaneta con Serrano,  
gobernante soberbio, que blasona,  
que á sus contrarios tienen en la mano. (89)

En la empinada sierra se acantona  
la tropa de insurgentes, que no en vano  
al ventajoso puesto entonces sale,  
porque el realista en sitio no le iguale.

El Chitagá crecido niega el paso,  
y su puente cortado los divide,  
y á las tropas del Rey en este caso  
que acometan parece se lo impide.  
Mas cuando todo les servía de atraso,  
desde el estrecho valle se despiden  
la gente vencedora de Calzada,  
sin temor de las aguas en que náda.

(89) Tales, se dice, fueron las expresiones con que Serrano animó á Urdaneta, que á principios se resistió á entrar en acción, diciéndole que sólo eran unos pocos los del Sr. Calzada, enfermos de calenturas á quienes tenían en la mano.





Apenas pisan la contraria orilla,  
sin que tiros rebeldes los detengan,  
á dominar desfilan la cuchilla  
quienes cortado al enemigo tengan.  
Urdaneta se asusta y maravilla,  
que de la cima tiros ya le vengan;  
y á sus soldados que huyen él se agrega,  
y á la ciudad á media noche llega.

La desampara en el siguiente día,  
con la gente que quiere que perezca  
en los páramos de esa cercanía,  
donde un auxilio no hay quien les ofrezca.  
Pero sella la vil alevosía  
su ruin carácter, antes que fenezca  
del intruso Gobierno el fiero mando,  
un español anciano asesinando. (90)

Veintiséis de Noviembre se contaba,  
domingo en que Pamplona el dulce *viva*  
al Monarca católico entonaba,  
á sus armas rindiéndose festiva.  
El ilustre Calzada procuraba  
reducir á la gente más esquivá,  
con tropas que detengan á los que huyen,  
y á su suelo los más se restituyen.

Ya Cartagena estaba reducida  
de la estrechez á la última penuria,  
de miserias y de hambre consumida,  
y en su seno albergando la peor furia.  
De la interior discordia combatida  
ningún derecho logra sin injuria,  
cuando es cueros podridos su alimento,  
y su gente ya muere sin aliento.

Sus tiranos la roban y se embarcan,  
y hasta sus mismos templos los despojan:  
cuanto precioso tiene tanto abarcan,  
y en once buques á la mar se arrojan.  
Su deslealtad con tales notas marcan,  
que á Castillo no quieren que lo acojan,  
que desechó de la clemencia real  
la invitación, cuando era General.

Bajo pretexto de rendir la plaza,  
burlando la piedad del vencedor,  
el intento malvado se disfraza  
de foragidos sin algún honor.

(90) Este fue D. Pedro Ortiz, con otros dos que dejaron muertos. La acción había sido el 25 de Noviembre, por la tarde. El 26 envió sus dragones el Sr. Calzada á detener la emigración, en que perecieron muchos, en especial niños, por las inclemencias de aquellos páramos.



Y de la escuadra real con esta traza  
 en la sorpresa evitan el temor,  
 de que sus buques queden apresados  
 aunque salgan de tiros maltratados.

Bocachina en la fuga los protege,  
 y hasta efectuarla encubre la traición,  
 que impune no permite que se deje  
 á ninguno de aquella guarnición.  
 Y Cartagena no hay de qué se queje,  
 pues de piratas quiso hacer reunión,  
 para infestar los mares, en quebranto  
 del comercio español, que aflige tánto.

En el seis de Diciembre solitaria  
 Cartagena parece, y ya la pisa  
 el osado español, que á necesaria  
 compasión su carácter lo precisa.  
 Del daño que se hizo ella temeraria  
 al piadoso Morillo se le avisa,  
 que de socorros al momento abunda  
 para salvar la gente moribunda.

El ocho de Diciembre (¡feliz día!)  
 celebra ya la tropa vencedora  
 la Concepción en gracia de María,  
 de las Españas tierna protectora.  
 Recobrando la grande monarquía,  
 á Cartagena, rinde á su Señora  
 en ella sus obsequios, y tremola  
 real bandera en sus muros española.

Cuando el Congreso adquiere la noticia,  
 ocultarla procura cauteloso,  
 y fraude alguno no se desperdicia  
 para fingirse siempre victorioso.  
 Hacia Ocaña dispone la malicia  
 dirigirse con grueso numeroso,  
 y dejar el contacto así cortado  
 que allí los vencedores han trazado.

Se reúnen los dispersos de Urdaneta  
 y las tropas de Tunja y del Socorro,  
 con cuanta chusma bulliciosa inquieta  
 la liviandad del jacobino gorro.  
 A muchos la violencia los sujeta,  
 que de sangre y estragos ningún ahorro  
 quiere hacer, á que sigan las banderas  
 que del trastorno son insignias fieras.

A Urdaneta del mando se releva  
 y nombran á García de Rovira,  
 joven feroz, que concentrado lleva  
 el interés á que el Congreso aspira,



En San Gil la fiereza se renueva  
del odio cruel que la traición respira,  
con un buen español que despedaza  
á su paso la tropa de peor raza. (91)

Era ya de ochocientos diez y seis  
el Enero del año afortunado.  
¡Oh días! ¡con qué riesgo amanecéis  
para dejar deshecho el peor nublado!  
A Santa Fe de nuevo estremecéis  
con sustos que la llenan de cuidado,  
pues Rafael Urdaneta pretendía  
el gobierno, en que escombros dejaría.

Rovira del Socorro ya marchaba  
con un grueso que no era despreciable,  
en que á feroces tropas agregaba  
de reclutas la gente miserable.  
Once mil entre todos él contaba  
cuando el fuerte Calzada infatigable,  
los puestos le abandona, y le previno  
en ocupar de Ocaña el mal camino.

Llega el rebelde á Suratá y exhuma  
el cadáver de Salas (¡qué impiedad!)  
oficial de Calzada, que consuma  
allí la vida de una enfermedad.  
Con él llenaron del horror la suma  
fusilando con cruel atrocidad  
el cuerpo ya corrupto de un difunto  
que con fuego consumen luégo al punto. (92)

Al Calzada suponen fugitivo,  
y á perseguirlo avanzan con presteza,  
creyendo que un combate decisivo  
la victoria les daba con certeza.  
El suceso creyeron efectivo,  
que asegura del silio la aspereza,  
donde resguardan fuertes posiciones  
con trincheras de gruesos cespedones.

Entretanto á Sagunto y á Numancia (93)  
de Barbastro refuerzan cazadores,  
y Calzada no tiene á gran distancia  
de Victoria marchando á vencedores.  
Mas los suyos desean con instancia  
al encuentro volver de los traidores,  
que poseídos de un loco frenesí  
ocupaban el alto Cachirí.

(91) Este fue Antonio Valdés, casado en San Gil, que asesinó con atrocidad una partida de socorreños instigados de unos émulos de su familia, y él murió pidiendo que lo dejaran confesar.

(92) Este fue el capitán D. Francisco Salas, natural de Girón.

(93) Esta quinta División que mandaba el Sr. D. Sebastián de la Calzada, se componía de los regimientos de Sagunto y Numancia, de soldados la mayor parte venezolanos.



En la sierra fragosa y empinada  
siete firmes trincheras han dispuesto,  
que del páramo dejan resguardada  
la subida penosa en cada puesto.  
Mas la valiente tropa de Calzada  
de justicia y lealtad tenía el apresto,  
en que segura la victoria entiende,  
cuando acciones difíciles emprende.

La tarde del veintiuno de Febrero  
avistan los rebeldes, y se empeña  
con ellos una acción, que á lo postrero  
de ceder el terreno da la seña.  
Pero era su designio verdadero  
remontar á los leales á la breña,  
do los puestos tenían fortificados  
que los dejasen presto destrozados.

Anuncian de antemano la victoria,  
y tanto en dar los partes se anticipan,  
que al aviso de cosa tan notoria  
los sustos del Congreso se disipan.  
Festejando con necia vanagloria  
el triunfo que soñado participan.  
la noticia lo halló del gran destrozo,  
que intempestivo acibaró su gozo.

El veintidós apenas amanece,  
en la sangrienta lid su luz estrena,  
y la cumbre del páramo aparece  
encendida del fuego que la llena.  
Cachirí sus contornos estremece  
al eco del estruendo que resuena  
en sus desiertas y hondas cavidades,  
estragos anunciando y mortandades.

Irritado el valor venezolano,  
al ver muertos algunos compañeros,  
y heridos otros por rebelde mano,  
embiste á los contrarios altaneros.  
Sostener la trinchera ya es en vano,  
cuando asaltan resueltos los guerreros,  
que al peligro conduce el bravo Daza,  
cuya fuerza ninguno le rechaza. (94)

La trinchera se gana, pero herido  
el valeroso Daza, así la salta,  
y otros tiros recibe, á que rendido,  
con la piedad á su valor esmalla.  
Se confiesa allí mismo y es ungido  
del óleo santo, porque á nada falta  
don Tadeo Montilla, capellán  
que á todos los socorre con afán.



Este suceso tal coraje enciende  
 en las tropas del Rey, que á fuer de leones,  
 aunque terco Rovira se defiende,  
 lo arrojan de sus fuertes posiciones.  
 De la cima su tropa se desprende,  
 dejando de cadáveres montones,  
 pues la sigue la espada vencedora  
 de su injuria terrible vengadora.

Sólo escapan los que huyen, aun rodando  
 por la pendiente opuesta de la loma,  
 el embarazo de armas arrojando,  
 y ventajas en huir Rovira toma.  
 Pero muchos la fuga retardando,  
 por todos los caminos ven que asoma  
 desnuda la cuchilla ensangrentada,  
 que contra ellos ya viene enderezada.

Tiemblan; cuando ven que se adelanta  
 á los demás un joven vigoroso  
 Teniente-Coronel; la voz levanta  
 y el perdón les ofrece generoso.  
 Atraídos corren de piedad que encanta  
 á entregarse, cada uno presuroso  
 á don Carlos Tolrá, por quien se brinda  
 el amparo del Rey á quien se rinda.

La empresa del Congreso así deshecha,  
 el Ejército real sin embarazo  
 de todos los momentos se aprovecha  
 para venir al centro sin atraso.  
 Pero al rebelde cuanto más estrecha  
 el riesgo que concibe en el fracaso,  
 tanto más en la loca resistencia  
 se obstina con insólita violencia.

Las sacrílegas órdenes repite,  
 que antes dio, y en Pamplona ejecutadas,  
 ninguna iglesia quiere las evite,  
 de ser de sus alhajas despojadas.  
 A este robo no quiere se limite  
 la injuria de las cosas más sagradas,  
 pues su mayor agravio solicita  
 en el impío proyecto que medita.

El lienzo renovado que venera  
 Chiquinquirá, tan célebre santuario,  
 en que Dios de su Madre verdadera  
 nos dio la imagen santa del Rosario:  
 Arrebatarse por fuerza, ¿quién creyera  
 que ordenase el Congreso temerario,  
 para borrar memoria tan antigua,  
 que este suelo español nos atestigua?

A Serviez, el francés aventurero,  
 que General nombró le fue entregada,  
 cuando al Socorro y Vélez por entero  
 ocupaban las tropas de Calzada.

Cuando Latorre á paso muy ligero  
por Onzaga rompió, y encaminada  
hacia Tunja la marcha ya dejaba  
al Rey sumiso lo que atrás quedaba.

Cuando deshechos ya por Warleta  
los rebeldes de Antioquia, y sometida  
espera Popayán que lo acometa,  
por dondequiera, fuerza desmedida.  
Cuando á Bayer se rinde y se sujeta  
el Chocó, que les cierra la salida, (95)  
por el Atrato, y desde Quito acude  
quien á la empresa con vigor ayude.

Este es aquel anciano ejercitado  
en la carrera siempre del honor,  
don Juan Sámano, experto y denodado,  
que iguala su piedad con su valor.  
Con los leales de Pasto, y el osado  
escuadrón de patianos, cuyo ardor  
es tan fiel, en *El Tambo* disponía  
situarse, no distante de Patía.

Los rebeldes, más ciegos y obstinados  
á destruir cuanto alcancen se resuelven:  
arrasan donde pueden los sembrados,  
juzgando que en la ruina nos envuelven.  
Arrebatan las bestias y ganados  
y á donde quiera que la mano vuelven,  
en destrozos tan sólo la ejercitan,  
aunque defensa todavía meditan.

Una guardia de honor tenía el Congreso,  
que al Presidente joven acompaña,  
con otras tropas de mediano grueso  
con que indeciso sale á la campaña.  
Santa Fe, temerosa del suceso,  
el partido eligió que no la dañe,  
denegándose osadas sus milicias  
al auxilio de tantas injusticias.

El advertido don Ignacio Herrera  
en tan justo dictamen la sostiene,  
y esta fuerza interior, aunque ligera,  
otro desorden interior contiene.  
Una facción de gente forastera,  
que á saquear nuestras casas se previene,  
á las milicias teme que se armaron,  
hasta que estos perversos se fugaron.

(95) D. Francisco Warleta á Antioquia después que desbarató á los rebeldes, y de allí marchó á Popayán, donde también entró D. Juan Bayer por el Chocó y D. Carlos Tolrá desde Santa Fe, y el Excmo. Sr. D. Juan de Sámano, que había venido desde Quito.



El Congreso entretanto caminaba á conservar en Popayán su trono, cuando Madrid, su Presidente, acaba de destrozar en Bogotá su abono. La fuga de Serviez, que se acercaba, lo precisa á dejar en abandono sus pertrechos, clavando los cañones, para huir á Popayán sin detenciones.

Entonces Santa Fe de nuevo llora, cada fiel en su casa se estremece, estragos amenazan á cada hora las tropas de Serviez que la aborrece. A dos leguas distante se demora hasta el cinco de Mayo, el que apetece á lo menos tenerla en agonía estos días totales de anarquía.

Cada instante amenaza la crueldad el saqueo y violencias que maquina: la vida, la honra y toda propiedad cercanas se conocen á su ruina. En nada ya se halló seguridad, si el mal francés al fin se determina á ejecutar lo que en su encono piensa, en el lugar que hallaba sin defensa.

Un grueso de sus tropas atraviesa la ciudad en la tarde antecedente, y el cinco en la mañana con gran priesa él sigue con el resto de su gente. El vecindario corre con sorpresa á obsequiar á la Virgen reverente, que cual fardo llevaban mal compuesto, y al obsequio la niegan ya dispuesto.

Mas la lengua de un triste sacerdote á quien esfuerza Dios, les grita claro que de su ruina llevan el escote por sacrilegio tan enorme y raro; Que ha de alcanzar á todos el azote, cuantos concurren sin algún reparo á coadyuvar en el atroz insulto, con que se ofende al sacrosanto culto.

En este lance que de cerca toco en que al débil armó de impavidez la mano del Señor, no admiro poco que disimule el criminal Serviez. Aunque reputé al clérigo por loco, quebrantada se mira su altivez, que callando á tan dura reprensión notoria hizo su ciega obstinación.

Era domingo, y de la España fiesta del glorioso Patriarca San José, á patrocinio tan feliz dispuesta, que aun cautiva celebra Santa Fe.



En tal día Serviez, que la molesta, exige al retirarse, que le dé veinte mil pesos, como precio justo de darla exenta del penoso susto.

Los recoge, y con ellos se redime de los agravios, del que armado intenta destruirla en las cadenas en que gime, al tiempo que promete que se ausenta. Al embolsarlos el francés exprime de su fuga el motivo, dando cuenta que Latorre y Calzada victoriosos, á Santa Fe se acercan presurosos.

Pero ya era llegado el mensajero, que don Miguel Latorre dirigía. Zipaquirá, el dominio verdadero, ocupado por él reconocía. El rumor de este aviso placentero, el influjo esparció de la alegría, que asoma á los semblantes de cada uno, que detesta el desorden importuno.

¡Noche agradable, clara y silenciosa! al descanso convidas, sin pensar que de Serviez la hiciesen peligrosa las tropas que asediaban el lugar! Una partida vino que alevosa sus designios no pudo ejecutar, pero descubre los intentos crueles de arrebatar cautivos á los fieles.

Amanece risueña la mañana, en que á tantos terrores repetidos de Serviez y su tropa tan cercana, los vecinos están despavoridos. No hay casa que en abrirse sea temprana, y en ella permanecen escondidos, cuando ya Santa Fe á los Jefes reales presenta diputados especiales.

A las nueve del día ya parecen por la espaciosa calle de Las Nieves unos bizarros húsares, que ofrecen motivos de consuelo nada leves. Las esperanzas del rescate crecen con progresos tan rápidos y breves, que los saluda el cura en voz festiva, pronunciando del Rey el dulce *viva*.

Los Generales ya por la Alameda á este tiempo incansables discurrían, y de Serviez los pasos y vereda, para seguir tras él reconocían. El camino tomado allí le queda, donde las tropas leales extendían más firme y oportuno campamento, por prevenir mejor cualquier intento.





Entretanto los húsares corteses  
corresponden la voz que los saluda,  
cuando el eco del viva ya con creces  
se repite, y las lenguas desanuda.  
Viva el Rey, se pronuncia tantas veces,  
que no hay persona que veloz no acuda  
á festejar su nombre en este día  
con transportes de paz y de alegría.

La ciudad poco menos que desierta  
de concurso crecido entonces llena,  
manifiesta la gente que encubierta  
lamentaba en los sótanos su pena.  
Ahora sale á las calles, cuando abierta  
del regocijo y libertad la vena  
los acoge del Rey el dulce imperio,  
que la cadena rompe al cautiverio.

Ya en las iglesias general repique  
el consuelo acrecienta, y no hay un punto  
en la ciudad que con placer no explique  
del rescate feliz el tierno asunto.  
A donde quiera que el sentido aplique  
la libertad se anuncia, en el conjunto  
de millares de fuegos que volantes  
á los aires se elevan incesantes.

La ciudad al momento se entapiza  
y adornan las mejores colgaduras,  
cuando el augusto nombre solemniza  
que desata sus fuertes ataduras.  
El estandarte real se patentiza  
y retratos, emblemas y pinturas  
alusivas al caso, manifiestan  
que entre cadenas el festín aprestan.

En Las Nieves tremola el estandarte  
por el retrato real tan perseguido,  
y en el Cabildo se descubre el arte  
del pintor que lo guarda comedido.  
No quiso Figueroa tener parte  
en borrarlo, y un velo le ha tendido,  
donde Astrea el retrato les encubre  
del gran Rey que su espada nos descubre.

Santa Fe se ocupaba en aclamarlo  
mientras Serviez sus marchas apresura,  
mas don Antonio Gómez alcanzarlo  
con su escuadrón intrépido procura.  
En cinco acciones viene á derrotarlo  
y recobra de Sáname en la altura  
el gran tesoro de la real corona,  
que el francés en su fuga le abandona.

Esta es la imagen santa de María,  
Virgen Madre de Dios y protectora  
de toda la española monarquía,  
en quien todas sus dichas atesora.



Al rescatarla de la mano impía  
 el piadoso escuadrón allí la adora,  
 y en la iglesia inmediata deposita  
 el glorioso blasón que solicita.

En el templo de Cáqueza se expone  
 este día la prenda rescatada,  
 que fue nueve de Mayo, y se dispone  
 de acción de gracias la función sagrada.  
 Al escuadrón de Gómez se interpone  
 el caudaloso río, que cortada  
 por Serviez la cabuya embarazaba  
 seguir al resto que con él fugaba.

El General en Jefe cuando atiende  
 á puntos tan diversos y distantes,  
 á Santa Fe ya llega, donde emprende  
 las tareas más dignas é importantes;  
 Pero ante todo su piedad propende  
 de Dios á los obsequios incesantes,  
 que de la imagen santa en desagravio  
 del ultraje previno como sabio.

Después que en las iglesias repetida  
 veneración tan justa se tributa,  
 una fiesta costosa y más lucida  
 á las demás la pompa les disputa.  
 Esa tarde la imagen conducida  
 con todo el esplendor que se computa  
 en un triunfo magnífico previene.  
 el obsequio que al tránsito conviene.

Una escolta de honor que la acompaña  
 la guarda fiel en todo aquel camino,  
 á cuyos pueblos el influjo baña  
 de la paz que María nos previno.  
 Del Monarca católico de España  
 y de sus armas el feliz destino,  
 esta imagen anuncia rescatada  
 en todas las iglesias festejada.

Por los pueblos del tránsito conduce  
 en sí la insignia de la paz dichosa  
 que su amor nos inspira, y que produce  
 la devoción más tierna y afectuosa.  
 A su templo magnífico introduce  
 la comitiva que llevó piadosa  
 á la imagen sagrada, y se renueva  
 Chiquinquirá y el Reino en dicha nueva.

A este tiempo el Congreso en Popayán,  
 salida no encontrando se obstinaba  
 en no rendirse, y con mayor afán  
 una ruina total se preparaba.  
 A Liborio Mejía allí le dan  
 supremo mando, que en su mano acaba,  
 cuando Warleta reducirlo trata,  
 y está Tolrá muy cerca de La Plata.



Entonces de rebeldes con el resto  
al valeroso Sámano acomete,  
que los vence en *El Tambo*, y que muy presto  
á Popayán avanza y lo somete.  
Hacia La Plata vuelve, en que interpuesto  
su río caudaloso le promete  
el que á lo menos á Tolrá delenga,  
mientras algún retiro se prevenga.

Cortado el puente, el paso defendido,  
hacia la opuesta margen se deliene  
un trozo de Tolrá, que con fingido  
ataque desde allí los entretiene.  
Entretanto Tolrá dejó vencido  
el peligro mayor que el río tiene  
en un vado cercano, y de repente  
los corta y acomete con su gente.

No hay lugar á la fuga ni defensa  
que los cubre, ni el río á que se arrojan  
el asilo asegura que se piensa,  
mientras que al Rey sumisos no se acojan.  
Los vencedores sin hacer ofensa  
de las armas tan sólo los despojan,  
y más libres ya son de prisioneros  
que del crimen siguiendo los senderos.

El esforzado Sámano incorpora  
las fuerzas de su mando á las que lleva  
Warleta y Tolrá, cuando mejora  
el laurel de sus canas que renueva.  
Se restablece el orden sin demora,  
y la justicia real entonces prueba  
que el rigor de las leyes va templado  
con la piedad y arreglo que ha observado.

Ya no hay reunión infiel que lo corrompa  
trazando planes de alta desunión,  
ó que el vínculo trate que se rompa  
que á España é Indias da su conexión.  
Y de la Fama la sonora trompa  
resuena en toda la feliz nación,  
que bajo el cetro amado se concilia  
seguro enlace de tan gran familia.

Con él conserva su reposo interno,  
y sus más apreciables intereses:  
la religión católica, el Gobierno  
que la piedad cubrió con sus arneses.  
Y yo del trono imploro del Eterno,  
que lo preserve exento de reveses,  
á Jesús por su Nombre suplicando  
salve siempre la herencia de Fernando.



## OBSEQUIO AL GENERAL BOLIVAR (\*)

*Por un Oficial colombiano emigrado en Lima.*

Compatriotas, amigos, compañeros,  
de la heroica Colombia ciudadanos,  
¿aún estáis engañados con Bolívar?  
¿Aún no habéis conocido a ese malvado?  
¿Aún creéis ese hipócrita lenguaje  
en que al hablar como un republicano  
de igualdad, libertad y garantías,  
de pueblos y sus derechos tan sagrados,  
no hace otra cosa sino entreteneros  
para poder más fácil engañaros?  
¿Después de tantas pruebas, aún dudáis.  
que si la libertad está en sus labios,  
en su alma negra solamente abriga  
esclavitud, terror, grillos y amagos?  
Esas actas, vergüenza de Colombia,  
movidas por sus viles partidarios,  
en que solo se pide absolutismo,  
diciendo que ellas tienden a salvaros  
de invasiones, de guerra, y de anarquía.  
¿No véis que son para ir acostumbrandoos  
a vivir sin más códigos ni leyes  
que los caprichos de un feroz tirano,  
y para ir apagando en vuestros pechos  
la llama cuyo ardor os ha llevado  
a tantos, tan heroicos sacrificios  
que describir no puede el genio humano;  
porque mientras esta arda no es posible  
que ellos consigan sus intentos bárbaros?  
¿Vosotros, pues, no sois aquellos mismos  
que, desnudos, hambrientos y descalzos,  
sin apoyo, sin armas, sin recursos,  
sin conocer el arte del soldado,  
y sin más que el deseo de ser libres,  
destruisteis los ejércitos hispanos,  
a pesar de que fuerzas superiores

(\*) En carta del 15 de septiembre de 1828, desde Guayaquil, a Bolívar, le decía el General O'Leary: «Ya no es posible sufrir más, ni hay paciencia para resistir el diluvio de impropiedades con que se nos insulta. Por los papeles que remito verá V. E. las negras calumnias que han inventado para difamarme; los renglones manuscritos que aparecen en un impreso titulado *Obsequio al General Bolívar* me han desesperado tanto que tengo hasta rubor de expresar todos mis sentimientos, porque no se crea que tengo una alma muy mezquina. Después que han desacreditado al General Sucre con calumnias atroces, quieren hacer conmigo otro tanto para hacerme perder mi poca opinión; y como nada tienen que tachar en mi carrera pública, inventan maldades en mi vida privada.» (O'Leary, *Memorias...*, Vol. III, p. 127.)



en la batalla siempre presentaron,  
 probando de este modo al mundo entero,  
 que inútil es todo el poder humano  
 contra un pueblo a ser libre decidido?  
 Decidme: ¿ese Morillo tan nombrado,  
 un Boves, un Morales, un Latorre,  
 un Sámano, un Calzada y otros tantos  
 caudillos españoles, dónde están?  
 Cubiertos de ignominia, anonadados,  
 y siendo en todas partes los trofeos  
 del valor y el denuedo colombiano.  
 Y esos imponderables sacrificios,  
 esos esfuerzos de valor tan raros,  
 ¿no lo habéis repetido cien mil veces  
 que eran para llamaros ciudadanos  
 de una nación feliz, independiente,  
 con leyes propias, libres de los daños  
 que trae consigo el fiero despotismo:  
 los títulos, nobleza, y aparatos,  
 en que solc virtud premio alcanzase,  
 y en que fuesen los vicios detestados?  
 ¿Pues como ahora no os avergonzáis  
 de vivir abatidos, sin amparo,  
 sin Constitución, sin ley ninguna,  
 y lo que aún es peor, ser gobernados  
 por hombres criminales, disolutos,  
 infames, viles, inmorales, bajos,  
 sin más Dios que los vicios y el dinero,  
 sin más ley que el capricho de su amo,  
 sin más educación que la que ofrece  
 el lidiar con las fieras en el campo,  
 sin más servicios que prestarse siempre  
 a indecentes y bárbaros mandatos?  
 ¿Permitiréis se pierda tanta sangre  
 como nuestros hermanos derramaron  
 en los campos, testigos de sus glorias,  
 en secretos y públicos cadalsos?  
 ¿No oís la voz que sale de sus tumbas  
 que os está de continuo recordando,  
 que la muerte es mil veces preferible  
 a la horrorosa vida de un esclavo?  
 Y vosotros soldados infelices  
 con quienes están siempre amenazando  
 al indefenso pueblo, esos perversos  
 amigos de Bolívar: ¡Desgraciados!  
 ¿No conocéis que el pueblo se compone  
 de vuestros padres, amigos, hermanos,  
 esposas, hijos, deudos y parientes  
 de cuanto puede seros más amado,  
 y que empleando las armas contra éstos,  
 también vosotros recibís el daño?  
 ¿Ese vestido con que estáis cubiertos  
 la carne y granos de alimento diario,  
 con que sois mantenidos, y el dinero



que la nación de sueldo os ha signado,  
 de donde sale? ¿No es del pobre pueblo?  
 Respondedme ¿Serfais tan ingratos  
 tan perversos y tan desconocidos,  
 que contra el que se afana en el trabajo,  
 para con su producto sosteneros,  
 empleaseis el fusil que él os ha dado?  
 Supongo que el vil plan de despotismo  
 que esos infames tienen proyectado  
 llegará, por desgracia a los pueblos  
 a realizarse: en tan terrible caso,  
 ¿no serfais vosotros igualmente  
 que el infelice pueblo atropellados?  
 ¿No morirfais de rabia y sentimiento  
 al contemplar que necios e insensatos,  
 dejásteis conduciros sin cautela  
 y cual manada de corderos mansos  
 a climas varios para ser la presa  
 de la muerte, del hambre, del cansancio,  
 sin que la libertad fuese el objeto,  
 sino porque unos pocos, devorados  
 de la sed de venganza y de riquezas,  
 os habían como a niños engañado?  
 Entonces ¡negra ideal todo el mundo  
 os vería con odio y con espanto,  
 os daría los nombres más infames  
 de asesinos, verdugos, mercenarios,  
 perjuros, opresores de la patria,  
 azote horrendo del linaje humano.  
 Comparad estos viles epítetos  
 con los de Santander, Padilla, Obando,  
 y otra porción de jefes y oficiales,  
 apoyo de los libres colombianos.  
 A estos no se llaman sino fieles  
 a las instituciones que juraron,  
 hombres sin otra mira que la patria,  
 amigos de los pueblos, adversarios  
 del despotismo y de la tiranía  
 sostenedores del sagrado pacto  
 que hizo ser a Colombia respetada.  
 títulos que los hacen ser amados;  
 los cuales manifiestan de ser dignos:  
 del nombre honroso de republicanos.

Conciudadanos, de cualquiera clase,  
 en los que aún se conserva el amor patrio,  
 leed la Historia, consultad los pueblos  
 por el cruel despotismo gobernados,  
 y en ellos no hallaréis sino miseria  
 fanatismo, ignorancia, muerte, llanto,  
 costumbres muy feroces, mala fé,  
 y de aquí los horribles resultados  
 que la larga experiencia nos demuestra.  
 ¿Y pensáis que Colombia será acaso  
 la excepción de la regla? Os engañáis.



Allí hará un mal gobierno más estragos,  
 que en cualquier otro Estado conocido:  
 si aquellos que nacieron, se educaron,  
 y vivieron las reglas aprendiendo  
 de gobernar, pues eran destinados,  
 por la ley de sucesión, a estos empleos  
 males tan infinitos han causado,  
 al erigirse en déspotas: decidme  
 ¿qué habéis de esperar de un sanguinario,  
 cobarde, bajo y asesino Heres?  
 ¿De un Coronel Bolívar que, tratando  
 con los ciudadanos libres, juzgaría  
 que lidiaba con toros en los llanos?  
 ¿De un general Montilla que no piensa  
 sino en juégos, banquetes y saraos?  
 ¿De un Urdaneta que en serena calma,  
 cometerá diez mil asesinatos?  
 Y en fin de Sucre, Flores y otros muchos,  
 que tantas pruebas a Colombia han dado  
 de lo que de ellos esperarse debe?  
 Tened la vista sobre nuestro campos  
 y los veréis incultos y desiertos:  
 considerad después a nuestro erario,  
 y moriréis de pena y sentimiento,  
 al contemplar su miserable estado:  
 de las artes, las ciencias y la industria  
 no tenemos vestigio el más escaso:  
 pensar en nuestro crédito horroriza,  
 pues ni siquiera sus intereses pagamos.  
 Navegación, comercio, minerales,  
 todo presenta un horroroso cuadro,  
 y en situación tan crítica y tan dura  
 un gobierno de intrigas y de engaños,  
 de seducción, violencias y arterfías  
 en el que se presenta el ciudadano  
 sin más seguridad, sin garantías,  
 y expuesto a todas horas a ser pasto  
 de la calumnia y la venganza inicua.  
 ¿Será el que la experiencia ha demostrado  
 que puede restituirnos la confianza,  
 la riqueza, la paz y sus encantos?  
 Por tanto colombianos, ya no queda  
 otro remedio contra mal tamaño,  
 que gritar empuñando los aceros:  
 muera Bolívar, mueran los tiranos  
 que nos quieren sumir en la ignominia,  
 mueran cuantos infames partidarios  
 coadyuvan a sus miras parricidas.  
 Muera todo el que al pueblo colombiano  
 quiera robar su libertad preciosa.  
 Vivan nuestros derechos sacrosantos,  
 nuestra Constitución y nuestras leyes,  
 viva Colombia libre de malvados.

(Volante. Imprenta Republicana de Concha, Lima, 1828.)



## LA DESPEDIDA DE LOS VITALICIOS Y PROCLAMA A LOS PERUANOS

D. ANSELMO Y D. JUAN

A.—En la triste situación  
en que la suerte me ha puesto,  
no encuentro más esperanza  
que salir para un destierro.  
Nada importa que yo sea  
un patriota verdadero,  
me tienen por vitalicio  
y aborrecido me veo.  
De todos los liberales,  
y quizás de los que fueron  
amigos de D. Simón,  
y que reservar supieron  
sus malignas intenciones  
a favor de los imperios:  
y ahora al mundo se presentan  
de orgullo y soberbia llenos,  
cual si fueran grandes hombres  
nuestro castigo pidiendo.

J.—Es muy necesario amigo  
que en los peligrosos riesgos  
en que se mira la patria,  
tome el activo gobierno  
algunas sabias medidas,  
para poner el remedio  
a los males que causarnos  
pueden con varios pretextos,  
los tiranos ambiciosos  
y los déspotas perversos.  
Bien se sabe que Bolívar  
tiene bastantes deseos  
de venir a esclavizar  
estos miserables pueblos;  
y si cuenta con amigos  
para su fatal proyecto,  
no hay duda señor que el puede  
hacer rápidos progresos.

A.—Es verdad lo que me habláis,  
yo soy un poquito cuerdo,  
y nunca puedo negar  
lo que vos me estáis diciendo.  
Pero me admiro que Usted  
tan ufano me diga esto,  
siendo un godo conocido  
y un hombre tan vil y necio.  
Que no repara que soy  
el imprudente gallego





un patriota americano,  
que tantas veces me he expuesto  
a morir porque el Perú  
sacudiese el yugo fiero  
que ustedes por oprimirnos  
tan gustosos nos pusieron.

*J.*—Se engaña usted, yo no he sido  
de esos crueles majaderos  
que se gloriaban de ser  
de la América los dueños:  
soy español liberal...

*A.*—En vosotros yo no creo.  
Puede ser que hayan algunos  
que en sus generosos pechos  
abriguen de libertad  
los más puros sentimientos,  
y que vivan complacidos  
de que nosotros gocemos  
de la amable independencía,  
que no consiguieron ellos.  
Pero los más nunca pueden  
estar conformes al vernos  
que no somos los vasallos  
de ese monarca sangriento,  
que nació para el oprobio  
de los débiles iberos.

*J.*—Esa es una ligereza,  
todavía suponernos  
enemigos de vosotros  
cuando en nada nos metemos.

*A.*—Atribuyen a virtud  
ustedes lo que es efecto  
de impotencia, si pudieran  
nos subyugaran de nuevo.  
Pero ya que no consiguen  
ver logrados sus deseos,  
no dejan de trabajar  
muy activos en secreto,  
desconceptuando a la patria,  
burlando nuestro gobierno,  
y procurando acabar  
con la opinión que tenemos.  
Pero no lo lograrán,  
libres por siempre seremos,  
que no hay tirano que triunfe  
cuando no quieren los pueblos.  
Si me juzgan vitalicio,  
yo marcharé muy contento  
a cualquier parte del mundo  
pues tal castigo merezco,  
como todos los que han sido  
tan sencillos que creyeron  
en las palabras de un hombre



que quiso ser el primero  
 en levantar las columnas  
 de su imaginario Imperio.  
 Si fui de los engañados  
 a nadie de esto me quejo,  
 que algún día se verá  
 mi fiel arrepentimiento.  
 Y desde ahora sepa usted  
 que nunca he sido propenso  
 a la infame tiranía,  
 pues arde en mi pecho el fuego  
 de amor por la libertad.  
 Y si yo en algún tiempo  
 me decidí por Bolívar,  
 hasta el lamentable extremo  
 de volverme vitalicio;  
 fué porque creí por sus hechos,  
 ser el héroe que mandaba  
 para nuestra dicha el cielo.  
 Pero tengo la desgracia  
 que aunque ya de nada creo,  
 soy el objeto no obstante  
 de la cólera del pueblo.  
 Pero yo saldré gustoso,  
 y ojalá que en el momento  
 con mi partida al Perú  
 consiguiese su sosiego:  
 y en mi corazón amargo  
 no llevo otro sentimiento  
 que en Lima vivan impunes  
 los godos que nunca buenos  
 pueden ser para nosotros:  
 y jamás olvidaremos  
 de que ellos fueron la causa  
 de tantos males tremendos.

J.—¿Pero ya qué males son  
 los que ellos causan? Yo veo  
 que viven indiferentes,  
 y los más están resueltos  
 a servir en lo que puedan  
 con sus pequeños esfuerzos  
 a favor de los peruanos.  
 Y os mostrara mil ejemplos  
 de esta verdad, si estuviérais  
 en más plácido sosiego:  
 mas D. Anselmo es mejor  
 que desista de este empeño  
 que la suerte en que os miráis  
 no es para estar muy contento.

A.—Nada es capaz de afligirme  
 ni nada me causa miedo,  
 que ha mucho tiempo que estoy  
 a padecer muy dispuesto.



En toda revolución  
 siempre hay partidos opuestos,  
 las opiniones los llevan  
 por mil caminos diversos,  
 y quizá por acertar  
 mil errores cometemos.  
 Si me suponen que soy  
 vitalicio sempiterno;  
 ¿qué hemos de hacer? resignarme  
 que la Patria es lo primero.  
 Y permita la fortuna  
 que ella consiga bien presto  
 su anhelada libertad,  
 que he de tener el consuelo  
 que compasiva perdone  
 mis involuntarios yerros.  
 Adiós Patria afortunada,  
 y en tu favor pido al cielo  
 que jamás en las cadenas  
 sufras el bárbaro ceño  
 de opresores ambiciosos  
 usurpándote el gobierno.  
 Que las leyes que recibas  
 de tu liberal Congreso,  
 te hagan grande y venturosa,  
 y que seas el objeto  
 de la admiración de todos  
 los independientes pueblos.  
 Estos son los votos míos  
 que salen del pecho tierno.  
 Y estas son las intenciones  
 del patriota más sincero.  
 ¡Peruanos!, llegó el instante  
 en que bravos combatiendo  
 con traidores enemigos  
 hagáis vuestro nombre eterno:  
 vuestra libertad amagan  
 Sucre y Bolívar de nuevo,  
 y alzáid ahora con valor  
 el patrio pendón al viento.  
 Decidís en las campañas  
 con vuestro inmortal denuedo,  
 que sois de la libertad  
 los más heroicos guerreros.  
 Nada os acobarde, nada,  
 trabajad con más empeño,  
 para no perder la gloria  
 de ser de sí mismo dueños.  
 ¡Ah! como quisiera yo  
 ayudaros... Mas no puedo,  
 que ya marchó: compatriotas  
 salud y paz os deseo...  
 Adiós amigo D. Juan  
 que ya ha llegado el momento



de mi cruel separación:  
y en este lance funesto  
en que por mi mal me miro,  
por vez última os advierto  
que en aqueste mundo todo  
está a mudanzas sujeto.  
Mas si los Reyes un día  
las Américas perdieron;  
nunca se persuade amigo  
vuelvan a empuñar el cetro,  
que somos independientes  
a pesar de sus esfuerzos,  
porque siempre será libre  
el pueblo que quiera serlo.



## EL SACRE

*Por José J. de Larriiva*

### I

El Alto Perú, que era antes  
el centro de las riquezas,  
se ha quedado entre las manos,  
¡pobre! Tocando tabletas.

Porque Ayacucho,  
diestro muy mucho  
en estos juegos,  
manda talegos  
a Guayaquil,  
de mil en mil  
para que Roca  
los guarde allá.  
¡Muy bueno vá!

### ESTRIBILLO

Sucre en el año veintiocho  
irse a su tierra promete.  
¡Cómo permitiera Dios  
que se fuera el veintisiete!

### II

Parece a cada moneda  
que le han puesto un par de alas,  
porque todas han volado  
a la orilla de las Guayas.

No se halla medio  
para un remedio,  
ni hay un ochavo  
ni hay un centavo  
estando allí  
El Potosí  
que, como tierra,  
la plata dá.  
¡Muy bueno vá!

Sucre en el año veintiocho  
irse a su tierra promete.  
¡Cómo permitiera Dios  
que se fuera el veintisiete!



## III

Todo el lujo alto-peruano  
se lo ha llevado el demonio.  
No ha sido el demonio, miente,  
que ha sido Don José Antonio.

No vé manillas  
ni gargantillas  
ni prendedores  
ni apretadores  
que no despache  
para Machache  
a quien toditos  
sabemos ya.  
¡Muy bueno vá!

Sucre en el año veintiocho  
irse a su tierra promete.  
¡Cómo permitiera Dios  
que se fuera el veintisiete!

## IV

En Chuquisaca las leyes  
bajo de los sarracenos  
se respetaban muy poco:  
pero hoy se respétan menos.

Va un comerciante  
para adelante.  
¿Mulas? Embarga:  
y que la carga  
se queda a pie.  
Y esto ¿por qué?  
porque a los baños  
vaya la tal...  
¡Muy bueno vá!

Sucre en el año veintiocho  
irse a su tierra promete.  
¡Cómo permitiera Dios  
que se fuera el veintisiete!

## V

Nuevo nombre se le dió  
a la tierra alto-peruana:  
se le dió Constitución:  
pero y ¿libertad? ¡Caramba!

Hay extorsiones,  
contribuciones  
todos los días.



No hay garantías,  
seguridades  
ni propiedades.  
Cual mal esclavo  
todo hombre está.  
¡Muy bueno vá!

Sucre en el año veintiocho  
irse a su tierra promete.  
¡Cómo permitiera Dios  
que se fuera el veintisiete!

## VI

La ciudad que da la plata  
con razón llamóse un día;  
la ciudad del fierro hoy  
llamarse muy bien podría.

¿Quién tiene ahí fondos?  
Limpios, morondos  
están ya todos;  
que nuevos godos  
los han saqueado  
y ¿qué han dejado?  
grillos, cadenas  
y esposas. ¡¡¡Ah!!!  
¡Muy bueno vá!

Sucre en el año veintiocho  
irse a su tierra promete.  
¡Cómo permitiera Dios  
que se fuera el veintisiete!

## VII

Los pobres alto-peruanos.  
después de fatigas tantas,  
sólo han logrado hasta hoy  
el cambiar mocos por babas.

Los chapetones  
eran bribones,  
mucho ruines,  
muchos malsines.  
¡Qué despotismo!  
Pero ¿hoy lo mismo  
o peor el dengue  
no corre allá?  
¡Muy bueno vá!

Sucre en el año veintiocho  
irse a su tierra promete.  
¡Cómo permitiera Dios  
que se fuera el veintisiete!



## VIII

Hubo en el regio gobierno  
 sus pillos de siete suelas:  
 pero hay también en la Patria  
 sus pollos de mucha cuenta.

Hay un Infante,  
 ¡bravo danzante!  
 y un Alarcón  
 ¡lindo pichón!  
 y un Calvimonte  
 que en Amatonte,  
 ¡lengua maldita!  
 no digas más.  
 ¡Muy bueno vá!

Sucre en el año veintiocho  
 irse a su tierra promete.  
 ¡Cómo permitiera Dios  
 que se fuera el veintisiete!

## IX

Ya no eres, no ni tu sombra,  
 ¡opulenta Chuquisaca!  
 Perdido has sin duda el Chuqui,  
 porque eres ya toda saca.

El Vitalicio  
 te saca el juicio,  
 saca escuadrones  
 y batallones,  
 saca vestuario  
 y numerario,  
 y hasta las piedras  
 te sacará:  
 ¡Muy bueno vá!

Sucre en el año veintiocho  
 irse a su tierra promete.  
 ¡Cómo permitiera Dios  
 que se fuera el veintisiete!

## X

Los mandones de Bolivia  
 todito lo han trastornado;  
 y han puesto la religión  
 por los piés de los caballos.

Les causa risa  
 el que oye misa,  
 odian al clero  
 más que al ibero.





El sacramento,  
cosa de cuento  
es, y Dios mismo  
no existe ya.  
¡Muy bueno vá!

Sucre en el año veintiocho  
irse a su tierra promete.  
¡Cómo permitiera Dios  
que se fuera el veintisiete!

## XI

¡Perú alto por qué te quejas  
de que Sucre te ha quitado?  
Dime ¿no te ha dado nombre?  
¡No es nada lo que ha dado!

Tus campos rasos  
están sin brazos  
que los cultiven:  
los que en tí hoy viven  
no ven un peso.  
Mas ¿qué importa eso  
cuando Bolivia  
te llamas ya?  
¡Muy bueno vá!

Sucre en el año veintiocho  
irse a su tierra promete.  
¡Cómo permitiera Dios  
que se fuera el veintisiete!

## XII

¡Buena laya de comercio  
se ha descubierto en Bolivia!  
¡Cierto que se están viendo hoy  
cosas que no están escritas!

Los Alarcones  
como melones  
muy baratitos,  
los billetitos  
compran y (cuerno)  
luego el gobierno  
los amortiza,  
que t-a-l-t-a-l:  
¡Muy bueno vá!

Sucre en el año veintiocho  
irse a su tierra promete.  
¡Cómo permitiera Dios  
que se fuera el veintisiete!



## XIII

Permita el cielo piadoso  
que el barco en que Sucre vaya  
camine al puerto derecho  
y no tropiece con nada.

Céfiro suave  
te lleve ¡oh nave!  
Huya remoto  
el crudo noto:  
feliz navegues  
y al puerto llegues  
pero a mi Sucre  
no traigas más.  
Já, já, já, já.

Sucre en el año veintiocho  
irse a su tierra promete.  
¡Cómo permitiera Dios  
que se fuera el veintisiete!

(M. de Odriozola, *Documentos literarios del Perú*, Vol. II. p. 117.)



## LA DESPEDIDA DEL GENERAL SUCRE Y EL DUELO DE LOS VITALICIOS

Llegó el día bolivianos  
en que vengativo el cielo,  
perder me hicieron el dominio  
de estos subyugados pueblos.  
Nunca creí en mi fortuna  
separarme del gobierno  
de unas provincias, que han sido  
conquistadas por mi acero.  
Yo fui el único que pude  
dar a vuestro patrio suelo,  
la grandeza y esplendor  
que perdió en el cautiverio,  
en que estuvo tantos años  
el yugo español sufriendo.  
Yo os he dado libertad,  
Patria, Leyes y Congreso:  
todas las artes y ciencias  
han hecho grandes progresos,  
y la libertad de imprenta  
que sujeta tanto tiempo  
estuvo por los caprichos  
de los déspotas soberbios,  
han renacido con gloria  
circulando el pensamiento  
de los libres que han querido  
recuperar sus derechos.

Ese cóndor que yo amaba  
pretendí hacer eterno,  
y el fruto es de Don Facundo  
de Calvimonte, y yo mismo  
muchas cosas escribía  
de las que ya me arrepiento.  
Yo he tratado bolivianos  
impelido de mi afecto,  
daros prueba de que sólo  
vuestro bien era mi anhelo.  
Pero vosotros ingratos,  
desconocidos, perversos,  
me negáis estos favores,  
y habréis dicho que no quiero  
más que dominar a todos  
como un absoluto dueño.

Es verdad que yo mandaba  
tan orgulloso y tan ciego,  
que de ambición inflamado  
yo no tenía otro objeto  
que asegurar a Bolívar  
este floreciente imperio.



Ese hombre que tantos triunfos  
 ha logrado, es el primero  
 por quien siempre he trabajado:  
 y así yo por complacerlo  
 he sido tirano cruel,  
 he perdido mi concepto,  
 y en esta suerte en que me hallo  
 tan solo por él me veo.

¡Ah! cuan engañado vive  
 el hombre estúpido y necio  
 que asegurarse pretende  
 en el poder, por el medio  
 del temor y exterminio:  
 no consigue en su despecho  
 otra cosa que la ruina,  
 la venganza y el desprecio.  
 Consultar debe el que manda  
 que sobre un débil cimientio  
 parado está, y que nunca  
 lo alucine su deseo  
 de que afianzado se mira.  
 pues cuando lo piense menos  
 ve que la opinión lo arroja,  
 y que se cae sin remedio.

Los que obtienen por desgracia  
 el alto poder supremo,  
 si justos son al principio,  
 tiranos se vuelven luego:  
 abaten a las naciones  
 que el mando alegres le dieron:  
 pero ellas en su venganza  
 están buscando los medios  
 para poderlas destruir.  
 Sufren, lloran en silencio,  
 y cuando nadie lo creía  
 llega el terrible momento  
 del furor y de la guerra,  
 y triunfa el valiente pueblo.  
 Yo conozco Bolivianos  
 que habéis estado gimiendo,  
 y que deseabais un día  
 para respirar contentos,  
 y libres de mi dominio  
 tan aciago y tan funesto.

Yo pensaba por la fuerza  
 teneros siempre sujetos;  
 pero me burlé, y he visto  
 que yo por mi cruel manejo  
 solamente he conseguido  
 el odio y el descontento.  
 Y con razón, yo me aflijo  
 al recordar esos tiempos  
 de destrucción y de saugre;



y que en mi duro gobierno  
 tantos buenos ciudadanos  
 han padecido en destierros,  
 y sus míseras familias  
 en su triste desconsuelo,  
 han maldecido mi nombre  
 pidiendo justicia al cielo.  
 Mil patriotas inocentes  
 en los suplicios han muerto,  
 y yo insensible e inhumano  
 me he complacido por esto.

Sí, conozco mis delitos,  
 pero olvidarlos no puedo  
 pues llevo en mi corazón  
 el fatal remordimiento.  
 El alma apenas respira  
 un instante de sosiego;  
 y en todas partes me siguen  
 ensangrentados espectros  
 que furiosos me amenazan.  
 ¡Vil ambición, a qué extremo  
 tan miserable he llegado  
 el más prodigioso genio  
 que ha producido Colombia!  
 El que siempre con su acero  
 en los campos de batalla  
 el triunfo alcanzó primero.  
 ¿Todo el mundo no me ha visto  
 de muchos laureles lleno,  
 destruir a los enemigos  
 que por sus armas creyeron  
 lograr siempre la victoria?  
 Llevando el terror y el miedo  
 a las naciones que han sido  
 tan oprimidas por ellos?  
 Yo a la América he salvado  
 de un aciago cautiverio:  
 también al Perú libré,  
 y ninguno habrá tan ciego  
 que ingrato quiera negar  
 que en Ayacucho murieron  
 sus tiranos y opresores  
 por mis heroicos esfuerzos.  
 ¡Y que un héroe como yo,  
 tan singular, su concepto  
 venga a perder en Bolivia!  
 ¿Justo el cielo que es opuesto?  
 ¿Será verdad lo que miro?  
 Porque me parece sueño:  
 ¿yo capitular? ¡Oh estrella  
 que así me persigas! Siento  
 destrozado el corazón:  
 ya he perdido mi consuelo,



dejadme mejor morir  
 porque la vida detesto.  
 ¿Más que dirá Don Simón  
 cuando en Colombia sepa esto?

Pero que me ha de decir,  
 si la culpa tiene de ello;  
 que pensó que yo pudiese  
 contra la opinión del pueblo  
 más tiempo permanecer  
 en Bolivia: sí, yo ciego  
 por agradarlo he querido  
 hacerme un déspota fiero.  
 Mas ya las fuerzas me faltan  
 para mandar por más tiempo.  
 Me voy, me voy bolivianos,  
 y en mi situación os ruego  
 que olvidando mi conducta,  
 perdonéis mis desaciertos.  
 Y vosotros vitalicios  
 que tan triste os contemplo,  
 ya podéis abrir los ojos  
 con este funesto ejemplo:  
 no hay que pensar en boberas,  
 ni en el engañado Imperio,  
 separado de Bolivia,  
 se acabaron mis proyectos  
 consolaos de aquesta pena,  
 que os reparo en vuestro duelo,  
 lleno el mortal corazón  
 de terribles sentimientos.  
 Adiós para siempre amigos,  
 adiós bolivianos tiernos:  
 mas yo a todos os suplico  
 rueguen por mi vida al cielo.

(Volante. Imprenta Republicana de Concha, Lima, 1828.)



AGASAJO AL HIEROE DEL SUD DE COLOMBIA  
EL MENDIGO DE LOS APELLIDOS

Fantasma miserable: ¿tú has creído  
leyes dictar al pueblo americano?  
Y piensas en tu orgullo que el peruano  
escriba a tu Mentor agradecido!

El imperio del crimen fenecido,  
ahora el pueblo domina soberano:  
el Perú, ha protestado, por su mano  
supo insultarte, ¡oh malvado! en el olvido.

Cual jumento infeliz en tu locura  
a la lid, a Lamar has provocado.  
Rezará sobre el campo tu alma impura,  
tu verás del peruano la bravura  
y te irás al averno apresurado.

(*Atalaya*, N.º 7, Lima, 17 de julio de 1828.)



## EL PERRO Y EL GATO

Yendo a un paseo muy grato,  
como tengo de costumbre,  
vi ayer, que una muchedumbre  
cercaba a un perro y a un gato.

Acerqueme al gran concurso,  
y oí que con mucha energía  
el perro al gato le hacía  
este admirable discurso:

En vano, gato insolente,  
la moderación invocas  
cuando tú mismo provocas  
la cólera del prudente.

En vano tú me atribuyes  
que el orden social invierto,  
si es bien claro y descubierto  
que tú sólo lo destruyes.

Tu de la vida has privado  
a millares de animales,  
tu de los pactos sociales  
sacrilego te has burlado.

De tu furor sanguinario  
no hay un ratón que se libre,  
pues eres rabioso tigre,  
ladrón, aleve, arbitrario.

No hay criada que no te acuse  
de mil vicios y perfidias;  
tu siempre conmigo lidias  
aunque yo siempre lo rehuse.

Dime ¿qué bienes has hecho?  
¿Cual es tu oficio y destino?  
¿Robar, matar, asesino?  
¿Quebrantar todo derecho?

Y al cabo de todo esto,  
después de ser tan ingrato,  
¿reclamas el mejor plato?  
¿Aspiras al mejor puesto?

¡Quita! que si tal se hiciese  
fuera un delirio marcado:  
premiar sería malvado  
del crimen que cometiese.

Al fin, concluiré diciendo,  
que la ambición trae la guerra,  
y mientras haya un gato en tierra  
siempre estaremos riñendo.





Ninguna de estas verdades  
reprochó el gato mohino,  
sino que tomó el camino  
y continuó en sus maldades.

Tal hace esa vil facción  
de la "nobilitaria" raza  
sabe que la ley traspasa,  
y que insulta a la nación;  
pero cuando la ambición  
de los hombres se apodera,  
se salta toda barrera,  
se rompe el más firme lazo,  
y ya no más se hace caso  
de la ley que el pueblo diera.

(*El Botafuego*, N.º 13, Tambo Grande, Colombia, 2 dic. 1828.)



## LOOR A LOS CARISIMOS

CORO

Trágala perro,  
ruin vitalicio,  
no medrarás  
con el perjuicio  
de la Nación.

Ya se ha fundado  
a tu disgusto  
en el Perú  
el Templo agosto  
de la Libertad.

*Trágala perro...*  
y ante sus aras  
en aquel día  
el feroz ídolo  
de tiranía  
roto cayó.

*Trágala perro...*  
Cayó; y al punto  
¡triste mudanza!  
lo mismo que humo  
tu alta esperanza  
se disipó.

*Trágala perro...*  
Perro ¿qué digo?  
¡Ah! soy un tonto.  
Es casi cierto  
que vendrá pronto  
el gran Simón.

*Trágala perro...*  
¿Qué son los libros?  
Viles hormigas  
que, sin engaños  
y sin intrigas perecerán.

*Trágala perro...*  
¿Ahora te ríes esclavo mísero...?  
Deja que venga  
que un chasco bravo  
se va a pegar.

*Trágala perro...*  
Aleluya, aleluya, aleluya.

(*Atalaya*, Lima, 3 de dic. 1828.)



(De Don Florencio Varela.)

Vuelve Mayo a brillar y todavía  
 la luz esplendorosa,  
 con que su sol inunda en este día  
 nuestra región hermosa,  
 alumbra pueblos libres y valientes,  
 que sostienen el santo juramento,  
 que, al romper sus cadenas,  
 hicieron de vivir independientes,  
 o perecer en el glorioso intento  
 de escarmentar en la ambición ajena.  
 MAYO el grito escuchó: los torpes grillos,  
 que tres siglos la América ligaron,  
 entonces con estruendo se trozaron,  
 y del duro metal de sus anillos  
 espadas vengadoras se formaron,  
 con que el bravo Argentino  
 redimir supo su oprimida tierra.  
 Y, venciendo al destino,  
 llevó gloriosa guerra  
 desde el río Plateado,  
 al suelo por los Andes dominado.  
 Espadas fuertes que al Perú libraron,  
 y, jamás envainadas sin victorias,  
 en Colombia alcanzaron nuevas glorias,  
 y con el Sol del Ecuador brillaron.

España al cabo doblegó la frente  
 al invicto poder Republicano,  
 y en todo el Continente Americano  
 se ahogó del despotismo la simiente.

El estrago acabó: ya no rodaba  
 en nuestra tierra la fatal carroza  
 con que Marte otro tiempo la asolaba;  
 y su mano ominosa  
 al opuesto hemisferio la lanzaba.  
 Pero el León de Castilla, que no cesa  
 de alimentar sus bárbaros enojos,  
 la riquísima presa  
 que a su garra arrancamos, con los ojos  
 quisiera devorar; su antigua saña  
 con su impotencia aumenta;  
 y a las playas de Méjico opulenta  
 se abalanza otra vez. No es de la España  
 este nuevo atentado, ¡oh mejicanos!  
 crimen es de Fernando; él sólo mueve  
 contra vosotros mercenarias manos,  
 el sólo es quien se atreve



a llevar otra vez a vuestra tierra  
 la plaga asoladora de la guerra.  
 Descolgad nuevamente los alfanjes  
 que a ese monarca imbécil humillaron;  
 legad esas falanges  
 que otro tiempo sus filos ya probaron;  
 y haced que de su orgullo se arrepientan  
 los que Anahuac esclavizar intentan.  
 A su encuentro volad. Venganza clama  
 Moctezuma infeliz desde la tumba,  
 a la venganza Guatimos os llama,  
 y venganza las víctimas de Otumba.  
 Piden en torvo ceño  
 del brutal atentado  
 que perpetrara el pérfido extremeño.  
 Aplacad tantos manes; y humillado  
 el tirano de España nuevamente,  
 sirva de escarnio al viejo Continente.

Y todo se cumplió: la misma aurora  
 que alumbró el paso altivo e insolente  
 de la hueste invasora,  
 hundir en polvo la cobarde frente  
 la vió también; y en confusión rendida  
 ir a implorar del vencedor la vida.

¡Salud, hijos de Méjico! Otro ejemplo  
 de patriotismo dáis a las naciones;  
 con nuevos lauros decoráis el templo  
 de la alma Libertad; nuevos blasones  
 agrega vuestra Patria a los que un día  
 la colmaron de honor; y el rubio rayo  
 del sol alumbró hoy con alegría  
 un nuevo triunfo que cantar en MAYO.

¡Mayo, mes de la América! Tú adornas  
 de este suelo feliz la heroica historia;  
 y cada vez que a visitarnos tornas,  
 con una nueva gloria  
 tus recuerdos aumentas,  
 y a los Monarcas del antiguo Mundo  
 con ella engalanado te presentas.  
 Tú, a los tronos enseñas, que, si ahora  
 el genio furibundo  
 de la discordia atroz rompe los lazos  
 de la Unión bienhechora  
 en el preciado suelo Americano;  
 con más fuertes abrazos  
 a estrecharse sus hijos se convidan,  
 y sus odios olvidan,  
 siempre que algún tirano  
 les intenta robar con insolencia,  
 la Libertad, su cara independencia.

La tierra de Colón nunca el cimiento  
 de un trono sostendrá: sus moradores,  
 a la par del sustento,



desde la cuna, Libertad mamaron,  
 al rango de señores  
 del de esclavos pasaron;  
 y vivir libres, o morir juraron.  
 En vano el hombre, que a Colombia un día  
 dió fama y esplendor; cuando a la guerra  
 sus huestes conducía,  
 y en el valle y la sierra  
 el Laurel de la Gloria le ceñía;  
 hoy pretende insensato,  
 con un trono manchar el continente  
 y a la Púrpura aspira y al boato.

¡En América un trono! ¿Quién consiente  
 humillación tamaña? ¿Quién consiente  
 y abona el escándalo horrible? En tu cabeza,  
 Bolívar, la corona  
 es divisa de muerte, y hoy empieza  
 tu sepulcro a cavarse  
 do piensas que tu trono va a elevarse.

Tú, ¡oh Sol de MAYO! lo verás un día;  
 y la luz bienhechora  
 que tu eternal antorcha al Mundo envía,  
 entonces como ahora  
 no alumbrará un esclavo  
 en cuanto se halla desde el Istmo al Cabo;  
 entonces, como ahora, tu venida  
 será anuncio de muerte a los tiranos,  
 y de gloria y de vida  
 a los pueblos de América; sus manos  
 alzarán sin cesar nuevos altares  
 a la alma LIBERTAD; y en torno de ellos  
 agolpados con júbilo a millares,  
 e inflamados allí con los destellos  
 de tu brillante rayo,  
 himnos de gloria cantarán a MAYO.

(*El Parnaso Oriental o Guirnalda Poética de la República Uruguaya*, 1.ª Edición, Montevideo. 1835. Edición de Montevideo, 1927, págs. 165-170.)



**ELEGIA**  
ESCRITA POR  
LORENZO M. LLERAS  
EN CONSECUENCIA DE LA TRISTE JORNADA DEL  
28 DE AGOSTO DE 1830  
EN PUENTE GRANDE.  
DESTRUCCION DEL GOBIERNO LEGITIMO Y RESTAURACION  
POR EL PODER DETESTABLE DE  
BOLIVAR.

---

Jamás puede un tirano  
la cadena cargar a un pueblo fuerte,  
que enfurecido se alza, lidia y triunfa,  
o sufre noble y envidiable muerte.

HEREDIA (\*)

---

E L E G I A

... Crudelis ubique  
Luctus, ubique pavor, et plurima mortis imago.

*Virg. 2. Æ n.*

... regno aut optata luce fruatur;  
Sed cadat ante diem, mediaque inhumatus arenâ.  
Haec precor:

*Virg. 4. Æ n.*

Brotad, lágrimas mías, de estos ojos  
hinchados y oprimidos:  
salid, salid piadosas, y en torrentes  
desahogad mi dolor. ¡Ay! sólo el llanto,  
y sólo tiempo para el llanto resta,  
con nueva tan funesta.  
¿Que haré sino llorar?... ¡¡Patria infelicé!!  
Gemid también: los tristes alaridos  
repita la montaña, y sus dolientes  
ecos de roca en roca resonando,  
a las lejanas gentes  
el canto del penar vayan llevando.

Mi lengua balbuciente puede apenas  
las sílabas juntar: mi voz se anuda:  
las hórridas escenas  
de sangre, y mortandad, y guerra impía.  
amedrentada y muda,  
a largo olvido condenar querría.

(\*) Nueva York, 1830.



No ha mucho ¡oh Dios! que rápida los himnos  
de triunfo y libertad ella cantaba;  
o amorosa trinaba  
del niño ciego el jugar gracioso,  
su pesar enojoso,  
sus azares, sus iras vengadoras,  
o ya también las forlunadas horas!

La voz del triunfo o el cantar sabroso  
entre los labios queda:  
ni la temblante cuerda ¡ay! remeda  
del placer las varias vibraciones.  
Allá en lúgubres sonos,  
"Murió la LIBERTAD, murió", suspira,  
y se estremece a su sonar la lira.

Yo de los Francos los gloriosos hechos  
alegre celebré. Colombia en tanto  
con nuevos hierros aherrojar se veía;  
y aquel nefario monstruo, a quien un día  
llamó LIBERTADOR, de sus derechos,  
hipócrita y sacrílego pretende  
despojarla otra vez: las teas enciende  
de la civil discordia; y el horrendo  
militar yugo la cerviz guarnece  
del pueblo, que obedece  
en silencioso lamentar, temiendo  
ver saltar de los hombros venerandos  
cabezas de inocentes,  
a los golpes de alfanjes fratricidas,  
muy más terribles ¡ay! más inclementes  
que el cordón a la turca cimitarra.  
Ya miran reducidas  
por esclavos sus casas a pavesas,  
las fértiles dehesas  
de cadáveres yertos hacinados,  
los campos sepultados  
en yerma soledad, cuando tardío  
en sangre tinto se adelanta el río.

¡Oh sol! ¿y tú pudiste tu luz pura  
prestar a tanto oprobio, a duelo tanto?  
¿por qué no convirtió tu fuego santo  
en el no ser la soldadesca impura?  
¿Adónde la bravura  
está de los bizarros Granadinos?  
¿Adónde está su ardor, y el penetrante  
grito de Libertad, que en el espacio,  
cual el de Bruto y Casio,  
a los inquietos aires fatigaba?  
La trompa de la fama en eco errante  
ligero le llevaba,  
desde la margen bella y deliciosa  
que baña el Bogotá con su corriente,  
hasta do brama el ábrego inclemente.



Yo lo escuché de gozo palpitando  
 mi corazón, en almo fuego ardido,  
 y los bordes del Hudson embebido  
 más de una vez en ansiedad me vieron,  
 y las voces oyeron  
 con que al bajel de lejos saludaba,  
 ya las velas henchía,  
 e insano procuraba  
 con mis deseos acelerar su vuelo:  
 o ya, tornando al cielo  
 con anheloso afán la vista inquieta,  
 a los vientos de tardos acusaba.  
 "soplad, soplad," decía,  
 "acá volved la vacilante prora,  
 "esa roca evitad; quizá traidora,  
 "para estrellaros que arribeis os deja.  
 "¡Oh mensajero de la patria mía!  
 "temed, temed." Pero a mis voces sordo,  
 al mar ya vira presuroso el bordo,  
 ya viene soñoliento, ya se aleja.

¡Oh tiempo, tiempo! ¡Cuán fugaz pasaste!  
 Ahora ¡ay infeliz! la misma orilla  
 los videntes resuena  
 del Belgico y el Galo valerosos,  
 golpeada por las olas que bañaron  
 del Escalda las costas y del Sena.  
 Sus inclitos campeones,  
 sin que el soldado les pusiese miedo,  
 con sin igual denuedo,  
 lánzanse en la mitad de cien legiones,  
 sus huellas tiñen de enemiga sangre,  
 y por calles y plazas, más furiosos  
 que rugen el huracán en la alta sierra,  
 lidian, matan, destrozan, aniquilan,  
 y crudos gritan "Libertad o Guerra."  
 No de otro modo el Cotopoxi airado  
 allá en la línea equinoccial se agita,  
 y de su cráter entre el ruido sordo  
 de la tremante tierra,  
 ceniza, y llamas, y vapor vomitan:  
 arrojando peñascos en torrentes  
 de nieve derretida y roja lava,  
 que los campos arrasan, los ganados,  
 las aldeas, las grandes poblaciones;  
 huyendo consternados  
 los habitantes miseros de aquellas  
 infernales regiones,  
 a otras más pacíficas y bellas.

¡Siglo de Libertad! ¡oh! si dichoso  
 mirar pudiera a la infeliz Granada,  
 de su abyección y su ignominia alzada,  
 sus cadenas romper cual león rabioso:





y dejando el reposo,  
 que la ofrece un tirano advenedizo,  
 triunfar como triunfaron  
 los que en Europa el despotismo hollaron.  
 ¡Cuán dulce entonces mi cantar sería!  
 ¡Cuán otra sonaría  
 el harpa bronca que la pena pulsa!  
 ¡Cuán otro entonces el pintoresco Guayas,  
 y las desiertas playas  
 del Orinoco aparecer debieran  
 al ojo indagador de los viajeros!  
 Allí vendrían, sí, pueblos enteros  
 del hambre o fanatismo perseguidos,  
 y la tierra labraran  
 más feraz que nos brinda el ancha zona,  
 donde el calor sazona  
 toda planta cereal y óptimo fruto.  
 Allí, por sabias leyes protegidos,  
 nuevos hombres y pueblos se elevaran.

Pero... ¿adonde me lleva mi locura?  
 Granada yace de Bolívar sierva,  
 y este perverso su vigor enerva  
 con la ignorancia, el dolo, la impostura,  
 la fea disolución de sus soldados,  
 el atrocino y el incesto... ¡Oh mengua!  
 ¡Dios de piedad! ¿tu diestra Omnipotente  
 tendiste acaso al vil, al mercenario,  
 al perjuro y traidor,  
 que así el santuario  
 profanó de las leyes insolente?  
 ¿Y cuya torpe lengua  
 tu nombre ultraja y tu poder desmiente?

Me parece que miro  
 la esposa en busca del esposo amado,  
 que en sangre ajena y suya revolcado,  
 hacia ella lanza su postrer suspiro.  
 ¿No véis la triste madre cual anima  
 al hijo que perdió, sus propios labios  
 a los yertos y cárdenos sellando?  
 ¿Y a las modestas vírgenes pasando  
 con planta melancólica, cubiertos  
 los rostros de dolor, entre los muertos  
 buscar ansiosas el perdido amante?  
 El pecho palpitante  
 del amigo, del padre, del hermano,  
 por el sitio fatal discurre en vano,  
 que la prenda querida  
 no mas ¡oh cielos! tornará a la vida.  
 Aquí descubro del verdugo el negro  
 vestido pavoroso; allí el cadalso;  
 allá, víctimas mil ya degolladas  
 al militar furor, y en las espadas



las cabezas de honrados ciudadanos,  
cuyo único delito  
fué no doblar el cuello a los tiranos.

¡Qué confusión! ¡Qué crímenes! ¡Qué horrores!  
Proscripciones, incendios, muertes, ruinas,  
y muros desolados,  
y lamentos de huérfanos... las viudas,  
sin orden los cabellos, y sembrados  
de ceniza, ¡cual rasgan sus vestidos  
de luto doloroso!  
y entre hórridos aullidos  
de desesperación, lanzan al viento  
un ¡ay! de acusación, un ¡ay! furioso  
en él envuelto el postrimer aliento...

¡Monstruo de maldición! detente, espera.  
¡Bárbaro! dí, ¿no te hallas satisfecho  
con tanto lloro, y exterminio tanto?  
arrebátadle por piedad ¡oh cielos!  
esa vida que alienta,  
y a mi patria salvad... ¡Triste esperanza!  
"Deja," me dicen, "que el acerbo llanto  
"mas tiempo corra; que en cadenas sienta,  
"Colombia, de su férvida venganza  
"todo el estrago, que sus iras cebe,  
"hasta que el pueblo de gemir cansado,  
"sepa apreciar la libertad cual debe."

Dicen: y entre el fulgor, entre el estruendo  
tronador de los broncees fraticidas,  
con las manos teñidas  
en roja sangre, se abalanza airado,  
de las furias rodeado,  
que en el averno al pecador tormentan,  
y el alma pecho del país desgarrar:  
como suele la garra  
del tigre hambriento en el redil metido  
despedazar la entraña palpitante,  
sin que el hondo gemido  
de una víctima, y otra, le contenga;  
y aunque su hambre voraz haya saciado,  
cual si fuese injuriado  
por la indefensa grey, ruge rabioso,  
y en la matanza sus injurias venga.

¡Compatriotas amados! ¡mis amigos!  
dejad la muelle y vergonzosa calma,  
y en los combates exhalando el alma,  
a los golpes de aceros enemigos,  
probad, que los heroicos defensores  
de la virtud y libertad no temen  
al amago feroz de la cuchilla.



Témala solamente el que amancilla  
 por precio infame el lauro de la gloria,  
 y cual Vélez a torpes robadores  
 la ya cierta victoria,  
 y los destinos de la patria entrega.  
 En vano el campo riega  
 la sangre de héroes mil: en vano, en vano  
 los intrépidos Vargas y García  
 las fuertes diestras giran valerosos;  
 en balde vibra con robusta mano  
 el inclito Gaitán (\*) la firme lanza.  
 Voló toda esperanza:  
 los libres ceden: triunfan los facciosos;  
 mas no al valor ni al número cedieron,  
 que en la lucha murieron  
 de cien heridas unos traspasados,  
 y los otros, reuniendo los soldados,  
 huyen para tornar. "Sí, vendrá un día,"  
 dicen con voz de trueno, "en que podamos  
 morir venciendo: escarmentar juramos  
 al vil traidor, y a la canalla impía."

¡Manes augustos! ¡Venerables sombras  
 de los muertos! hablad: ¡calladas tumbas!  
 hablad también, y despertad los héroes  
 que en vuestro seno exánimes descansan.  
 Hablen ellos por mí: sus roncos gritos  
 inflamen los cobardes corazones;  
 para vengar, terribles, sus baldones,  
 y rescatar los sacrosantos fueros,  
 la ley, la patria, y la virtud.

¡¡Guerreros!!  
 ¡Ciudadanos ilustres de Granada!  
 No en los conflictos el valor se esconda:  
 antes brille la espada:  
 al pueblo mueva vuestro noble ejemplo:  
 y hasta llegar de libertad al templo,  
 la trompa suene y el cañón responda.

No basta amar la libertad, que es bella  
 y su más débil luz nos enamora.  
 Es fuerza conquistarla con la sangre  
 del corazón que su belleza adora.  
 Valor, constancia, sufrimiento, amigos.  
 Con firme paso la espinosa senda,  
 que conduce a la gloria,  
 impávidos seguid. Haced que entienda  
 todo ambicioso y déspota, que en vano  
 al pueblo oprime el militar insano.

(\*) Me es en extremo sensible no poder consignar aquí los nombres venerandos y las hazañas de los muchos jefes y ciudadanos que se distinguieron en esta funesta jornada, mas no por eso son ellos menos acreedores a la gratitud del virtuoso pueblo colombiano y a los encomios de los libres.



El lauro de victoria  
 orna la frente del que osado quiere  
 vivir por siempre libre, o sepultarse  
 en los escombros de su hogar prefiere.  
 Sabed: *que la nación que se estremece  
 al grito de un tirano  
 su esclavitud y su orfandad merece...*

¿Pero qué siento? ¿Acaso porque el techo  
 ansío mirar de la familia mía,  
 la baja cobardía  
 ha de anidarse en mi orgulloso pecho?  
 ¿No clamaré al Eterno por venganza  
 cual siempre lo hice, porque el torpe miedo  
 hiela mis labios, o mi lengua cansa?  
 ¡Oh mengua! nunca, nunca callar puedo.  
 Y ojalá que confiar dado me fuera  
 mi triste suerte al vagoroso lino,  
 dejando la ribera  
 do tiene Libertad su trono alzado!  
 Ojalá que ya hubiera atravesado  
 el atlántico mar en frágil pino,  
 siguiendo los pendones  
 del inclito Bermúdez, Páez valiente,  
 en cuyos aguerridos corazones  
 el amor patrio palpitar se siente.

Si, ¡varones ilustres! Por vosotros  
 la Granadina LIBERTAD suspira.  
 Corred, volad, herid: que se estremezca  
 el monstruo que la rige: castigadle  
 cual faccioso y traidor: la patria es salva  
 en el instante que *Simón* perezca.

Pero... si triunfa... entonces... ¡Justo cielo!  
 nuestro virgíneo suelo,  
 en sangre de héroes libres empapado,  
 verá elevarse en medio de pavesas  
 un monarca, una corte aborrecible.  
 Y si bastante osado  
 Bolívar no es para empuñar el cetro,  
 vendrá por la política lanzado  
 un rey de ajeno clima, ajeno idioma,  
 mirando renovarse las escenas,  
 con que la Europa doma  
 el orgullo del Griego allá en Atenas.

Entonces no verán los ojos míos  
 el fértil llano, el Funza silencioso,  
 que aunque pequeño, en paso perezoso  
 lo grave imita de los grandes ríos.  
 Tampoco el cielo inspirador, que a Italia  
 aventaja en lo puro, en lo sereno:  
 ni aquel ambiente lleno  
 de fragantes aromas



respiraré jamás... ¿Tendré por siempre  
 que renunciar al maternal cuidado,  
 y al beso regalado  
 de una joven amante cariñosa?  
 ¿Y en países lejanos,  
 con rumbo incierto y vacilante planta,  
 vagar a la merced del extranjero?  
 Sí, vagaré, cual la simiente débil,  
 arrancada por fieros aquilones  
 de su nativo suelo,  
 a tierra de otros dueños alza el vuelo;  
 y allí, desconocida, sin la savia  
 con que crecer podía,  
 se seca y muere el expirar del día.

Así los años volarán: la esfera  
 nuevas luces verá del sol hermoso,  
 que fecunda el terreno delicioso  
 do reina continuada primavera.  
 En tanto que pasándose el verano  
 de mi triste vivir, vendrá el invierno,  
 y el noto frío del morir eterno  
 la tumba me abrirá. Allá en la hora,  
 del malo aterradora,  
 tranquilo me diré: "odié a un tirano,  
 y he querido mas bien andar errante,  
 sin padres, sin fortuna, sin amigos,  
 que cometer un crimen degradante,  
 o someterme a un déspota inhumano."  
 Vosotras sois testigos,  
 playas americanas, bosques, campos,  
 hablad, hablad. Que mi memoria pueda  
 a Granada llevar el raudo viento;  
 y antes de dar el postrimer aliento,  
 diré: ¡patria infeliz! ¡adiós te queda!



# LA BOLIVIADA

POEMA  
EN TRES CANTOS

*Por José Scarpetta Roo*

EN QUE PARA HONOR ETERNO DEL HEROE DE LOS ANDES, SE RELACIONAN LACONICAMENTE LOS DICHO, HECHOS Y GRANDIOSOS PROYECTOS DEL MUY GRAVE GENERAL SIMON DE LA SANTISIMA TRINIDAD BOLIVAR Y PALACIOS, FUNDIDOR DE TRES NACIONES, QUE NO ACABO DE FUNDIR, O QUE NO FUNDIO DEL TODO, POR SU TEMPRANA Y FELIZ MUERTE: LAS CUALES NACIONES VINIERON AL MUNDO DE UN MODO, RENACIERON DE OTRO, SE EDUCAN COMO PUEDEN, Y MORIRAN DEL MAL QUE DIOS Y SUS MEDICOS POLITICOS QUIERAN.

LO DEDICA SU AUTOR AL QUE QUIERA ADMITIRLO Y SEA MUY DE SU GUSTO RECIBIRLO (\*).

POEMA EN TRES CANTOS

DI, TALEM TERRIS AVERTITE PESTEM.  
*Purgad Dioses, la tierra de estos monstruos.*  
*ENEIDA, lib. 3. V. 620.*

CANTO PRIMERO

Pues la calma apacible  
a la borrasca cruel ha sucedido,  
y Dictis ha cedido  
a Febo su lugar: yo bien sensible  
a dicha tanto tiempo apetecida,  
volveré a descolgar del olmo anciano  
la cítara mohecida,  
y a pulsarla, si puede débil mano.

Ven a inspirarme musa:  
Condúceme al Parnaso:  
dadme a beber las aguas de Aretusa,  
y vuélveme a montar sobre el Pagaso,  
decidme las proezas  
de los héroes ilustres colombianos,  
la política pura, las finezas,

(\*) Bogotá, Imprenta de N. Lora. A. de 1831.



y los golpes de Estado  
que en el lustro pasado  
han dado los filósofos humanos,  
cuyo inmenso saber, y cuya gloria,  
tendrán digno lugar en nuestra historia.

En medio de la paz yacía sumida  
la infantita Colombia: los amores,  
los placeres y gracias la mecían  
en su cuna de flores:  
la halagaban los céfiros, reían,  
y era de todo el mundo protegida  
con ella estaba Ceres y Minerva:  
y Astrea la desterrada,  
de la razón divina acompañada,  
por su mundo paseaban sin reserva;  
y hasta Belona y Marte  
ejercían en su apoyo todo su arte.

Rapacilla insolente:  
bien en vano pretendes con desvelo  
alzar tu altiva frente  
y presentarte al mundo por modelo  
de heroísmo, de juicio y de prudencia:  
bien en vano protegen tu demencia  
los Córdovas, Padillas, Santanderes,  
los Bermúdez, los Páez y los Aceros,  
los Mosqueras, los Sotos, los Azueros,  
los Márquez, y los Reales, y otros seres,  
cuyo orgullo y valor republicano,  
rompiendo denodados tus cadenas  
igualarte pretenden con Atenas.

Bien en vano el inglés americano  
con la Holanda, y la Francia y los Bretones  
se esfuerzan a apoyar tus pretensiones.  
Bolívar el divino,  
vencedor desde Lima en Ayacucho, (1)  
tu ambición ya previno  
con su sabia y famosa Boliviana,  
y espumando furor, rabiosa saña,  
suceder ha jurado al rey de España.

En efecto lo escucho  
allá en su club peruana  
que componen los Laras, los Salones,  
los Sucre, los O'Leary, los Santanas,

(1) Hay más de 60 lenguas. Bolívar, después de la Batalla de Junín, desmembró al ejército libertador de una parte de la fuerza y marchó a Lima a recibir incienso y flores de sus habitantes, dejando a los Generales Sucre y Córdova comprometidos con solo tres mil hombres que tenían a su frente siete mil combatientes enemigos: la victoria se consiguió, pero fue debida a la bravura de nuestros soldados y buenas disposiciones de sus hábiles generales.



los Carreños, los Pérez,  
 los Silvas, y los Ibarra y Piñeres,  
 describiendo con rasgos atrevidos,  
 y con su pluma anfibia,  
 un imperio en que se hallan comprendidos, (2)  
 con Colombia y Perú también Bolivia;  
 dejando a su pericia,  
 y al oportuno tiempo, el asociarse  
 al Paraguay por gracia y por justicia,  
 a Chile y Buenos-Aires por fineza  
 al Brasil y la Habana por la fuerza,  
 Méjico y Guatemala por la intriga:  
 poniendo de este modo su excelencia  
 el mundo americano a su obediencia.

Que Ibarra hoy mismo siga:  
 que Guzmancillo vuele por la posta (3)  
 a Guayaquil, al Istmo, a Cartagena.  
 que recorra a Caracas y la costa:  
 que prodiguen empleos y marquesados,  
 gobiernos, intendencias y ducados,  
 también generalatos a docenas,  
 que aterren y amenacen  
 a los que a mi querer se resistiesen,  
 y a los que temerarios  
 el bien procomunal al mío opusiesen.  
 Que todo venga a tierra y despedacen  
 la misma sociedad, si es necesario:  
 que obedezcan mi carta Boliviana:  
 que impere yo con ella!  
 que la cerviz me doblen sin querella,  
 o que no haya nación americana.

(2) El gran proyecto de Bolívar era formar un imperio con el nombre de Andino, o de los Andes, que abrazase las tres Repúblicas, Bolivia, Perú y Colombia, y erigirse él en Emperador de esta vastísima nación. Y todavía no se limitaba a esto su insaciable ambición: su alma grande, como han dicho algunos, no cabía en tan pequeño espacio, y con el Emperador del Brasil proyectaban dividir y repartirse entre sí la América toda; y quién sabe si también la Europa: tal era la gigantesca idea de esta alma grande: alma de Polifemo.

(3) Ibarra y Leocadio Guzmán salieron de Lima enviados por Bolívar con cartas a sus amigos, con el objeto de mover todos los resortes posibles para que se sustituyese la constitución boliviana a la de el año 21, que ya había dicho a Guayaquil, por medio del secretario Pérez, que era su profesión de fe política. En efecto, Guzmán tocó en Panamá, Cartagena, Maracaibo y Caracas, haciendo lo posible para que se realizase el proyecto. Encontró protectores que debían figurar en la farsa, pero la nación se opuso abiertamente, y el proyecto dió en tierra. Desde entonces debió conocer Bolívar y sus ridículos sectarios que Colombia no sería su patrimonio ni sería jamás subyugada, sino solo momentáneamente, ni por ellos ni por otros sus parecidos. Guzmán sabe, como Proteo, cambiar figuras, pero él siempre será Guzmán.





Pero ¡pobre Guzmán! inútilmente  
 predicas por las plazas y las calles;  
 bien en vano por montes y por valles  
 tu lira haces sentir; (4) aquesta gente  
 se ríe de tus tocatas y sermones  
 contestándote así los macarrones:  
 es la cosa y no el nombre, a que atendemos,  
 señor Marqués Guzmán, y no queremos  
 imperios disfrazados  
 con trapos populares mal zurcidos.  
 ¡Presidentes perpetuos revestidos  
 de poderes inmensos y sagrados,  
 en nada responsables, facultados  
 a darse sucesores a su ganál  
 Esta es una herejía republicana (5)  
 Colombia, cuyos hijos denodados  
 dieron la libertad a dos naciones,  
 conserva en su interior hijos honrados,  
 de fibra y de firmeza,  
 que tu patrón presume sin cabeza,  
 estólidos y fatuos orejones:  
 a todos huele mal la Boliviana,  
 y todo el mundo grita: fuera hermana;  
 tu eres la que por Sieyes presentada,  
 despreció Napoleón por mal forjada. (6)

Como furia abortada del Averno,  
 el héroe de Colombia furibundo  
 sacude su melena de serpientes,  
 y esforzando su horrísono bramido,  
 llama a su alrededor todo el infierno,  
 amenaza feroz a todo el mundo;  
 y a su querer sumisos y abatidos  
 se ofrecen los demonios diligentes.

Este Plutón les dice: mis amigos,  
 compañeros y hermanos:  
 hoy se os viene la dicha a vuestras manos  
 sereis todo en mi imperio triplicado  
 si lograis derrocar mis enemigos,

(4) Leocadio Guzmán daba un periódico titulado *La Lira*, en que habiendo ya conocido que Colombia no admitía la Boliviana, predicaba un Gobierno unitario, vigoroso, y atacaba, con toda la sofistería que le es característica, el Gobierno federal, que después ha abrazado y volverá a dejar en la primera ocasión oportuna.

(5) En efecto. la Constitución boliviana, que se ha hecho en todas partes el ludibrio, es el de una monarquía verdadera, con el agregado de poder el Soberano darse un sucesor a su arbitrio.

(6) El célebre Sieyes presentó a Napoleón, a su entrada al consulado, un proyecto de constitución del que Bolívar tomó una gran parte para vestir la suya. Este proyecto constitucional de Sieyes puede verse en la historia de la revolución francesa por Mignet, tomo 2.º parte 2.ª.



poned en movimiento vuestra intriga:  
 prodigad recompensas al que os siga:  
 desatad a Cerbero: (7)  
 que Atropos (8) ponga en uso su tijera;  
 que todo el mundo muera  
 si se atreve a querer lo que no quiero.

¡Infelice Colombia! Mil Megeras (9)  
 del abismo se lanzan, y sacuden  
 sobre tu faz hermosa su veneno  
 incendiarias, sangrientas, carniceras  
 por dondequiera acuden  
 con antorchas ardientes, cuyo fuego  
 sebándose en tu seno,  
 en pavesas te vuelven desde luego,  
 inundando con saña,  
 cual lava abrasadora tu campaña.

En tu seno se encuentra Tisifona (10)  
 a quien siguen feroces los Briceños,  
 Urdanetas, Murguitios, y Castillos,  
 los Montillas, los Torres, los Carreños,  
 las Patrias, los Herrans, y los Carrillos,  
 de Francisco y Arjonas,  
 y una cáfila vil de aventureros,  
 que después de apurar tu subsistencia,  
 se prometen también, vampiros fieros;  
 con tu sangre beberse tu existencia.

Allá en el Perú queda  
 Alecton (11) con los Suces y los Lara,  
 cuya intriga, aunque en vano, se prepara  
 a imponerle también coyunda meda.  
 EL TIMON (12) de la América que mira  
 que la hija de Colón se le rebela,  
 del suelo de los Incas (13) se retira,  
 y apresurado vuela  
 a sostener su imperio vacilante,  
 dejando su partido allá triunfante.

(7) Perro de tres cabezas, guarda del tártaro: si nuestro cerberos tuvieran ciento y todas ellas se les cortasen, todavía no purgaban la centésima parte de sus delitos.

(8) La Parca que corta el hilo de la vida de los hombres.

(9) Una de las furias infernales.

(10) Segunda furia.

(11) Tercera furia: todas tres cedieron su lugar y sus funciones a nuestro héroe.

(12) Timón: misántropo de Atenas, detestaba tanto a los hombres que, queriendo cortar una higuera que tenía en el recinto de su casa, donde algunos se habían ahorcado, fue a la plaza, y en público dijo: Ciudadanos, voy a cortar la higuera que tengo en casa: os lo aviso para que si hay alguno que quiera ahorcarse en ella lo haga pronto, antes de que sea cortada. Tal era nuestro Timón.

(13) El Perú.



No hay en efecto intriga  
de que no se prevalga la insolencia  
porque la nueva carta se reciba;  
hasta que al fin consigue la violencia  
que aquel pueblo a Bolívar, libremente,  
proclame vitalicio presidente (14)  
mas, ¡oh inconstancia humana!  
¡Oh negra ingratitud! El héroe apenas  
dice su adiós a la nación peruana,  
cuando rompe en pedazos las cadenas,  
entregando a las llamas  
su multitud inmensa de proclamas  
con su magna y augusta Boliviana:  
y sin otro proceso ni manera  
al mata-capuchinos (15) echa afuera,  
quitando, con grandísima insolencia  
este ángulo imperial a su excelencia.

El héroe proclama! (16) contra los muros,  
con su moderación acostumbrada,  
despedaza su testa incoronada;  
y no arroja los sesos  
porque la su cabeza no tiene esos,  
o si acaso los tiene, están muy duros.  
Reniega, zapatea, maldice, llora:  
la hidrofobia (17) lo ataca, desespera:  
jura llevar la muerte por doquiera;  
pero esto la dolencia no mejora:  
el imperio se fué por la tangente  
y si es Emperador será en su mente;  
o a lo más sí lo auxilia algún Quijote,

(14) Las Bayonetas, que allá como en Colombia eran la suprema y única ley, se derramaron por todo el Perú. Allí, como entre nuestros pueblos, se llevaban a todas partes las actas ya hechas, las que voluntaria o violentamente se hacían firmar, o se ponían arbitrariamente los nombres, verdaderos o supuestos, que se querían. ¡Infelice de aquel que se denegaba!, la persecución más bárbara se le declaraba en el momento; a los más no se les permitía leer lo que debían rubricar. Los pueblos del Perú, precisados por las bayonetas, proclamaron la constitución boliviana, y nombraron a Bolívar por su Presidente vitalicio; pero luego que a estos y a los suyos se escaparon los puñales de las manos, sacudieron el yugo, se constituyeron a su placer y echaron a rodar el Presidente vitalicio. Loor eterno a Bustamante, a González y a los tres mil colombianos que ayudaron a romper las cadenas de esa ilustre República.

(15) El General Lara, que de orden de Bolívar, su amo, sacrificó bárbaramente a unos tantos sacerdotes religiosos capuchinos: lo que ya había comenzado el mismo Bolívar, el protector de la religión, en Honda, haciendo fusilar en su presencia al Padre Corella.

(16) A Bolívar se dió el nombre de Héroe de las proclamas: porque todas las mañanas y las tardes daba una o dos, viniesen o no al caso; la cosa era dar proclamas y deslumbrar al pueblo.

(17) El mal de rabia, o mal de perros de que adolecía Bolívar.



será gobernador de algún islote;  
pero vaya: Colombia me ha quedado,  
si la logro embaucar no es mal bocado.

¿Qué haremos don Baralt? ¿Castillo amigo?  
Instruyánme ustedes: yo los sigo;  
de mi partido están las bayonetas  
y los bravos Briceños y Urdanetas,  
que aunque jamás han visto al enemigo  
sino es en retirada,  
es cuando el enemigo tiene espada. (18)  
Venezuela y el pueblo granadino (19)  
valen muy bien, señor, el reino andino.  
Todo va a conseguirlo vuescelencia  
si se viste algún tanto de prudencia,  
porque el prologo dice que Zamora  
no se gana tan fácil en una hora:  
están los liberales alarmados,  
y estos son unas gentes  
que si es que damos pasos imprudentes,  
nos hacen pagar caros los reinados.

Pudiéramos muy bien irnos bandeando  
con el ciento y veintiocho: (20)  
podrían las actas irnos ayudando; (21)  
pero ya este recurso está muy chocho.  
Mucho de hipocresía nos es del caso,  
y es preciso tenderles algún lazo.  
Convóquese al instante  
una gran convención, que yo os ofrezco  
haceros un sultan o Rey flamante  
con un nombre cualquiera,  
que es la cosa la que hace a nuestro intento,

(18) Jamás estos cobardes han visto al frente al enemigo, y una vez que lo vieron huyeron los primeros más de cien leguas. El sanguinario Justo Briceño dió en Cerinza pruebas de su valor; y esto es que nada favorable podía este antropófago esperar cayendo prisionero: sus criminalidades lo hacen digno de mil muertes.

(19) Todo este discurso es del Sr. José María del Castillo y Rada. La ambición de ser Presidente del Consejo, y mandar como tal la República, porque sabía que Bolívar no era para el caso ni tenía genio para ello, le hizo sacrificar la nación, y anteponer su ambición particular al bien procomunal. ¡Qué tal patriota! En todos los destinos ha destruído la República. ¡I todavía figurará entre nosotros! ¡Lo sufriremos!

(20) Artículo asesino de la constitución del año 11º. Por él el Presidente era investido de las ominosas facultades extraordinarias, en ciertos casos, determinados a la verdad, y con ciertas restricciones; pero que la ambición podía siempre pretextar, como de hecho lo hizo nuestro héroe.

(21) ¡Actas! ¡Actas!, nombre que debía abolirse y rayarse de nuestros diccionarios. Por medio de ellas se ha asesinado la libertad y con ella la nación. Ellas han derramado más sangre que las proscripciones de Sila y Mario, y las de los triunviratos de Roma.



pero debe advertirse que yo cuento  
con la magistratura la primera:  
se me ha de prometer precisamente  
que seré del consejo el presidente.

Muy bien venga al momento  
esa tal Convención; pero es del caso,  
para aparentar desprendimiento,  
hacer antes renuncia ante el Congreso  
de la mi Presidencia;  
que si llegase a tanto su insolencia,  
que se atreva a admitirla, sus pescuezos  
quedarán divididos a sablazos.  
¡Infelice de aquel que preintentare  
insolente querer lo que no quiero,  
pues juro degollar hasta al Cerbero,  
si ante mí la rodilla no doblare.

La renuncia, en efecto se realiza;  
más como hay apariencia  
de que será admitida,  
el Magdalena eriza  
de multitud de tropas su excelencia,  
fulminando cual Marte  
tempestades y rayos de por vida  
contra la capital. Por otra parte  
se acercan los sangrientos Urdanetas  
con dos mil bayonetas,  
jurando que a la nada  
volverán al Congreso y a Granada  
esto parece cómico y fingido,  
pero la verdad es que ha sucedido. (22)

(22) Verdaderamente esta ridículísima farsa tuvo lugar el año de 27. Bolívar había hecho anteriormente algunas renunciaciones, que no fueron admitidas, porque se le creía entonces un buen republicano, y aún no se le habían trasladado visos de sultanismo; pero después que nos hizo la protestación de su fe política; después de las embajadas de Ibarra y Guzmán; después del despotismo pérsico con que se nos presentó en Colombia, revestido de todas las ínfulas del Emperador de la Puerta; después de la arbitrariedad con que ponía en libertad a los reos condenados, según sus crímenes, por los más respetables tribunales: después que premió la revolución de Valencia; después de otra multitud de pasos criminales atentatorios contra la libertad, ya eran otros tiempos, y los hombres se habían mudado con el hombre. Hizo su cómica renuncia; y muchos miembros del Congreso de los cuales solo quedaron al fin veinticuatro, se resolvieron a admitirla, arrojando todos los peligros que les amenazaban y eran consiguientes, pues estaban bien penetrados de la ficción de la renuncia. Pero apenas percibió que la cosa iba seria, y que no todos eran sus esclavos abyectos, marchó a Cartagena con una división respetable y mandó a su vasallo Urdaneta con más de dos mil hombres por Cúcuta, con el objeto de atacar a Bogotá, cuyo peligro aterró a los diputados que, a excepción de los impertérritos veinticuatro, cedieron a la fuerza. Los veinticuatro fueron perseguidos de muerte, y sufrieron y con distintos pretextos,

Bravo apuro por cierto  
 en que se ven los pobres liberales  
 les llueven a la vez tan grandes males  
 que de solo pensarlo estoy yo yerlo.  
 Pero, ¡válganos Dios! ¡quien lo creyera!  
 esto sí que es tener mala cabeza,  
 o por mejor decir, ¡ser calavera!  
 cuando se presumían dentro de un cuerno,  
 o enterrados tal vez en el averno,  
 con asombro se advierte,  
 veinticuatro furiosos,  
 que a voz en cuello dicen con firmeza:

Nosotros no tememos a la muerte:  
 queremos la renuncia muy gustosos  
 de ese déspota, espúrio colombiano;  
 de ese monstruo feroz liberticida  
 que intenta bien en vano,  
 disponer a su arbitrio de las vidas  
 y uncirnos a su carro cual esclavos.  
 Nosotros nuestra sangre vertiremos  
 al pie del árbol libre que adoramos  
 con orgullo a mil héroes uniremos  
 nuestra gloriosa suerte  
 que por la infame vuestra no trocamos.  
 Sí, crueles, moriremos; mas mil bravos,  
 nacidos de la sangre que arrojamos,  
 vengarán en vosotros nuestra muerte  
 libertando a la tierra como Alcides  
 de los monstruos feroces que la infectan,  
 la envilecen, deprimen y molestan.

¡Pobres hombres! tan solo consiguieron  
 la cruel persecución y las prisiones,  
 la miseria, el destierro y los pontones  
 de que por su querer víctimas fueron:  
 tan solo consiguieron ser llamados  
 imbéciles, ingratos, demagogos,  
 y en Calamar les dieron pedagogos.

#### CANTO SEGUNDO

Mnemósine amiga:  
 deja por hoy a Júpiter a un lado,  
 pues la celosa Juno con cuidado.  
 no hay dondequiera ir que no lo siga;  
 y si con él te atrapa tu enemiga,  
 no puedes tu tener buen resultado.

el destierro, las prisiones, e infinitas más persecuciones. Este maldito trataba de dealumbrar las naciones extranjeras que no tenían conocimiento de estas cábalas y farsas, y a los pobres simples colombianos que no atendían sino a las exterioridades, o lo que es más cierto, que estaban oprimidos por las lanzas.



Deja a Erato en el Pindo,  
 que por ahora no la necesito:  
 y con tu otra familia vente a casa,  
 que en estilo bien lindo  
 lenemos que cantar a un señorito  
 de los de buena raza,  
 de aquellos que en aqueste triste mundo  
 héroes suelen llamarse sin segundo.  
 No te receles, no: tráeme las niñas  
 que aquí no corren riesgo;  
 el héroe no está en casa: no habrá riñas.  
 ¿Ya vienes? ¿trabajamos?  
 ¿por allí es de empezar? pues allá vamos:

El pueblo se nombró sus diputados;  
 y los nuevos Porcenas (23)  
 desde entonces presagian arredrados,  
 que Colombia detesta las cadenas.  
 ¡Qué amenazas, qué ofertas, qué de intrigas,  
 qué de insultos, qué infamias, qué bajezas,  
 no se hicieron valer! En enemigas  
 las espadas amigas se convierten:  
 Veneno y sangre vierten,  
 jurando reducir todo a pavesas.

El infame Castillo,  
 que venderá a su padre,  
 a su Dios, a su patria y a su madre  
 hasta por el vil precio de un cuartillo,  
 ese monstruo venal que a todo plega  
 con tal que de un empleo se le haga entrega:  
 esa hidra infernal, ese cerbero,  
 del tártaro bostezo, que ha causado  
 más males a este suelo malhadado  
 que Sámamo, que Enrile, que Morillo,  
 y que el pueblo de Iberia todo entero:  
 ese gran criminal que mil suplicios  
 no castigan sus crímenes y vicios,  
 disolvió con su cábala y perfidia  
 el cuerpo más augusto, que la envidia,  
 la traición, la ambición y la ignorancia  
 trató de difamar, cuando la lanza,  
 la imprenta y la bonanza,  
 están en sus manos parricidas (24).

(23) Porcena Rey de Clusens en auxilio de Tarquino sitió a Roma, cuyo sitio le hizo levantar la intrepidez y heroicidad de Musio Scevola.

(24) ¡Castillo! ¡Castillo! ¡Qué epítetos serán bastantes para hacer ver la negrura de alma de este monstruo! Son nada los crímenes de Urdeneta, del mismo Bolívar, y de todo su complot, en comparación de los de este bostezo del infierno. Fue a la Convención de Ocaña con el solo objeto de convertir la República en monarquía, figurándose ser el segundo de Bolívar, presunto Soberano; mas viendo que la mayoría de los diputados eran de una firmeza



Un Gobierno sultánico dar quiso  
 a Colombia que ansiaba libertades:  
 veinte imbéciles gana, que a lo Midas  
 posponen la virtud a las maldades,  
 y que de Guateucos asnos hizo.  
 Mas viendo que el imperio retrograda,  
 donde se figuraba el majadero  
 ser príncipe a lo menos heredero,  
 proyecta allá en su mente bilocada  
 otra constitución, que más o menos  
 viene a dar a lo mismo: ¡pobre diablo!  
 ¿A los cincuenticuatro no has pensado  
 que de un grande heroísmo y valor llanos  
 no los harás ceder ni por San Pablo? (25))

incorrupible, y que no podría hacerlos traicionar las confianzas que habían depositado en ellos los pueblos, presentó un proyecto de Constitución formada para él solo, que empezó a discutirse y a ser desechado. Esto le hizo emprender la disolución de ese cuerpo, el más respetable que ha tenido la República, haciendo que veintiún imbéciles, de acuerdo con Bolívar, abandonasen a Ocaña, y quedase la nación entregada a un bárbaro, que pretendió, aunque inútilmente, señorearla. Castillo y el malvadisimo Juan de Francisco Martín son responsables a la nación de los daños que se le subsiguieron, y deben reembolsar al Estado los gastos que se hicieron en viático, dietas, etc., para los diputados. El malvadisimo Ramirotes, Gallo, Baños fueron rechazados en la convención por motivos muy legales, y éstos no han devuelto al Tesoro nacional el dinero que como dietas se les dieron; así como no ha devuelto Gallo los cien pesos que exigió en premio y como conductor de la acta asesina de la libertad, que él y su digno jefe Mares, y otros que se les parecen, hicieron, como revoltosos en Tunja contra el Gobierno legítimo. No hará tan justos reclamos el Estado? ¿No reembolsará cantidades de que tiene tanta urgencia? ¿Todos serán generosos a la Bolívar? Los tratados de Apulo, ¿habrán garantido a los ladrones, así como han garantido a los asesinos y criminales de lesa Patria? ¿Dejará el Gobierno impunes los delitos de alta traición de Castillo, alentando así a los malvados a que asesinen a la nación sin el temor del castigo, única contención de los perversos? Pobres de las Repúblicas donde la virtud esté siempre hollada y los crímenes no solo impunes, sino también premiados.

(25) En efecto los cincuenta y cuatro héroes de Ocaña permanecieron impasibles en medio de los peligros que por todas partes los sitiaban. Ellos sufrieron la interceptación de su correspondencia aun con sus esposas, hermanos y familias; ellos recibían con sangre fría los insultos, inventivas e insolentes amenazas de los cuerpos militares, de los escritores de Cartagena y de algunos de los individuos sus compañeros, hombres ordinarios e inmorales hasta en sus expresiones. Ellos, viendo las imprentas en poder de sus calumniadores y más acérrimos enemigos, careciendo de la natural defensa, en que los constituyó Bolívar denegándoles una imprenta, se consolaban con la pureza de sus intenciones y sanidad de sus conciencias. Ellos, privados de las dietas y auxilios pecuniarios que se les negaron, sufrían con serenidad las escaseces y se auxiliaban mutuamente. Ellos finalmente, resueltos a morir llenando los deberes de buenos ciudadanos, sin prostituir las públicas confianzas y sosteniendo con heroica firmeza las públicas libertades, dispusieron de sus intereses y se determinaron a no abandonar sus puestos, a no ser por la violencia.





Ellos han protestado  
 no faltar a la pública confianza,  
 y lo realizarán a todo evento.  
 Resueltos han jurado  
 ser libres o morir: su juramento  
 no es castillo en España ni de viento.  
 ¿Qué haremos? desertar los Guatacucos, (26)  
 y en auxilio llamar los mamelucos.

Señor muy excelente:  
 a vuestros reales pies están postrados  
 los veinte sinocoirites (\*) desertados;  
 ¿qué premio más darás equivalente  
 a lamaño servicio? se ha peleado  
 con fuerza desigual en campo raso;  
 hemos ganado huyendo, y este paso  
 en vuestras reales sienes ha fijado  
 la deseada corona,  
 si algún caso fatal no desmorona. (27)

Bien: tú eres general, tú consejero,  
 a la alta corte tú, tú prebendado:  
 tú eres del mi consejo presidente,  
 tú ministro de estado,  
 y tú gobernador y tú intendente:  
 tú irás a una embajada:  
 y ya bien veis que os saco de la nada;  
 porque vuestras conductas y cabezas  
 solo pueden servir para estas piezas.

Que vaya un edecán a la volada  
 al mismo Bogotá con esta acta: (28)  
 que allí Herrán, Grillo, Alvarez, Ahumada,  
 Rostrepo, los Briceños, los Parises,  
 hagan que la suscriban los que quieran,  
 y los que nó, también; y si no, mueran.  
 Vamos breve con actas, pronto, pronto;  
 que se inciense a los frailes y a los curas  
 a los diablos también, a San Antonio;  
 viva la Religión, la dictadura,  
 y vivan si es posible los demonios;

(26) Estos son unos renacuajitos que viven en el cieno corrompido: son muy estúpidos; pero a pesar de su estupidez, suelen hacer algunas mordeduras o piquetes. Este nombre se dió no sé por quién, a los veintiún desertores de Ocaña: nombre que a la verdad no desmerecieron.

(\*) Monstruos mitad asnos y mitad cerdos.

(27) Onocoirites: monstruo mitad asno y mitad cerdo; tal vez este nombre conviene más a esos señores.

(28) La mayor parte de los veintiún traidores a la nación, se reunieron a Bolívar en Bucaramanga, en solicitud de las ofertas que se les habían hecho por su perfidia y deserción. El tirano les hizo el mejor recibimiento por tan importante servicio, y todos fueron colocados en prefecturas, Consejo de Estado, altos tribunales de justicia, prebendas etc., etc. Castillo obtuvo la presidencia exigida del consejo.



que si en cólera monto  
de Mahoma el turbante me encasquelo  
y adoro el zancarrón y su esqueleto. (29)  
Cincuenta y veinticuatro al banquillo,  
San José, Bocachica y Providencia;  
guera a los liberales sin clemencia:  
vivan los Guatacucos con Castillo,  
digno jefe y cabeza de estos pillos.  
Esas extraordinarias ¿dónde se hallan  
Señor Conde Soublette? que prontamente  
sin perder tiempo vayan  
a los gobernadores e intendentes,  
asesor, comandantes, consejeros,  
políticos, alcaldes, carceleros,  
para que sin más ley ni más proceso  
cuelguen los liberales del pescuezo.

Alto señor Bolívar: tome aliento;  
la liberal familia no es friolera  
que pueda aniquilarse en el momento,  
aunque U. por piedad así lo quiera.  
Está tan extendida y propagada,  
que para destruirla es necesario  
reducir a la nada,  
o convertir en cero,  
a la América toda, al mundo entero.  
Y en prueba de mi aserto, el veinticinco  
del septiembre fatal vió U. de bulto  
que para todo César hay su Bruto.

En efecto, esa noche tan aciaga, (30)  
en que un golpe fallido

(29) De hecho salió de Bucaramanga un edecán con la acta que debía darse en esa capital, como voto libre y espontáneo. Se congregó un poco de pueblo, la mayor parte, o casi todo, de los ciegos adoradores del despotismo. A los que pretendieron tomar la palabra en contra de la acta, se les amenazó con el fuste, y últimamente se les obligó a callar. Más de quince días se estuvieron recogiendo firmas, llevando un papel separado para que firmasen su denegación los que se opusieron a hacerlo en la acta. ¿Quién sería el que quisiese sacrificarse infructuosamente? De la capital salió la célebre acta para todas las provincias. Todos suscribieron, porque preferían un ascenso aparente a una ruina real e indefectible. Bolívar se presentó en Bogotá y en su alocución dijo: la convención se ha disuelto sin hacer nada: vuestros diputados no han podido entenderse. ¡Bribón...! ¡Por que la disolviste tú con tus intrigas! ¡Por que moviste todo el mundo contra ella! ¡Quien te colocó en Bucaramanga, y con qué objeto. Malvado!, ¿con qué motivo te plazaste en ese punto donde tenías diarias comunicaciones de tus emisarios y parciales cómplices de tus crímenes? ¡Infame!, la posteridad execrará tu memoria y en sus maldiciones mezclarán tu nombre con los de tus viles insectos Castillo, de Francisco, Aranda, Briceño, Gori, etc., etc.

(30) Bolívar no tenía religión alguna, su Evangelio era el trono y su Dios el despotismo. El había dicho que en caso apurado se metería a la sacristía, y así lo realizó, creyéndolo uno que otro simple y de buenas creederas, y fingiendo los más creerle por despotizar y robar impunemente con él.



trece mártires hizo, y una llaga  
bien profunda a la patria, Su Excelencia,  
sin atreverse a abrir su corvo pico,  
del puñal demócrata perurjido,  
tuvo que sepultarse hasta el hocico  
en un lugar común, de cuya esencia  
se hubo de perfumar de arriba abajo  
cual si fuese lombriz o escarabajo.  
En verdad que la chanza costó cara;  
mas también preparó la gran jornada  
del bienhadado marzo, en que Granada  
al imperial orate hizo presente,  
que no tan solamente no la amara,  
ni quería su ominosa presidencia,  
mas tampoco en su suelo su presencia.

Perdido estoy del todo Sousa amado (31);  
que el demonio se lleve a tu don Pedro,  
a su imperio, a su auxilio y a su enviado.  
¿Me abandona don Carlos mi buen primo (32)  
mi amado Martini? ¿Quedaré aislado?  
¿Nada hará por mí la Gran Bretaña? (33)  
¿Mi bien querido Turner? ¿nada España?  
Tú solo eres, Castillo fermentido:  
que en esta lodazal me habeis metido:  
ve pues, cómo me sacas del pantano.

Vaya usted a un demonio, mi querido:  
usted ha sido un zote,  
un batuecas, un simple mascasopas,  
que ha querido juzgarse un soberano,  
cuando no ha sido más que un rey de copas;  
yo estuve con usted, cuando Quijote  
a todos daba ínsulas y reinos;

(31) Memorable día en que algunos Brutos o Casios trataron de volver la libertad a su Patria esclavizada. Ellos erraron el golpe, y fueron víctimas de su acendrado patriotismo; pero écheme un velo a escena tan lastimera. Bolívar escapó del puñal vengador, descolgándose por una ventana y ocultándose bajo un puente, donde se metió en el lodo hasta la garganta. Este golpe se dió en vano, pero preparó la caída del tirano. Es necesario que estos se desengañen: mil vengadores brota la sangre de un libre sacrificado.

(32) Sousa Díaz, enviado del Brasil con comisión muy importante. Esta era la creación de los dos grandes imperios, que quedó en proyecto. El del Brasil ha tenido el mismo desenlace que el Andino.

(33) Carlos X, Rey de Francia con cuyo enviado extraordinario el duque de Montebello, emprendió otro proyecto, desvanecido el primero. Se sabe de una manera positiva que los ministros de Estado, José María del Castillo, José Manuel Restrepo y demás ministros de esa época, convinieron con dicho duque en que Bolívar reinase, y dejase por sucesor a un quidan de la casa de Borbón. ¡Pobre Bolívar!, ¡pobre Don Carlos!, ¡pobre don Pedro!, ¡pobres de los que en el día quieran tiranizar los pueblos!, su tiranía será de un momento, y su fin será trágico.



pero ya que cesaron las rochelas,  
a camaleón me llama, cambio velas (34).

¡Infames...! pues ya parto... ya no parto  
que traigan los bagajes... que los lleven...  
¡cómo a tanto se atreven  
aquestos insolentes! ¡Ya estoy harto  
de ver por mi partida tanto ahinco!

No es tiempo de monólogos, mi amigo;  
es fuerza ya el marchar, no en brujas fie;  
acuértese señor, del veinticinco,  
y parta, si es posible, en el momento (35).  
Al fin ya se embarcó: que Dios lo guíe:  
adiós señor Bolívar: muy buen viento.

A Cartagena llega casi muerto:  
mis amigos, ¡socorro! mas, qué advierto?  
ya no hay Te Deum, ni palio ni sermones,  
ni soy padre, ni Dios, ¡ni hay postraciones!! (36)  
yo hice aquí a muchos gente, aunque *non santa*:  
¿de dónde viene, pues, dejadez tanta?  
¿qué es esto, de Francisco, don Montilla?  
¿aquí también se han calado la capilla?

No señor, que aquí está Don fray de Lima,  
grande predicador como un demonio (37)

(34) La Gran Bretaña es el pueblo de los libres, y nunca, nunca coope-  
rará a la esclavitud de los otros pueblos. Puede ser que los intereses particu-  
lares y la perversidad de algunos ingleses, en poco número, como O'Leary,  
Wilson y el consul británico en Cartagena, faltando a la confianza de su  
gobierno, y rompiendo la neutralidad que en las disputas de familia nacio-  
nal deben observar los empleados diplomáticos extranjeros, quieran favorecer  
la tiranía; pero estos son pocos y pequeños enemigos, cuya conducta es repro-  
bada por su misma nación, y cuyo gobierno sabrá castigar al empleado suyo  
que traspasa el círculo en que deben estar circunscritos.

(35) Este Periclimeno estuvo con Santander cuando se halló al frente del  
gobierno; se transformó en su contrario cuando Bolívar se declaró su enemigo;  
siguió con la última bajeza a éste hasta que Mosquera lo sustituyó: volcado  
éste siguió a Urdaneta, y destronado este tirano se halla ahora en el mejor  
pie; por que está muy libre, muy libre, mucho, mucho. Bolívar, después de  
su caída, le hizo preguntar qué partido tomaría; y él le contestó, que mar-  
chase lo más pronto posible, porque lo que no sirve estorba.

(36) Esta respuesta dió el General Antonio Obando a Bolívar, que le  
publicaba contuviese al pueblo que exigía su marcha.

(37) Cuando la posteridad oiga que hubo un hombre, que en el seno de  
la República se le prestaban los homenajes debidos a la sola Divinidad, colo-  
cará esta relación entre las fábulas históricas, pues no se resolverá a creer  
hubiesen republicanos tan abyectos que hiciesen a un hombre demostraciones  
tan ajenas de almas libres y religiosas. Pero lo cierto es que por más que  
nuestros descendientes se denieguen a creerlo, ello ha sucedido a nuestros  
ojos. Bolívar caminaba sobre flores: era recibido en las ciudades y hasta en  
la misma capital, bajo palio por los prelados eclesiásticos, y era coronado por  
las vírgenes y sacerdotes en los templos del Señor. Todas estas serviles y sa-  
crílegas demostraciones lo enorgullecieron en términos de creerse una deidad  
verdadera.



que en rezando un responso a San Antonio a todos se les echa con fe encima, y está en disposición su reverencia de tomar la defensa de Vuesencia.

Yo lo que necesito son espadas, y no insulsas sandeces mal forjadas, pues aquí las tenemos y famosas, aunque a decir verdad, estan dudosas. Porque empiezo a advertir en los semblantes como algunos visillos a cambiantes (38) pero ya el edificio está minado: contamos por allá con extranjeros que no economizan los dineros (39). El gobierno allá duerme, y ha dejado en estado de obrar nuestros agentes (40). Briceño en el Socorro está haciendo el papel de astuto zorro con Fernández, que a nombre de Vuecencia ha dejado al Socorro en la inclemencia; y que como Mercurio descarado, por bien pequeñísimos proventos, a un bígamo su hermana le ha entregado (41) como frecuentador de sacramentos.

(38) El coronel de Lima es un religioso apóstata que trató de asesinar a Leocadio Guzmán por el artículo de un periódico que éste daba en Caracas. Pero este padre, que tiembla al solo mirar a un hombre airado, es valientísimo con la pluma. Calumnias, deshonra y despelleja al hombre mas de bien, y jamás escribe una sola línea que no sea atacando las virtudes que no puede, o no se atreve a imitar, usando siempre de sandeces, que él juzga graciosidades; pero que no son mas que frialdades, y frialdades despreciables.

(39) Cartagena ha sido siempre un semillero de hombres ilustrados, amigos de la libertad con pocas excepciones, como Castillo, Gori, de Francisco y otros. Solo las armas del Bajá Montilla los obligó a estar por algún tiempo sufriendo el yugo ponderosísimo de los tiranos. Ellos han hecho ver su firmeza en la enérgica representación dirigida a Montilla, cuando aún estaban dominados por sus bayonetas liberticidas.

(40) La correspondencia interceptada demuestra hasta la evidencia la conspiración tramada ya entre los corifeos de la contra revolución. Jiménez fue comprado, y lo fueron con él otros muchos, que prefieren un vil interés a la libertad.

(41) La bondad, o más claro: la criminal condescendencia de Mosquera y la de Caicedo, dió a la República el lúgubre 27 de agosto. No quieren persuadirse, y aun no se persuade Caicedo, que una revolución es una revolución; es decir, un trastorno en lo político. Dejar en sus empleos a los que figuraban en el gobierno caído es no haber hecho revolución, y dejar el germen y combustibles para hacerla más ruidosa, más ruidosas y de malísimas consecuencias. Dejar impune el crimen, es dar margen al criminal, a serlo siempre, y constituir al buen ciudadano, al hombre virtuoso por víctima segura del malvado, que insolentado con la impunidad, descarga su cuchilla sanguinaria sobre las cabezas más beneméritas y necesarias a la sociedad. Las leyes penales se han hecho para castigar al delincuente. Una humanidad de ésta naturaleza, es una verdadera crueldad, y constituye al que la practica cómplice del criminal.



Jiménez está listo y prevenido:  
 Urdaneta y Castillo están despiertos:  
 del Río lo mueve todo,  
 y las cosas están todas de modo,  
 que bien pronto darán un estallido  
 en que gobierno y libres serán muertos!  
 y si hay en Venezuela movimiento.  
 De lo que ya yo tengo antecedentes  
 por comunicación de nuestras gentes,  
 es llegado el momento  
 del trono levantar sobre las ruinas  
 de aquella libertad tan adorada  
 de algunos insensatos demagogos,  
 que sostener no sabe su impericia,  
 su confianza, y su falta de malicia:  
 si evadieron las lanzas Fernandinas,  
 no evadirán las nuestras combinadas  
 que sabrán maniobrar más acertadas (42).

En efecto: ¿qué trueno he percibido  
 que el suelo granadino ha conmovido?  
 ¡¡Que erupción de volcán inesperada  
 en escombros convierte la Granada!!  
 ¡Su lava abrasadora,  
 todo, todo lo absorbe y lo devora!  
 ¡El edificio entero vino a tierra,  
 y solo tristes restos en sí encierra.  
 Quedando entre sus ruinas sepultados  
 millares de hombres libres denodados!

¡Un monstruo del averno vomitado  
 en Bogotá cayó; y esta cruel fiera  
 cual Ejis, cual Pitón, cual la Quimera (43)  
 todo lo ha consumido y devastado!

(42) Tomás Fernández sabe muy bien que la verdadera y legítima mujer de Justo Briceño está viva en San Tomás en no sé qué comercio; pero el vicio sabe solapar al vicio, aun a costa de su honor, si es que el vicioso y el perverso pueden tenerlo. Fernández ha saqueado la provincia del Socorro y ha dejado muchas familias en la miseria; así como ha defraudado a la República en sus rentas, porque así lo quiso Bolívar, que regaló a este y a otros muchos Cacos las rentas del Estado; y perdonó, como cosa propia, gruesas cantidades que adeudaban a la nación. Este señor era muy generoso, pero con lo ajeno. Nada tenía, porque lo tenía todo; y el tesoro público estaba en todas partes a su disposición para sí, para sus parciales, y aun para sus vicios.

(43) El nefando 27 de agosto del año 30, en que los monstruos Urdaneta, Jiménez, Castillo, París, Ramirotes, Domínguez y otras furias perpetraron el más grande parricidio, el mayor de los crímenes, el más sangriento de los atentados. Todavía corre la sangre caliente de más de cuatrocientas víctimas por las manos asesinas de esos bárbaros. La flor de la juventud granadina, la esperanza de Colombia ha dejado de existir: las viudas, los huérfanos y los padres desolados vierten lágrimas sin fruto y encuentran en sus corazones un vacío que no podrán llenar. Hubo padre que de una lanzada ha muerto



¡Las Euménides todas furibundas  
 con Aelo, Celeno y Ocypeta (44)  
 con sus garras inmundas,  
 no dejan respirar un solo atleta!  
 ¡Parece que este suelo destruído  
 en el caos ha vuelto a ser sumido!  
 Los Diágoras se vuelven unos Pablos (45)  
 y religión predicán por doquiera:  
 gritan moralidad hasta los diablos,  
 y la sangre derraman a torrentes  
 con furor infernal y saña fiera,  
 qué apóstoles, ¡buen Dios!... ¡los maldicientes!

## CANTO TERCERO

Ya no quiero más trato con las musas;  
 porque son unas niñas tan hurrañas  
 que internándose allá por sus montañas,  
 o sumiendo sus gracias y belleza  
 en sus limpias Castalias y Aretusas,  
 no hay un buzo que pueda dar con ellas.  
 ¿Será porque las tengan por doncellas?  
 que lo sean si lo son: no me interesa.  
 Yo invoco a los silvanos y a la chusma  
 de sátiros y faunos y petates;  
 que para lo que aquesto vale en suma  
 es muy bueno cualquiera zaragate.

El Señor vino a vernos... Sea Dios loado:  
 ¡qué mañana tan linda se presenta!  
 ¡qué horizonte tan bello y despejado!  
 ya nuestra Filomena no lamenta:  
 el Ruiseñor gorjea, el Toche canta,  
 los céfiros retozan con las flores,  
 las palomas se dicen sus amores,  
 saltan con libertad los cabritillos  
 y pacen con gran paz los corderillos.

Corred fuentes dulces, serpenteando  
 vuestras aguas hermosas cristalinas  
 por los prados floridos, retozando

a su hijo... ¡Santo cielo!, ¡y respiran todavía los infernales sacerdotes que hicieron el sacrificio e inmolaron tantas víctimas! ¡Es cierto que estas fieras están mezcladas con nosotros: que premeditan tranquilos y señalan ya las nuevas hecatombes que deben caer al golpe de su cuchilla en las aras de su barbarie! ¡Y no son tan monstruos como ellos: no son cómplices de sus asesinatos y crímenes los gobernantes que miran con fría impavidez la horrenda atrocidad de estos verdugos!

(44) Tres horrendos monstruos de la mitología; pero no tan monstruos como los del Santuario.

(45) Tres harpías tan sucias; pero menos fieras que Urdaneta, Briceño y Ramirotes.



con la dorada arena y los guijarros,  
y lamiendo el tomillo y clavellinas,  
y vosotros zagales,  
sacad de los rincones y del zarzo  
la flauta, el tamboril y la zampoña:  
la libertad retoña:  
cesaron vuestros males,  
y volvió a renacer el feráz marzo.

Danzad, y alegremente  
las gracias dad al Todopoderoso,  
porque bueno, benigno y muy piadoso  
entre millares mil de bendiciones,  
al alto Olimpo trasladó bondoso  
al héroe, al grande, al excelente,  
al sabio, al inmortal, al peregrino,  
al amable, al benéfico, al divino,  
al ...no sé qué diré... Ultimamente  
al imperial SIMON, que en paz descansa,  
para que sus vasallos descansemos.  
Una legión de Arcángeles al Cielo  
dizque se lo llevaron en un vuelo:  
cantad mis pastorecitas, y cantemos.

Bendito seas mi Dios por tan buena obra:  
tenedlo por allá muy bien tenido:  
trancadle bien las puertas:  
echadle los cerrojos, no sea cosa  
que, por arte del diablo su querido,  
con las bocas abiertas  
deje a los angelitos en zozobra;  
porque es tanto el amor, tanto el cariño  
que nos tiene ese niño,  
que a ti te dejará, dejará todo,  
y aun su alma celestial dará al demonio,  
con tal que de volver le dé algún modo  
a esta patria terrenal su patrimonio.

El inmortal murió, porque la Parca  
no respeta mortales ni inmortalas,  
y volvieron los males  
a la siempre fatal y tremenda arca,  
que la Pandora cruel del continente  
abrió con mano fiera y delincuente.  
Unos dicen que ha muerto proclamando,  
pues como fué la vida así es la muerte;  
otros que maldiciendo y renegando  
su triste inesperada negra suerte;  
hay quien diga murió medio alocado;  
es decir que murió ya mejorado.  
Lo cierto es que en su cama ha concluido  
su brillante carrera,  
lo que muy rara vez ha sucedido  
a héroes que lo han sido a su manera.





Ilurbide y Cristóbal terminaron  
su imperial y magnífica existencia,  
con mucho más honor que Su Excelencia (46).

Sus sectarios quedaron,  
que intentaban cantar el mismo tono,  
colgados por la cola, como el mono  
a quien un cruel balazo dejó muerto:  
él no se viene a tierra hasta que yerto  
su propia pesantez se lo arrebató.

Ellos con su patrón, que era el real muelle  
de la máquina toda,  
su existencia precaria han terminado,  
porque son por sí mismos patarata,  
y no se hallan como él muy a la moda:  
es verdad que colgados han quedado;  
mas luego que se enfríen vendrán abajo,  
y los enterraremos sin trabajo;  
sin perjuicio de darles el legado,  
según y como fué del real agrado,  
que por expresas cláusulas vigentes

(46) Diágoras, célebre Ateísta de Grecia. A la verdad que es una cosa bien vergonzosa para los que tenemos la felicidad de profesar el cristianismo haber puesto a la cabeza de sus sostenedores un Urdaneta, un Briceño, un Mares, hombres que jamás han profesado religión alguna y cuya conducta moral ha sido constantemente la más depravada y punible.

Sabemos muy bien que un Pablo, perseguidor de Cristo, y un Dimas, salteador de caminos, se transformaron, de un momento a otro, y que de vasos inmundos fueron hechos vasos de elección. Así pues, se me dirá, también estos grandes ladrones, estos Caligulas y Nerones, perseguidores del cristianismo y de los que lo profesan, podrían haber sufrido un repentino cambio en sus ideas y conducta. Estoy de acuerdo; pero Dimas murió casi al momento de su conversión, y el divino Pablo, que existió mucho tiempo después de ella, fué constantemente y hasta su último suspiro la más firme columna, y el más fiel observante de la doctrina de Jesús. ¿Y estos Apóstoles de nuevo cuño, qué pruebas posteriores han dado de su mutación? Nunca han robado más, ni se encontrarán hombres que hayan perpetrado tantos crímenes a la vez. Ellos, por opiniones puramente políticas y por cebar su ambición, han perseguido y asesinado millares de hombres verdaderamente ortodoxos: dieron en tierra con un gobierno que además de ser legítimo, estaba depositado en ciudadanos cuya conducta religiosa ninguno se atreverá a disputar: han blasfemado el nombre de Dios suponiéndolo protector de sus horribles maldades. ¿Que concepto formarán de nuestra religión los que la han visto bajo el amparo y protección de unos demonios que la detestan. la vulneran y la pisan?

¿Aquellos con quienes han formado una liga ofensiva son de una opinión religiosa arreglada a la Iglesia romana? ¿Defenderán los lobos a las ovejas? ¿Es Religión robar sin rebozo a todo el mundo, y arruinar a los padres de familia más honrados en nombre de la Religión? ¿Es Religión perseguir de muerte a sus hermanos, hacer millares de huérfanos y viudas infinitamente más religiosos que ellos? ¿Es Religión cubrir la tierra de cadáveres de hombres inocentes y virtuosos, y clavar el puñal en los pechos. gritando viva la Religión? ¡Ah!, ésta es la Religión de los monstruos, la Religión de los seres infernales.



fueron, salvo de yerro, las siguientes,  
como lo reza y consta el testamento,  
al que si es necesario me remito;  
y así lo certifico, el infrascrito.

"Al mayor desalmado dejo mi alma  
y entre todos prefiero  
a mi amigo Urdaneta, por que quiero  
que sea mi sucesor: Dios en mi palma  
lego mi corazón a la corona:  
mi ambición a Castillo;  
y si mi cabeza no se entona  
(lo que creo y confieso a todo el mundo  
por que no debe mentir un moribundo)  
a Aranda se la dejo y a Carrillo.

A Juan José de Leyva, el majadero,  
le dejo la diarrea que adolezco,  
y mi intestino recto todo entero:  
a tan buen capellán tan buen confite,  
y a tal escarabajo tal convite.  
Cedo mi religión a Ramirote:  
mi espada dono a Rey como a valiente,  
y al gran Justo Briceño doy mi vaina.

Al Señor de Francisco, mi amigote,  
donación inter vivos gusto hacerle  
del Magdalena todo, enteramente,  
para que con Montilla lo divida,  
y entre ambos se lo suerban como un polvo  
y lo gocen en paz: ego te absolvo.  
A Fernández, a Blanco y a Peralta  
a Boyacá les dejo de por vida.  
A Murgueitio y Cipriano de Mosquera  
les dono a Popayán todita entera;  
si es que López y Obando  
se la dejan en paz, y hechos los guardas  
no quieren comisar el contrabando.

A todos les perdono lo robado  
a mí, a los ciudadanos y al Estado:  
y confirmo en derecho,  
las muertes y atentados que hayan hecho,  
y los que hayan de hacer, si es que estos males  
se hacen a los malditos liberales;  
pues juro detestar a estos vestiglos  
para todos los siglos de los siglos.

A la bella sin par doña Manuela,  
cuya fama inmortal y cuya gloria  
sobrepuja en muy mucho a su belleza  
y hará muy grandes honras a su abuela,  
le hago la donación de mi... memoria,  
que es lo sólo que resta a mi grandeza,  
para que la reparta como pueda,  
con las que han disfrutado mi... fineza.



A los miles de huérfanos y viudas  
 que mi sangrienta espada,  
 y el verdugo, por mi orden y mandado,  
 han hecho en Venezuela y en Granada,  
 dejó la desnudez y la miseria  
 el odio y el horror a este su amado,  
 y la cruel parálisis en sus arterias.  
 En fin a mis sectarios y parciales  
 entrego a discreción los Liberales,  
 con tachas o sin tachas, alma en boca;  
 y huesos en costal, a uso de feria (47)  
 por todo lo que a nos y ante nos toca.

¡Mas tristes herederos! ¡pobre gente!  
 disfrutad vuestra herencia brevemente:  
 devorad como arpías;  
 pues, según la asonada,  
 la hora es ya llegada  
 de dar un triste fin a vuestros días.

De hecho, un fuerte trueno, mas un trueno  
 oportuno, benéfico, útil, bueno,  
 de aquellos cuyo ruido  
 muy grata sensación causa al oído  
 y limpia y purifica la atmósfera,  
 se escucha resonar, y en el momento,  
 de las nubes rompiéndose el gran velo  
 que nos había tenido oculto al cielo  
 se mira despejado el firmamento.

Con simultáneo grito uniformado  
**LIBERTAD** clama el pueblo colombiano; (48)  
 y en el instante mismo  
 el satélite fiel del despotismo,  
 a esta voz aterrado,  
 deja caer las armas de la mano.

Inmortales Moreno, Luque, Obando,  
 Lopez, Acero, Córdova, Carmona,  
 Montilla, Molina, Vargas, Posada:  
 por vosotros entona  
 himnos la libertad,  
 himnos la libertad que yacía hollada  
 y torrentes de sangre derramando,  
 cual leones de Numidia los tiranos,  
 antropófagos crueles, inhumanos,  
 cebándose sangrientos en su presa,

(47) Iturbide, Emperador cómico de Méjico, terminó en un cadalso: Cristóbal, Rey ridículo de Haití, se quitó la vida a sí mismo: Bolívar, Sultán presunto de los Andes, cubrió los campos y los patibulos de hombres justos, de inocentes sacerdotes, y él murió loco furioso en su cama, afectado de la evaporación de su imperio.

(48) Voces que se estilan en las escrituras de venta de esclavos.



desgarraban los pechos granadinos,  
 con sus dientes feroces y caninos,  
 haciéndonos sentir en su destrozo  
 su despotismo pérsico ominoso.  
 Los campos y ciudades devastaban,  
 y a toda la Granada la enlutaban,  
 marcando con su selio  
 hasta al muy respetable sexo bello. (49)

Vosotros os armáis, y ellos temblaron,  
 porque todo cobarde es sanguinario  
 y en Cerinza, en Palmira,  
 y en el Abejorral, se derrocaron  
 sus tronos levantados sobre escombros,  
 y vengasteis la sangre del Santuario  
 sacando la Libertad a vuestros hombros,  
 huyen despavoridos vuestra ira  
 que de cerca los sigue:  
 alas pone el miedo, y por doquiera  
 el terror que da el crimen los persigue,  
 los estrecha y devora, y los altera.

Recibid, pues, valientes colombianos,  
 los homenajes puros y sinceros  
 que os retribuyen hoy vuestros hermanos:  
 homenajes sencillos, verdaderos,  
 hijos de gratitud correspondiente  
 a servicio tan alto y eminente.

Loor eterno a los bravos que rompieron  
 con esforzado brazo y generoso  
 el yugo furibundo y ominoso  
 de visires atroces los más fieros,  
 y patria y libertad nos ofrecieron.

(49) El fuego eléctrico de la libertad se manifestó al mismo tiempo en todos los puntos de la Nueva Granada. Neiva protegido por López y Posada; Cartagena, por Luque y por Carmona; Boyacá, por el inclito Moreno; Antioquia, por el bravo Córdova, digno hermano del héroe de Ayacucho, y Cucuta, por Vargas y Toscano, corren apresurados a las armas: dan en tierra con el busto informe del despotismo: y en Palmira, en el Abejorral, y en Cerinza se levanta la libertad sobre las cenizas de la tiranía.



## INDICE DE PERSONAS Y DE LUGARES

### A

- Abejorral, El 31, 384  
 Abel 139  
 Acero 363, 383  
 Acevedo Tejada, Pedro 64, 197  
 Agudo, Ml. 298, 299  
 Aguirre, Tirano 26  
 Ahumada, Buenaventura 30, 213,  
 216, 230, 232, 373  
 Alameda 193, 216, 218, 219, 225  
 Alarcón 340, 341  
 Alcántara Herran, Pedro 172  
 Alcides 370  
 Alecton 366  
 Alejandro 91  
 Alderi, V. 65  
 Alvarez, Ml. Bernardo 185  
 Alvarez, Presidente 210  
 Alvarez, Mauricio 183, 191, 240,  
 242, 257  
 Alvarez, Fernando 298  
 Alvarez 373  
 Amatonte 340  
 Amaya, Miguel 185  
 Ambalema 307  
 Amberes 114  
 América del Norte. V. E. U. A.  
 Amestoy, Manuel 32  
 Anahuac 352  
 Andes 44, 154, 351, 364  
 Angostura 38, 53  
 Antillas 42, 63  
 Antioquia 294, 322  
 Apulo 372  
 Apure 132  
 Apurímac 47  
 Aquiles 18, 165  
 Aragua 35  
 Aranda, Puente 219, 222  
 Aranda 374  
 Arellano 294  
 Aretura 362  
 Arévalo 10  
 Arganil, Juan F. 145  
 Argentina 120, 351  
 Arjona 366  
 Aristides 134  
 Armas, Leandro 294  
 Armero, León 300  
 Arsácide 67  
 Arriaga, Ignacio 225  
 Arrubla, M. A. 159  
 Asfn, Ignacio 236  
 Aspasia 87  
 Astrea 27, 325  
 Ataulpho 117  
 Atenas 111, 161, 363, 366  
 Atila 49  
 Atlántico 150  
 Atrato 322  
 Atreo 18  
 Atrida 18  
 Atropos 366  
 Austria, Juan de 100  
 Avendaño, Coronel 129  
 Avila 154  
 Ayacucho 47, 53, 54, 56, 73, 122,  
 337, 363, 384  
 Ayala, Diputado 146  
 Aymeric 237  
 Azuela, José Luis 45  
 Azuero, Pedro C. 77, 109, 136,  
 147  
 Azuero, Vicente 64, 70, 78, 79,  
 80, 83, 124, 146, 159, 169, 170,  
 363

### B

- Baena, Fernando E. 95  
 Bailly, Antonio 254  
 Baltimore 60  
 Ballesteros, Manuel 298  
 Ballía 117  
 Baralt, Rafael María 7, 84, 109  
 Baralt 368



- Baraya 178, 198, 215, 217, 233, 240, 241, 266  
 Barcelona, España 47  
 Barcelona, Venezuela 29  
 Barco, José 198  
 Barlovento 218  
 Bayer, Juan 322  
 Barinas 243, 244  
 Barranquilla 148, 155, 156  
 Beata, Isla 29  
 Belona 27  
 Benito 200  
 Bentham 135, 148  
 Bermúdez, General 129, 360, 363  
 Bernal, Emeterio 275, 304  
 Berruecos 139, 170, 174  
 Bidan, Mr. 128  
 Blanco 382  
 Blanco, José Félix 17, 18, 74  
 Blanco Fombona, Rufino 44  
 Bogotá 7 y sig.  
 Bocachica 318  
 Bolívar, Coronel José 77, 80, 331  
 Bolívar, María Antonia 50, 63  
 Bolívar, Vicente 9  
 Bolivia 69, 70, 73, 77, 101, 129, 341, 346, 364  
 Bomboná 43, 97  
 Bonaparte, Napoleón 25, 117, 129, 144, 149, 161, 365  
 Bonaparte, José 89  
 Borbón 375  
 Boston 81  
 Boves 13, 17, 26, 38, 154, 208, 243, 329  
 Boyacá 46, 80, 382, 384  
 Boyer, J. P. 42  
 Brand, Teniente 81  
 Brandsen, Federico 60  
 Brasil 364, 375  
 Bravo, José R. 79  
 Brice, F. A. 8  
 Briceño, Justo 10, 30, 152, 153, 366, 368, 373, 374, 377-379, 381  
 Briceño Méndez, Pedro 76, 150, 151  
 Brown, C. 38  
 Bruto, Junio 69, 110, 133, 141, 355, 374  
 Bucaramanga 24, 96, 97, 119, 146, 373, 374  
 Buenos Aires 60, 73, 364  
 Bujanda 275  
 Bustamante 82, 367  
 Bustos Losada, Carlota 7  
 Butio, Francisco 248  
 Byron 174
- C**
- Cabal 236, 283  
 Caballero Calderón 109  
 Cabrera Malo 8  
 Cachirí 319  
 Cádiz 9, 13, 39, 280  
 Caicedo, Domingo 133, 377  
 Cajigal 243  
 Calabozo 17, 35, 36  
 Calancha, Fray A. 17  
 Calcagno 160  
 Calibío 188, 236, 237  
 Calígula 26, 381  
 Calvimonte 340, 343  
 Calvo, Juan 304  
 Calzada, Sebastián de la 313, 316, 317, 319, 321, 324, 329  
 Callao, El 48, 51, 55, 58  
 Camargo, Emigdio 197  
 Cancino, Coronel 200  
 Capistrano 200  
 Cappa, Padre 59  
 Caqueza 326  
 Carabaño, Fernando 212  
 Carabaño, Francisco 118, 230, 244, 245, 258, 282, 308  
 Caracas 9, 10, 13, 14, 33, 35, 36, 38, 49, 56, 60, 64, 73, 74, 76, 87, 114, 116, 125, 128, 146, 155, 160, 171, 173, 208, 212, 224, 236, 243, 313, 364, 377  
 Carbonel 211  
 Cárdenas, J. M. 151  
 Carlos X 375  
 Carmona 383, 384  
 Cartagena '14, 27, 29, 31, 69, 74, 76, 134, 135, 139, 148, 149, 153, 155, 157, 160, 182, 208, 257, 276, 278, 312, 313, 315, 317, 364, 369, 370, 376, 384  
 Carúpano 19, 20, 38, 149  
 Carujo, Pedro 135  
 Carranza, Eduardo 7  
 Carrasco, Francisco 224  
 Carreño 138, 364, 366  
 Carrillo 30, 168, 366  
 Carrión 26  
 Casacoima 33



Cassandra 110, 138, 185, 261, 316  
 Casas 187  
 Casas, B. de las 89, 108  
 Casavalencia, Conde de 235  
 Casio 355  
 Castillo, Manuel del 10, 17, 18, 27  
 Castillo Rada, Dr. J. M. 81, 119,  
 168, 185, 198, 222, 233, 240,  
 266, 317, 366, 368, 371, 372,  
 375, 377, 378, 382  
 Castillo, Capitán 228  
 Castillos, Los 58  
 Castro, Alejo 306  
 Castro, Juan de 306  
 Catilina 45  
 Catón 64, 66, 110  
 Cátulo 9  
 Cauca 80  
 Caudete, Fr. Serafín 293  
 Cayos, Los 32  
 Ceballos 38, 243  
 Cebollino, Ingeniero 193  
 Cerinza 368, 384  
 Cervero 366  
 César 9, 64, 66, 67, 78, 83, 91,  
 108, 117, 133, 140, 374  
 Cicerón 76  
 Colombia 18 y sig.  
 Colón 143, 161, 352  
 Concha 331, 346  
 Constance 117  
 Constant, Benjamín 114  
 Copte, Juan 140  
 Córdoba, Gral. J. M. 31, 122-124,  
 169, 363, 383  
 Corella, Fr. Pedro 23, 275, 304,  
 307, 308, 365, 367  
 Corral 294  
 Costa Firme 280  
 Cotopaxi 356  
 Cristóbal, Rey 116, 167, 381, 383  
 Cruz, F. Esteban 114  
 Cúcuta 129, 208, 278, 313, 369,  
 384  
 Cuenca, Domingo Ciprián 137  
 Cuervo, Rufino 70, 74, 77, 78, 171  
 Cumaná 124  
 Cundinamarca 21, 137  
 Curazao 114, 146

CH

Chamicera 217  
 Chancay 117

Chatel, Jean 109  
 Chile 43, 73, 115, 118, 120, 145,  
 364  
 Chimborazo 44  
 Chiquinquirá 245, 312, 321, 326  
 Chita 316  
 Chitaga, río 316  
 Chocó 313, 322  
 Chuquisaca 55, 340

D

Daniel 310  
 Dante 23, 26  
 David 85  
 Dawson Flintner, Mayor G. 37  
 Daza, Francisco 320  
 Diágoras 381  
 Díaz, José Domingo 8, 13, 14, 25,  
 26, 32, 41, 42, 118, 120  
 Diocleciano 26  
 Domingo, Fr. Lucas 283  
 Ducoudray Holstein 119  
 Dupré, Capitán 236  
 Duquesne, J. D. 21, 24, 273  
 Durán 31

E

Ecuador 113  
 Egipto 129, 224, 240  
 El Tambo 322  
 Elvers 120  
 Encinas, Jerónimo 298  
 Enrique IV 109  
 Erato 371  
 Escipión 65  
 España 10, 37, 41, 116, 158, 161,  
 165, 209, 254, 271, 280, 318,  
 323, 351, 373, 375  
 Esparta 111  
 Espejo 10  
 Espinar, José S. 172  
 Estados Unidos de América 50,  
 77, 119, 156  
 Estanzuela 217  
 Esteves, Capitán 218, 219  
 Europa 76, 101, 155, 165, 209,  
 280, 314, 355, 364

F

Felipe II 161  
 Felipe III 9  
 Fergusson, Coronel 94



- Fernández, Fr. B. 283  
 Fernández, Bartolomé 304  
 Fernández, Juan Ml. 277  
 Fernández, Fray M. 45  
 Fernández, Tomás 378  
 Fernández 30, 364, 377, 382  
 Fernández de Arellano, L. 220  
 Fernández de León, A. 9  
 Fernández Madrid, José 124, 127, 128, 133  
 Fernández Margallo 45  
 Fernando VII 32, 33, 39, 132, 180, 234, 289, 293, 311  
 Ferreyros, M. 112  
 Figueroa, Pedro 191  
 Figueroa, pintor 272, 325  
 Filadelfia 75, 77  
 Flores, General 138, 139, 151, 152, 331  
 Fontibón 215, 216, 233  
 Francia 314, 363  
 Francisco Martín, Juan de 366, 372, 374, 376, 382  
 Fucha 127  
 Funza 360
- Q**
- Gacheta 277  
 Gaitán 31, 359  
 Galindo 136  
 Gamba, Ramón 109  
 García Camba, General 47  
 García del Castillo, J. M. 196, 223, 259  
 García, Miguel 307  
 García Ortiz, Laureano 149  
 García del Río 139  
 García Rovira 281, 318, 319, 321  
 García Tejada, J. M. 15, 20, 33, 34  
 García 359  
 Garrido, Juan 43  
 Girardot 309  
 Girón 313, 319  
 González, Fr. Antonio 283  
 González, Coronel 217  
 González Florentino 109  
 González, Juan E. 146  
 González, Primo 296, 300  
 González, Tirso 223, 290, 300  
 González Llorente 269  
 González 367  
 Gómez, Antonio 298, 325
- Gómez, D. Fernando 77, 78, 83  
 Gómez, Juan A. 157  
 Gómez, Joaquín 304  
 Gómez 304  
 Góngora 9  
 Gonsanamá 113  
 Gori 374, 377  
 Grecia 115, 381  
 Grillo 373  
 Groot, J. M. 20, 73, 78, 81, 84, 85, 113, 120, 125, 132, 135, 146, 159, 169, 174  
 Groot, Pedro 227  
 Guadas 227, 295, 298  
 Gualf 307  
 Guarumo 307  
 Guasch, Juan 132  
 Guatemala 264  
 Guateque 277  
 Guayana 71  
 Guayaquil 43-45, 124, 364  
 Guayas 355  
 Guayra, La 14  
 Guerra, José 235  
 Guerra 136  
 Guevara 145  
 Guinea 116  
 Guirán, Fr. Baltasar 283  
 Gutiérrez, Fr. Antonio 283  
 Gutiérrez, Fr. Juan 283  
 Guzmán, Leocadio 60, 125, 364, 365, 369, 377  
 Guzmancillo 364
- H**
- Habana 364  
 Haití 29, 39, 116, 117, 283  
 Halicarnaso, Dionisio de 104  
 Hamburgo 75  
 Hamilton, Coronel 81  
 Harrison, General 119  
 Heine, poeta 7, 23  
 Hernández de Alba, Juan 272  
 Hernández, Ramón 298  
 Herran 366, 373  
 Herrera, Ignacio 256, 322  
 Herrera, Tomás 170  
 Herrera 31  
 Hesperia 280  
 Hiestrosa 136  
 Hispano, Cornelio 7  
 Honda 23, 113, 132, 227, 275, 279, 283, 296, 300-310





Honorio, Emperador 117  
 Horment 136, 140, 169  
 Huamachuco 87  
 Huancayo 48  
 Hudson 147  
 Humoa 10

## I

Ibarra 364, 369  
 Infante 340  
 Infesta, Ramón 200, 273, 274,  
 294, 300, 301, 301  
 Inglaterra 375  
 Irao, Miguel 224  
 Italia 161  
 Iturbide 167, 381, 383

## J

Jacmel 29  
 Jamaica 27, 32  
 Jeremías 292  
 Jesucristo 22, 155, 156  
 Jiménez 30, 377, 378  
 Joaquín el portugués 298  
 Jover, José 185, 186, 207  
 Juan II 33  
 Juanambú 188, 237  
 Junín 47, 114, 118, 363  
 Jurado, Juan 23, 212, 252, 253,  
 256, 274

## L

Labori, Antonio 298  
 Lacroix, Peru de 24, 96-98  
 Lagos, Ramón 213, 232  
 La Mar, General 113, 120, 347  
 Lamartine 117, 160  
 Laocoonte 127  
 La Peña 221  
 La Plata 326, 327  
 Lara, Fray Francisco 185  
 Lara, General 363, 366, 367  
 La Rus 312  
 Larrarte, Francisco 185  
 Larriva, J. de J. 91, 337  
 Las Cruces 222, 224  
 Las Nieves 193, 222, 264, 325  
 Lastra 211  
 Latorre 41, 322, 324, 329  
 Laval Chesterton, G. 39  
 Laya, Francisco 177

Lecuna, Vicente 7, 43, 115  
 Leiva, José R. 194  
 Leiva, Juan J. 168, 207, 217, 220-  
 223, 234, 242, 248, 256, 258,  
 382  
 León 14  
 Lepervanche Parparcen, René 5  
 Ley, Lorenzo 194, 238  
 Linguet 14  
 Lima, Coronel 377  
 Lima 44, 47, 52, 53, 59, 60, 80,  
 81, 90-94, 112, 113, 130, 162,  
 328, 331, 334, 346, 347, 350,  
 363, 364  
 Londres 73, 81, 235  
 Longinos 146  
 López, J. Hilario 31, 97, 139, 169,  
 171, 382-384  
 Lora, N. 362  
 Lorite 187, 201  
 Los Laches 221  
 Lozano, Fabio 75  
 Lozano, Marqués 233  
 Luis XVI 88  
 Luna, Alvaro de 33  
 Luque, Coronel 31, 94, 138, 383,  
 384  
 Luzon 224, 225  
 Lleras, Lorenzo M. 118, 147, 148,  
 354

## M

Madiedo 172  
 Macero, Manuel 129  
 Machado, José E. 7, 8  
 Madrid 8, 29, 37, 39, 41, 43, 116,  
 323  
 Magdalena, El 80, 138, 157, 297,  
 307, 313  
 Maldonado, Pablo 298  
 Manrique, Telmo 213  
 Manzano, Gabriel 261  
 Maracaibo 41, 146, 157, 364  
 Marcelo 65  
 Marcos 238, 239, 244  
 Mares 30, 372  
 Marchán 200  
 Margallo, Francisco 45  
 Margarita, Isla 29, 313  
 Mariño 17, 128, 138, 261  
 Mario 76, 368  
 Mariquita 148, 283  
 Márquez, José M. 295, 301, 363



- Martínez, Manuel 298  
 Martínez de Portillo, Gregorio 301  
 Martínez Malo, Juan 227  
 Martínez 273, 274, 294, 300, 304  
 Maruela, Francisco 298  
 Marx, Karl 159  
 Marroquin, Lorenzo 261  
 Mauricio, artillero 241-244  
 Mayobre, José Antonio 5  
 Mazuela, Francisco 299  
 Medellín 31, 122  
 Megeras 366  
 Mejía, Liborio 326  
 Mendoza, Jerónimo 276  
 Menéndez Pelayo 34, 69, 110  
 Mérida, Rafael Diego 8, 41, 50, 60, 114, 244  
 Mérida, Venezuela 13  
 Merizalde, José F. 40, 83  
 México 118, 120, 168, 235, 268, 351, 352, 364, 383  
 Midas 372  
 Mier y Teran J. M. 282  
 Mignet 365  
 Miguel, Calixto 298  
 Miller, Gral. Guillermo 114  
 Minerva 27  
 Miranda, Francisco de 9, 10, 37, 115  
 Mitre, B. 44  
 Mompox 312  
 Molina 383  
 Monroy 277  
 Monserrate 83, 133, 178, 189, 192, 200, 260, 262, 263  
 Monteagudo, Gral. 56  
 Montebello, Duque de 375  
 Monte Sacro 87  
 Montes, Toribio 188, 255  
 Monteverde 10, 13, 37, 38, 154, 243  
 Montevideo 353  
 Montilla, Mariano 151-153, 331, 366, 376, 377, 382, 383  
 Montilla, Martín 160  
 Montoya, Francisco 159  
 Montúfar, Carlos 213, 222, 236  
 Morales, General 36, 243, 313, 314, 329  
 Moreno 31, 383, 384  
 Morillo, General Pablo 22, 29, 32, 33, 35-38, 40, 41, 84, 280, 313, 329  
 Mosquera, Cipriano 382  
 Mosquera, Joaquín 43, 127, 132, 141, 151, 363, 376, 377  
 Muñoz, Coronel 96  
 Murguítio 366, 382
- N**
- Napoleón. Ver Bonaparte  
 Nariño 178, 215, 242, 254, 255, 291  
 Narváez 70  
 Navas 10  
 Nazareno 154  
 Neiva 384  
 Nepote, Cornelio 104  
 Nerón 20, 26, 37, 381  
 Nieto, Narcisca 294  
 Night, Dr. Mc. 156  
 Niño, Juan N. 185  
 Noe 44  
 Nueva Granada. Ver Colombia  
 Nueva York 118, 147, 354  
 Numancia 192, 319  
 Núñez, Coronel Pedro 194, 218, 278  
 Núñez de Balboa, Ml. 225  
 Núñez de Cáceres, José 7, 42, 63, 173  
 Núñez 210, 214, 219
- O**
- Obando, General Antonio 376  
 Obando, Gral. J. M. 31, 97, 112-114, 130, 139, 170-174, 330, 382, 383  
 Ocaña 95, 99, 100, 130, 144, 146, 149, 150, 208, 318, 319, 371-373  
 Odriozola, M. de 342  
 O'Higgins 53  
 O'Leary, D. F. 63, 94, 120, 123, 160, 328, 363, 376  
 Olmedo, J. J. 22, 117, 118, 174  
 Onzaga 322  
 Oran 10  
 Orinoco 57  
 Ortega Ricaurte, Enrique 7  
 Ortiz, Laureano 160  
 Ortiz, J. F. 159, 160, 174  
 Ortiz, Pedro 317  
 Osorio Jiménez, M. A. 8, 119  
 Ospina, Joaquín 75, 85  
 Ospina, Mariano 174



**P**

Padilla, Gral. 136, 144, 330, 363  
 Padrón 10  
 Páez, J. A. 39, 42, 87, 71, 73, 76,  
 78, 114, 125, 129, 131, 145, 151,  
 360, 363  
 Palacios, N. 116  
 Palma, Ricardo 7, 59, 60, 91  
 Palmira 384  
 Paloblanco 236  
 Pallasco 87  
 Pamplona 129, 131, 138, 242, 243,  
 278, 316, 317, 321  
 Panamá 63, 71, 114, 170, 364  
 Pandora 25  
 Paraguay 364  
 Páramo, Mateo 223  
 Pardo, Bernardo 194, 219, 221-  
 223, 279  
 Paris 14, 30, 114, 373, 378  
 Paris, Mariano 213, 215  
 Parises 216  
 Parra, Francisco 245  
 Pasto 47, 113, 188, 236, 237,  
 244, 257  
 Patía 113, 322  
 Pativilca 47  
 Patria 30, 366  
 Pausanias 104  
 Pelgrones 10  
 Pepa 148  
 Peralta 382  
 Pérez, José 198  
 Pérez, J. Gabriel 129  
 Pérez, Nonato 261  
 Pérez Villa 140  
 Pérez 364  
 Perny 108  
 Perú 41, 45, 47-50, 70, 73, 75,  
 76, 81, 88, 101, 112, 118, 121,  
 122, 129, 337, 342, 363, 366,  
 367  
 Petión, Presidente 29  
 Pey, J. B. 21, 24, 201  
 Pey, J. Miguel 182, 194, 210, 221,  
 270, 271, 274  
 Phocas 115  
 Piar, Gral. 33, 37, 115, 144, 159  
 Pichincha 43  
 Pichó, Joaquín 282, 298  
 Pincio, Roma 127  
 Piñeres, Comandante 81, 183  
 Piter 210

Plutón 166  
 Polifemo 364  
 Polo 298  
 Pompeyo 78  
 Ponce, Dolores 269  
 Popayán 112, 122, 139, 236, 257,  
 282, 283, 296, 322, 323  
 Pope 25  
 Porcenas 371  
 Portocarrero 138  
 Porras Troconis 134, 139  
 Posada Gutiérrez 76, 140, 152,  
 383, 384  
 Pradt, Abate de 39, 77  
 Prieto, Josefa 227  
 Proteo 364  
 Puente Grande 147, 354  
 La Puerta 17  
 Puerto Rico 17, 242  
 Pugno, Fr. F. 283

**Q**

Quevedo 154, 168  
 Quintana 80, 108  
 Quintana, Joaquín 226  
 Quijote, Don 48, 367, 375  
 Quiroga 39  
 Quito 52, 94, 125, 135, 322

**R**

Racines, Fr. Fernando 169, 283  
 Ramos, Sebastián 298  
 Ramirez, Lino 283  
 Ramirote 378, 379, 382  
 Rangel, Coronel 36  
 Ravallac, Francisco 109  
 Ravena 117  
 Restrepo, J. M. 23, 43, 45, 69, 70,  
 81, 94, 119, 124, 128, 131, 132,  
 139, 140, 148, 149, 155, 156,  
 169, 173, 373, 375  
 Reverand, Próspero 156  
 Ribas 10  
 Ricaurte 178  
 Riego 39  
 Rimac 162  
 Rincón de los Toros 36  
 Riton, Pil 157  
 Riva-Aguero 32, 45, 46, 114, 115,  
 117, 120  
 Rivas, Srta. 185



- Rizo 211  
 Rocha, José María 228  
 Rodil, General 58  
 Rodríguez, Fernando 270  
 Rodríguez, Simón 29, 87, 88  
 90, 145  
 Rodríguez Tejas 298  
 Rojas, Aristides 7  
 Rojas 227, 298  
 Roma 64, 66, 67, 87, 115, 117,  
 140, 368, 371  
 Roscio, J. J. 10, 69, 298  
 Rubio, Luis 213, 276
- S**
- Sacama 316  
 Sáenz, Manuela 109, 168, 382  
 Sagunto 192, 319  
 Saint Thomas 378  
 Salado 298  
 Salas, Francisco 319  
 Salas 224, 232  
 Salazar, Gral. F. 115  
 Salcedo, Ignacio 194  
 Salfas, Vicente 10, 26  
 Salón, Diego 17  
 Salon 363  
 Sámano, Gral. 36, 237, 255, 322,  
 327, 329  
 Sanchez Cerquero, V. 29  
 San Diego 137, 222  
 San Francisco 224  
 San Gil 319  
 San Jacinto, Plaza 56  
 San Martín, Gral. 43, 44, 47,  
 53, 115  
 Sanmiguel, José Ignacio 11  
 San Pablo 372  
 San Pedro Alejandrino 156  
 Santa Ana 40  
 Santana 363  
 Santa Bárbara 217, 218, 221, 227  
 Santa Catarina 218  
 Santa Clara 222  
 Santa Fe. Ver Bogotá  
 Santa Marta 90, 120, 149, 153-56,  
 65, 71, 208, 257, 312  
 Santander, F. de Paula 13, 40,  
 41, 45, 47, 55, 63, 70, 74-79,  
 82, 84, 85, 87, 94, 121, 129,  
 130, 132, 134, 151, 159, 160,  
 169, 170-173, 208, 330, 363,  
 376
- Santa Rosa 185, 218  
 Santiago de los Caballeros 7  
 Santiago de Chile 53, 60, 114  
 Santamaría 210, 247  
 Santo Domingo 8, 29, 42, 63,  
 119, 254  
 Santo Tomás 69  
 Santos, José Angel 114  
 Santos, Lucas 198  
 Santos Padres 69  
 Santuario, El 123  
 San Victorino 182, 193  
 Sarmiento, D. F. 44  
 Sasaima 298  
 Satanás 114  
 Saul 85  
 Scarpetta Roo, José 159, 165,  
 168, 362  
 Scevola, 371  
 Scipion 71  
 Segur, Conde de 115  
 Sena, río 356  
 Serna, Domingo 213  
 Serna, Pepe 213  
 Serviez 213, 236, 245, 321, 324,  
 326  
 Serra, Narciso 298  
 Serrano, Francisco 304, 316  
 Sieyes 365  
 Sila 60, 161, 368  
 Silva, José A. 9  
 Silva, 136  
 Sinón 11  
 Skobiski, Rola 114  
 Socorro 138, 319, 377  
 Sócrates 87  
 Sogamoso 218  
 Soledad 148  
 Sombrero 35  
 Sopo 261  
 Soto, Dr. 70, 84, 170, 363  
 Sousa Díaz 375  
 Sucre, A. J. 53, 54, 92, 93, 101,  
 115, 118, 138, 139, 170, 328,  
 331, 337, 343, 363, 366  
 Sutamarchán 201
- T**
- Tabio 177  
 Talanquera 56  
 Tamas-Koulican 49  
 Tambo Grande 113, 349  
 Tarquino 371



Techo 24, 201, 202, 212, 215  
 Tejada 118  
 Temístocles 281  
 Tenerani 174  
 Tersites 17  
 Tiber 66  
 Timón 366  
 Tisifona 366  
 Tobar Ponte, Martín 9  
 Tocaima 70  
 Tolrá, Carlos 321, 322, 326, 327  
 Tomás, Santo 69  
 Toro, Marqués del 9, 14  
 Toros 10  
 Torre Tagle, Marqués de 47  
 Torres, Camilo 182, 198, 233,  
 240, 266, 366  
 Torres, Julián 274  
 Torres Rámula, P. de 14  
 Torres, Santiago de 200, 273, 276  
 Torres, Tomás 304  
 Torres y Peña, Dr. J. A. 18, 22,  
 177  
 Toscano 384  
 Trillo 300  
 Trillo, José 295  
 Trimíño 10  
 Troya 11, 18, 154  
 Trujillo, Perú 48  
 Trujillo, Venezuela 13, 14  
 Tunja 22, 184, 185, 207, 218, 222,  
 271, 275, 294, 302, 304, 322,  
 372  
 Turbaco 148  
 Turner 375

**U**

Ulises 18  
 Urdaneta, Rafael 30, 76, 132,  
 149-151, 153, 168, 170, 184,  
 185, 208, 210, 212, 261, 278,  
 316-320, 331, 366, 369, 371,  
 376, 378, 379, 381, 382  
 Uribe Restrepo 78  
 Uricoechea, Juan 220, 230  
 Uruguay 134, 353  
 Usaquén 215  
 Ustaris, Marqués de 116  
 Utica 104

**V**

Valdez, Antonio 319  
 Valdez, General 97, 301  
 Valencia, Pedro Felipe 20  
 Valencia, Venezuela 145  
 Valero, José 298  
 Valparaiso 145  
 Vallar Calderón, M. M. 31  
 Varela, Florencio 134, 351  
 Vargas, Ignacio 270  
 Vargas, Teniente 273  
 Vargas 31, 214, 359, 383, 384  
 Vargas Tejada, Luis 64, 74, 81,  
 95, 104, 108, 110, 132, 168, 175  
 Vargas Vila, J. M. 73  
 Vasquez Posse, Ml. 218  
 Vega, Lope de 14  
 Velasco, Fr. Pedro 283  
 Velez, General 75  
 Venezuela 10, 19, 32, 37, 39, 42,  
 49, 70, 84, 98, 124, 125, 134,  
 146, 182, 188, 236, 276, 383  
 Veracruz, La 245  
 Vergara, Etanislao 150, 153  
 Vergara, Felipe 191  
 Vergara, Saturnino 177  
 Vesubio 138  
 Vidal, Vicente 224  
 Vidaurre, Miguel L. 81  
 Vijúa 110  
 Vilches, Francisco 185  
 Villamediana, Conde de 9  
 Villavicencio 271  
 Virgilio 165

**W-Z**

Warleta, Francisco 322, 326, 327  
 Washington, G. 47, 50, 71, 117,  
 149, 159  
 Wilson, Coronel 37, 97, 121, 127,  
 132, 376  
 Xenofonte 26  
 Zamora, Fr. Juan B. 283  
 Zapatero, José 275, 304  
 Zequeira, M. de 29  
 Zerna, Fr. Rafael 294  
 Zipaquirá 109, 197, 270, 324  
 Zulaibar 136, 147  
 Zurita, José 306, 307



## INDICE GENERAL

	Páginas ---
Dedicatoria . . . . .	5
Liminar . . . . .	7
1811-1812 . . . . .	9
1813. . . . .	13
1814. . . . .	17
1815. . . . .	25
1816. . . . .	29
1817. . . . .	33
1818. . . . .	35
1819. . . . .	37
1820. . . . .	39
1821. . . . .	41
1822. . . . .	43
1823. . . . .	45
1824. . . . .	47
1825. . . . .	55
1826. . . . .	63
1827. . . . .	73
1828. . . . .	87
1829. . . . .	119
1830. . . . .	127
1831. . . . .	159
<b>APENDICE . . . . .</b>	<b>177</b>
Indice de personas y de lugares . . . . .	385



## COLOFON

Esta obra, *POETAS CONTRA BOLIVAR, EL LIBERTADOR A TRAVES DE LA CALUMNIA*, por Emilio Rodríguez Demorizi, terminóse de imprimir en los talleres de Gráficas Reunidas, S. A., Hermosilla, 110, Madrid-9, el día veintiocho de diciembre de mil novecientos sesenta y seis.

